AUTORA DE *TODOS NUESTROS VERANOS*

CARLEY FORTUNE

# Una tormenta perfecta



CARLEY
FORTUNE

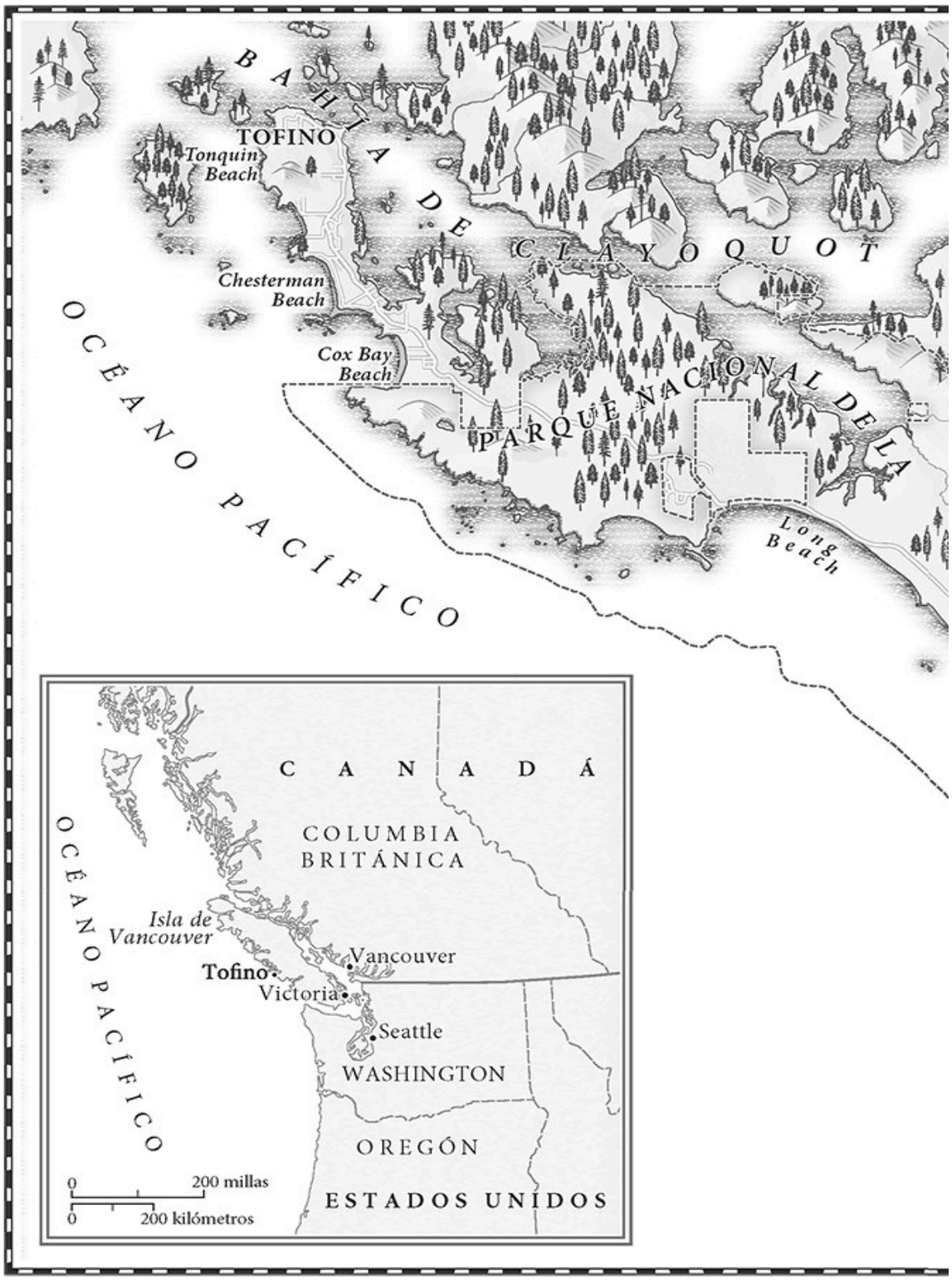
# Una tormenta perfecta

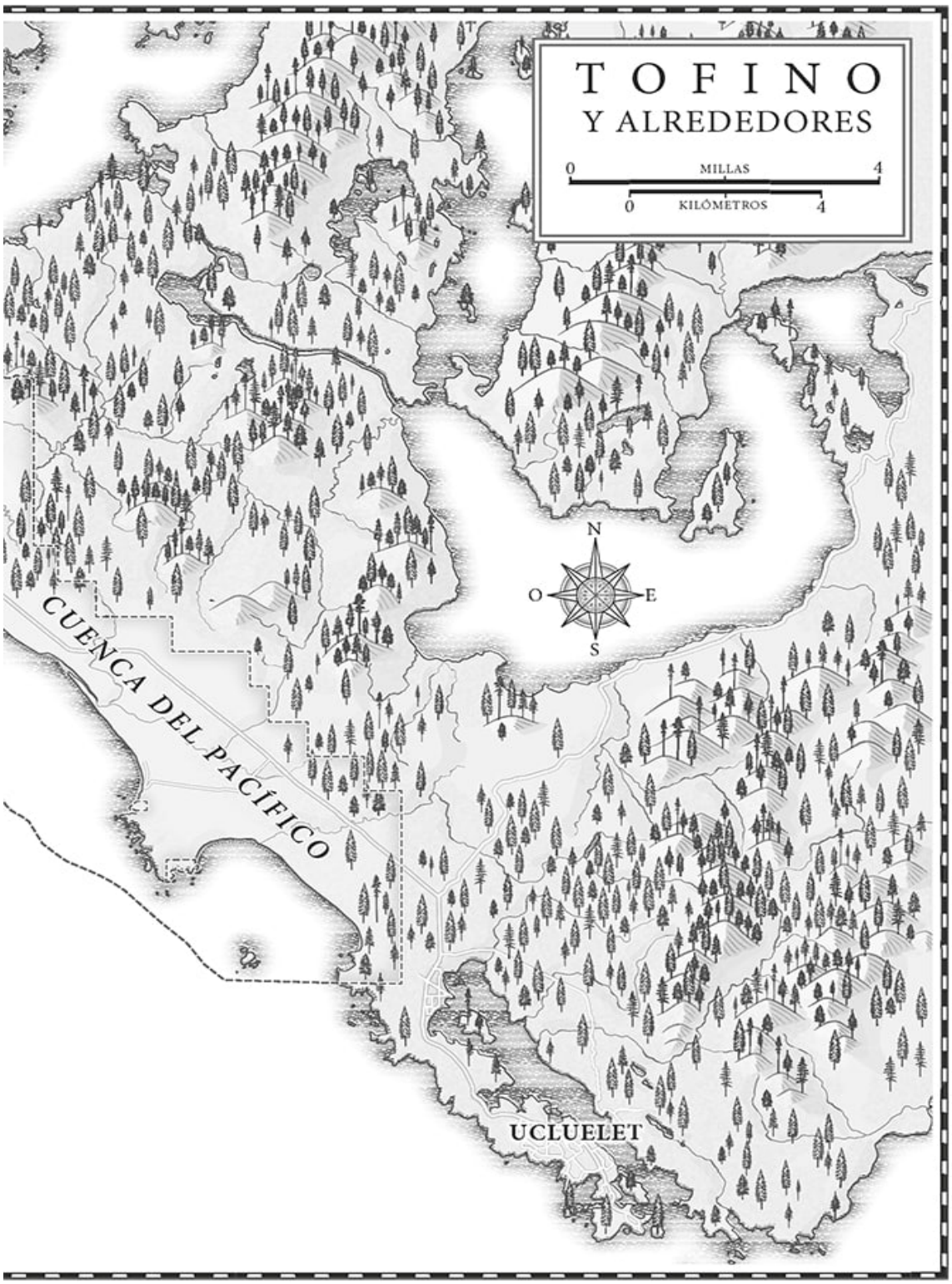
Traducción de Anna Valor Blanquer

*Para todas las niñas valientes y las mujeres apasionadas,*
*y para quienes las aman con locura*

Las tormentas no me asustan porque estoy aprendiendo a guiar mi barco.

LOUISA MAY ALCOTT,
*Mujercitas*


BAHÍA DE CLAYOQUOT
TOFINO
Tonquin Beach
Chesterman Beach
Cox Bay Beach
OCÉANO PACÍFICO
PARQUE NACIONAL DE LA
Long Beach
CANADÁ
COLUMBIA BRITÁNICA
Isla de Vancouver
Vancouver
Tofino
Victoria
Seattle
WASHINGTON
OREGÓN
ESTADOS UNIDOS
OCÉANO PACÍFICO
0 200 millas
0 200 kilómetros


TOFINO
Y ALREDEDORES
0
MILLAS
4
0
KILÓMETROS
4
N
O
E
S
CUENCA DEL PACÍFICO
UCLUELET

# PRÓLOGO

## Teníamos ocho años

Conocí a George Saint James el día que mi madre se esfumó.

La noche anterior me dormí como todas las noches, deseando que pasara algo extraordinario. A los ocho años estaba segura de una cosa: mi destino era vivir grandes aventuras.

Por la mañana, una fuerte lluvia primaveral arremetió contra los últimos restos de nieve y liberó flores blancas y violetas de azafrán silvestre de sus nidos helados. Mis hermanos mayores y yo nos arrodillamos delante de la ventana para ver los surcos de las ruedas de los coches llenarse de lágrimas caídas del cielo. La ranchera de mi madre no estaba.

Mi padre apenas habló cuando lo despertamos, pero, mientras iba sorbiendo su primera taza de café, nos dijo que nuestra madre se había ido a casa. Solo Darwin, que tenía doce años, pareció entenderlo. Moby tenía diez, y vi que estaba tan confundido como yo.

Aquella era nuestra casa. ¿No era también la de mi madre?

Mi padre no supo decirnos cuánto tiempo estaría fuera, pero nos aseguró que volvería y no tuvimos más remedio que creerle.

En cuanto la lluvia se convirtió en llovizna, nos mandó salir. Sin mi madre para desenredarme el pelo con paciencia, lo tenía hecho una masa enmarañada. Todavía iba en camisón, pero Darwin se aseguró de que me pusiera las botas de agua y el impermeable amarillo. Moby fue a buscar el balón de básquet.

Yo quería jugar, pero mis hermanos no me pasaban la pelota. Nunca me la pasaban. Les grité y salté sobre los charcos, pero ellos siguieron lanzando la pelota por encima de mí. Harta, cogí el cazamariposas verde del recibidor y me dispuse a atrapar una criatura en los matorrales del final del campo. Un gusano, un saltamontes o incluso una rana.

En lugar de eso, encontré algo mucho más interesante: un conejo de color marrón claro sentado en las briznas nuevas de hierba. Tenía las orejas largas y aterciopeladas y una inquieta nariz rosada. Iba a atraparlo. ¡Qué celosos se pondrían Darwin y Moby!

Pero la paciencia nunca fue mi fuerte. Eché a correr, las ramitas chasquearon al romperse bajo mis pies, y allá que fue el conejo, hacia la otra punta del campo. Lo perseguí hasta el seto de cedro que rodeaba el terreno colindante. El animal no sabía lo que yo: la mujer que vivía en la Casa Grande, la vecina, era una bruja. Y las brujas usaban a los conejos para todo tipo de cosas. Tenía que salvarlo.

Recorrí el denso muro perenne hasta un agujero lo bastante grande para colarme por él. Miré a través de las ramas y ahogué un grito al encontrarme con unos ojos azules oscuros entrecerrados observándome desde el otro lado.

Nunca había visto a aquel niño. Era blanco como la nieve, con los mofletes redondos y rosados y unas pestañas oscuras. Llevaba el

pelo rapado muy corto. Tenía pecas en la naricita y era igual de alto que yo. No había nada que temer.

—Hola, soy Francesca. —Le tendí la mano, como me había enseñado mi padre—. Pero puedes llamarme Frankie.

El niño parpadeó y me pregunté si saldría corriendo, pero luego alargó el brazo de repente y me dio la mano.

—Yo soy George.

Con los brazos en jarra, lo estudié con detenimiento. No llevaba botas de agua ni impermeable y tenía un agujero en los pantalones a la altura de la rodilla. La única ropa de abrigo que llevaba era una sudadera con capucha que tenía una mancha en la manga.

—¿Me estabas espiando? —le pregunté.

—No. —Se sonrojó—. Bueno, desde hace muy poco.

—¿Qué haces ahí?

La Casa Grande no era un buen lugar para un niño, y menos para uno con un aspecto tan delicado como George. Necesitaría que alguien lo defendiera. Incluso que lo rescatara. Se me puso la piel de gallina de la emoción.

—Ahora vivo aquí —dijo con voz resignada.

Lo miré boquiabierta.

—¿Vives ahí? —Señalé la imponente casa de piedra que tenía detrás—. ¿Con la bruja?

—No es una bruja, es mi abuela.

—Me sabe mal decírtelo, George —dije disfrutando del momento —, pero está claro que tu abuela es una bruja.

¿Cómo podía no saberlo? Tenía el jardín descuidado. El viejo invernadero estaba lleno de plantas para pociones. Casi nunca salía de casa y siempre iba envuelta en ropas negras. Además, Darwin

juraba que la había visto canturreando mientras removía un enorme caldero negro burbujeante una noche que fue a espiarla.

—Que no —dijo George.

Entrecerré los ojos.

—Demuéstramelo —solté—. Déjame entrar y, si no hay ni un caldero ni colas de lagarto ni ojos de tritón, me lo creeré.

—No hay nada de eso. Es una casa normal.

—Oh —dije enseguida, decepcionada.

—Pero hay un gato negro —se apresuró a decir él—. Se llama Baryshnikov.

—¿En serio?

—Sí, pero es lo único. Nunca he visto nada mágico.

Tal vez George pensara que la Casa Grande era normal, pero dentro tenía que haber secretos escondidos esperando ser descubiertos.

—¿Me la enseñas?

—¿Quieres entrar? —Se notaba que no se lo creía, que pensaba que igual cambiaba de idea.

—¡Sí! Llevo mil años esperando que pase algo interesante.

—Yo no soy interesante. —El rubor de sus mejillas se intensificó como el de las fresas cuando maduran en verano.

—Eso lo decidiré yo —dije—. Por favor, tengo unas ganas irrefrenables de vivir una aventura.

Se rio. Fue un sonido fuerte y repentino, como cuando explota una pompa de chicle.

—¿Tienes unas ganas irrefrenables de vivir una aventura? —repitió.

—Sí —le dije yo—. ¿Tú no?

Me miró pensativo y asintió.

—Vale, pues sígueme.

Y lo hice. Seguí a George y entramos en la Casa Grande, y nada volvió a ser como antes.

Para ninguno de los dos.

# LA MANSIÓN

# 1

Esta noche todo brilla. Las majestuosas lámparas de araña con sus lágrimas de cristal centelleantes. Las guirnaldas de lucecitas que cuelgan de los árboles en el exterior. Incluso yo.

Estoy rodeada de mis amigos y familiares más queridos, sentada como una reina entre sus súbditos en el elegante comedor de una antigua casa solariega. La mesa que tengo delante está vestida con mantelería francesa, cubiertos dorados y muchísimas velas, cada una envuelta en un halo radiante. Observo su reflejo titilante en los jarrones de latón a rebosar de peonías.

Me he puesto sombra de ojos dorada, me acabo de hacer los reflejos en el pelo rubio miel y mi vestido es de seda de color champán y ligero como el merengue. En la mano izquierda llevo un enorme diamante amarillo claro al que no he tenido tiempo de acostumbrarme. Estoy radiante, pero siento que no puedo respirar.

Nunca pensé que me casaría y, sin embargo, aquí estoy, a dos días de mi segunda boda.

Aunque la primera no cuenta.

Un pianista con esmoquin y pajarita toca algo ligero en el Steinway, pero, por un momento, todo eso se desvanece. El tiempo se escurre y, de pronto, estoy en esa primera boda debajo del manzano.

Pronunciamos los votos bajo sus ramas, y las frutas caídas eran el confeti a nuestros pies. Mi vestido estaba hecho con una vieja cortina, como si fuera una niña de *Sonrisas y lágrimas*. El ramo de flores era un manojo de violetas cogidas del jardín con los tallos atados con hilo de cocina. Él tenía una mancha en el jersey de limpiarse los dedos del *crumble* de manzana y frutos del bosque de mi madre; siempre estaba comiendo y siempre se ponía perdido. Recuerdo quedarme estudiando ese pequeño punto morado antes de que él hablase.

«Frankie, te prometo…».

Una mano fría se posa en mi muñeca.

—¿Frankie?

Parpadeo volviendo al presente. Siento el andamiaje de pasadores y ganchos clavándoseme en el cráneo, sosteniendo mi melena leonina en un correcto moño francés. Advierto el sabor pegajoso de algodón de azúcar de mi brillo de labios. Noto la seda resbaladiza rozándome las piernas. Percibo la mirada preocupada de una de mis damas de honor.

—¿Frankie? —repite Aurora con los ojos de color café entrecerrados y fijos en mí—. ¿Estás bien? —El tacto de sus dedos contra mi piel se me antoja el de cinco diminutos tentáculos. Estoy segura de que es medio lagarto, siempre está helada.

Lleva todas las trenzas peinadas hacia un lado, como una cascada negra que va volviéndose morada y luego rosa pastel, y los labios pintados de un color rosáceo parecido al de su vestido con un solo tirante. Dejando de lado los tatuajes que le cubren un brazo, parece que esta noche la hayan ayudado a vestirse unas criaturas del bosque y un hada madrina.

—Estoy bien —digo. Me vuelvo para mirar la silla vacía y los nudos que tengo en el estómago vuelven a estrecharse—. Enseguida vuelvo.

No espero a que me responda antes de escabullirme al pasillo. Encuentro un rincón oscuro bajo una escalera de caoba y llamo. Me salta directamente el contestador. Apoyo la frente en el brocado del papel pintado y le dejo otro mensaje.

—Soy yo. Otra vez. En recepción dicen que todavía no te has registrado. Por favor, dime que vas a venir. Te necesito, George. No creo que pueda hacer esto sin ti.

Cierro los ojos y respiro hondo intentando sofocar el miedo.

Vuelvo a mi asiento. Tengo a Aurora y a su novia, Betty, a un lado y a mi prometido al otro. Me apoyo en Nate, le aprieto la mano y él me da un beso en la mejilla.

La cena de bienvenida de esta noche, con un menú de seis platos, es el principio de las festividades de nuestra boda y quiero pasármelo bien. No como lo habría hecho en los años desenfrenados de la veintena, sino de un modo más apropiado para una mujer responsable de treinta años que está a punto de casarse con un galardonado profesor universitario de Matemáticas.

Nate es dieciséis años mayor que yo, pero su pelo espeso y pelirrojo hace que aparente mucho menos de cuarenta y seis. Tiene los ojos de color miel jaspeado y, aunque ahora está recién afeitado para la boda, normalmente lleva barba de unos pocos días. Es de sonrisa fácil y asidua. Esta noche se ha puesto un traje azul marino, pero resulta más sencillo imaginárselo con un *kilt* caminando por las Tierras Altas de Escocia que dando clase de teoría de la probabilidad en un aula.

Recorro la sala con la mirada esquivando la silla vacía que hay al lado de Mimi, la abuela de George. Casarme nunca fue uno de mis sueños, pero, si lo hubiera sido, no me habría imaginado una boda tan sofisticada. La mansión Darlington y sus terrenos ocupan más de cuarenta hectáreas de bosque y prados a una hora al este de Toronto. Durante los próximos días, tendremos a nuestra disposición unas habitaciones de invitados amuebladas con antigüedades, unos jardines primorosamente cuidados, un restaurante con estrellas Michelin y excursiones con vistas preciosas.

Nate era un estudiante universitario sin blanca cuando se casó por primera vez. Él y su ex celebraron la ceremonia en el ayuntamiento y luego se fueron a un pub con sus amigos. La novia llevaba vaqueros. A mí todo eso me sonaba la mar de bien, pero Nate quería un bodorrio. Celebrarlo a lo grande. Darnos un festín. Eso último lo había dicho levantando una de sus cejas rubias, sabiendo que despertaría mi interés.

Yo me he volcado en la planificación de los menús con el chef, en deliberar sobre cada plato, en probar cada bocado. Mañana, a medida que vayan llegando los invitados, habrá varias experiencias entre las que elegir y la buena comida será el centro de cada una de ellas. Podrán salir a buscar setas, puerros silvestres y brotes de helecho con un experto, o hacer una excursión a caballo por el bosque y disfrutar de un pícnic preparado en una hoguera. Habrá una cata de vinos en la bodega centenaria de la finca, acompañada de quesos y conservas artesanales. Por la noche, un grupo más reducido se reunirá para el ensayo y luego se celebrará una cena para todos nuestros amigos.

Por supuesto, el colofón será el sábado, con la ceremonia y el banquete. Nuestra lista de invitados alcanza los ciento veinte. Mi vestido costó lo que vale un coche pequeño. Para el camino hacia el altar, un cuarteto de cuerda ha aprendido a tocar «Orchard House», de la banda sonora de *Mujercitas* de 1994, la mejor película de la historia. (No se admiten réplicas).

Siempre me he sentido identificada con Jo March. Soy cabezota, impulsiva e independiente. Nunca quise tener pareja hasta que sí que quise. No soy especialmente presumida, excepto en lo relativo a mi pelo. Antes no me gustaba nada la parte de la película en la que Jo rechazaba la propuesta de matrimonio de Laurie, me parecía que el profesor Bhaer era demasiado viejo y aburrido. Luego maduré y conocí a Nate.

Me pilló dándole un repaso con la mirada en la cola de una cafetería. Poco antes había dejado el trabajo de *sous-chef* en un arrebato de rabia y agotamiento, y hacía dos semanas que había empezado a trabajar en algo totalmente distinto y a tener una rutina equilibrada. Nate sonrió y el resto de su cara acompañó la sonrisa. Los rabillos de los ojos. Las arrugas alrededor de su boca. Fue como ver un *time lapse* de una flor abriéndose. Entabló conversación conmigo, me pidió el teléfono y al cabo de una hora me escribió.

Cena conmigo el sábado.

El punto al final de la frase me cautivó. Me impresionó lo directo que era y la facilidad con la que decía lo que quería. Sin juegos. Sin segundas. Sin tópicos baratos para ligar. Nate era un hombre. Y yo quería madurar.

Aurora cree que todas las veces que había leído y visto *Mujercitas* terminaron manifestándose en mi vida. Por fin estaba lista para tener una relación seria y el universo me mandó a un profesor, igual que a Jo.

—Creo que será el hombre de tu vida —me dijo ella antes de nuestra primera cita.

Es una romántica empedernida, pero tenía razón. A los seis meses, Nate me pidió que me casara con él y yo me mudé a su adosado de Seaton Village.

Un camarero que lleva chaleco negro me coloca delante un plato con el borde dorado. Hay tres raviolis de cangrejo. Juego con ellos con el tenedor mientras escucho, ausente, las conversaciones que se solapan. Nate habla sobre su próximo triatlón, Aurora y Betty se ríen por algo que ha dicho Mimi, y mi madre charla con mi futura suegra sobre la luna de miel.

Nate y yo nos quedamos en la mansión unas noches más después de la boda, pero el viaje de verdad será en julio. Hemos reservado una semana en un resort de Tofino, un remoto paraíso costero de bosques templados húmedos en la periferia de la isla de Vancouver. Tendremos una casa a la orilla del mar.

Mi madre me pilla mirándola y una expresión de preocupación le cruza fugazmente la cara. He perdido la sonrisa. La recupero con la esperanza de que confunda el sudor de mi piel con el resplandor de alguien que está a punto de casarse. Aurora habla con su madre de todo, pero yo no tengo la misma confianza con la mía. Ella no tiene ni idea de que tal vez mi mejor amigo de toda la vida no aparecerá. Mi madre quiere a George y el sentimiento es mutuo, pero mi relación con ella es más complicada.

Abandonó a mi familia durante un año y medio cuando yo tenía ocho años. Mis hermanos pudieron olvidarlo y perdonarla, pero a mí siempre me ha costado conciliar a la mujer que nos dejó con la que volvió. Yo había cambiado durante su ausencia, pero ella había cambiado todavía más.

—Estás muy rara —dice Aurora, y yo le mando a George otro mensaje desde debajo de la mesa.

Me dijiste que estarías
Me prometiste que serías mi padrino

Me guardo el teléfono debajo del muslo.

—¿Sí?

—Apenas has comido. —Mira con insistencia el plato intacto.

Ya no soy cocinera, pero me sigue encantando la comida. En todos los sentidos. Me encanta hablar de comida, comprarla, prepararla… Y lo que más me gusta de todo es comerla.

Pero estoy demasiado nerviosa para probar más que un bocado de ravioli. ¿Y si George ha cambiado de idea?

Estos últimos años, se ha ido alejando. No lo veo desde que nos gritamos en el campo de detrás de casa de mis padres en Navidad, pero no pensaba que fuera a dejar de contestarme al teléfono.

—No dejas de mirar el móvil a escondidas —dice Aurora.

—Qué va.

Como respuesta, me lanza una mirada. A diferencia de mí, Aurora no es nada beligerante, pero sí que tiene esa mirada. Con las cejas arqueadas. Los labios formando una fina línea. Es su forma de llamarme la atención sin llamarme la atención.

Me obligo a dar un bocado.

—¿Contenta? —pregunto con la boca llena.

Ella sonríe.

—Vaya, la novia es toda una señorita.

Le saco la lengua al mismo tiempo que la madre de Nate nos mira entrecerrando los ojos. No le gusto y su recelo no me parece descabellado, porque Nate y yo nos conocemos desde hace solo un año, pero pienso ganármela.

—Ya estás otra vez —dice Aurora mientras yo les doy vueltas a los raviolis en el plato.

—¿Que estoy qué?

—No comiendo.

Mira el resto de la sala.

—No llega tarde, ¿verdad?

Eso es lo que le he dicho a todo el mundo, que George ha pillado un atasco viniendo del aeropuerto. Le he preguntado a Mimi, pero ella tampoco ha tenido noticias suyas hoy.

Niego con la cabeza, con el estómago revuelto.

—Tampoco sería el fin del mundo si no viniera, ¿no? —pregunta Aurora.

Intento reír al oír el falso optimismo de su voz, pero la risa se me queda atascada en la garganta como si fuera un chicle muy masticado y duro. Desde hace veintidós años, George siempre ha estado a mi lado en los momentos más importantes. Aurora me aprieta la mano y, aunque tiene los dedos gélidos, yo me aferro a ella.

—Estás a punto de empezar un nuevo capítulo de tu vida. Si decide que no quiere formar parte de él, pues él se lo pierde.

Me escuecen los ojos y levanto la vista hacia las lámparas de araña para contener las lágrimas. George es mi mejor amigo. Quiero que esté presente en todos los capítulos de mi vida.

Cuando me vibra el teléfono, estoy segura de que será él, pero, al ver el nombre de mi hermano, se me cae el alma a los pies.

*Moby*
Parece que estés a punto de potar
No es demasiado tarde para cancelarlo todo

Ladeo la pantalla para que Nate no lea el mensaje y fulmino con la mirada a Moby, que está al otro lado de la mesa. Darwin y él ya han intentado convencerme de que no me case. Masculllaron un discursito disuasorio la mañana siguiente de mi despedida de soltera.

«Es la primera vez que vas en serio con alguien. ¿Qué prisa tienes?».

Pero hay algo en lo que Moby tiene razón: puede que vomite.

—Tengo que ir al baño —le digo a Aurora.

Y entonces lo veo.

# 2

George está de pie bajo el arco de la entrada. Por un momento me pregunto si la mente me engaña. Pero no.

Mi mejor amigo ha llegado y todo va a salir bien.

Me sorprende el perfecto estado de su ropa —una chaqueta negra sobre una camisa blanca, ambas impecables—, pero lleva el pelo castaño todo revuelto. Unas ondas oscuras se le arremolinan por la frente y culebrean a la altura de las orejas; como siempre, necesita un corte de pelo urgente.

Una vez, Aurora me dijo que George era un Clark Kent en la vida real, lo cual a mí me pareció pasarse un poco, aunque sí que es alto y guapo. También es un reportero con gafas, con una vena bienhechora, ningún tipo de preocupación por su propia supervivencia y una mandíbula que algunas personas describirían como cincelada. Las gafas son negras y tirando a cuadradas, y las ha llevado —estas o unas muy parecidas— desde que era estudiante de Periodismo. Se compró las mismas gafas que se pondría un actor para hacer de reportero de la televisión. Y yo, cómo no, me burlé de él.

George observa la sala con una expresión inescrutable. Cuando su mirada encuentra la mía, me levanto tan deprisa que la silla cae al suelo.

Por un momento, nos quedamos mirándonos, pero luego el susurro de una sonrisa se extiende por su cara. Es una ligera tensión en los labios, algo que otra persona pasaría por alto. Echo a correr por la sala —a la mierda lo de ser toda una señorita—, y le envuelvo la cintura con los brazos. No solemos abrazarnos así y siento cómo se tensa antes de relajarse. Me rodea la espalda con los brazos y su pecho se alza con una larga inhalación. Cierro los ojos un instante. Por primera vez esta noche, puedo respirar.

—Has venido —le digo echándome hacia atrás para poder mirarlo.

Puede que la sonrisa que tengo en la boca no se me quite nunca.

George me estudia con sus ojos de un azul nocturno, unos ojos que conozco mejor que los míos.

—He venido.

—Te he llamado. Te he dejado mensajes. Estaba preocupada.

—Perdón, me he quedado sin batería en algún punto sobrevolando el Atlántico. —Observo cómo se le mueve la nuez al tragar—. Oye, ¿podemos hablar?

—George —dice Nate llegando a mi lado. Mi prometido me coge por la cintura y le tiende la mano.

Nate se gana a la gente con su sonrisa y su inquietante capacidad para recordar todos los pequeños detalles de una conversación. Es seguro de sí mismo, amable y cuenta con el respeto tanto del claustro como de los alumnos. Le cae bien a todo el mundo.

Menos a George.

Aunque siento que el tiempo y la distancia tensan las costuras de nuestra amistad, nadie me conoce mejor que George. Y yo también lo conozco a él.

Le di la mano mientras un médico le cosía ocho limpios puntos en el costado cuando éramos niños.

Estuve con él cuando lloró en el suelo de nuestro piso, abrazándolo todo lo fuerte que pude.

Fui la persona a quien llamó la noche que pensaba que iba a morir.

Tengo su nombre tatuado en las costillas, y él, el mío.

De modo que sé que, cuando mira a mi prometido y su párpado derecho hace un movimiento casi imperceptible, es porque no le cae bien. Esboza la sombra de una sonrisa, un velo que cubre sus verdaderos sentimientos. Cuando le da un apretón de manos a Nate y le dice que se alegra de verlo, sé que no es sincero. Pero no me importa, porque George ha venido y va a fingir que Nate le cae bien. Lo hará por mí. Y estoy segura de que los próximos días harán que cambie de opinión. En cuanto pase más tiempo con él, terminará encantándole, igual que le encanta a todo el mundo.

—Nos hace mucha ilusión que estés aquí —dice Nate con franqueza. No participa en eso de los celos y me creyó cuando le dije que George y yo no tenemos un pasado romántico. Como en cualquier relación que dura décadas, ha habido muchos dramas, pero ningún beso.

A no ser que contemos aquella vez.

(Para mí no cuenta).

Haríamos una pareja horrible. Somos Laurie y Jo, demasiado parecidos y demasiado vehementes para ceder como hay que hacerlo en una pareja.

—Soy el padrino de Frankie —responde George sin más—. No me lo habría perdido por nada del mundo.

Antes de que podamos decir nada más, George se ve rodeado por los Gardiner. Mimi nos mira desde la mesa riendo por el alboroto que se ha formado. Mi amigo recibe abrazos de Darwin y Moby, y luego de mis padres. Tenemos un gran parecido familiar. Todos somos de pelo claro y yo tengo los extraños ojos azules casi púrpura de mi madre. Darwin y mi padre se parecen tanto que es casi cómico: de metro ochenta, pecho ancho e incómodos cuando tienen que ponerse elegantes. Incluso trabajan juntos en el negocio familiar de ebanistería. Moby también es alto, pero no podría ser más distinto. Vive en Ottawa y trabaja de informático en ciberseguridad. Tiene treinta y dos años, pero se comporta como un adolescente. Esta noche se ha puesto una camiseta que tiene impreso un esmoquin.

A George siempre lo han tratado como si fuera de la familia. Es el hijo favorito de mi madre. Tiene que ser Darwin el que la aparte de él.

—Déjalo respirar, mamá —dice, y pasa a rodear el cuello de George con el brazo—. No está lo bastante fuerte para tenerte en brazos para siempre.

—Bueno, a ver —dice Moby apretándole el bíceps—, parece que el pequeño George se ha mazado.

Sí que parece que esté más fuerte que en diciembre, aunque puede que sea por el traje. Los hombres Gardiner son altos, pero él lo es todavía más. Cuando teníamos trece años, se fue a vivir con su padre a Montreal siete meses y, cuando volvió, ya era más alto que Moby, de quince años, y casi llegaba a la altura de Darwin, que tenía diecisiete. Con aquel estirón repentino pasó de ser un niño corpulento de rostro infantil a ser un chico de casi catorce años

flaco, con las extremidades largas y una voz grave que parecía fuera de lugar.

—Se te ve cansado —le dice mi madre. Se preocupa por él, por cuánto viaja, por si descansa lo suficiente. Alarga el brazo para apartarle un rizo de la frente, una causa perdida—. Pero mejor que el mes pasado.

—¿Estuviste en casa? —No me lo había dicho. Hubo un tiempo en el que estábamos juntos a todas horas, en el que yo sabía dónde se encontraba en todo momento.

—Fue una visita rápida —dice él—. Menos de un día y medio.

George es periodista ambiental y se ha pasado la mayor parte de la veintena cubriendo noticias en todos los rincones del país, pero estos últimos tres años ha estado viajando tan lejos y con tanta frecuencia que apenas lo he visto. Entre nuestros cumpleaños hay cuatro días de diferencia e intentamos celebrarlos juntos, pero a veces no es posible. El año pasado estaba en Brasil investigando para un artículo sobre la deforestación de la sabana del Cerrado. Se compró un piso en Toronto para tener un centro de operaciones, pero normalmente está ocupado por un elenco cambiante de inquilinos temporales.

—Habría ido —le digo. Está solo a dos horas en coche de la ciudad —. Tendrías que haberme avisado.

Me observa como lo hace él, con una mirada directa y profunda. Lleva las gafas sucias. Siempre las lleva sucias. Me contengo para no quitárselas y limpiarlas como normalmente haría.

—No te pases con él, Frankie —dice Darwin—, que apenas ha aterrizado en esta franja horaria.

George acaba de volver de un congreso sobre el cambio climático en Bolonia.

—Déjalos que se peleen —dice Moby—. Siempre se agradece un buen espectáculo. Hace ya meses de su riña en Navidad.

Nate frunce el ceño, pero la preocupación solo aparece en la parte superior de su rostro.

—¿Qué riña?

—No fue nada —digo mirando a George—, ya ni me acuerdo de por qué nos picamos.

Él casi ni se inmuta.

—A ver, nada tampoco. Volvimos a discutir por la guarnición. Tú querías cambiarla, como siempre, pero a la gente le gusta la de toda la vida. ¿Qué era esta vez…, pan de maíz y nueces pecanas?

Es cierto, sí que intento convencer a las familias Gardiner y Saint James de que innovemos un poco en Navidad, pero no discutimos por eso. Nadie corrige la mentira.

—Ya sabes cómo son —le dice mi madre a Nate.

Él ladea la cabeza y me mira, porque no, no sabe cómo somos George y yo. No del todo. He intentado explicárselo, por supuesto, pero nuestra historia está tan enmarañada que es imposible tomar la distancia suficiente para ver nuestra amistad con claridad, y menos todavía para explicarla. George no es alguien distinto a mí, forma parte de mí.

Desde el día en que nos conocimos a los ocho años, hemos sido inseparables. En esa época, yo sentía la necesidad de proteger a aquel chico nuevo, tímido, de ojos entrecerrados, que parecía receloso de todo el mundo menos de mí. Mi padre empezó a

llamarlo «mi costilla». «¿Dónde te has dejado a tu costilla?» o «¿Cómo está tu costilla? No lo veo desde esta mañana».

Entonces, a George le pusieron gafas y dejó de llevar los ojos siempre entrecerrados. Creció y se volvió más atrevido. Pasó a ser guapo y popular. Seguía siendo mi compañero de aventuras, pero ya no necesitaba que lo protegiera.

Cuando terminamos el instituto, nos mudamos a Toronto juntos y compartimos piso. Él estudió Periodismo y yo fui a una escuela de cocina. Éramos como dos cohetes gemelos que se daban apoyo mutuo mientras perseguían sus sueños. Y entonces George se mudó a la otra punta del país por trabajo y me dejó coja. Cada avance en su carrera profesional se lo llevaba más lejos, pero conservamos la amistad mediante un flujo interminable de mensajes y correos. Hace tres años, estuvo tres meses cubriendo los incendios forestales que arrasaron una gran parte del país. Cuando volvió, todo había cambiado.

—George, ven a sentarte —dice mi padre—. Estarás muerto de hambre. ¿Cómo ha ido el vuelo?

Observo cómo mi amigo se detiene para darle un beso a Mimi, que le susurra algo al oído antes de que lo absorba mi familia, igual que ocurre siempre desde que se mudó a la casa de al lado. Era como un gato callejero. No dejaba de venir y nosotros no dejamos de darle comida. Se quedó con nosotros. Nos ayudó a mantenernos unidos tanto como nosotros lo ayudamos a él.

Nate y yo nos sentamos. Aurora me sirve agua en un vaso y me pasa la cesta del pan.

—Come.

# 3

Ni con un estropajo de metal podrían borrarme la sonrisa de la cara. Ahora que ha llegado George, todo es perfecto.

Me termino dos copas de *crémant* seguidas y siento que mi cuerpo se relaja. Estoy rebosante de alivio.

George tiene en el regazo a Birdie, mi sobrina de tres años. Están pintando una página de su libro de colorear. Darwin y su mujer, Anh, agradecen tener un respiro. Mi madre acribilla a George a preguntas acerca del congreso sobre el cambio climático y mi padre escucha. Es un hombre de pocas palabras y una compasión infinita. George ya se ha aflojado la corbata. En cualquier momento se desabrochará el primer botón de la camisa. Tenía un aspecto respetable al llegar, pero es incapaz de mantenerse tan arreglado mucho tiempo. Tampoco puede estarse quieto. A no ser que esté absorto en sus pensamientos, está en movimiento. A veces creo que se mueve tanto porque su cuerpo necesita quemar todo lo que se le pasa por la cabeza.

Cuando nuestras miradas se encuentran durante el postre, levanto una mano abierta.

—¿Cinco minutos? —le digo sin emitir sonido, moviendo solo los labios—. ¿Fuera?

Él asiente.

Me veo arrastrada a la pista de baile junto a Nate. Le ha pedido al pianista que pase a hacer versiones jazzísticas de canciones pop. Hemos estado yendo a clases de baile para prepararnos para la boda, aunque yo ya sabía bailar vals, tango y foxtrot. Mimi nos enseñó bailes de salón a George y a mí cuando éramos niños. Como tutora legal no era estricta, pero, como antigua bailarina, Mimi insistía en que él aprendiera a llevar a su pareja de baile en la pista. Durante años, esa pareja de baile fui yo.

George era un bailarín nato, pero yo siempre intentaba ser la que lo guiaba a él. Así que Mimi me hizo bailar con los ojos cerrados para que no tuviera más remedio que seguirlo.

«Delante, al lado, juntos».

«Francesca, tienes la gracia de un rinoceronte».

«Un, dos, tres».

Mimi y Nate son las únicas personas que me llaman Francesca. Nunca he corregido a Mimi porque me da un poco de miedo, y Nate tiene el pase porque dice que soy demasiado guapa para llamarme Frankie.

Mi prometido no es un bailarín nato y, a pesar de las clases, no hemos encontrado nuestro ritmo. Me pisa la punta de los pies cinco veces mientras bailamos, pero no me importa. Cuando miro a George, tiene una sonrisa de suficiencia en la cara.

—Rinoceronte —me dice sin emitir sonido, y yo me río tanto que se me saltan las lágrimas.

—¿Cinco minutos más? —le digo yo también moviendo solo los labios desde la distancia, y él asiente.

Pierdo la noción del tiempo. Me duelen las mejillas de sonreír. Todo el mundo está en la pista de baile, hasta Birdie, casi dormida en brazos de George. El pianista termina de tocar y Moby se autoproclama DJ poniendo música con el Bluetooth. Es el momento en el que los padres y abuelos empiezan a excusarse. Anh se lleva a Birdie a la cama y Darwin consigue grandes vasos de whisky mientras Moby va repartiendo gominolas de marihuana. Aurora y Betty sirven chupitos de tequila. Yo estoy algo preocupada por si estamos dándolo todo dos noches antes de tiempo, pero entonces Nate me da un beso torpe con una sonrisa floja.

—Te quiero —dice—. Me haces muy feliz.

Yo me quito los tacones.

Consigo separar a Aurora de su novia y bailamos como si tuviéramos trece años, meciéndonos, yo con las manos en sus hombros y ella con las suyas en mi cintura.

Somos amigas desde hace cinco años, desde la noche en la que entré de improviso en su estudio de tatuaje y ella me dijo que volviera cuando tuviese cita. A la mañana siguiente, repasé su perfil de Instagram, maravillada por el nivel de detalle de sus trabajos. Puede hacer cualquier cosa, pero por lo que más se la conoce es por sus flores y animales hiperrealistas. Tatúa unos colibríes increíbles. Leí una entrevista que le hicieron en la que hablaba de cómo es ser una artista negra y de su compromiso por dar a conocer las técnicas adecuadas para tatuar tonos de piel oscuros. La forma en la que hablaba de su trabajo, con tanta dedicación, me recordó a George.

Le pedí cita para mi segundo tatuaje y salí de allí con un precioso laberinto en el hombro y una nueva amiga.

—Me encanta verte así —dice.

—¿Cómo?

—Radiante. En cuanto ha aparecido George, has vuelto a la vida.

Me encojo de hombros.

—Es mi mejor amigo.

Al cabo de un momento, el hombre en cuestión entra en escena y toca a Aurora en el hombro.

—Voy a robártela un momento —dice George.

Ella le lanza una mirada que parece de ánimo y, al mismo tiempo, amenazadora. Sabe lo de la discusión.

Él levanta la barbilla como para hacerle saber que lo ha entendido, y Aurora se aleja para unirse a Betty y al círculo de gente que baila.

Frente a mí, George levanta la palma de la mano.

—Hace mucho tiempo —le digo, poniendo mi mano sobre la suya y levantando el otro brazo para colocarme en la posición de inicio del vals.

—No te preocupes, yo todavía me defiendo.

Y, así, sin más, George me guía por la sala. Y, en efecto, todavía se defiende, y muy bien.

—Fanfarrones —grita Moby.

Yo levanto la vista y le sonrío a George, pero él me mira de un modo raro, sus ojos van de un punto a otro de mi cara.

—¿Tengo algo entre los dientes?

—No. —Carraspea—. Estás distinta.

Me ha maquillado Aurora. Ha conseguido resaltar el violeta de mis ojos y hacer que mi enorme boca parezca sexy y no de payaso.

—Me han hecho el *contouring* —le digo.

—No sé qué es eso.

—Qué suerte tienes.

—El vestido es… —Da la impresión de que le cuesta decir algo bonito. Es un simple vestido lencero escotado.

—Tú di que estoy guapa —le ordeno.

—Estás guapa —dice sosteniéndome la mirada—. Estás preciosa, Frankie.

Me río por la tensión de su voz. Nunca se le ha dado bien hacerme cumplidos sobre mi apariencia física.

—Y pareces feliz —añade.

—Lo soy —le digo—. Creo que nunca había sido tan feliz.

Le piso el pie. George me aprieta la espalda con delicadeza, un recordatorio de que se me ha olvidado dejar que me guíe. De modo que, durante el resto de la canción, bailo con los ojos cerrados tal como me enseñó Mimi. Todo se reduce a la música y al movimiento y a la presión de sus manos. Es el único momento en el que le entrego el control a otra persona y la sensación es de liberación total. Algo que no he podido encontrar en ningún otro sitio y que hacía años que no sentía, desde que George y yo bailamos en la boda de Darwin.

Cuando cambia la música, abro los ojos.

—Echaba de menos esto —digo.

—Yo también. —Tiene la voz rasposa.

A veces todavía veo al chico perdido al que conocí hace tanto tiempo, pero ahora mismo no hay ni rastro de él. Su cara de

querubín ha sido sustituida por ángulos marcados y la sombra oscura de la barba de pocos días. Es seguro de sí mismo. Nate tiene una energía de guardabosques competente, pero, no sé cómo, la seguridad de George es más discreta y, a la vez, completamente innegable.

Nunca olvidaré cómo era a los ocho años, con esas mejillas de un rosa pálido y sus ojos azules mirándome desde el otro lado del seto. En aquel momento, no conocía su historia, pero, de algún modo, sabía que me necesitaba. Igual que ahora sé que algo va mal.

—¿Qué pasa? —le pregunto cuando avanzamos por la sala todavía cogidos de la mano.

Él esboza una sonrisa torcida.

—Nada, aunque seguramente lo de la gominola no haya sido buena idea.

—Claro que no, ha sido una cagada de novato. Ingerir cualquier cosa que salga del bolsillo de Moby siempre es una mala idea.

—Me ha dicho que era suave.

—Estamos hablando de la misma persona que te convenció para fumarte un porro entero la primera vez que probaste la marihuana.

Teníamos catorce años. Yo le di una calada, pero creo que George quería impresionar a Moby. Al cabo de unos minutos, iba en globo. A Moby le pareció graciosísimo, pero yo fui la que tuvo que colar a George en casa sin que Mimi se diera cuenta y llevarlo a su cuarto, donde fue alternando entre ataques de risa y discursos en los que se sinceraba sobre nuestra amistad. Habría sido bonito si no hubiera durado HORAS.

Una sonrisa le curva las comisuras de los labios.

—Tienes razón, tendría que haberlo visto venir.

Miramos a nuestro alrededor. Moby está retando a Nate a una batalla de break dance, y mi prometido hace el gesto de quitarse el polvo de los hombros con una sonrisa. Le da totalmente igual hacer el ridículo. Eso es algo que me encanta de él. Es una persona seria, pero no se toma a sí mismo demasiado en serio.

—¿Cómo está Chiara? —le pregunto a George volviéndome hacia él.

Su novia actual —y «novia» es una palabra un poco fuerte, teniendo en cuenta lo poco que le duran— es una intérprete que conoció en São Paulo.

—Lara —me corrige.

Hago una mueca.

—Lo siento.

George no habla demasiado sobre las mujeres con las que se acuesta y no hay rastro de ellas en sus redes sociales. Son todo fotos de amplios fiordos, plantas tropicales raras y marsupiales adorables. Y, si bajas lo suficiente, muros de fuego y bosques convertidos en ceniza.

Pero yo viví con él cuatro años y sé que no pierde el tiempo. Es claro desde el principio acerca de lo que busca y lo que puede ofrecer. Viaja tanto que, muchas veces, solo es una noche o dos. Pero hay algunas mujeres a las que ve siempre que está en una ciudad (la abogada especializada en derechos humanos de Londres, la piloto de Vancouver…).

Las «novias», las relaciones en las que hay exclusividad, son menos frecuentes. Así que debería acordarme de Lara. La trajo a una cena que organicé en casa de Nate, pero yo estaba demasiado centrada en George. Era la segunda vez que él coincidía con Nate.

—¿Cómo está Lara? —pregunto.

—Su artículo sobre los rinocerontes moteados de Namibia que están en peligro de extinción acaba de recibir un premio muy importante.

¿Lara es periodista? Joder, sí que le presté poca atención.

—Oh —digo—, dale la enhorabuena de mi parte.

George suelta una risita grave.

—Frankie, Lara es intérprete.

Le doy un empujón.

—¡Lo sabía!

—Y no existe el rinoceronte moteado.

—Eres un capullo.

—Y Lara y yo ya no salimos juntos.

—Vaya, no me lo habías dicho —digo intentando no parecer dolida —. ¿Cómo se lo tomó?

George siempre es el rompecorazones. Es comprensible que sea siempre el primero en saltar del barco: su infancia le dejó un profundo miedo al abandono. Aunque yo tampoco soy quién para hablar.

Me observa un momento.

—No muy bien, pero fue hace un par de meses, seguro que ya ha pasado página.

Lo dudo.

—Dicen que Avery Harper-Klyne está soltera —digo, y George se ríe flojito. Fuimos a la universidad con Avery y ha sido una broma recurrente a lo largo de nuestros años de amistad. Pobre.

—Todo el hemisferio norte ha oído que Avery está soltera —dice él. Escribió sobre su divorcio en un tratado de diecinueve párrafos

que compartió en distintas plataformas.

Sonrío y George me devuelve la sonrisa. Es como oír una melodía familiar. Sin embargo, la sonrisa flaquea.

—Algo va mal. Cuéntamelo.

—Vas a casarte —dice.

Yo frunzo el ceño.

—¿Ahora te das cuenta?

—Creo que empiezo a asimilarlo ahora.

Le aprieto la mano y sus pasos se ralentizan.

—No me creo que estemos aquí —musita—. Parece que hace nada estábamos escondidos en el armario de la biblioteca discutiendo sobre qué pondríamos en el centro de nuestro laberinto.

—Una fuente —digo yo.

—Un jardín secreto —replica él.

Este debate es un clásico.

George me estudia con atención.

—¿Eres feliz, Frankie? ¿Feliz de verdad?

Me da un vuelco el corazón y le sonrío.

—Lo soy, George. Te lo prometo.

Asiente con la cabeza de forma casi imperceptible y sé que confía en mi respuesta. Las promesas son importantes para nosotros.

—¿Una promesa por otra? —le pregunto.

Es algo a lo que jugábamos de pequeños. Yo le he hecho una promesa y ahora quiero que me la devuelva.

—Vale —dice.

—¿Me prometes que tú también eres feliz? —Él está preocupado por mí, pero yo también lo estoy por él.

En ese momento, Nate nos interrumpe. Miro a George esperando a que conteste.

—Te lo prometo —dice, y se aleja.

Veo cómo se va a buscar a mis hermanos, y rodeo el cuello de mi prometido con los brazos.

—Te quiero —le digo.

Nate me dedica una sonrisa torpe.

—Te quiero, Francesca Gardiner —dice, y echa la cabeza hacia atrás para gritar—: ¡Vamos a casarnos!

La sala estalla en vítores.

Es la mejor noche de mi vida.

Al cabo de ocho horas, todo se viene abajo.

# 4

Cuando me despierto hay una nota en mi almohada, pero lo que ocurre a continuación prácticamente se ha perdido en un agujero negro de mi memoria.

Es la letra de Nate sobre el papel azul del hotel.

> Te quiero, pero no puedo casarme contigo.

Salta el contestador automático cuando lo llamo.

Me tiemblan los dedos al quitarme las horquillas que me dejé anoche en el pelo.

No recuerdo haber llamado a Aurora, pero debo de haberlo hecho, porque ella trae a mi madre a la habitación. Me acogen entre sus brazos mientras sollozo. No recuerdo haber visto a George, pero sé por su olor que me lleva al coche de mis padres. Me susurra al oído:

—Estoy aquí. Todo irá bien. Te lo prometo. Te lo prometo. Te lo prometo.

Pero es Aurora quien está a mi lado, y no George, cuando vomito en el asiento de atrás.

Mi padre me compra un *ginger-ale* en una gasolinera y mi madre dice que nunca me había visto así.

—Yo sí —le dice mi padre—. Cuando cumplió nueve años.

Ese fue el cumpleaños en el que no estuvo mi madre.

Me he dejado caer sobre el hombro de Aurora mientras ella me abanica con un folleto de la mansión Darlington. Cuando nos acercamos a Toronto, caigo en la cuenta: no tengo dónde vivir. Me incorporo presa del pánico y con la piel de gallina en las piernas y los brazos sudorosos.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—A casa —dice mi padre.

No puedo volver a casa de mis padres. No pienso ir hacia atrás. Lo poco que me queda de mi vida está en la ciudad. No consigo que me entre oxígeno suficiente en los pulmones. Siento la cabeza como un globo aerostático a punto de despegar de mi cuello y salir flotando. Nunca me he desmayado, pero creo que me falta poco.

—Frankie —oigo que dice Aurora, pero parece como si ella estuviera en el suelo y yo en la estratosfera. Me sale un ruido raro de la garganta—. Respira, Frankie.

—No quiero ir a casa. Por favor.

Aurora me pone una mano fría en la mejilla y me vuelve la cara hacia ella. Junta nuestras frentes.

—Respira.

Asiento mirando mi reflejo en sus ojos.

—¿Está bien? —La voz agitada de mi madre me devuelve a la tierra. Me centro en respirar.

—Sí —dice Aurora—. Y puede quedarse en nuestra casa. A Betty no le importará.

Me tiende una botella de agua.

—¿Y el vestido? —pregunto. Me encanta mi vestido de novia. Todavía no he comprendido que nunca me lo pondré.

—George se encargará de todo —dice Aurora—. Está recogiendo todas tus cosas.

Mi padre le pide a Aurora la dirección, y yo apoyo la cabeza en la ventanilla y cierro los ojos.

# 5

Aurora y Betty viven en un pisito acogedor de un solo dormitorio en Toronto. Yo me hago un nido en el sofá con todas las mantas y almohadas que les sobran en casa. El viejísimo gato de Aurora, Atomic Yellow, viene al nido conmigo. Solo me levanto cuando es absolutamente necesario.

George y mis hermanos recogen mis cosas de casa de Nate y el salón queda atestado, aunque todas mis posesiones se reducen a ropa, libros de cocina y cuchillos. Regalé la mayoría de mis cosas cuando me mudé con Nate.

Tengo el primer ataque de pánico cuando George anuncia que no puede quedarse. Me tranquiliza y dice que lo siente, pero que tiene un encargo en Perú. Yo le ruego que me deje ir con él, pero dice que no, que todavía no. Me abraza con fuerza y me besa en la sien de un modo que parece definitivo.

Nate no me responde a las llamadas ni me contesta a los mensajes. Me obsesiono con encontrarle un sentido a lo que ha ocurrido, igual que me pasó cuando tenía ocho años y comprendí que mi madre no iba a volver pronto. La semana antes de irse, yo me había metido en un lío en el colegio por darle una patada a un niño durante el recreo. Se reía del acento de nuestra maestra y a mí me pareció que se lo merecía. Mi madre se puso furiosa.

—¿Por qué tienes que ser una niña tan difícil? —me había dicho.

Mis hermanos y yo éramos muy revoltosos, y supe que ese tuvo que ser uno de los motivos por los que se marchó.

Con Nate no sé qué he hecho mal, pero algo debo de haber hecho. Hago recuento de todas mis carencias (como pareja, como mujer, como adulta, como hija, como hermana, como compañera de trabajo) en un trozo de papel. Es una lista larga. Rodeo «malhumorada» tres veces. No le conté a Nate cómo dejé mi último trabajo. Solo perdí los nervios una vez durante nuestra relación, unos días antes de salir hacia la mansión Darlington. Sé que se quedó impactado, pero ¿lo suficiente para dejarme el día antes de nuestra boda?

Me atormenta la carta de Nate y me preocupa dónde habrá ido a parar. Me imagino a alguien encontrándola al limpiar la habitación y me muero de vergüenza de que un desconocido pueda acceder a mi dolor. Desearía habérmela llevado conmigo.

Soy vagamente consciente de que Aurora y Betty no pueden escapar de mí a no ser que estén trabajando o encerradas en la habitación. Las duchas de Betty son cada vez más largas y oigo Aurora pidiéndole que tenga paciencia.

George me pregunta cómo estoy mucho más que en los últimos años, pero eso solo hace que lo eche aún más de menos.

Avery Harper-Klyne me manda un mensaje directo. Se ha encontrado a nuestra amiga Jenny en las cajas del Foodland de Lakefield y ella se lo ha contado todo. Avery LO SIENTE MUCHÍSIMO. Dice que entiende PERFECTAMENTE por lo que estoy pasando porque su divorcio fue HORRIBLE. Me recuerda que tras las nubes más oscuras siempre brilla el sol. Por ejemplo, sabe de una

oportunidad de negocio que me daría independencia económica, lo cual fue SUPERIMPORTANTE para ella después del divorcio. Los productos para el pelo ME CAMBIARÁN LA VIDA, y solo tengo que hacer una pequeña inversión para empezar. ¿Me interesa que me cuente más? Además, Jenny le ha dicho que George vuelve a estar soltero. ¡QUÉ FUERTE! ¿George y yo seguimos en contacto?

Le pregunto a Avery si tiene muestras gratuitas.

No tiene.

Al cabo de una semana, decido que Avery tiene razón en algo: ha llegado el momento de volver a trabajar. Estoy harta del nido y no tengo muy claro quién lleva más pelo de gato encima, si Atomic Yellow o yo. Pero, además, los días de fiesta que pedí para la boda se han terminado.

Trabajo desarrollando recetas para Brie Palmer. Nos hicimos amigas en la escuela de cocina cuando ella todavía se hacía llamar Brianna. Nuestra amistad nació de la rivalidad —éramos de las mejores de la clase—, pero se fortaleció por ser dos mujeres en un cuerpo estudiantil formado mayoritariamente por hombres. Mientras yo empezaba a trabajar en restaurantes, ella se convirtió en influencer de cocina. Es la persona más espabilada que conozco y ha convertido su éxito en un imperio culinario con dos libros de cocina (*Repostería con Brie* y *Mejoraría con Brie*), un equipo de rodaje, un equipo de gestión de contenidos y una colección de menaje de cocina de lunares. Llevaba años pidiéndome que fuera a trabajar con ella antes de que yo me hartase del restaurante. Me gustaría que el sueldo fuera mejor y las recetas más originales, pero Brie es la mejor jefa que he tenido. Me deja elegir mis horarios y puedo convertir cualquier cocina en mi lugar de trabajo, aunque la de

Aurora es más un armario que un espacio para cocinar. Guarda los calcetines de invierno en el cajón de los utensilios y los jerséis doblados en el horno.

Me centro en la receta de macarrones con queso en una olla de cocción lenta que estoy desarrollando para el tercer libro de Brie, *Mejor todavía con Brie*, y decido que van a ser los mejores macarrones con queso que se hayan cocinado a baja temperatura en mucho tiempo.

Una tarde, cuando Aurora y Betty se han ido al teatro, me llama un empleado del gimnasio. Ha reparado en que uso las instalaciones a pesar de haberme matriculado hace poco.

—¿Tiene cinco minutos para hablar de cómo podemos ayudarla a conseguir sus metas deportivas, señora Bacon? —me pregunta el hombre. Nate me apuntó al gimnasio con su apellido; esa fue la única vez que perdí los nervios con él.

Le digo al hombre (bueno, le grito) que no soy la señora Bacon, que nunca lo he sido y que nunca lo seré.

Él me responde que el ejercicio puede mejorar mi salud mental y me pregunta si quiero pedir cita con su masajista. Son ciento ochenta dólares la hora. Le cuelgo.

Le mando a Nate tres mensajes más y le dejo uno grabado en el contestador pidiéndole, indignadísima, que me explique por qué me ha dejado, pero sigue sin contestar.

Me llama el contable de Brie. El banco se ha puesto en contacto con él preguntándole por una serie de cargos extraordinariamente altos a la tarjeta de la empresa por una compra de quesos. Me dice que bajo ninguna circunstancia puedo volver a gastarme cuatro dígitos en lácteos.

Un día caliento el horno sin pensar. Entonces tengo que emplear todo el crédito de mi tarjeta en comprarle a Aurora jerséis nuevos. Betty me pregunta si puede ayudarme a buscar piso. Yo no le digo que no puedo ni pagar la fianza.

Al día siguiente, Nate por fin me responde a los mensajes. Accede a hablar en persona.

Quedamos en nuestra cafetería y llego preparada con un discurso demoledor, pero mi sed de sangre desaparece en cuanto lo veo. Nate no parece él. Nunca lo había visto tan descuidado. Está demacrado y tiene los ojos rojos. Cuando le devuelvo el anillo de compromiso, se queda mirándolo cinco largos segundos antes de aceptarlo. El hombre que acaba de romperme el corazón parece tan destrozado como yo. Y no responde a mis preguntas. No estoy segura de que termine de procesarlas. Se deshace en disculpas pasándose la mano por la cara. Me dice que la luna de miel ya está medio pagada y que cree que yo debería ir a Tofino. Y se despide.

La realidad me cae encima como la hoja de una guillotina: tengo treinta años y me toca empezar de cero.

Vuelvo al nido.

Rechazo el ofrecimiento de Aurora de pedir hora con una psicóloga.

—Estoy preocupada por ti —me dice.

Al cabo de dos días, mis padres vienen a recogerme.

Le mando un mensaje a George desde el asiento de atrás del coche.

Por favor, vuelve a casa

# 6

## ¡Teníamos diez años

George y yo nos casamos una tarde fresca de finales de septiembre bajo el manzano de mi jardín de atrás. Mi vestido era una cortina transparente con volantes que él había encontrado en el baúl de disfraces de Mimi. Él llevaba un jersey verde de lana y un sombrero de copa de fieltro que había sido de su abuelo. Cogimos mis flores, un ramillete de oscuras violetas de otoño, del jardín del oeste de la Casa Grande. Escribimos los votos en hojas arrancadas de la libreta de anillas de George, y luego nos los leímos antes de terminar la ceremonia con un solemne apretón de manos y lanzar al aire arroz de la despensa de Mimi.

Como a menudo ocurría en aquella época, yo estaba enfadada con mi madre.

Había vuelto antes de que George y yo cumpliéramos diez años, con lágrimas y abrazos y declaraciones de lo mucho que me quería y de cuánto me había echado de menos. A diferencia de mis hermanos, yo no las tenía todas conmigo.

—Se ha ido a casa —había dicho mi padre.

Había resultado que «casa» era la costa este, donde se había criado. Había vuelto al mar.

Durante dieciocho meses, mi madre había vivido en una casa destartalada en la costa de Nuevo Brunswick. Había ayudado a unos investigadores a documentar las ballenas francas del Atlántico Norte y también había sido aprendiz en un equipo que hacía el peligroso trabajo de rescatar animales que quedaban atrapados en redes de pesca de langostas.

Antes de que naciera Darwin, estudiaba para ser bióloga marina. Hasta que se marchó, su amor por las ballenas llenó los primeros años de mi vida, y yo era capaz de recitar datos sobre cetáceos como si fuera una enciclopedia andante:

«Las ballenas francas del Atlántico Norte son una de las especies más amenazadas del planeta.

»Pueden llegar a pesar más de sesenta toneladas y medir más de quince metros.

»Aunque las ballenas francas pueden vivir hasta setenta años, las muertes causadas por el ser humano provocan que las hembras vivan unos cuarenta y cinco años, y los machos, unos sesenta y cinco».

Teníamos un mapa en el que marcábamos los avistamientos recientes y, para el concurso de talentos de tercero, recité el poema preferido de mi madre, «Ballenas jorobadas» de Mary Oliver.

Y, entonces, un día me desperté y mi madre se había ido. Con las ballenas. Sin mí.

Cuando volvió, George y yo ya éramos como siameses. Él se quedó prendado al instante de mi madre y ella lo quiso también. Hablaba de cuánto le gustaban sus ojos y de lo bien educado que

era. No dejaba de alborotarle el pelo. A él le encantaba comer y a ella, alimentarlo. Nos organizó una fiesta de cumpleaños por todo lo alto, y George la seguía por ahí como una planta se vuelve hacia el sol. Yo intenté que no me molestase. Pero él no tenía madre, murió cuando él era apenas un niño de siete años.

Un día de aquel otoño, George y yo volvimos del colegio y nos encontramos dos cuencos del *crumble* de manzana y frutos del bosque de mi madre todavía caliente. Él estaba repitiendo y yo seguía dándole vueltas dentro del cuenco a mi primera ración mientras mi madre le contaba la historia de mi nombre. Darwin se llamaba así por un biólogo. Moby, por la ballena de la novela. Y yo me llamaba así por una ballena de verdad, una ballena franca que mi madre había visto en un viaje familiar a la costa este cuando estaba embarazada de mí. En aquel mismo momento, una enorme ballena llamada Francesca nadaba por el océano Atlántico.

Cuando era más pequeña, me contaba cuentos sobre las aventuras de una niña y una ballena que compartían nombre.

—Había una vez —empezaba diciendo siempre— una niña que se llamaba Francesca y una ballena que se llamaba…

—¡Francesca! —canturreaba yo.

—Francesca, la niña, vivía al lado del mar, y lo mejor de vivir al lado del mar eran…

—¡Las ballenas!

Hubo un tiempo en el que consideraba a la ballena Francesca mi hermana marina, pero, cuando mi madre se marchó, la chica a la que le gustaban estos animales se fue con ella.

Yo me quedé mirando la fruta del cuenco fijamente mientras mi madre le explicaba a George que los investigadores registraban los

avistamientos de ballenas francas en una base de datos de ADN y que algunas tenían nombre. Todas recibían un número de registro y se podían identificar por sus marcas y cicatrices. Francesca era la número 1.950. Era la primera vez que mi madre hablaba sobre ballenas desde que había vuelto a casa, y yo estaba enfadada.

—Qué guay —dijo George zarandeando la cuchara. Una frambuesa aterrizó en su jersey y yo puse los ojos en blanco. Era incapaz de no ensuciarse y siempre tenía los pantalones llenos de agujeros—. Creo que quiero hacer eso cuando sea mayor, quiero trabajar con las ballenas como tú.

Yo lo fulminé con la mirada, aparté la silla de la mesa y me llevé el cuenco a medio comer dando grandes zancadas hasta la cocina. Lo eché dentro del fregadero con gran estruendo.

—Frankie —me riñó mi madre—, con cuidado.

—Ojalá no hubieras vuelto —le dije, y eché a correr.

George me encontró llorando en las ramas de un roble rojo. Se subió al árbol hasta llegar a mí y le dije que lo odiaba. Lo acusé de que le caía mejor mi madre que yo. Le dije que no quería volver a hablar con él.

Al día siguiente lo ignoré en el colegio, pero, volviendo a casa en autobús, me tendió una carta.

Querida Frankie:

Sí que me cae bien tu madre. A veces me gustaría que fuera mi madre. Pero tú me caes mejor que nadie.

Eres mi mejor amiga. Y yo seré tu mejor amigo para siempre. Y puedo demostrártelo. Ven a nuestro escondite secreto.

## GEORGE

Entré en la biblioteca de la Casa Grande y me metí detrás de una de las estanterías. George había descubierto una puerta que daba a un armario olvidado y, siempre que yo entraba en sus confines, el corazón me palpitaba de emoción. Algunas de nuestras mejores aventuras empezaban con un plan que se fraguaba en el armario. Encontré a George sentado dentro con todo lo necesario para una boda. Una vieja cortina como vestido. El sombrero de copa. Una libreta y un lápiz para que escribiese mis votos. Él ya había escrito los suyos.

Diez minutos más tarde, nos declaramos mejores amigos para siempre.

LOS VOTOS DE GEORGE

Frankie, te prometo que nadie se interpondrá entre nosotros.
Te prometo que nunca te trataré mal.
Te prometo que compartiré contigo los refrescos de uva.
Te prometo que siempre seré tu mejor amigo, pase lo que pase.
Hasta si discutimos.

LOS VOTOS DE FRANKIE

Te prometo que no te gritaré demasiado.
Te prometo que te pediré perdón.
Te prometo que te protegeré, incluso de mis hermanos.
Te prometo que seré la mejor mejor amiga que pueda.
Todos los demás son un rollo comparados contigo.
Eres el mejor, George.

# EL BOSQUE

# 7

La cálida caricia del sol que se filtra a través de las cortinas.

El aroma a mantequilla de la repostería de mi madre.

El canto de los grillos en el campo y el gorjeo del carbonero entre las ramas del manzano.

«Pio-pi-pi-pi». Qué canto tan optimista.

Yo me quedo tumbada en la cama esperando a sentir el golpe de la desolación, pero solo están el sol, los grillos y los pájaros. Estamos a 16 de julio. En otra vida, haría dos meses que me habría casado y estaría haciendo las maletas para irme de luna de miel. Evoco la cara de Nate, pero es como apretarme un moretón que va desapareciendo, ya no duele como antes.

Llevo más de un mes en casa de mis padres.

Viven en una típica casa de campo de ladrillo naranja en Old Stone Road, en la región de Kawartha Lakes, pero no viven en una isla. Su trocito de terreno del centro del Ontario está en el interior, a unas dos horas al nordeste de Toronto. No es que esté en medio de la nada, pero es muy rural. La Casa Grande está justo al lado, pero el siguiente vecino más cercano está a casi un kilómetro carretera abajo. Antes de que llegase George, no había ningún niño aparte de mis hermanos a una distancia a la que se pudiera ir andando o en bici. Todo eran campos y bosques y piedras.

Ahora, sola en mi habitación, me parece que el tiempo se pliega sobre sí mismo. Miro el póster de Katniss Everdeen y el corcho cubierto de cartas de George, medallas de atletismo y recetas recortadas de revistas. Es fácil imaginarme que tengo dieciséis años. Me permito fingir que George está en la cocina engullendo el bizcocho de plátano de mi madre mientras espera para llevarme al instituto en el Cadillac de Mimi. Me lo encontraré en un taburete hablándole a mamá sobre la acidificación de los océanos o el deshielo de los glaciares.

Pero basta con un mensaje para devolverme a la realidad.

*Aurora*
Eres la persona más fuerte que conozco.
Te quiero y pienso mucho en ti. VE A TOFINO!!!

Con un quejido, le mando una hilera de emojis de corazón. Aurora ha sido la correveidile en todas las gestiones entre Nate y yo después de la ruptura. Dice que él insiste en que yo vaya a la luna de miel, pero todos mis amigos están ocupados trabajando y una escapada romántica en solitario es demasiado para mí.

Oigo la camioneta de Darwin entrar por el camino y a mi padre salir a saludarlo antes de ponerse ambos a trabajar en el taller que tenemos detrás de casa. La Ebanistería Gardiner ahora es la Ebanistería Gardiner e Hijo. Nunca pensé que volvería a vivir con mis padres, pero oír a mi hermano mayor y a mi padre saludarse cada mañana me reconforta, y me encanta ver más a Birdie. Mi sobrina es caótica y le gusta hacer tonterías y gritar, y siempre lleva el pelo rubio oscuro enredado. Me recuerda a mí cuando era pequeña. Birdie tiene mucho apetito y declara que casi todo lo que le preparo

yo está «¡rico, rico, rico!». El queso fundido y los palitos de zanahoria son lo que más le gusta y, aunque cualquiera podría preparárselos, ver cómo sonríe al comerse algo que he hecho yo me da una profunda satisfacción.

Me obligo a levantarme y me pongo un bañador y la camiseta de los Parques Nacionales de Canadá que le robé a George cuando vivíamos juntos. Bajo las escaleras —las chanclas van chocando contra los escalones de mármol— y me encuentro a mi madre en la cocina con unas magdalenas enfriándose sobre una rejilla.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta mientras saca una segunda bandeja de magdalenas del horno.

—Estoy bien —contesto.

Mi madre no insiste. Nunca insiste.

Señala la toalla de playa que llevo al hombro.

—¿Te vas a la Casa Grande?

—Ajá.

Mimi me ha invitado a bañarme en su piscina cuando quiera. Me pedí unos días libres justo antes de la luna de miel y pienso pasarlos poniéndome morena.

—Le he hecho a Mimi raciones de arroz frito con *kimchi* —digo sacando la fiambrera de la nevera. Le encanta el arroz frito.

—Pues te preparo algunas magdalenas para que te las lleves.

Con las fiambreras en la mano, cruzo el terreno hasta el agujero en el seto de cedro, donde una casita de pájaros de madera descansa en la maraña de ramas. Tiene forma de cabaña de troncos con un tejado a dos aguas que se puede abrir. George la puso ahí un año después de que volviera mi madre. En el colegio habíamos estado estudiando los volcanes y justo así era como me sentía yo.

Mis emociones eran lava ardiente y burbujeante a punto de estallar dentro de mí y salir en una erupción descontrolada, y yo no siempre entendía por qué. Estaba enfadada todo el tiempo.

—Será como el buzón que Laurie les da a las hermanas March en *Mujercitas* —me dijo George, que ya entonces sabía muy bien cómo convencerme. Hacía poco que habíamos visto la película por primera vez—. Te escribiré una carta hoy y podrás ir a buscarla mañana por la mañana.

Como por arte de magia, su nota me esperaba bajo una manzana roja y reluciente. Todavía la tengo.

Querida Frankie:

¡Esta es la primera carta oficial de nuestro nuevo buzón!

(En realidad, es una casita para pájaros, pero la he encontrado en el sótano y creo que valdrá).

¿Te acuerdas del otro día, cuando me dijiste que a veces te cuesta explicar cómo te sientes? Me preguntaba si sería más fácil escribirlo. Yo hago eso cuando quiero aclararme.

Podemos decir lo que queramos y solo lo leeremos nosotros.

GEORGE

Aunque escribir no me resultaba tan natural como a él, plasmar mis emociones en un papel y dejar que el buzón se las llevara fue la forma en la que lidié con mis sentimientos más complicados durante años. E, igual que le dejaba cartas, le dejaba también tesoros: la pluma de un arrendajo azul o un cuenco de frambuesas silvestres y, más tarde, recortes de lugares que deseaba visitar o recetas que quería que George probara.

Llevo seis semanas aquí y nunca había necesitado tanto a mi mejor amigo. Lo veo por todas partes. El dulce niño de ocho años al que defendí con uñas y dientes. El rompecorazones adolescente al que hacía rabiar cuando las chicas se derretían por él. El chico que entraba por mi ventana cuando yo había discutido con mi madre. El hombre que me gritó en el campo en Navidad.

Abro la tapa del buzón y le dejo la carta que le escribí anoche. No sé cuándo la recibirá, pero aquí estará. Igual que yo.

# 8

Entro por la puerta lateral para que Mimi no tenga que levantarse.

—Buenos días —digo levantando la voz.

—Estoy aquí —responde—, todavía no me he muerto.

La casa de mis padres tiene un buen tamaño, pero la Casa Grande la hace parecer una choza. La estructura original es la de una bonita casa de campo de piedra de dos plantas, pero Mimi y su marido ya fallecido, el gran Edward Saint James, le añadieron tres alas. Tiene seis chimeneas, una biblioteca y un salón de baile con puertas acristaladas que dan a la terraza trasera.

Mimi está escuchando una pieza dramática y clásica, sin duda, de un ballet. Dejo el arroz frito en la nevera y sigo el sonido de la orquesta hasta la luminosa sala de estar que hay en la parte trasera de la casa.

Me la encuentro fumando un cigarrillo fino y hojeando *Vogue*, vestida con un caftán negro y una de sus pelucas. Esta tiene rizos cortos azabache que contrastan con su piel fina como el papel. Antes de conocer al abuelo de George, Mimi era *prima ballerina* en Les Grands Ballets Canadiens de Montreal. Imagino que ya la consideraban una extraña criatura aquí, en North Kawartha, mucho antes de que mis hermanos y yo pensásemos que era una bruja.

—Pero si ibas a dejarlo —le digo, y le doy un beso en la mejilla que ella me ofrece.

—Y tú ibas a casarte.

—Hace justo dos meses —contesto sentándome delante de ella y colocando la caja de magdalenas de mi madre sobre la mesita de café.

—¿Las galletas con trocitos de chocolate de Rebecca? —pregunta con la voz seca como la estopa.

—Magdalenas de arándanos.

—*Pas mal.*

Tanto Mimi como George son bilingües. Mi francés es horrible, pero entiendo ese «*pas mal*». No está mal.

Le da una larga calada al cigarro antes de apagarlo en el cenicero.

—Hay arroz frito en la nevera —le digo.

—Eres maravillosa. ¿Cómo te encuentras? —me pregunta con sus ojos azul oscuro fijos en mí de un modo que me recuerda a su nieto. Ya no tiene la espalda recta de bailarina de ballet, se le curva como una hoja de helecho, pero hay algo majestuoso en ella.

—No es la primera vez que me hacen esa pregunta hoy.

—¿George?

—Mi madre.

—Bueno, es un día importante. Te habías hecho una idea de cómo sería tu vida y las cosas han sido muy diferentes. Sé lo que es eso.

Mimi pensaba que su gran amor sería el ballet, pero luego se enamoró de un magnate maderero que prefería la tranquilidad del campo a la ciudad.

—Estoy bien —digo—, aunque por momentos siento que mi vida entera se ha venido abajo.

Me vienen a la mente todos los días malos de los últimos dos meses.

La nota en el papel azul. Las noches enumerando mis defectos. El extracto de mi tarjeta de crédito. Las devastadoras oleadas de soledad.

—*C'est bête* —dice Mimi—. Hay que vivir día a día. Ve con la frente alta, saca pecho y, sobre todo, respira, Francesca. Recuerda lo que te decía en clase: «Respira con el abdomen».

Se me escapa la risa.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me pregunta.

—El ballet.

Ella suelta una risita.

Durante unos años, Mimi dio clases de ballet para los niños del pueblo en el salón de baile. Dijo que se aburría. Mi madre me apuntó, pero Mimi me echó al cabo de tres sesiones. Todavía la oigo decirle a mamá: «A Francesca le cuesta controlar la respiración y se porta mal con las otras niñas».

Por algún motivo, siempre me resultó más fácil bailar con George.

—Esto también pasará —afirma Mimi—. Como todo. Además, nunca pensé que Nate fuera para ti.

—Parece que es una opinión muy extendida en la familia Saint James.

—Pocas personas te conocen mejor que George y yo.

Es cierto. Cuando éramos pequeños solíamos venir aquí después del colegio. Mimi nos dejaba tomar refresco de uva con la merienda y luego nosotros corríamos a la planta de arriba a jugar. Mimi tenía armarios llenos de ropa estrafalaria y baúles llenos de pelucas viejas,

sombreros y otros trastos para disfrazarse. La Casa Grande era nuestra fortaleza.

—Nadie me conoce mejor que George —le digo.

Mimi enciende otro cigarro.

—Eso ha sido así en algún momento, pero no estoy segura de que lo siga siendo. Tu compromiso fue toda una sorpresa.

Se me queda mirando fijamente y da una larga calada.

—Ojalá pudiéramos volver a estar como antes —digo con un hilo de voz—. ¿Por qué las cosas nunca pueden seguir igual?

—No podemos volver nunca al pasado, *ma chère*, solo seguir adelante. Ahora sois adultos, no niños que corren descalzos escupiéndose pepitas de sandía. —Me hace un gesto con el cigarro —. Pero ¿quién sabe lo que nos depara el futuro? Yo me pasé años aquí metida llorando a mi marido, a mi hijo que se había ido y al nieto al que apenas conocía.

—Y entonces llegó George —digo.

Asiente.

—Y volví a la vida.

Y el terreno de la Casa Grande también. Los jardines abandonados empezaron a parecer cuidados, los rosales estaban podados y el césped cortado. Y mis hermanos y yo dejamos de referirnos a Mimi como «la bruja».

—¿Lo echas de menos?

—Tanto como tú —dice.

—¿A todas horas?

—Cada segundo.

—Ojalá volviera para quedarse.

Pero sé que siempre habrá otro encargo que se lleve a George lejos. Ser amiga suya es aceptarlo por quien es, incluida su negativa a atarse a nadie ni a ningún lugar.

Ella chasquea la lengua.

—George necesitaba abrir las alas y echar a volar, encontrar su lugar en el mundo. Igual que tú.

—Y, sin embargo, aquí estoy, otra vez en el punto de partida. —Me han cortado las alas.

—Con los años he descubierto que volver al principio es a veces la única forma de seguir adelante —dice Mimi—. Además, creo que las cosas están a punto de mejorar.

—¿Sí? ¿Viene Leo a hacer una limpieza extra?

Leo es un joven fornido que se encarga de cuidar la piscina todos los miércoles. Los días que él está, Mimi y yo nos instalamos en la terraza con un té frío y bromeamos en voz baja sobre qué más podría cuidar Leo. Es lo más cerca que podemos estar ambas de comernos un rosco aquí.

Me ofrece una sonrisa.

—Mejor.

# 9

Mimi hizo instalar la piscina el verano en el que George y yo cumplimos nueve años y, como de costumbre, no escatimó en gastos. Hay un trampolín al fondo y una hilera de fuentes en forma de cabeza de león a lo largo de uno de los lados. Yo me quito la camiseta, camino hasta el final del trampolín y me tiro de cabeza.

George y yo nos pasamos incontables horas nadando en esta piscina, haciendo carreras en el agua, jugando a Marco Polo con mis hermanos, bebiendo refresco de uva y sorbiendo helados. Casi puedo ver nuestras pisadas húmedas sobre la piedra de la terraza y oír los gritos de «¡Pez fuera del agua!» de los que seguían jugando a Marco Polo.

Cumplimos años a principios de septiembre y, para los doce, dimos una fiesta conjunta en la piscina. Triunfó tanto entre nuestros amigos que se convirtió en una tradición anual. El último gran acontecimiento del verano era el cumpleaños de George y Frankie en la Casa Grande. Esta piscina ha visto muchas cosas.

Pero ya no tengo branquias como entonces. Tras unos cuantos largos, me seco, me recuesto en una tumbona y saco un libro de cocina de mi bolsa de tela, *Farm, Fire & Feast: Recipes from the Inn at Bay Fortune*, de Michael Smith. Las fotografías, tanto de la comida como de la Isla del Príncipe Eduardo, son impresionantes. Las

recetas salen del corazón del autor. Son muy personales y tienen una conexión profunda con las treinta hectáreas de la isla en las que Smith tiene su parador y su granja ecológica. Un suspiro de envidia me vibra en el pecho.

Tenía un horario agotador como cocinera y, aparte de una estancia de cuatro semanas en un restaurante de Barcelona y un par de viajes con todo incluido a México y Costa Rica, no he viajado tanto como soñaba. Mientras que a George los encargos le permiten explorar el mundo, mi pasaporte han sido los libros de cocina. Al principio de la veintena, antes de estar sobrepasada y agotada por el trabajo, los leía compulsivamente.

Para poder dormir cuando estaba demasiado alterada después de un turno, viajaba al África oriental con *In Bibi's Kitchen*, de Hawa Hassan y Julia Turshen. Antes de entrar a trabajar los sábados por la mañana para empezar a preparar el servicio, me iba en bici al mercado de productores locales de Evergreen Brick Works para pasearme entre los puestos. Me compraba un cucurucho de papel de patatas fritas condimentadas con hierbas y buscaba un banco en el que sentarme para viajar al Sudeste Asiático con *Hot, Sour, Salty, Sweet* de Jeffrey Alford y Naomi Duguid. Cuando me entraron celos por la estancia de un mes de George en Noruega, aprendí las tradiciones culinarias del país con *North Wild Kitchen* de Nevada Berg.

Mis libros de cocina favoritos tratan tanto de la comida como del lugar, pero hace mucho que no me siento a leer uno. Al ir pasando las páginas, vuelvo a sentir el aleteo del anhelo.

Lo ignoro y saco una foto de mis pies y el agua turquesa de fondo y otra de las vistas. Mimi tiene un terreno enorme, un campo abierto

flanqueado por árboles a lo lejos, por donde corre el arroyo. Le mando las fotos a Aurora.

Irme a Tofino? Para qué?

*Aurora*
Guaaau. Sí que es precioso

Cuando era pequeña y soñaba con correr aventuras lejos de aquí, no lo apreciaba, pero cada cambio de estación insufla nueva vida a los bosques, las charcas y los lagos cercanos a Old Stone Road. No comparto la devoción de mi madre y de George por la naturaleza, pero hasta yo me maravillo ante el impresionante alarde de hojas otoñales y la viveza de los rojos, los teja y los dorados en contraste con el verde de las ramas perennes y el frío azul del cielo. Soy consciente del aspecto extraordinario de nuestro campo tras una noche de fuertes nevadas, del manto liso que centellea bajo el tenue sol invernal. Me gusta cuando hace frío de noche y calor de día y los arces están llenos de savia. El olor ahumado y dulce de las cabañas donde se fabrica el sirope es casi divino.

Me gusta el gran deshielo en primavera. Ver cómo el arroyo trae un hilo de agua un día y, al otro, un torrente. Me gusta la fragancia de las lilas y el azahar y el piar de los pollitos en sus nidos.

Y luego está el verano, en el que ya hemos entrado de pleno. Los días son tan extensos como el cielo y se alargan con languidez hasta terminar siendo tardes de puestas de sol maravillosas y anocheceres melancólicos. En los campos hay actividad constante: saltamontes, grillos y luciérnagas que trabajan por turnos.

Es un paisaje más tranquilo que el de las espectaculares playas y bosques húmedos de la isla de Vancouver, pero, aun así, sigue siendo bonito. Nunca he estado en Tofino. Nate fue una vez y me dijo que era incapaz de imaginar un lugar más romántico en el mundo. Nos reservó una casa en un resort de lujo, pero, por lo demás, no habíamos hecho más planes. Supuse que el viaje consistiría básicamente en comer y quedarnos en la cama. Tal vez daríamos algún paseo entre la comida y la cena. Pensé en cocinar algunas noches. Exploraría los mercados locales. Experimentaría con sabores diferentes.

Reparo en que, aunque he estado mucho tiempo preguntándome qué fue mal en nuestra relación, he dejado de aferrarme a los recuerdos. Pensaba que tal vez hoy me despertaría algo de nostalgia, pero los doce meses que pasé con Nate ahora me parecen la vida de otra persona.

Puede que sea porque fui otra persona cuando estaba con él. Me pasé la veintena escalando puestos para llegar al de *sous-chef* en uno de los restaurantes más prestigiosos de la ciudad. Noche tras noche, trabajaba sometida a una presión extraordinaria y a un nivel de exigencia altísimo. Estaba en racha. Volaba alto. Sobrevivía gracias a la adrenalina y a un bol de ramen a las dos de la mañana. Optaba por mantener relaciones románticas informales y poco exigentes para conservar la energía para lo importante: el éxito. Dejé de soñar con lugares lejanos. Ya no tenía tiempo para leer libros de cocina ni para pasear por mercados de productores locales. El trabajo se había convertido en la aventura.

Pero, al final, me estampé. Bastó con un cliente horrible para que perdiera los estribos. Había hecho llorar a una camarera

reprendiéndola por un bistec demasiado hecho. Yo salí al comedor, le eché un solomillo crudo en el plato y, antes de que pudiera reaccionar, volví a la cocina a grandes zancadas y dejé el trabajo.

Cuando apareció Nate, yo no quería tener nada que ver con la persona estresada que escupía fuego en la que me había convertido. Durante el año que estuvimos juntos, fui una nueva Frankie. Las aventuras eran lo último que se me pasaba por la cabeza. Necesitaba recargar las pilas. Necesitaba una vida fuera del trabajo. Deseaba tranquilidad. Dejaba pasar las cosas que me molestaban de nuestra relación. Quería vivir en paz.

Ahora no tengo más que paz. Trabajo unas horas razonables. Preparo recetas en una olla de cocción lenta sin llamas ni chisporroteos. Los días se funden unos con otros y siento que vuelvo a tener ocho años y tengo unas ganas irrefrenables de que pase algo, lo que sea. Quiero aventuras. Quiero emoción.

Me pongo las gafas de sol y cierro los ojos imaginándome que tengo catorce años y que George ha ido adentro a por unos refrescos de uva. El verano se extiende ante nosotros, titilando con la posibilidad de correr aventuras, y mi mayor problema es poder vivirlas todas antes de que termine agosto.

Debo de soñarlo también, porque oigo el chasquido y el siseo de una lata de refresco al abrirse, seguidos de una grave risa que me es muy familiar.

# 10

Abro un párpado y ladeo la cabeza. Un hombre alto se cierne sobre mí, con la silueta recortada contra el sol. Da un largo trago y luego me tiende el refresco.

Estoy soñando. Me he imaginado cómo sería volver a ser pequeña y estar aquí con George, y ahora está en mis sueños.

—No tienes catorce años —le digo.

—Pareces decepcionada. —Es una voz grave, de hombre, a juego con los dedos largos y manchados de tinta que rodean la lata morada.

Refunfuño un poco y cierro los ojos para dormir más profundamente. Las cosas eran mucho más fáciles cuando teníamos catorce años.

—Frankie, despierta.

Me incorporo, resollando. Las gafas de sol se me caen de la cara cuando levanto la mirada hacia el hombre y parpadeo. No es un sueño. George está aquí de verdad. Con un chillido encantado, me pongo de pie de un salto y lo rodeo con los brazos apretando tanto que la risa le sale ahogada. Está rígido como un palo, pero me da igual.

—Suéltate —le digo, y se relaja un poco.

En algún momento, en la época en la que me salieron las tetas y él empezó a esconderme cosas en un cofre de madera cerrado con llave debajo de su cama, llegamos al acuerdo tácito de que casi todas las formas de contacto físico quedaban proscritas. Bailar era una excepción. Los empujones en el hombro y los apretones de manos estaban permitidos; tumbar al otro en el césped de un placaje o darnos la mano, no. Dejamos de jugar en el arroyo en ropa interior y George ya no podía quedarse a dormir en mi cuarto. De todos modos, mis padres no tenían de qué preocuparse; George dejó claro cuando teníamos dieciséis años que no tenía intenciones deshonrosas en lo que a mí respectaba.

Lo inhalo y huele distinto. No en el mal sentido, como cuando teníamos quince años y tuve que esconderle aquel fétido desodorante en espray. Huele a cuero, a humo, demasiado elegante para alguien que lleva dos meses viviendo solo con lo que cabe en una maleta de mano.

—Frankie —dice George apartándome las manos de sus costados —. No puedo respirar.

Lo dejo ir a regañadientes.

—Eres mi sorpresa —digo dando saltitos.

—¿Soy tu qué?

—Mimi me ha dicho que tenía una sorpresa para mí. ¡Eres tú!

Le bailan las pupilas.

—Igual tendría que haber salido de dentro de un pastel.

—¿Lo harías?

—No.

—¿Ni por mí?

—Nunca.

Me tomo un momento para echarle un vistazo. No tiene nuevas cicatrices ni heridas visibles (es muy temerario a la hora de ir tras la noticia que está cubriendo). Ahora mismo escribe una serie de artículos sobre la recuperación de los manglares en las reservas de la biosfera del Caribe y América Latina. Desde la última vez que lo vi, ha estado en Perú, Ecuador, Colombia y Cuba. Se ha cortado el pelo; ahora tiene los lados bien recortados, pero en la parte de arriba persiste el caos de rizos. Lleva unas botas de montaña de piel, unos vaqueros negros descoloridos y una camiseta de manga corta gris, pero lo más importante es que también lleva…

—¿Gafas nuevas? —Arqueo las cejas.

Estas tienen montura de carey, pero la parte de debajo de las lentes queda al aire y las patillas tienen unos toques dorados muy chic. Son mucho más sofisticadas que las gafas de pasta negras y gruesas que lleva siempre.

Me toco la barbilla con el índice.

—Vaya, corte nuevo, gafas nuevas y colonia nueva.

—No empieces. —George me lanza una mirada fulminante, pero le brillan los ojos. Quiere jugar. Es la chispa que tanto he echado de menos y voy tras ella.

—Tal vez me equivoque, pero da la impresión de que te has hecho un cambio de imagen. —Dibujo una sonrisa diabólica—. Hay quien diría que eso es un poco… No sé… ¿Cuál sería la palabra?

Él echa la cabeza hacia atrás, mirando el cielo.

—¡Sabía que te burlarías!

—¡Superficial! —Doy una palmada.

Una vez, George afirmó que él no prestaba atención a su apariencia. Vivíamos juntos y, viendo cómo me preparaba para salir

una noche, se quedó perplejo con el tiempo que invertía en peinarme y vestirme.

«No sabía que fueras tan superficial», refunfuñó.

Como respuesta, no solo le eché la bronca, sino que también le enumeré todas las veces que había mostrado preocupación por su apariencia física. Le recordé cuánto había cambiado su vida cuando había empezado a estar bueno. Evoqué el momento exacto en el que se había dado cuenta del poder que le otorgaba ser la persona más atractiva de nuestro instituto. (La vez que se enrolló con Tish Torres en el pasillo el primer día de nuestro penúltimo curso. Tish era un año más mayor). Era un hipócrita y me aseguré de hacérselo saber.

Molestar a George es uno de mis pasatiempos favoritos y hace mucho que no tengo la oportunidad. Así que insisto, frotándome las manos ilusionada.

—A ver, ¿quién fue el que dijo una vez que estaba por encima de la superficialidad?

Él suelta un quejido.

—Eres lo peor.

—Soy la mejor.

Me mira a los ojos y un fugaz amago de sonrisa le pasa por los labios.

—Eres un monstruo.

—Soy un angelito y, como prueba de mi benevolencia, voy a parar.

Él contesta arqueando las cejas, divertido.

—¿Seguro?

—Por lo menos de momento, pero hueles a perfume caro y estás muy guapo, George.

Me dedica una mueca de aburrimiento.

—¿Las gafas son de Prada? ¿Ahora te vistes de Prada? ¿Acaso hay alguien nuevo a quien intentas impresionar?

Me cruzo de brazos y sus ojos los siguen. Miro hacia abajo. Llevo un bikini microscópico para broncearme todo lo posible y tengo los pechos apretados entre los brazos y la parte de arriba del bikini torcida de una forma indecente.

George coge mi camiseta de la silla y me la tira. Me la pongo.

—Me dijiste que no te la habías llevado. —Mira fijamente el logo de los Parques Nacionales de Canadá—. Sabía que era mentira.

—Y yo sabía que lo sabías.

Las comisuras de los labios se le tensan. Conseguir que George sonría plenamente es uno de mis mayores placeres.

Le cojo las gafas. Los dos cristales están sucios, así que los limpio en el bajo de la camiseta. Es una vieja costumbre que George tolera. Después de que se las vuelva a colocar sobre la nariz, se le forma una arruga entre las cejas.

—Dios, Frankie, estás fatal.

Me imagino lo que ve. Debo de tener los ojos rojos e hinchados del cloro. Las mejillas más hundidas que hace dos meses. Y últimamente no me he preocupado mucho por lavarme el pelo ni peinarme.

—Qué raro —digo fingiendo que el horror de su cara no me molesta—, porque me encuentro de maravilla. Lo cierto es que tenía la autoestima muy subidita y me sentía demasiado válida, pero ahora ambas cosas están más que controladas. No solo he pasado dos meses tranquilísima, sino que además ha sido una etapa de lo

más satisfactoria. No dejo de encontrarme con gente con la que estudiamos y se mueren de envidia.

—Frankie. —George ha adoptado un tono suave, como si pensara que soy frágil—. Venga.

—A pesar de lo fatal que me ves, la verdad es que estoy bastante bien. Si hubieras estado aquí, lo sabrías. —Le doy un codazo en el brazo.

—Aurora me ha mandado algunos mensajes. Está preocupada por ti.

—Estoy bien —respondo con firmeza. No quiero que me considere una persona débil.

—Yo también estoy preocupado. —Se agacha poniendo la nariz a unos centímetros de la mía. Sus ojos azul oscuro, unos ojos que en otro momento eran mi hogar, se clavan en mí—. ¿Cómo vamos a arreglar esto?

—No vamos a arreglar nada así, en plural, y no me hables como si fuera un grifo roto.

Su mirada rebosa compasión.

—Por favor, no me mires así.

—¿Cómo?

—Como si te diera pena.

Se le acaba la paciencia.

—Joder, Frankie. No me das pena. Me da pena tu ex por perderse una vida contigo. Pero me importa que no estés bien. Eres mi mejor amiga.

Tengo la mala costumbre de atacar a los demás cuando me siento herida y no puedo evitar preguntar:

—¿Ah, sí?

Como si le hubiera dado un golpe, George recula mirándome confundido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pasé un infierno hace dos meses y tú me abandonaste.

—Tenía que trabajar.

—Podrías haberme llevado contigo. Te supliqué que me llevaras contigo.

Le pasa por los ojos un destello de arrepentimiento.

—No podía, Frankie. En aquel momento, no.

«Ni en ninguno».

—¿Entonces cuándo? ¿Cuándo puedo contar contigo?

—Pero ¿qué dices? Siempre puedes contar conmigo. Estoy aquí. He venido en cuanto he podido.

—Venga ya. Si llevas tres años desaparecido.

Aparta la mirada.

—Entiendo que tienes tu vida —le digo—, pero yo también tengo la mía y he estado intentando encarrilarla. Y entonces, cuando por fin empezaba a experimentar algo de estabilidad, apareciste tú y me la echaste por tierra. ¿Cómo crees que me sentí?

—Perdona —dice dando un paso hacia mí—. En Navidad me pasé de la raya.

Sé que lo siente de verdad, pero no tengo claro qué hacer con esas disculpas. Lo cierto es que he notado su ausencia cada día desde que dejamos nuestro piso y todavía más estos últimos años. Aunque lo tengo a pocos pasos de distancia, me parece que estamos en zonas horarias distintas. Pienso en lo que me ha dicho antes Mimi. ¿Acaso George y yo nos conocemos todavía?

Me muerdo el interior de la mejilla rechazando esa idea. Nos conocemos del modo en que solo puedes conocer a alguien cuando te has criado con esa persona. Me entiende mejor que nadie. No solo me acepta por cómo soy, sino que aprecia todas y cada una de mis partes. George me hace sentir como en casa, pero nunca he tenido el vocabulario para expresarle lo mucho que significa para mí. No sé cómo decirle que me da miedo perderlo, que ya lo he perdido.

—¿Me perdonas? —pregunta. Un rizo le cae en la frente.

No hay nada que perdonar. Se ha comportado exactamente como lo habría hecho yo.

—Me lo pensaré —le digo—. De momento estás en periodo de prueba.

—Qué pena —dice con un brillo travieso en la mirada—. Porque tengo un problema.

—¿Ah, sí? —Intento evitar que mis labios dibujen una sonrisa, pero no sirve de nada.

—Sí. —Suelta un profundo suspiro—. Verás, tengo unas ganas irrefrenables de vivir una aventura.

Hace mucho tiempo que no lo oigo decir esas palabras, pero siguen teniendo el mismo efecto. Se me acelera el corazón, porque, madre mía, yo también.

—¿Tienes algo en mente? —le pregunto.

Una sonrisa se apodera de su rostro.

—Vamos a escaparnos.

George y yo nos pasamos la infancia escapándonos juntos: al armario de la biblioteca de la Casa Grande, a la copa del roble rojo, al arroyo del final del campo. Cuando éramos algo mayores, cogíamos la camioneta de mi padre hasta el final de un viejo camino

de tierra de leñadores, en lo alto de una colina. De día, nos sentábamos en la parte trasera a contemplar los lagos y los ríos que brillaban a lo lejos. En las noches claras de verano, poníamos una manta en el suelo y hablábamos con las estrellas. Teníamos sueños de ir más allá, de viajar juntos por el mundo. Pero solo él los ha cumplido.

—¿Ah, sí? —pregunto—. ¿Adónde nos escapamos esta vez?

Le centellean los ojos.

—A Tofino.

Me quedo mirándolo confundida.

—Es el momento perfecto para una luna de miel, ¿no te parece?

—¡¿Qué?!

—Tú, yo, Tofino…

—¿Quieres —digo poco a poco— que vayamos juntos a mi luna de miel?

—Eso es. Me debes una, Frankie. No hicimos la nuestra.

Me lo quedo mirando un instante más y luego me doy cuenta del regalo que podría ser ese viaje, de cuánto necesito ponerme las pilas. Llevo dos meses atrapada en un limbo y tengo la oportunidad de liberarme. Una aventura. Una ocasión de viajar juntos por fin. Una semana para que nuestra amistad vuelva a ser terreno seguro.

—Vale —le digo—. Vayamos.

—¿En serio? ¿Así sin más?

—Así sin más.

—¿No vas a ponerme ninguna pega?

—¿Quieres que te ponga pegas?

—Tal vez alguna. Tenía todo un discurso preparado.

Clásico.

—¿Cuántas veces me decías «te lo dije» en el discurso?
Me dirige una sonrisa cariñosa.
—Ni una.

# 11

## Teníamos treinta años

*Hace siete meses*

Mi madre y yo decoramos la mesa con ramas de cedro y pino, portavelas plateados y el mantel de encaje que reservamos para el día de Navidad. Moby estaba fuera jugando con Birdie en la nieve, mientras Anh, Darwin y mi padre bebían ponche al lado de la chimenea de la sala de estar. Nate había ido a pasar las fiestas con su madre.

Me puse el anillo antes de que llegasen Mimi y George. Habíamos empezado a tomar los primeros bocados de pavo cuando hice sonar la copa de vino con el cuchillo. Sonreí, pero noté que mis labios se resistían.

—Tengo una noticia.

George me miró desde el otro lado de la mesa con el ceño fruncido.

Los dos habíamos llegado a casa el día anterior y yo quería contárselo por la noche, cuando nos quedamos solos. Estábamos cada uno en una punta del sofá del salón de la Casa Grande viendo

*Mujercitas*, una tradición navideña. Lo único que tenía que hacer era coger el mando, parar la película y abrir la boca, pero no pude.

Con su apretado calendario de viajes, George solo había coincidido con Nate dos veces. La primera, lo trató con un desdén que dudo que alguien que no fuera yo hubiera notado. Era evidente que pensaba que ese chico era como los que lo habían precedido, un novio pasajero al que no hacía falta tomarse en serio. La segunda, lo invité a cenar en casa de Nate. Él trajo a la mujer con la que se estaba viendo, pero yo sentí que estaba juzgando mi relación en todo momento. Cuando nos quedamos solos en la cocina, comentó que parecía que yo estuviera jugando a las casitas.

Viendo la película, me fui poniendo nerviosa. Laurie y Jo bailaron. Meg perdió el guante. Amy quemó el manuscrito de Jo. Jo se cortó el pelo. Para cuando murió Beth, yo me había convencido a mí misma de que George reaccionaría mal. Su opinión me importaba más que la de nadie y no quería saberla. Me dije a mí misma que sería mejor que recibiera la noticia junto con los demás, pero la verdad era que esperaba que tener público asegurase su buen comportamiento.

Al día siguiente, ocho pares de ojos me miraban expectantes.

—Nate y yo nos hemos prometido —anuncié dejando el cuchillo y limpiándome las manos en los vaqueros.

Nadie dijo ni una palabra. George se me quedó mirando con los labios apretados formando una línea recta.

—Me mudaré a su casa cuando pasen las fiestas y nos casaremos en mayo —dije obligándome a sonreír—. No queremos alargar el compromiso.

Pasaron lentamente tres segundos más de silencio y entonces, de pronto, una avalancha de comentarios inundó el comedor.

Mi madre:

—Maravilloso, cariño.

Mi padre:

—¿No es un poco precipitado?

Moby, con frialdad:

—Ah, enhorabuena.

Birdie:

—Mamá, ¿qué han prometido?

Anh:

—Se han prometido, Bird. La tía Frankie se casa.

Mimi:

—*Merde.*

Darwin:

—¿Alguien me pasa la guarnición?

—¿No vas a decir nada? —le pregunté a George, la única persona que no había hablado.

La sala se sumió de nuevo en el silencio.

Estaba completamente inmóvil; helado, como el arroyo. Tal vez no tendría que haberlo presionado, pero estaba desesperada por recibir su aprobación.

Perdí la sonrisa.

—¿George?

—Enhorabuena. —Su tono fue inexpresivo.

—¿Y ya está?

—Frankie —dijo mi madre con suavidad—. Déjalo estar.

La ignoré.

—¿Tu amiga de toda la vida se casa y no tienes nada más que decir?

George se me quedó mirando un largo rato y luego musitó:

—Creo que no querrás oír lo que tengo que decir.

Lo miré altanera. Me hervía la sangre.

—Pues yo creo que sí.

George se levantó de la mesa en un movimiento tan repentino que Birdie se tapó las orejas por el fuerte chirrido de la silla contra el suelo.

—Gracias por la cena, Rebecca —le dijo a mi madre.

—George —dijo Mimi—, siéntate.

Él la ignoró.

—Moby, ¿puedes acompañar a mi abuela a casa después de cenar? —dijo, a lo que mi hermano respondió con un «sí» balbuceante.

—¿Por qué estás siendo tan gilipollas? —le pregunté yo poniéndome en pie.

—¡Frankie! —dijeron mi madre y Anh al unísono.

Mi sobrina me miró con la boca formando una «O» mayúscula. Hice una mueca de arrepentimiento.

—Lo siento, Birdie.

George salió del comedor y yo lo seguí hasta el recibidor.

—Tendrías que alegrarte por mí. Tendrías que apoyarme. Iba a pedirte que fueras mi padrino.

Soltó una risa sarcástica y no dijo nada más mientras se ponía las botas y se abrochaba la parca.

—No te atrevas a irte —le dije abrigándome deprisa—. Esto no ha terminado.

George había salido a la oscuridad de la noche antes de que yo hubiera tenido tiempo de hacerme con un gorro y unos guantes.

Lo perseguí por el campo. La nieve brillaba a la luz de la luna y el cielo estaba cubierto de estrellas. Era una noche despejada, la más fría del año. Tendría que haber estado muerta de frío —llevaba la chaqueta desabrochada y no me había puesto bufanda—, pero estaba demasiado enfadada.

—George, para. Háblame.

Él se dio la vuelta a medio camino del seto.

—Ya te he dicho que no querrás oírlo.

—Y yo ya te he dicho que sí.

—Vale —contestó—. ¿Quieres que hable? Pues hablo. Creo que estás cometiendo un grave error. Creo que un día te darás cuenta, pero, como eres tan tozuda, no lo admitirás. Creo que te casas con alguien que no tiene ni idea de quién eres.

—Nate me conoce —le dije, pero me escoció la verdad que había en sus palabras.

Solo había dejado que Nate viera una versión muy contenida de mí misma. Todavía no sabía lo cabezota que podía llegar a ser. No me había visto enfadada y diciendo cosas en caliente que en realidad no pensaba.

—Os he visto juntos —dijo George—. Te comportas como un animal de compañía. Él no conoce tu verdadero yo.

—Y mi verdadero yo es horrible, ¿no? —Levanté la voz luchando contra el escozor de las lágrimas—. ¿Cómo iba a querer alguien pasar el resto de su vida conmigo?

Él abrió los brazos.

—Tu verdadero yo no es un perrito faldero. Es intensa, incisiva y vehemente.

—Y siendo así siempre se mete en líos —repuse—. Me estoy esforzando por mejorar, por ser una buena novia.

—No deberías tener que esforzarte tanto, Frankie. Deberías ser suficiente.

Me sequé las lágrimas en cuanto cayeron.

—Y ¿qué pasará con tu piso? —me dijo George en un tono más suave.

—Voy a avisar de que lo dejo.

—¡Pero si te encanta!

Era cierto. Era el primer lugar en el que había vivido sola.

—Ya, pero no tiene sentido pagar el alquiler cuando Nate es propietario. Y ya viste su casa, es muchísimo mejor que la mía.

—Tu piso es perfecto. Es muy tú. No lo dejes, Frankie. Subalquílalo para poder recuperarlo si las cosas no van bien.

—George. Entiendo que estés preocupado, pero ahora mismo necesito que te alegres por mí.

Se le tensaron los músculos de la mandíbula.

—No puedo alegrarme por ti. Esta vez no, porque has decidido estar con alguien que te hace más pequeña. Más callada. Gris.

Me sentí como si me hubiera dado un bofetón. Nadie tenía el poder de herirme como George.

—No sabía que tuvieras tan mala imagen de mí.

George cerró los ojos. El vaho de su respiración salía como una nube de humo de una chimenea.

—Si yo te tengo en un pedestal.

—Entonces, ¿qué problema hay? Si casi no conoces a Nate.

—La que casi no conoce a Nate eres tú. —Buscó mi mirada con la suya—. Yo sí que te conozco, Frankie.

Una ráfaga de viento cortante recorrió el campo e hizo que el pelo me golpeara la cara. Me quedé mirando a mi mejor amigo a los ojos y noté que se me rompía el corazón. No quería perderlo, pero no sabía cómo salvar aquel abismo que nos separaba.

—Nate es buena persona —me defendí—. Es amable y estable y alguien con quien es fácil tratar.

Levantó el labio superior con repulsa.

—¿Fácil? ¿Eso es lo que buscas en una pareja?

—¿Tan horrible te parece?

No dijo nada y yo levanté las manos.

—¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que me quede sola para siempre?

—Claro que no, pero tú nunca has querido casarte. Nunca has querido perderte en una relación. —Hablaba con voz grave y firme —. Y yo tampoco quiero perderte.

—Eso no pasará. Siempre seremos nosotros.

Pero incluso mientras lo estaba diciendo era consciente de que no era verdad. Las cosas habían cambiado entre George y yo en los últimos años, desde que había vuelto de cubrir los incendios. De pronto, me entró el pánico por si no podíamos volver atrás. Y vi que él sentía lo mismo.

—Vale —dijo. Parecía abatido.

—George. —Tendí la mano para tocarlo, pero él se apartó—. No te vayas. Quédate y peleémonos hasta aclararlo.

Él negó con la cabeza.

—Necesito espacio, Frankie. Si no, diré algo de lo que me arrepienta.

Yo me quedé plantada en medio del campo, viendo cómo se alejaba, hasta que desapareció tras el seto.

*10 de enero de 2026*

Para: George Saint James
De: Frankie Gardiner
Asunto: ¿Padrino?

George:
Hace dos semanas que me pediste espacio. Sabes que no soy una persona paciente y, si necesitas más distancia, lo siento. Si es así, puedes esperar a leer esto hasta que estés listo. (Pero, por favor, no esperes demasiado).
Porque últimamente siento que lo único que tenemos es espacio, y no lo soporto. Si conoces mejor a Nate, puede que cambies de opinión acerca de él. Espero que también puedas cambiar de opinión acerca de quién soy yo cuando estoy con él. Tu opinión me importa más que la de nadie.
¿Parte del motivo por el que estabas (¿estás?) enfadado es porque te enteraste a la vez que el resto? Quería decírtelo estando solos, pero me preocupaba tu reacción. Asumo mi responsabilidad. Lo siento y siento también haberte llamado gilipollas.
Creo que lo que más te molesta es la idea de que he elegido a la persona incorrecta. Lo entiendo. Yo me sentiría igual si la situación fuera la inversa, pero no sé qué decir o qué hacer para convencerte de lo contrario. Yo no siento que esté cometiendo un error. Espero que eso pueda bastarte.
Por favor, sé mi padrino. Te necesito a mi lado, donde debes estar. No quiero hacer esto sin ti.
Feliz Año Nuevo.
FRANKIE

*12 de enero de 2026*

Para: Frankie Gardiner
De: George Saint James
Asunto: Re: ¿Padrino?

Debería ser yo el que se disculpase.
Una vez te prometí que sería tu mejor amigo pasara lo que pasase y quiero cumplir mi palabra.
Será un honor ser tu padrino.
G.

# LA COSTA

# 12

## Revolcarse en el fango

—Estoy segura al noventa y nueve por ciento de que voy a morir en esta carretera, pero no me parece un mal plan —digo mirando boquiabierta un valle cubierto por un manto de niebla.

George y yo vamos serpenteando hacia Tofino por la Autopista de la Cuenca del Pacífico en la isla de Vancouver. El tramo entre Port Alberni y la costa es conocido por sus curvas, y yo las estoy experimentando de primera mano. El paisaje es impresionante —agua cristalina, enormes cedros, lechos rocosos de ríos y montañas imponentes—, pero la carretera me hace sentir al borde de la muerte en todo momento. Nunca he tomado tantas curvas cerradas, y menos al lado de un barranco. Y la llovizna y el asfalto mojado tampoco ayudan a tranquilizarme.

—¿Te parece raro? —pregunto.

George se ríe.

—No hemos hecho todo el viaje hasta la Columbia Británica para morir aquí —dice—, pero es verdad, hay lugares peores en los que morirse.

—¿A que sí? Pensaba que en casa era todo muy verde, pero esto es… —Busco la palabra adecuada. Él es un experto en condensar la descripción de personas y lugares en su adjetivo esencial, pero yo estoy sin habla—. Es otro nivel —concluyo.

Hemos salido de casa a las tres y media de la madrugada para coger un vuelo en el aeropuerto de Toronto. Mis padres se han puesto el despertador para despedirnos y prácticamente me han echado de casa cuando ha aparecido George. Hemos estado más de cinco horas en el avión y llevamos más de dos en la lata de sardinas que es este coche. No tengo muy claro si George está más fornido o si parece más grande por lo apretados que vamos.

Me da el último trozo de su barrita energética; siempre me guarda el último bocado de todo. Yo lo acepto y pongo la bolsita de la mezcla de frutos secos que he preparado en casa donde puede alcanzarla.

—¿Salados? ¿Con anacardos? —pregunta.

—¿Qué soy, una novata?

Hasta le he puesto pasas de Corinto, se pondrá como loco.

Coge un puñado y gime exageradamente al masticar.

George tiene una especie de intensidad contenida, se le nota en la hiperconcentración de la mirada y en los movimientos constantes. Cuando está quieto, siento que va a ponerse en marcha en cualquier momento, como el muñeco de una caja sorpresa. No le gusta estar encerrado, así que, antes de salir, he llenado una bolsa de tela enorme con sus *snacks* favoritos. Si lo voy alimentando, no se pondrá gruñón por el hambre y por estar atrapado en un coche durante horas.

—Las pasas están buenísimas. Y los arándanos recubiertos de yogur…

No hay nada mejor que el sonido de alguien disfrutando de una comida que he preparado.

Abro un poco la ventanilla para que me dé el aire, y los ojos de George se vuelven hacia mí mientras nos acercamos a la siguiente revuelta.

—¡No me mires a mí! —Me aferro al asidero durante la curva—. ¡Mira la carretera!

Se ríe por lo bajo.

—Creo que nunca te había oído soltar esos gritos. Es bastante adorable.

Le saco la lengua, animada a pesar de haber tenido un día tan largo. George se ríe de mí con los ojos y me saca también la lengua como respuesta. Los dos soltamos una carcajada.

En su caso, todas las emociones se cocinan a fuego lento y bajo la superficie, pero hoy parece rebosar alegría. Empieza a canturrear una nana que recuerda que le cantaba su madre. Casi nunca habla de ella, pero siempre tararea esa canción cuando está contento. Hasta los diez años, no me contó cómo había muerto. La atropelló un coche cuando iba en bici por Montreal. Sé que se llamaba Lily. Sé que era arquitecta, como su marido, y que se conocieron en la universidad. Y sé que el padre de George no fue capaz de lidiar con su muerte, por eso su hijo se mudó de Montreal a la Casa Grande. Hoy ha estado tarareando mucho la nana de Lily. Creo que ni siquiera es consciente cuando lo hace.

La siguiente curva está al bajar una cuesta empinada. Hay una pared de roca en el lado de la carretera de George y una caída

brusca en el mío. El guardarraíl es una barrera de una insustancialidad absurda. Me llevo la mano a la barriga cuando me entran las náuseas.

George hace una mueca y, cuando volvemos a una recta, toca la pantalla del salpicadero unas cuantas veces para cambiar la música.

—Necesitas distraerte.

Reconozco la canción a la primera nota. «Since U Been Gone» de Kelly Clarkson se lanzó en la época en la que George y yo nos hicimos amigos. Conecté con ella profundamente y todavía hoy es la canción que siempre elijo en los karaokes.

George me lanza una sonrisa descarada y se pone a cantar. Así es él. La mayoría de la gente solo ve al reportero brillante y resuelto, la parte que oscila entre la reflexión profunda y la energía física. Como periodista, tiene la reputación de ser implacable, pero también tiene un lado divertido que no sé si deja ver a alguien más.

—No me dejes solo en esto —dice entre versos.

—Eso nunca.

Cantamos «Since U Been Gone» a pleno pulmón tres veces. Me olvido del mareo y las lágrimas de alegría me ruedan por las mejillas cuando por fin dejamos que la lista de reproducción avance. No recuerdo la última vez que me había reído así, pero la verdad es que nadie me hace reír como George.

Su sonrisa brilla como la luna y siento que tengo el corazón lleno. Cuando estamos juntos, estamos genial. Lo de estar lejos es lo que nunca hemos conseguido dominar.

—Prométeme que llegaremos enteros a Tofino —digo cuando damos otro giro cerrado.

Se le curvan los labios.

—¿Una promesa por otra?

—No creo que garantizar mi seguridad deba depender de que yo te haga una promesa —digo.

Entonces la lluvia golpea el parabrisas como si estuviéramos en un túnel de lavado. Suelto una palabrota y George se ríe por lo bajo poniendo los limpias a máxima velocidad.

—¿Estás segura? —pregunta.

—Pfff, vale, una promesa por otra.

—Te prometo que llegarás entera a Tofino —dice.

—Tú puedes pensar qué te debo cuando lleguemos.

—Ay, mi querida e inocente amiga. —La mirada de George busca la mía. Está casi vibrando. Algo le hierve bajo la piel—. Tendrías que haber sabido que ya tenía algo pensado.

Estamos a una hora del resort cuando George carraspea.

—Pues he estado hablando con Aurora —dice.

—Sí, ya me ha dicho que estabais compinchados.

—Yo no diría eso, pero, cuando me dijo que tenías la luna de miel medio pagada, me pareció una buena oportunidad.

—¿Para qué, exactamente? —Estoy convencida de que ha llegado a la misma conclusión que yo: es una oportunidad para que volvamos a la normalidad.

—Para que superes esta ruptura.

—Ah… —O sea, que era eso—. La verdad es que estoy bien, pero gracias.

—Frankie. —Habla en un tono grave—. Te vi aquella mañana. Sé el daño que te hizo.

Un recuerdo confuso de George cogiéndome en brazos me cruza la mente.

«Estoy aquí. Todo irá bien».

Abro la boca para pedirle disculpas, pero él habla primero:

—Para ser tan bajita, pesas un huevo.

Resoplo.

—Mido uno setenta y cinco.

—Un tapón —dice George—. Hablemos de mi plan.

—George —le digo—, ¿es en serio? Que estoy bien.

—Las personas que te quieren no opinan lo mismo.

Entrecierro los ojos.

—¿Con quién más te has compinchado?

Se encoge de hombros.

—Con todo el mundo.

—Ay, dios, ¿has hablado con mi madre?

—Sí.

—¡George!

—Ya sabes que hablo con ella. Deberías probarlo.

George llama a mi madre casi tantas veces como a Mimi. Seguro que las dos le han estado haciendo informes sobre mí.

—Bueno, a ver ese plan que tienes. —Es posible que haya algo de escepticismo en mi voz.

A George se le dan bien muchas cosas —casi todas, lo cual me molesta mucho—, pero la organización no es una de ellas. Es un hombre de acción.

—Vamos a estar siete días en Tofino —dice.

—Si llegamos vivos.

—Lo cual significa —continúa— que tenemos siete días para curarte el corazón roto. Porque, según parece, y a pesar de lo que digas tú, mi brillante, resiliente y luchadora amiga, ahora mismo tu vida es un circo.

—No te pases —le digo, pero sonrío.

—En siete días dormirás mejor. Tu autoestima volverá a su anterior estado sobredimensionado. Comerás como la glotona que eres.

Me río y George continúa:

—Esta semana te sanará el alma y te ensanchará el ánimo. Te dolerá la cara de sonreír y tu corazón… —Se coloca una mano en el pecho como si estuviera haciendo un juramento—. Tu corazón estará listo para volver a amar.

—Me apunto a lo de sonreír y subirme el ánimo —le digo—, pero ¿qué te hace pensar que mi sueño, mi autoestima y mi apetito necesitan tu ayuda?

—Está claro que tu cuerpo es tuyo —dice serio—. No voy a decirte qué hacer con él, pero ¿piensas que todo eso lo llevas bien?

Me encojo de hombros.

—Yo creo que disfrutar de la buena comida, estar rodeada de naturaleza y pasar tiempo lejos de casa podrían ayudarte —dice George—. Solo quiero que vuelvas a sentirte como antes.

Noto un pinchazo en el pecho. Me pregunto si George también echa de menos cómo eran las cosas.

—Vale —contesto—. Hagámoslo. Acepto tu plan. Comer, relajarme, respirar aire puro. No parece muy complicado.

George dibuja una sonrisa diabólica que conozco demasiado bien. Es la que pone antes de desafiarme.

—Sí, pero ese no es El Plan. El Plan es mucho más intensivo. El Plan es la razón por la que, dentro de una semana, saldrás de la isla de Vancouver siendo una mujer nueva.

—El Plan es meterme en una secta sexual, ¿no?

Asiente.

—La más sexual de todas. Pero también la más secta de todas.

—Entonces, cuando dices que saldré de la isla de Vancouver siendo una mujer nueva, te refieres a…

—Que saldrás en una bolsa para cadáveres. Lo siento.

Chasqueo los dedos.

—Siempre hay truco.

Nos sonreímos y me parece que estoy en el cielo.

—Entonces dices que no hay plan —tanteo.

—Que te den. Sí que hay plan. He tomado notas, he investigado, he preparado… ¡un itinerario!

—¡¿Un itinerario?! —Me cuesta trabajo creerlo.

—Y, además—añade George orgulloso—, cada día tiene una temática diferente.

—Ahora sí que estás de coña. —Mi sonrisa es de loca.

—Me está costando que tu expresión no me ofenda —dice, pero está igual de contento que yo—. Lo digo en serio, lo tengo todo pensado.

—Vale, a ver, listillo, cuenta.

—Para superar una ruptura hay un proceso —dice dándole un bocado a un *pretzel*—. Has perdido a una persona importante, y eso es duro, pero hay pasos que puedes dar para procesar lo ocurrido y, con suerte, pasar página.

Me quedo mirando su perfil, las suaves pinceladas de rosa peonía de sus mejillas.

—Entonces, va en serio. Tienes un plan de verdad.

—Sí.

George es listísimo. Es una de esas personas que pueden ir tirando sin esforzarse demasiado. En el instituto se pasaba las clases atendiendo a medias mientras hacía garabatos y me escribía notitas. No estudió para un solo examen, pero sacaba buenas notas, lo cual supuso que yo tuviera que esforzarme el doble para superarlo. Sin embargo, en el trabajo nunca va en punto muerto; es incansable. Se ha abierto camino como autónomo en un sector cada vez más exigente, a pesar de estar de capa caída. La pasión de George por el periodismo es una de las cosas que admiro de él, incluso sabiendo que lo aleja de casa. Cuando indaga en una noticia es a la vez terco y tenaz. Estoy bastante segura de que ha decidido que yo sea su siguiente trabajo, pero yo tengo otras prioridades.

—De verdad que estoy bien. —Me tomo un momento para observar la superficie cristalina de un enorme lago que refleja las suaves montañas que se alzan a sus orillas—. Estaba fatal cuando ocurrió todo y todavía me siento un fracaso absoluto algunos días. Es una mierda vivir en casa de mis padres y empezar de cero, pero no todo es malo. Las cosas con las que quiero aclararme no tienen que ver con él.

George me mira con el rabillo del ojo.

—Cuando dices que estabas fatal cuando ocurrió todo, ¿a qué te refieres exactamente?

Lo miro incrédula.

—Ya lo sabes.

—Sí, pero recuérdamelo. ¿Qué pasó? —Habla en un tono de voz uniforme; no es duro, pero tampoco indulgente.

—Ya sabes lo que pasó —digo. Empiezo a estar molesta.

—Pongamos que no lo sé.

—George —lo reprendo—, ¿qué dices?

—Frankie, si no eres capaz de decir el nombre de Nate, si no puedes hablar de lo que has vivido, no has pasado página.

—Entonces, ¿tengo que decirlo? —pregunto levantando la voz.

Él me lanza una mirada y dice con suavidad:

—¿Puedes?

«Mi prometido me dejó el día antes de nuestra boda con una nota escrita a toda prisa en el papel corporativo de un hotel».

George aguarda a que hable, pero las palabras me pesan en la lengua. Es demasiado humillante decirlas en voz alta. Dios, no soporto cuando tiene razón.

—No te preocupes, ya lo conseguirás —dice—. Esto irá así: cada día del viaje, nos centraremos en uno de los pasos hacia la recuperación. No voy a decirte cuáles son ni lo que tengo planeado porque quiero que sea sorpresa.

—Odio las sorpresas.

—Sobrevivirás —dice.

Entrecierro los ojos.

—Lo que pasa es que te preocupa que vaya a discutirte el itinerario.

—Por supuesto —dice.

«Te conozco», pienso.

—Y ¿qué sacas tú de todo esto? —le pregunto.

—¿Además de pasar esta semana contigo? —Me mira como si estuviera haciéndome la tonta—. Recuperar a mi mejor amiga.

Tal vez nuestras prioridades no sean tan distintas, al fin y al cabo.

George me sostiene la mirada, es una bocanada de mar oscuro. Oigo la voz de mi madre. «Los marineros se perderían en esos ojos».

—¿Y cómo se te han ocurrido esos pasos?

—He investigado mucho. He sacado información de webs de psicología y de algunos artículos de buenos periodistas. Después entrevisté a un psiquiatra para asegurarme de que iba por buen camino. Tomé algunas decisiones basadas en quién eres tú y en el tiempo que tenemos, y así redacté El Plan.

Lo miro atónita.

—He impreso bastante material por si quieres echarle un vistazo —dice.

—No me puedo creer que hayas hecho todo eso.

Se encoge de hombros.

—Tú habrías hecho lo mismo.

Intercambiamos una mirada y en ella yace una verdad que asusta. No hay nada que no haríamos por el otro. Seguiré el plan de George. No solo por todo lo que se ha esforzado ni porque puede que me ayude, sino porque puede que nos devuelva al George y a la Frankie que éramos. Cuando entre nosotros solo había sinceridad. Cuando conocíamos al otro mejor que a nosotros mismos.

—Bueno, y ¿cuándo empezamos?

—Ya hemos empezado —dice—. Este es el día uno.

—Y ¿eso qué significa?

—Este, querida, es el día de revolcarte en el fango.

—Ya me he revolcado mucho.

—Eso es —dice George—, eso quiere decir que vas bien. Parece haber un consenso acerca de que «permitirte sentir», incluso si lo que sientes es negativo, es importante en esta fase.

Suelto una risa burlona.

—Vaya, menuda madurez emocional —le digo.

—No parece que sea un cumplido.

—Es solo que hablas como un psicólogo. Entonces, ¿qué quieres que haga?

—No es muy difícil. Si estás hecha una mierda, te dices a ti misma: «Oye, pues estoy hecha una mierda». Respeta la mierda. Honra la mierda.

—Entonces, de secta sexual, nada, ¿no?

—Me temo que no.

Miro la ladera de una montaña por la ventanilla. El pico es tan alto que se esconde entre las nubes. Su majestuosidad es casi aterradora; es un paisaje perfecto para afrontar los grandes misterios de la vida.

—Me siento afortunada de poder hacer esto contigo —digo.

—Y yo. —Vacila un poco y luego añade—: Y también me siento un poco culpable.

—¿Por qué?

—Estoy aquí porque te han hecho daño.

—No puedes sentirte mal por eso. No fue culpa tuya. Además, intentaste avisarme.

Su respuesta es calmada pero contundente:

—Tendría que haberlo intentado más.

# 13

Recorremos otro largo tramo de curvas serpenteantes hasta tomar el desvío hacia Tofino a última hora de la tarde. Me llega el olor salado y limpio del océano a medida que van apareciendo playas entre los árboles de hoja perenne, y veo un destello de arena clara y olas plateadas por la ventanilla de George. En este punto, la carretera atraviesa mediante varios túneles el bosque templado húmedo del Parque Nacional de la Cuenca del Pacífico.

—Los árboles son gigantescos —digo.

—Están entre los más altos y viejos del país —responde George—. El cedro rojo del Pacífico más grande del mundo está en esta reserva. Se llama el Gigante de Cheewhat.

Me quedo boquiabierta.

Hay un camino asfaltado paralelo a la carretera por el que van ciclistas, familias de excursión y gente que ha salido a correr. Pasamos al lado de un tipo con una tabla de surf atada a un lado de la bici. Hay señales que indican el camino a lugares como Incinerator Rock o Radar Hill, y lo más preocupante es que otras marcan zonas de peligro de sunami y rutas de evacuación. Finalmente, George sale de la autopista cuando un cartel anuncia el Resort Moss & Stone.

Las ramas de los árboles forman una arcada por encima del camino de grava y, al principio, lo único que veo es verde, desde los

helechos que abanican sus hojas a los pies de los abetos hasta los mantos mullidos de líquenes que se acurrucan en los troncos. La bóveda es tan frondosa que solo entra un tenue destello de luz a través de la cobertura vegetal.

El terreno está salpicado de chalets adosados revestidos de una madera azul grisácea que se funde con el paisaje. Crecen rododendros rosas y hortensias azules en enormes setos llenos de flores a los lados de los caminos de gravilla que llevan a las entradas de las casas. El edificio principal es una enorme casa de un estilo costero del noroeste del Pacífico muy marcado, con enormes pilares y vigas de cedro tallado que son a la vez rústicos y modernos y, sin duda, caros. Entre los árboles, más allá del resort, se ve el mar.

Oigo su murmullo tranquilizador en cuanto salgo del coche bajo la llovizna. El ambiente es tan denso que se puede saborear; es como una cucharada fresca de sal, algas y píceas. George se pone a mi lado y nos quedamos mirando las ramas del árbol más enorme que he visto en mi vida. Tiene el tronco tan grueso que haría falta un grupo de varias personas cogidas de la mano para abrazarlo. Me entran muchísimas ganas de hacerlo. Este trocito de paraíso escondido posee una majestuosidad formidable. Puede que esté cansada, pero, al levantar la vista hacia ese impresionante árbol, me siento más viva de lo que me he sentido en los últimos meses.

—¿Sabes qué árbol es? —pregunto sin apartar la vista de las centenarias ramas.

A George se le dan bien estas cosas, pero, además, tiene aplicaciones en el teléfono para identificar plantas y cantos de aves. Cuando cumplió once años, mi madre me ayudó a comprarle un libro muy grueso llamado *Árboles de Canadá*, lleno de fotografías,

ilustraciones y trucos de identificación. Lo tiene en la estantería de su piso con las esquinas de las páginas dobladas y todo anotado.

—Una pícea de Sitka.

—¿Cómo lo sabes?

—Por las ramas largas, por cómo caen hacia abajo. ¿Ves lo recto que está el tronco? ¿Y que la corteza parece hecha de escamas?

Una gran gota cae de una rama —¡plof!— a mi cara. Noto la mirada de George y se la devuelvo.

El pelo se le ha rizado más por la humedad. Tiene manchas oscuras en el pecho de la camiseta donde le han caído gotas del árbol. Sí que está más grande; no era el coche. Los hombros, el pecho, los brazos… Lo tiene todo un poco más voluminoso, deliberadamente tonificado.

Me cae otra gota, esta vez en la nariz. Luego una más en el hombro. Cada una me despierta un poco más y me recuerda que estoy en un bosque húmedo con George. Siempre hemos querido viajar juntos, pero yo me había resignado a que eso no fuera a pasar. Y aquí estamos, en la costa oeste de la isla de Vancouver.

—No me puedo creer que estemos aquí —digo, y no es la primera vez que lo expreso hoy.

—¿Sabes qué? —dice él mirándome fijamente—. Yo tampoco.

Ahogo un grito cuando entramos en la recepción. Este lugar parece una extensión del bosque en todos los sentidos, con su madera de color miel oscuro y sus tonos de pizarra y verde terroso. Hay sillones de cuero de color caramelo, una chimenea de piedra espectacular y obras de arte mires por donde mires; piezas impresionantes que

honran las técnicas y los estilos indígenas tradicionales: esculturas de focas y osos en piedra lisa, una pintura de una ballena con colores vivos y paneles de madera con soles y lunas tallados. La sala huele a leña recién cortada y a brisa marina, como si alguien hubiera conseguido destilar el exterior en un frasco e infundir con sutileza la fragancia ahí dentro.

Dejo la maleta al lado del mostrador de recepción y me voy directa hacia los ventanales de suelo a techo, observando la costa neblinosa donde el bosque se encuentra con el Pacífico. No se parece en nada a ninguna playa que haya visto, con su arena de oro blanco impecable contenida por árboles de hoja perenne doblados por el viento, un denso sotobosque y unas rocas escarpadas. La paleta de colores del paisaje es apagada y su belleza agreste. Cuesta creer que sigamos en Canadá.

—George, ¿te puedes creer lo precioso que es esto? —digo volviéndome hacia atrás.

Me está mirando con una expresión extraña. Parpadea y el gesto desaparece.

—Parece sacado de un cuento, ¿no crees? —dice.

—Vaya, son las palabras perfectas para describirlo —dice el hombre que hay detrás del mostrador.

Tiene más o menos nuestra edad y lleva un traje azul marino con corbata. Parece que se alegre excesivamente de vernos, dos viajeros desaliñados, muy mal vestidos para este lujo. Yo llevo la vieja camiseta de los Parques Nacionales de Canadá de George y unas mallas cortas, y él unos vaqueros rotos y una camisa de franela a cuadros. Aunque, dejando de lado al personal del hotel, allí todo el mundo va vestido para la playa o para ir de excursión.

—Me llamo Kevin —dice, tendiéndole la mano a George cuando yo me acerco a ellos—, soy el encargado de experiencias de hospedaje, y ustedes deben de ser nuestros recién casados.

No es la primera vez que nos toman por una pareja ni mucho menos. Normalmente lo dejamos correr —¿de qué serviría explicarle a un camarero que solo somos amigos?—, pero, si vamos a interactuar con alguien más de unos minutos, soltamos nuestro discursito.

Por eso, cuando George dice «Eso es», lo único que puedo hacer es mirarlo boquiabierta. Él no me mira. En lugar de eso, lleva una mano a la parte baja de mi espalda y yo doy un respingo como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Siento el calor de su mano a través de la camiseta y no estoy en condiciones de afirmar que respiro cuando me atrae hacia él con una ligerísima presión, como si estuviéramos bailando.

—Permítanme darles la bienvenida oficialmente a Moss and Stone —dice Kevin—. Es todo un placer tenerles aquí con nosotros, señor y señora… —Hace una pausa—. Es Bacon, ¿verdad?

Estoy que echo chispas. No me puedo creer que Nate haya reservado poniéndonos a ambos su apellido.

—No —dice George—. Mi ayudante debió de cometer un error cuando hizo la reserva. Nosotros somos el señor y la señora Francesca Gardiner —aclara.

A mí casi se me escapa la risa por la nariz. Ya se me está pasando la rabia.

Kevin ni se inmuta.

—Tengo una tarjeta de crédito a nombre de Nathaniel Bacon y me han asegurado que todos los costes deben cargarse a esa tarjeta.

—Perfecto —contesto.

Antes me incomodaba el desequilibrio económico de nuestra relación, pero, si Nate quiere jugar a ser mi *sugar daddy* esta semana, pues juguemos.

—Lo cierto es —empieza a decir George mientras deja una tarjeta negra mate sobre el mostrador— que preferiría usar esta.

A George no le gusta hablar de dinero. Creo que le da un poco de miedo. Cuando nos fuimos a vivir juntos, lo obligué a tener una conversación seria sobre el tema para que los dos supiéramos cuál era la situación del otro. Fue incómodo. Yo estaba sin blanca y, en cambio, él, gracias a Mimi, iba sobrado. Sin embargo, nunca le ha gustado gastarlo. Ver a su padre derrocharlo ha hecho que tenga miedo de quedarse de pronto sin nada.

—No hace falta —le susurro, porque no quiero montar una escena, pero George se limita a quitarle importancia con un sutil movimiento de cabeza.

—Por supuesto —dice Kevin cogiendo la tarjeta. Señala la zona de sillones—. Tomen asiento y disfruten de las vistas mientras finalizamos el registro y nos aseguramos de que su alojamiento esté listo. Mandaremos sus maletas para que las encuentren allí al llegar.

Nos sentamos en el cuero más suave con el que mi culo ha tenido el placer de establecer contacto, y Kevin nos trae dos flautas de vino espumoso rosado.

—¿Me permiten ofrecerles una copa de *rosé* espumoso?

—Después de venir por esa carretera, aceptaría una piscina entera de *rosé* espumoso —le digo cogiendo la copa.

Kevin se ríe y su risa suena como el tintineo de una campana de viento.

—Es mi forma de darles la bienvenida y la enhorabuena, señor y señora Gardiner.

Toco la pierna de George con la rodilla. Luego hablaremos de esto.

—Por nosotros, cari —le digo haciendo chinchín con las copas. Lo miro a los ojos con una sonrisa felina—. Qué ganas de tenerte para mí solita.

Él esboza una sonrisa burlona.

—Y que lo digas, mi amor.

O es el mejor vino que he probado o pasarme horas pensando que vamos a caer por un barranco me ha dejado especialmente sedienta.

—Así deben de saber las lágrimas de ángel —digo maravillada.

—Esto es lo mejor que me he llevado a la boca —coincide George.

Kevin parece encantadísimo.

—Me alegro mucho de que les guste. Es una mezcla de chardonnay y pinot noir de una de las magníficas bodegas del valle Okanagan de la Columbia Británica.

Apuramos las copas en menos de tres minutos. Kevin vuelve, echa un vistazo sutil a las flautas vacías y dice:

—Su alojamiento está listo y tengo una botella fría esperándoles. ¿Vamos hacia allá?

Salimos del edificio principal detrás de Kevin y pasamos al lado de una hilera de chalets adosados entre los árboles al lado de la playa. Kevin le habla a George de las iniciativas de sostenibilidad del resort y del pueblo nuu-chah-nulth, que ha cuidado estas tierras desde hace miles de años. Cuenta maravillas del restaurante y del spa y tiene una infinitud de sugerencias de actividades. George presta mucha atención, pero a mí se me va el santo al cielo en algún punto

de la explicación sobre la visita a unas aguas termales. El día y el vino me están pasando factura, y noto muy pesado cada centímetro de mi cuerpo.

—Aquí es —anuncia Kevin cuando llegamos a la última casa.

Se encuentra bajo un manto de ramas de hoja perenne y, al lado de la entrada, crece una hortensia azul imponente. ¡Es más alta que George!

—Ah, antes de que se me olvide —dice Kevin—: los cruceros de avistamiento de ballenas se llenan deprisa, así que, si quieren que haga una reserva, avísenme.

—Ni hablar —digo demasiado deprisa, y Kevin ladea la cabeza—, pero gracias.

—No le gustan demasiado las ballenas —explica George.

—Me desagradan profundamente —digo sin que me dé tiempo a pensar.

Kevin ahoga un grito y luego se da prisa por recomponerse.

—Son extraordinarias. Y en el tour también verían leones marinos y focas.

—No es mi rollo —le digo.

Kevin me mira boquiabierto antes de volverse lentamente hacia George.

—A Frankie no le gusta ningún tipo de fauna marina —explica George.

El pobre Kevin hace lo que puede por sonreír, como si aquella no fuera la frase más desquiciada que ha oído en su vida.

«Que te pongan a ti el nombre de una ballena, a ver qué te parece —me entran ganas de decirle—. O que te toque una madre como la mía».

—Lo siento. —Me encojo de hombros y el hombre se lo toma como una señal para pasar a otra cosa.

Abre la puerta con la tarjeta y nos hace un gesto para que entremos.

—¡Jo-der!

Había visto fotos del resort cuando Nate hizo la reserva, pero no sabía que nuestra casa fuera tan deslumbrante. Es un apartamento de concepto abierto, con una pared de ventanales de dos plantas que da a la playa y al bosque y una puerta corredera por la que se sale al porche. Hay muebles de cuero, una chimenea de gas y una escalera en espiral que se enrosca hasta la planta de arriba. Como en la recepción, los colores son todos marrones arenosos, verdes apagados y grises lluviosos.

—¿A que es increíble? —exclama Kevin, saliéndose del personaje por un momento—. Es una de las suites más lujosas que ofrecemos para huéspedes especiales como ustedes.

La cocina es maravillosa. Paso la mano por la encimera de pizarra, acaricio los nudos de la madera de los armarios y casi suelto un chillido al ver la marca de los electrodomésticos. Yo nunca me los podría permitir. La nevera, los fogones y el fregadero están colocados en un triángulo perfecto para trabajar en la estancia, y está abierta al resto de la suite para que, estés donde estés, tengas vistas del paisaje épico. Podría pasarme la semana entera en esta cocina experimentando con el abundante pescado y marisco del noroeste del Pacífico. Camarones moteados. Cangrejo dungeness.

Salmón. Ostras. O percebes de Canadá, una exquisitez que solo conozco por mis lecturas.

—Les haré un tour y les dejaré para que disfruten —anuncia Kevin.

Como en un bodegón neerlandés, hay comida por todas partes. Una botella de rosado espumoso descansa en un cubo con hielo. Al lado brillan unas fresas bañadas en chocolate. Hay una fuente de fruta rebosante de piña, cerezas, higos, uvas y manzana. Sobre una tabla de madera hay una barra de pan crujiente y una ristra de salchichas secas junto a un bote de mostaza granulosa y una botella de pinot noir de Duncan, en la isla de Vancouver.

—El pan es de la casa —dice Kevin siguiendo mi mirada—. No sabía si preferían el vino tinto o blanco, así que también hay una botella de *gewürztraminer* en la nevera. —Se vuelve hacia George—. Es de Okanagan. No sé si son amantes del vino, pero de los viñedos del valle están saliendo muy buenos productos.

—Somos amantes del vino, por supuesto —digo.

—Maravilloso. —Kevin me dedica una sonrisa tensa y luego vuelve a mirar a George.

Supongo que lo he perdido con lo de las ballenas.

—Y no tema —le dice a George—, el *gewürz* es muy seco.

George contiene una sonrisa y asiente muy brevemente con la cabeza.

—Te lo agradezco, Kevin. La verdad es que prefiero el *gewürz* muy seco.

Kevin parece a punto de salir flotando hacia el techo.

—Me encantaría abrírselo si quiere probarlo ahora.

—No hace falta —dice George—. Me lo guardo para luego.

—Por supuesto —responde Kevin, incapaz de esconder su decepción—. Sigamos, pues. Nuestro restaurante ofrece una gastronomía de primera calidad y hay locales muy buenos en la zona, pero también les hemos dejado algunas provisiones en la nevera.

Abre las puertas de acero inoxidable. Dentro hay una docena de vasitos de cristal de yogur francés y botellitas de zumo de pera, melocotón y naranja. Hay un estante entero para bebidas. Mantequilla de la Isla del Príncipe Eduardo. Queso de cabra suave de la isla Saltspring. En la puerta hay botecitos de caramelos rosa en forma de corazón, nubes de golosina caseras y frutos secos.

—Los bombones se elaboran en la zona —dice Kevin refiriéndose a la caja cuadrada de Chocolates Tofino que hay en el estante central. Se inclina hacia George como si le contase un secreto—. Los troncos crujientes de avellana son toda una revelación.

Si de verdad fuéramos recién casados, tal vez me pondría un poco territorial, porque Kevin mira a George como si el tronco crujiente de avellana fuera él. Aunque hay que admitir que la combinación de la camisa de cuadros de franela y las gafas sexis de George le dan un aire rudo e intelectual, como si fuera un Thoreau moderno que anhela vivir profundamente y sacarle hasta el tuétano a la vida. Entiendo que pueda despertar cierto interés si te gustan los hombres con rizos oscuros que huelen a ramas de pino acariciadas por la niebla.

—Y, cómo no —dice Kevin—, siempre está el servicio de habitaciones. Nos enorgullece poder ofrecer nuestro menú completo y el chef estará encantado de adaptarse a cualquier restricción alimentaria. Espero que encuentren todo lo que necesiten para

satisfacer su apetito, pero, si tienen alguna petición especial, háganmelo saber. Es su luna de miel, sé que puede que no quieran salir de la suite.

George arquea una ceja mirándome y yo me muerdo el labio para contener la risa.

—Antes de llevarles al dormitorio, permítanme enseñarles el exterior —continúa Kevin.

Cruza la sala, nos hace un gesto para que lo sigamos y abre la puerta. Yo asomo la cabeza. El porche es como una casa en un árbol, rodeado de ramas de hoja perenne y helechos, con sillas de jardín de estilo Muskoka y vistas a la playa. En un rincón, detrás de un biombo de madera, hay un jacuzzi en el cual pronto me estaré relajando con una copa de *gewürz* seco en la mano.

Kevin se vuelve hacia George.

—Nuestro arquitecto y nuestro paisajista se esforzaron por cerciorarse de que los huéspedes disfrutan del jacuzzi y de las vistas y, a la vez, cuentan con la máxima privacidad.

«Para follar». Eso no lo dice, pero ¡venga ya!

Decido que lo mejor es no mirar a George.

—¿Están listos para ver la suite principal? —pregunta Kevin.

George lo sigue por las escaleras y yo sigo a George. No es que quiera mirarle el culo, pero lo tengo delante de la cara y es difícil apartar la vista porque no recuerdo que tuviera tan buen culo. O estos vaqueros le sientan genial o ha estado haciendo sentadillas.

Cuando llegamos arriba, miro a George perpleja.

Él musita algo que suena como «Válgame dios».

# 14

Solo veo pétalos rojos como la sangre. Es como si hubiera explotado una floristería. Están cuidadosamente colocados formando un camino flanqueado por velas que lleva a la cama extragrande, y también esparcidos por encima de las sábanas blancas perfectamente tirantes. Y flotan en la bañera gigantesca y humeante que hay delante del ventanal con vistas al paisaje de olas y bosque que parece de otro mundo. Me quedo mirando la cama.

—Sí —dice Kevin confundiendo mi aprehensión con asombro—. Espectacular, ¿eh?

—Hay muchísimos pétalos —digo.

—Y velas —añade.

Seguro que eso es peligroso.

No puedo mirar a George. Teníamos dieciséis años la última vez que estuvimos en un dormitorio entre velas titilantes. Siento el rubor de la humillación en las mejillas.

Nunca me he alojado en un sitio tan fino y ni se me había pasado por la cabeza llamar para avisar de que el viaje no iba a ser una luna de miel. Alguien se ha tomado muchas molestias para que nuestra habitación parezca el decorado de una escena de pedida de mano de una comedia romántica de los noventa.

Una música ambiente de flautas sale de la pantalla plana en la que hay puesta una presentación de diapositivas de los servicios que ofrece el resort. Hay una segunda chimenea, un diván de cuero, un escritorio y el espacio suficiente para contratar a un DJ y cobrar entrada. Una puerta de cristal da a un pequeño patio equipado con dos tumbonas.

—He pedido que preparasen un baño cuando han llegado —le dice Kevin a George—. Sé que el trayecto hasta aquí puede pasarles factura a los nervios. He pensado que les gustaría darse un buen remojón.

Le enseña a George el funcionamiento de la chimenea y yo hago sola un tour del baño en suite. Y, cuando digo «tour», quiero decir «tour», porque es del tamaño de un estudio. Hay dos lavabos y una ducha con mampara de cristal que ofrece una vista completa del dormitorio (y viceversa). En la encimera hay una pequeña cesta con una etiqueta que dice KIT ROMÁNTICO. Dentro de unas discretas cajitas blancas, encuentro condones, lubricante, «toallitas íntimas» y un vibrador diminuto. Inexplicablemente, mi primera reacción es echarle una toalla encima, pero la idea de que George la destape me da todavía más vergüenza, así que doblo la toalla.

No es para tanto, los dos somos adultos maduros y con una vida sexual activa. Bueno, yo lo era. No echo mano de mi kit romántico personal desde hace meses. Conociendo a George, él estará siendo activo por los dos.

—También puedo llamar al spa —le está diciendo Kevin cuando vuelvo a la habitación—. Tal vez todavía tengan disponibilidad para un masaje de pareja. Pueden traer las camillas aquí arriba.

Las mejillas de George se han puesto casi tan rojas como los pétalos de rosa. Se lo merece. Me mira para que lo salve.

—Me encantaría un masaje —digo sonriéndole a George.

—¿Qué coño? —me dice él moviendo los labios sin emitir sonido desde detrás de Kevin.

—¿A ti no, cielo? —añado con dulzura.

—La verdad es que yo preferiría estar solo. —George arquea una ceja—. Con mi mujer.

El mundo estalla en fuegos artificiales y llena la habitación de una electricidad centelleante. Noto calor en la piel. Sin duda, mi rubor es tan intenso como el suyo.

George sonríe burlón.

—Creo que de momento no nos hace falta nada más.

Saca un billete de cien dólares de la cartera y lo pone en la mano de Kevin con una soltura desconcertante. Es un detalle sin importancia, pero dice muchísimo de la vida que George ha vivido sin mí. Personas a las que no conozco. Lugares que nunca he visto. Buenos hoteles y propinas discretas. Está más cómodo gastando dinero que antes.

Kevin hace una inclinación de cabeza.

—Por supuesto —dice—. Me marcho ya y, si les falta algo, lo que sea, para que su estancia sea más cómoda, háganmelo saber.

George le da las gracias y Kevin se esfuma sin hacer ruido, como un fantasma.

—Se ha ofrecido a enseñarnos el funcionamiento del jacuzzi mientras curioseabas el baño, pero le he dicho que estabas cansada —me cuenta George.

—Me parece que, si se lo pidieras, Kevin te enseñaría el funcionamiento del vibrador nuevecito que nos han dejado en el baño.

—¿Hay un vibrador? —pregunta con voz seca.

—Hay un sex shop en miniatura —le digo quitándole las gafas.

Están todas sucias, no sé cómo lo soporta. George no se queja. Me observa mientras las limpio en el bajo de la camiseta, como si estuviera embelesado, y espera a que termine.

—A ver —digo volviéndole a poner las gafas sobre el puente de la nariz—, ¿me explicas por qué estamos fingiendo que nos hemos casado? No llevamos ni anillo.

Él tiene la mirada fija en mi camiseta —su vieja camiseta— y tarda un momento en responder.

—¿Has visto el servicio que nos están dando? Tratan a los recién casados como si fueran de la realeza.

—A mí me parece que Kevin estaría encantado de darte a ti cualquier servicio, seamos pareja o no. A mí no tanto.

George asiente.

—Lo has perdido por lo de las ballenas.

—No es la primera vez que me pasa.

Qué pesada se pone la gente con las ballenas.

—Disfruta de las ventajas de la vida de casada, Frankie —dice él —. Total, todo el mundo da por hecho siempre que estamos juntos.

Es cierto. No importa que George y yo no nos demos afecto físico. Es todo lo demás lo que hace que los desconocidos nos digan la bonita pareja que hacemos. Las conversaciones que podemos mantener con la mirada. Los piques. Mi modo de limpiarle las gafas. Pero eso es porque hay muy pocos referentes de amistad entre

hombres y mujeres. Hace mucho tiempo, cometí el error de intentar cruzar esa línea, pero George enseguida me puso en mi lugar.

Vuelvo a contemplar la habitación y es cuando me doy cuenta de que las velas no son de verdad.

—Ya le he preguntado a Kevin si nos podían cambiar a una habitación con dos camas —dice George—. Le he dicho que te gusta dormir cómoda, pero dice que lo tienen todo reservado. Dormiré abajo en el sofá.

—No vas a pasarte una semana en el sofá. Eres demasiado grande.

—No me importa.

—¿Por qué lo haces más raro de lo que es? Hay mucho espacio. —Y entonces caigo: George no ha mencionado a ninguna novia, pero dormir separados tendría sentido si por fin tiene una relación seria. Hasta la persona más tolerante pondría pegas a que su novio compartiese cama con su mejor amiga, y más si esa cama está decorada con pétalos de rosa—. ¿Cómo se llama? ¿De qué trabaja?

—No me estoy viendo con nadie.

Lo observo con recelo. Se lo sonsacaré.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si quisieras interrogarme bajo un foco cegador. No te estoy escondiendo nada.

—Hum.

—Es paranoia tuya.

—Bueno, sueles ser bastante hermético.

Aunque le cuesta esconderme cosas a mí… o a Mimi.

—Te digo la verdad, no hay nadie más.

Lo miro atónita.

—¡«Nadie más»! O sea, que sí que hay alguien.

—Ha sido un lapsus —contesta George, pero al decirlo desvía la mirada hacia la ventana.

# 15

Durante el resto de la tarde, George se pone un poco mandón. Me dice que tengo que revolcarme en el fango todo lo posible hoy y descansar para el día dos. Me manda al jacuzzi a «permitirme sentir» mientras él deshace las maletas. Durante un instante, se me pasa por la cabeza decirle que ni se le ocurra tocar mi ropa interior, pero, teniendo en cuenta que nos doblábamos la ropa el uno al otro cuando vivíamos juntos, decido calmarme un poco, me envuelvo en un albornoz blanco y mullido y disfruto del jacuzzi.

Me sumerjo en las burbujas casi hirviendo del jacuzzi, deshaciéndome en un gemido, y dejo que los chorros de agua me masajeen los hombros y la parte baja de la espalda. Podría pasarme los siete días en este porche, rodeada de niebla y de bosque, alternando entre el jacuzzi y las sillas, observando cómo suben y bajan los surfistas en el agua mientras esperan una de las olas antes de que rompa contra la arena.

Cuando termina con las maletas, George me trae una copa de rosado espumoso.

—Ponte el bañador —le digo—. Esto es un lujo en plan *White Lotus*.

—Se supone que deberías estar centrándote en tus sentimientos, no en mí.

—¡Eso hago! Lo que siento es que preferiría que estuvieras aquí conmigo.

Eso casi le saca una sonrisa.

—Tenemos toda la semana para estar juntos. Tómate un rato para sentir tus emociones, Frankie.

Arrugo la nariz.

—No sé si me gusta esta versión de ti de app de *mindfulness*.

—Te acostumbrarás. —Modula la voz para que sea suave como la seda—. Ahora, cierra los ojos y centra la atención en la respiración. Inhala. Exhala. Deja que los pensamientos vayan y vengan sin juicios.

—Socorro.

Se ríe y vuelve dentro.

Y yo me quedo ahí sentada. Todo es perfecto: el vino, el tosco paisaje, el aroma de sal y pino. Debería sentir gratitud o calma. A través de la ventana, observo a George leer una pila de papeles con las gafas en la punta de la nariz, el pelo cayendo como olas del mar que rompen sobre su frente y el bolígrafo dando golpecitos sobre la página. Salgo del jacuzzi.

—Han pasado diez minutos —dice sin levantar la vista cuando entro en la casa en albornoz.

—No quiero estar sola —le digo—. Una semana no es tanto tiempo. Quiero estar contigo.

El bolígrafo se detiene. Levanta la mirada buscando la mía. Sé qué está pensando porque se le forma esa arruga entre las cejas. Me quedo ahí plantada, algo incómoda, esperando a que diga algo, pero no dice nada.

—Lo siento si es muy cursi —le digo—, pero así es como me siento. Llevo dos meses sin pensar casi en nada más que en mí y en mis emociones. Estoy harta de mí. Quiero estar contigo.

Nos hemos pasado noches enteras hablando hasta el amanecer, pero a ambos se nos da bastante mal expresar nuestros sentimientos. Siempre se nos ha dado mejor cuando hemos tenido tiempo para pensar qué queremos decir y escribirlo.

—Vale —dice con suavidad—, tú ganas.

George pide comida al servicio de habitaciones mientras yo me ducho arriba, en el escaparate que tenemos por ducha. Me tomo mi tiempo para desenredarme el pelo. No me puedo creer cuánto me ha crecido; mojado me llega más abajo del pecho. Para cuando me he puesto la camiseta y los pantalones cortos que he traído como pijama, George ya tiene la cena preparada en la mesa del comedor.

No me ha preguntado qué quería, pero ha acertado de pleno.

—¿Qué te parece? —tantea mientras yo estudio las hamburguesas y se me hace la boca agua.

—Tus poderes psíquicos para adivinar lo que quiero comer son un talento concretísimo y algo perturbador.

Es un don que cultivó cuando vivíamos juntos y pedía a domicilio los días que yo volvía tarde a casa después de un servicio.

Una sonrisa le acaricia la boca.

—Hacía tiempo que no los ponía en práctica. Me alegra saber que siguen ahí.

—¿De qué es la tuya? —George es piscivegetariano. No come carne y es puntilloso con el pescado.

—De champiñones.

Devoramos las hamburguesas y las patatas fritas con trufa en un silencio amigable salpicado de gemidos puntuales de satisfacción. La hamburguesa está de muerte. Yo me zampo la mía primero. George es de los que no deja de picar en todo el día, pero yo siempre he sido la más rápida comiendo. Me estoy chupando los cristales de sal de los dedos cuando George se me queda mirando con la hamburguesa a medio camino de la boca, muy satisfecho de sí mismo.

—Debe de ser el aire marino —digo.

—Eso debe de ser, sí. —Sin dar el bocado, George deja la comida en el plato. Se lleva el pulgar por el labio inferior, analizándome.

—¿Qué?

Niega con la cabeza con un movimiento pequeño.

—Nada.

—George y sus secretos.

—Es que me gusta verte comer así.

—¿Como un animal de granja?

—Sí. Estabas tan correcta en aquella cena…

Se refiere a la que di en casa de Nate.

A veces me pregunto si George desearía que me hubiera quedado conservada en ámbar tal y como era cuando nos conocimos. Una niña con las rodillas manchadas de hierba y suciedad bajo las uñas. O una adolescente inquieta sin interés por el maquillaje. Un chico más.

—Me moría de hambre —le digo—. Puede que te sorprenda, pero ya no suelo engullir la comida para repulsa del resto de los comensales.

Cuando era niña tenía que comer deprisa para que mis hermanos no me robasen la comida del plato. Es un hábito que cuesta dejar, pero ya no soy la criatura asilvestrada que era cuando George se mudó a la Casa Grande. Tampoco soy la chica que era con veinte años, esclava de mi ambición sin importar el precio que tuviera que pagar. Pienso en la confianza que tenía en mí, en lo segura de mí misma que estaba, y no soy capaz de identificarme con esa persona tan insensata. La verdad es que estoy perdida, a pesar de saber de sobra cómo he llegado aquí.

Mi madre intentó disuadirme de ir a la escuela de cocina. Me advirtió de lo intensa que era la vida de un chef y me avisó de que tendría que trabajar mientras mis amigos se divertían, pero no la escuché. Si acaso, me empeciné todavía más, porque quería demostrarle que se equivocaba. ¿Quién era ella para dar consejos profesionales?

Pero mi madre tenía razón. Empecé decidida a demostrar mi valía, a hacer ver que no era «buena para ser mujer» como me dijo mi primer jefe, sino, simplemente, buena. Me dije a mí misma que estaba triunfando, pero en realidad me estaba quemando con cada servicio. A veces me quemaba literalmente. Al final, nada compensaba el hecho de que me pasaba seis días a la semana en un infierno, sometida a una grandísima presión. Había estado alerta para no perderme en otra persona, pero mi trabajo me había engullido entera. Tenía que dejarlo.

Buscaba un lugar seguro en el que aterrizar y tanto el trabajo con Brie como la relación con Nate me proporcionaron uno. Él estaba asentado tanto en su puesto de profesor titular como en su estatus

de propietario. No necesitaba nada de mí más que mi compañía. No era complicado. No existía ningún riesgo de que me consumiera.

Ocurre lo mismo con el trabajo. Por fin controlo mi tiempo. Ya no trabajo los fines de semana ni me despierto sudando por una pesadilla en la que soy incapaz de seguir el ritmo de las comandas que inundan la cocina. Y, aunque disfruto de la experimentación que entraña el desarrollo de las recetas, echo de menos la emoción de crear un plato realmente especial y el alma de lo más importante de todo: las personas que lo comen. Las recetas de Brie las dictan los algoritmos y las modas de TikTok. Brie me anima a crear el nuevo «pollo "cásate conmigo"» o el nuevo guiso que se haga viral. Yo respeto su deseo de conquistar internet, pero no es algo que a mí me motive. Últimamente oigo una vocecita en mi cabeza que me dice: «Aquí no es».

—¿Estás bien? —pregunta George. Siempre ha sido muy perceptivo, pero hoy parece especialmente en sintonía con lo que siento.

Hemos pasado un día tan bueno que no quiero estropearlo. Estar juntos es como ponerse esa camiseta de los Parques Nacionales de Canadá. Familiar. Cómodo. En cierto modo, diferente de cómo era antes, pero espero que esta semana pueda cambiar eso.

—Nada de nada —contesto. Y es casi verdad.

# 16

Me siento en el porche a contemplar la niebla que pasa por encima de Chesterman Beach como si estuviera arropando la playa porque es hora de acostarse. George se está duchando. Veo a una pareja con trajes de boda. Un grupo de adolescentes en bicicleta pasan por su lado haciendo sonar los timbres y gritándoles la enhorabuena.

Mando fotos de las vistas a Aurora y al grupo de la familia Gardiner para que sepan que hemos llegado.

Mi familia estaba entusiasmada por el viaje, pero Aurora parecía vacilante.

—Le he dicho a Nate que vas, pero no le he contado lo de George —me dijo cuando hablamos ayer.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Me preocupaba que no le pareciera bien que pasases una semana en una casa con tu mejor amigo buenorro, Clark Kent.

Yo me puse a dar vueltas por mi habitación echando pestes.

—Nate ha perdido el derecho a opinar. Podría pasarme la semana en un bufet libre de surferos sexis si quisiera.

Ahora Aurora tiene el teléfono en «no molestar» y no contesta, pero mi familia inunda el grupo de mensajes.

*Mamá*

Cómo está George? Salúdalo de mi parte
*Papá*

*Darwin*
Qué mala pinta
*Moby*
Ya has desflorado al pequeño George
Saint James?

Pongo los ojos en blanco. Moby no se corta a la hora de meterse con George y conmigo.

*Mamá*
Moby, no seas tan vulgar
*Darwin*
Pero si George mide uno noventa
*Moby*
Te lo tomas todo demasiado al pie de la letra

Tengo que tatuarme «Solo somos amigos» en la frente?

*Moby*
No
*Moby*
Lo que sí que tienes es su nombre tatuado
en las costillas, así que mi pregunta sigue en pie
*Papá*
Apago el móvil

Doy un respingo al oír los pasos de George y, cuando me vuelvo, me lo encuentro saliendo al porche mientras se come una manzana. Solo lleva unos pantalones de pijama de algodón azul claro colocados muy abajo en la cadera. Me cuesta no quedarme boquiabierta. Siempre ha estado musculado; en forma, pero flaco. Si le quitabas las gafas de diseño y le ponías un cigarro entre los labios y una funda de guitarra en la mano, tenías a uno de esos roqueros indie algo desaliñados, pero ahora está bastante mazado.

—¿Qué es todo eso? —pregunto demasiado en shock para preocuparme por esconderlo.

—¿Todo el qué? —dice sacudiéndose el pelo para que se le seque.

Tampoco es que esté cubierto de enormes músculos, pero todo está más grande, más definido. Tiene sombras en los surcos de la barriga y se le han hinchado los hombros. Bajo la mirada hasta mi nombre tatuado en su costado y me late un poco más deprisa el corazón.

—No te hagas el tímido conmigo. Tú estás levantando pesas y haciendo abdominales —le digo burlona—. Seguro que también estás calculando la ingesta de proteínas.

—Cállate.

—Desde luego, sentadillas has hecho.

Levanta las cejas.

—No lo niegues —digo obviando la realidad evidente de que le he estado mirando el culo.

—Ya hace unos años que voy al gimnasio. Supongo que los dos hemos cambiado. Tú has aprendido a masticar con la boca cerrada y yo…

—¡Tienes abdominales! —digo alegremente.

—¿Te estás riendo de mí?

—Un poquito, pero son unos buenos abdominales, George. Intento ser maja.

—Y ¿te duele mucho cuando lo intentas?

—Que te den —contesto riendo—. Puedo ser maja si quiero.

—¿Puedo contarte un secreto? —pregunta dándole un bocado a la manzana.

Me tiende la fruta y yo la acepto. La piel chasquea al romperse bajo mis dientes con un estallido de dulzor ácido.

—Prefiero cuando no intentas ser maja —dice sentándose en la silla de mi lado.

—¿Cómo?

—Prefiero que seas la bocazas de siempre antes que la que fuiste en aquella cena. No me gusta verte dócil. Puedo soportar lo que necesites sacar. No tienes que hacerte la maja conmigo.

George recupera la manzana.

—¿Y si te grito?

—No sería la primera vez.

—¿Y si lloro? —le pregunto más seria.

—Me parece que llorar te supondría un problema mucho mayor a ti que a mí.

—¿Y si lo único que quiero hacer durante los próximos seis días es pedir comida al servicio de habitaciones y ver películas?

—Ya has accedido a El Plan.

—Ah, sí, El Plan.

—Pero, si de verdad es eso lo que quieres hacer esta semana, eso es lo que haremos.

—Nah.

Me apetece vivir una aventura con George. Hace demasiado que no vivimos una.

—Me lo imaginaba.

—Me siento —digo recalcando esa segunda palabra— extrañamente bien.

—¿«Extrañamente» en qué sentido?

—Pensaba que lo echaría más de menos cuando estuviera aquí.

La mirada de George se pasea por mi cara.

—¿Y no lo echas de menos?

Niego con la cabeza.

—Pero pienso en cómo terminó. Pienso en cómo lo asusté y salió huyendo.

George me devuelve la manzana para que le dé el último bocado.

—¿De qué hablas?

—Tuvimos una discusión unos días antes de la boda —digo cuando termino de masticar—. Hizo algo y yo salté. Es lo único que se me ocurre para que se marchara de forma tan abrupta.

George se ha quedado muy quieto.

—¿Qué hizo?

Suelto una carcajada al oír el tono amenazador de su voz.

—¿Qué harás? ¿Darle una paliza en el aparcamiento de la universidad?

No sería algo inaudito.

Fue en el instituto. En el baile de invierno del penúltimo curso. Mientras él bailaba con Tish Torres, yo estaba sentada en el regazo de Dylan Martin y nos íbamos pasando la petaca de su padre. Estaba decidida a perder la virginidad aquella noche y el ron me ayudaba con los nervios. George nos vio salir. Yo iba trastabillándome,

incapaz de mantenerme en pie sin la ayuda de Dylan. Estábamos en el aparcamiento, yendo hacia su coche, cuando George nos alcanzó. Nunca olvidaré cómo sonó su voz.

—Tócala y te mato.

Dylan lanzó el primer puñetazo, pero iba borracho y medía quince centímetros menos que él, así que no dio en el blanco. George lo empujó contra el capó de un coche y le estampó el puño en la nariz. Aquel puñetazo le valió un meñique roto y una expulsión.

—No es lo que crees —le digo ahora—. Nate es buena persona, pero perdí los nervios. Le grité. Le dije algunas cosas no muy agradables.

George levanta un hombro como diciendo: «¿Y qué?».

—Me fui enfadada y pasé la noche en casa de Aurora y Betty antes de volver. Le pedí disculpas por cómo me había comportado, pero noté que estaba afectado. Siempre había sido muy serena con él y de pronto me había puesto hecha una fiera.

Él va asintiendo y al final dice con una sonrisa burlona:

—No te imagino serena.

—Que te jodan —digo—. Estaba serenísima. E intentaba portarme bien.

Se le encienden los ojos de rabia.

—No hagas eso.

—¿El qué? ¿Intentar ser una buena novia?

—No te anestesies. No eres un animal de compañía. Ese fuego es una de las cosas que más admiro de ti.

—Pero creo que es el motivo de que Nate se marchara. Vio esa parte de mí, la parte fea, y decidió alejarse.

George me observa con atención, inmóvil, como si hubiera algo agitándose dentro de él y estuviese a punto de estallar.

—No tienes partes feas. Algunas son más escandalosas que otras. Otras pueden ser crueles si las provocas. —Clava la mirada en mis ojos—. Pero todas forman parte de ti. Todas merecen amor.

La intensidad del tono de George coincide con la de su mirada y yo tengo que desviar la mía. Observo la playa. Todavía no ha oscurecido. Me sorprende la cantidad de surfistas que siguen en el mar.

—Qué malas vistas, ¿eh? —dice, y yo sonrío.

—¿Cómo vamos a sobrevivir una semana en este vertedero?

—¿Con anfetas y tranquis?

—El clásico combo.

—Le preguntaré a Kevin si puede pasarnos algo. —George se apoya en el respaldo de la silla entrelazando los dedos detrás de la cabeza, con los bíceps marcadísimos.

—Será mejor que le digas que son solo para ti.

—Es verdad. No me puedo creer que le hayas dicho que odias a las ballenas. Ya deberías saber cómo acaba eso.

—Estaba cansada —digo—. Se me ha escapado.

Suelta una risita.

—La gente es muy sensible con el tema de las ballenas.

—¡¿A que sí?!

—Aunque hay que decir que son unos animales extraordinarios.

—Traidor.

—¿Sabías que la orina de las ballenas dispersa nutrientes vitales por el océano de un modo parecido al del polen que transportan las abejas?

—Pues no —le digo.

—Las ballenas jorobadas, las ballenas blancas y las ballenas grises son importantísimas para la salud global de los océanos. Incrementar el número de individuos ayudaría a proteger los ecosistemas del cambio climático. —Tiene una mirada intensa que suele aparecer cuando está alterado.

—Menudo banco de datos —le digo sonriendo.

—Publicaron un estudio el año pasado. Tu madre me habló de él.

Mi sonrisa se esfuma.

—¿Sí? Ya nunca habla de ballenas.

Antes de marcharse, mi madre seguía las noticias de avistamientos, nacimientos y enredos de ballenas francas en aparejos de pesca. Escribía cartas a los políticos y una columna en el periódico local sobre medio ambiente que mi padre recortaba todas las semanas y guardaba en una carpeta de manila.

Sin embargo, cuando volvió estaba diferente. Se puso en modo esposa y madre a tiempo completo. Hacía repostería y preparaba almuerzos con notitas, y tenía lista la merienda cuando bajábamos del autobús del colegio. Se volcó en ayudar a mi padre con el negocio, trazando planes para renovar la casa y, así, exhibir sus piezas e invitando a los clientes a tomar café para que pudieran admirar sus habilidades. De vez en cuando, todavía escribía algún artículo de opinión y se enfadaba por el aumento del nivel del mar, pero ya no hubo más informes sobre Francesca o su migración, ni tampoco cuentos sobre ballenas a la hora de acostarse.

«Había una vez una niña que se llamaba Francesca y una ballena que se llamaba Francesca…».

La mirada de George se suaviza como un mar barrido por la tormenta que vuelve a la calma de su azul veraniego.

—Sí que habla de ballenas —dice—. Si le preguntas por ellas. —Entonces se pone en pie y me tiende la mano—. Vamos.

Dejo que tire de mí para levantarme.

—¿Adónde?

—No nos pasaremos la semana viendo pelis, pero he pensado que esta noche deberíamos ver una.

Sigo a George a la planta de arriba, donde ha preparado un pícnic en la cama con las fresas cubiertas de chocolate y los dulces. Se me dibuja una gran sonrisa en la cara cuando veo lo que tiene listo en la pantalla.

Nos tumbamos bocabajo con la barbilla apoyada en las manos y, mientras empieza a sonar la banda sonora de *Mujercitas*, miro el perfil de George. Todo es mejor cuando está él.

—Echo de menos hacer esto juntos —digo.

Él vuelve la cabeza hacia mí.

—¿Ver *Mujercitas*? Si la pusimos en Nochebuena.

—Sí, pero solo nos vemos a ratitos cuando no estás paseándote por el mundo.

Se le levantan las comisuras de los labios.

—Yo no me paseo.

—Echo de menos poder estar tranquilos. Como cuando compartíamos piso. Creo que aquellos fueron los cuatro años más felices de mi vida.

—¿En serio?

—Sí, podíamos hacer esto siempre que quisiéramos y, por algún motivo, viviendo juntos no discutíamos tanto, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo —dice en voz baja y ronca.

—¿No te encantaba?

Tarda un poco en contestar.

—Sí. Me encantaba casi todo.

—¿No te cansas de viajar? ¿No quieres recuperar tu piso y quedar conmigo a todas horas? —Le dedico una sonrisa llena de dientes.

—A veces es justo lo que quiero —dice él flojito.

Vuelve a mirar la pantalla.

—Antes no me gustaba nada esta escena —digo cuando llegamos a la parte en la que Laurie le pide matrimonio a Jo y ella lo rechaza. También solía rebobinarla para poder ver a Christian Bale besar a Winona Ryder tropecientas veces—. Y ahora vuelvo a odiarla. —Los paralelismos entre Nate y el profesor Bhaer ya no me hacen tanta gracia.

George pausa la película.

—¿Quieres que la dejemos?

—No, seré valiente, pero que conste en acta: Jo debería haber elegido a Laurie.

Su mirada recorre mi rostro antes de volver a la película.

—Sí —dice—, seguramente.

Mis pesadillas son casi siempre sobre George. Empezaron el año de los incendios. En mis sueños no vuelve a casa sano y salvo, y muchas veces me despierto llorando. La primera vez que me pasó estando con Nate, él me rodeó con los brazos hasta que me tranquilicé. Permitirme llorar en brazos de alguien fue una experiencia nueva y no podía creerme lo bien que me hacía sentir.

Lo segura que me hacía sentir. Después de aquella noche, nunca quise volver a dormir sola.

Esta noche, George está atrapado en un coche mientras las llamas se acercan. Me despierto jadeando. Cuando toco el otro lado de la cama, está vacío. Debe de estar en el sofá. Me pongo una almohada sobre la cara para ahogar mis lloros.

No oigo pasos, pero la cama se hunde con el peso de George.

—¿Frankie?

Me quita la almohada de la cara y me aparta el pelo de delante de los ojos. Solo distingo su silueta.

—Todo irá bien —dice—. Estoy aquí.

Se tumba a mi lado y me atrae contra su pecho. Empieza a acariciarme el pelo, algo que nunca ha hecho antes.

—Prométeme que no te irás —le digo.

—Te lo prometo.

Lo último que recuerdo es el sonido de George tarareando su nana.

# 17

## Teníamos veintisiete años

Durante la primavera y el verano de 2023, el fuego arrasó el país. Estaba descontrolado en Alberta. Dos incendios catastróficos devastaron Nueva Escocia. En junio había fuego en Ontario y Quebec, donde se quemaban ciento sesenta mil hectáreas, seis veces más que en un año normal. Yo estaba en Toronto. Un manto de humo cubría la ciudad y hacía que el sol apareciera de un rojo apocalíptico. La ceniza viajó hasta Manhattan y cruzó el Atlántico llevando una neblina turbia a Europa.

En tres semanas hubo más incendios forestales activos en Canadá que en los últimos veinte años juntos.

Y George estaba allí en medio, cubriéndolos en primera línea para la CBC. Su firma aparecía en la página principal casi a diario.

Yo le mandaba mensajes a horas intempestivas para asegurarme de que estaba bien, de que seguía vivo. Dormía con el teléfono sobre la almohada para no perderme ninguna llamada. Hablábamos casi cada día. Me contaba lo que había presenciado. Llamas que se alzaban a cien metros de altura. Casas hechas cenizas. Bomberos

agotados, cubiertos de hollín, que seguían adelante a pesar del dolor.

A veces estaba demasiado cansado para hablar, de modo que yo le daba mi propio boletín de noticias. La mujer de Darwin, Anh, estaba ya en el tercer trimestre de embarazo. Moby había pagado la entrada de una casa en Ottawa. Aurora y Betty se iban a vivir juntas. Brie, mi amiga de la universidad, había firmado un contrato de colaboración con una plataforma de contenidos. ¿Y yo? Llevaba trabajando en diferentes cocinas los últimos siete años y estaba cansada. Durante mi escasísimo tiempo libre, estaba demasiado agotada para hacer nada más que tumbarme en el sofá y ver *Love Island*. Brie quería que fuera a trabajar para ella, pero dar un giro tan drástico me parecía rendirme y admitir que mi madre tenía razón.

Aunque lo tenía muy lejos, aquel verano me sentí cerca de George. Yo era su línea de vida, pero también me parecía que él era la mía. Era casi como en los viejos tiempos. Conocía su horario, sus rutinas y cómo sonaba su voz por la mañana y al final de un día horrible. Sabía cuándo pasaba el tiempo suficiente en un sitio para cocinarse tofu revuelto para desayunar y sabía que leía libros sobre dragones para evadirse. Lo conocía.

Entonces, un día, me mandó un mensaje para que pusiese *The National*, el telediario nocturno de la CBC. Yo estaba trabajando, pero a las diez acabó la hora punta, de modo que salí por la puerta de atrás con el móvil. Y ahí estaba George, bien peinado, micrófono en mano, hablándole a todo el país. A sus espaldas, en la distancia, un incendio volvía naranja la noche; una belleza horrorosa. No presté atención a lo que estaba diciendo, fue la autoridad calmada

de su voz lo que me cautivó. Me miraba directamente a través de la pantalla con los ojos fijos, la mandíbula tensa, sin inmutarse por el peligro que hacía que a mí se me revolviese estómago de preocupación. Lo sentí como nunca antes: George ya no era el niño con el que me había criado. Aquellos últimos siete años había cambiado.

Le mandé un mensaje en cuanto acabó la conexión.

Se te da genial! Qué tal tu primera aparición en la tele? Estabas nervioso?

*George*
Supernervioso antes de empezar,
pero, en cuanto me he puesto a hablar,
estaba bien. El productor quiere que
sea algo habitual

Qué fuerte. Qué buena noticia.
Estoy muy orgullosa de ti.
Supongo que eso significa que estarás
cubriendo los incendios más tiempo, no?

*George*
Sí, quieren que vaya a Yellowknife

A Yellowknife? Qué lejos! Estarás bien?

*George*
Claro. No tienes de qué preocuparte

No podía estar más equivocado.

# 18

## Día dos: Darse el gusto

George se ha ido. Sin tener que mirar, siento que ya no está a mi lado en la cama. No abro los ojos, para no ver el sol, y escucho el murmullo de las olas rompiendo. Me siento tentada de volver a dormirme, pero sé que la semana se me pasará volando. Dentro de seis días, George y yo volveremos a subir al coche de camino al aeropuerto y nos iremos cada uno por su lado. Yo volveré a mi cuarto de cuando era niña y él a los manglares mexicanos. No quiero desaprovechar ni un segundo.

Cuando abro los párpados, lo primero que veo es el Pacífico centelleando más allá del bosque. El día está más despejado que ayer y el sol ya brilla en lo alto. Solo una leve pincelada de niebla remolonea sobre la bahía. Cuando bajo la escalera, encuentro la casa vacía, pero tengo un mensaje de George esperándome.

Buenas tardes. Salgo a correr. Vuelvo en 40 minutos

Resoplo. Si son poco más de las once.

También tengo un mensaje de Brie al que respondo tras echar mano de un vaso de yogur francés de albaricoque.

*Brie*
Espero que llegarais bien. Besos

Sí, ya estamos aquí. Esto es tan bonito
que roza la obscenidad

*Brie*
Dicen que la gastronomía es increíble!
Pásatelo bien! A ver si te inspiras!!!

Me quedo mirando el mensaje. El número exagerado de signos de exclamación. La orden de que me inspire. Me inquieta de un modo que no puedo terminar de concretar. Y no solo porque decirle a alguien que se inspire es casi tan útil como decirle que esté contento o se tranquilice. Es como si Brie sospechara que no he estado muy bien. Aunque estoy segura de que, si pensara que hay algún problema con mi trabajo, me lo diría. Es una de las cosas que me gustó de ella cuando nos conocimos: va directa al grano. Aun así, sigue habiendo algo en su mensaje que no me sienta bien.

Cuando me dirijo hacia el porche con una taza de café recién hecho, me llama la atención una esquina de papel que sale de debajo del sofá. Me agacho para cogerla y veo que está entre un grueso montón de papeles impresos y notas. Los saco sin saber muy bien si George ha querido esconderlos o no. Sonrío pensando en el cofre de madera cerrado con llave que guardaba debajo de su cama.

Cuando los hojeo, me queda claro que aquí no hay nada ilícito. Es la investigación sobre rupturas de George.

Son consultorios sentimentales, artículos de revista y artículos científicos revisados por expertos. También hay todo un hilo de Reddit que ocupa doce páginas. En el artículo de un psiquiatra, George ha subrayado un fragmento sobre psicoterapia. Me pregunto cuánto tiempo tardará en proponerme que vaya.

Dudo que haya nada aquí que pueda ayudarme a esclarecer lo que ha pasado. Llevo dos meses descuartizando el cadáver de mi relación fallida, intentando encontrar un ápice de verdad que explique lo ocurrido. Nate parecía muy seguro de lo nuestro, no me cuadra que le entrasen unas dudas tremendas a última hora. Si nuestra pelea lo asustó, ¿por qué esperó tanto a decir algo? Me parece como si me faltara una pieza del puzle.

Paso la página y algunos de los papeles se escapan del taco y caen al suelo. Me pongo a cuatro patas para recogerlos y veo la transcripción de una entrevista del 18 de julio, hace solo unos días.

—De acuerdo, empiezo a grabar. Gracias de nuevo por su tiempo, doctor Nasseri.

—Entonces, ¿esto no es para un artículo? ¿Lo he entendido bien?

—No, como le dije por correo, intento ayudar a una amiga a superar una ruptura muy dolorosa y tenemos una especie de límite temporal. Esperaba poder hacerle unas cuantas preguntas y conocer su opinión sobre algunas ideas. No tengo ningún problema en pagarle por su tiempo como si fuera un paciente, puesto que esto no se publicará.

—No es necesario. Tu mensaje me llamó la atención. Entonces, ¿Frankie es una buena amiga tuya?

—Mi mejor amiga.

—Y, si leo correctamente entre líneas en tu correo, ¿sientes algo por ella?

—No… Eso no… [Ininteligible].

—Ah, ¿lo he entendido mal?

—Solo somos amigos.

—Disculpa. Háblame de la situación de Frankie.

—¿Qué haces ahí abajo?

Me quedo de piedra a gatas. Cuando levanto la vista, veo a George al otro lado de la habitación con deportivas de correr y unos pantalones cortos negros, el pelo empapado y las mejillas coloradas del ejercicio. Tiene el torso desnudo, bronceado, mojado de sudor. Estoy sin habla ante esas vistas.

—Frankie.

—Estaba echándole un vistazo a tu investigación —le digo poniéndome de pie con el taco de papeles en la mano.

George es miope y no lleva las gafas, lo cual significa que no ha visto el repaso que le he dado a su cuerpo. Viene hacia mí todavía jadeando por el ejercicio.

—¿Me dejas los papeles un segundo?

—Me dijiste que podía leerlos.

—Y puedes —dice—. Cuando yo termine con ellos.

Huele a pícea y a rayos de sol y, cuando una perla de sudor le resbala por la frente, no puedo evitar seguir su recorrido. Pero ¿qué me pasa? Le doy los papeles.

—Luego los clasificaré —dice George—, y te daré lo que sea relevante.

Se va a la cocina y se sirve un gran vaso de agua que se bebe de una vez con la cabeza echada hacia atrás. Yo escucho el sonido de sus tragos y veo cómo le cae el agua por la barbilla y al pecho, y soy

incapaz de apartar la mirada mientras se seca la boca con el dorso de la mano.

George me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Has corrido mucho?

Él se encoge de hombros.

—Diez kilómetros.

—Para ser alguien que no corre, parece bastante.

—Hace ya tres años que salgo a correr.

—¿Desde los incendios?

Los meses que pasó cubriendo los incendios forestales le dejaron huella. ¿Cómo no iban a dejársela? Presenció una enorme devastación. Casi perdió la vida. No quiso hablar mucho de ello después de volver, pero hace dos años, cuando ambos estábamos en casa por Acción de Gracias, salimos a dar un largo paseo al lado del arroyo y me contó que a veces todavía olía el humo cuando cerraba los ojos.

—Ajá.

—Nunca lo has mencionado.

—Porque el ejercicio es un tema de conversación aburrido.

Levanto las cejas. Estoy casi segura de que se trata de una pulla por Nate, que le habló largo y tendido sobre sus entrenos para el triatlón.

—A mí no me parece aburrido —le digo—. Quiero estar al tanto… No. Exijo estar al tanto de tu entrenamiento cardiovascular.

—¿Ah, sí? —George se apoya en la encimera. Parece que se divierte.

—Sí —insisto—. Y, como tu mejor amiga, tengo derecho a que me consultes cuando quieras cambiarte las gafas. Quiero saber si has

empezado a correr y a hacer pesas y a beber batidos de proteínas para no entrar en shock cuando vea todo esto. —Le pongo la mano en la barriga y hago un poco de presión y ¡guau! Baja la cabeza siguiendo el movimiento y un rizo le cae sobre la frente. Poco a poco, levanta la mirada buscando la mía y yo aparto la mano.

—¿Qué más? —pregunta.

—Sé que estás ocupado rescatando crías de oso polar y saltando de helicópteros, pero…

—No he hecho ninguna de esas cosas —dice conteniendo una sonrisa.

—Antes lo sabía prácticamente todo de ti —continúo—. Todos los detalles que te hacían ser tú. Sabía lo que leías y la música que escuchabas o si estabas pasando por una fase James Dean.

La boca se le curva en una sonrisa.

—La verdad es que aquella chupa de cuero me quedaba genial.

—Era de polipiel.

—¿Y el pelo engominado hacia atrás? ¿Y el paquete de cigarros en la manga doblada? Un gran look para un chaval de quince años. Muy auténtico.

Suelto una carcajada.

—¿Sabes a quién le gustaba? —dice George arqueando una ceja.

—A Avery Harper-Klyne.

—A Avery Harper-Klyne —corrobora.

Cojo un plátano de la cesta de fruta, lo abro y se lo tiendo antes de continuar.

—Y también siento que me estoy perdiendo todas las cosas importantes. Nunca sé cuánto tiempo estarás fuera ni cuándo vas a volver. Casi no hablas de tus relaciones.

George podría señalar mi hipocresía —yo no lo había avisado de mi compromiso—, pero, en lugar de eso, da un bocado.

—No ha habido mucho que contar —dice con la boca llena.

—No me estás entendiendo.

—Lo dudo.

—Creo que me preocupa que nuestra amistad solo funcione en las distancias cortas. Cuando no estamos juntos, puede que se te olvide cuánto te gusta estar conmigo.

—Frankie, créeme, eso sería imposible.

Me muerdo el labio.

—Ese supuesto plan tuyo…

—Ese plan completamente real —me corrige.

—Va todo sobre mí.

—Sí.

—Creo que también debería ser sobre nosotros.

George se detiene a medio masticar mirándome con una expresión inescrutable.

—¿En qué sentido?

—Quiero que volvamos a ser nosotros. Quiero que las cosas sean como antes.

—Hum —dice, y separa el último trozo de plátano de la piel para dármelo.

—Quiero ser mejor amiga. —No le digo lo que de verdad quiero, que es volver a sentirme cerca de él.

—Eres una buena amiga, Frankie.

—¿Entonces por qué no dejas de alejarte de mí? —La pregunta sale de mis labios y nos sorprende a ambos. Me meto el trozo de

plátano en la boca y miro a todas partes menos a los ojos de George.

Pero él da unos pasos hacia mí y se agacha para que no pueda evitar que nuestras miradas se encuentren.

—¿Eso es lo que piensas?

—Creo que sientes una especie de responsabilidad hacia mí por todo lo que hemos vivido y por eso estás aquí ahora.

—Es increíble. —Me pone las manos en las mejillas.

Me quedo atónita porque George nunca me toca así.

—¿El qué?

—Lo equivocada que estás.

Se ríe y me deja ir.

—Voy a ducharme y nos vamos.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa.

—Odio las sorpresas.

—Te doy una pista. —Vuelve la cabeza para mirarme—. Hoy es el día de darse el gusto.

# 19

El pueblo de Tofino se eleva sobre la bahía de Clayoquot, con vistas al agua azul, las montañas salpicadas de árboles perennes y los profundos valles. La niebla cerca los picos como un cinturón diáfano. Ni siquiera en verano hace un calor insoportable aquí. Las playas son espectaculares, pero el agua está fresca todo el año y el tiempo puede cambiar en cuestión de segundos. El rollo no es tanto de chiringuitos y bebidas tropicales, sino más bien de hogueras y muesli. La calle principal está a rebosar de turistas que van entrando y saliendo de galerías de arte, tiendas de souvenirs y de material de surf. Es evidente que Rhino Coffee House es el centro neurálgico; la cola se extiende calle abajo.

—Hoy el objetivo es que te cuides —dice George entrando en el aparcamiento que hay al lado del gran edificio de madera con un cartel que dice TOFINO RESORT + MARINA—. Que no te preocupes por nadie más. —Me lanza una mirada—. Por mí tampoco. Que te centres en lo que necesitas para sentirte bien.

—¿Me estás haciendo *mansplaining* del autocuidado?

—No. —Frunce el ceño—. Solo te lo explico.

—Sé que puede que no sepas esto sobre mí, pero soy una mujer de carne y hueso, y, como tal, cuento con una profunda comprensión de los fundamentos del autocuidado.

—¿Seguro?

—Vale —digo con rotundidad—, puede que últimamente no haya tenido muchas ganas de ir a hacerme la manicura.

George maniobra para aparcar en una plaza libre, apaga el motor y da unos golpecitos sobre el volante. Está intentando no discutir, pero sé que va a empezar en tres, dos, uno…

—El autocuidado no va de pintarse las uñas —dice—. Consiste en priorizarte a ti misma de formas simples, pero que a menudo se pasan por alto para poder gestionar mejor el estrés y el trauma. Exige escuchar tu cuerpo y tu mente. Supone no ser dura contigo misma, tratarte con amabilidad, comer bien.

—Entonces, ¿no vamos a hacernos una limpieza facial en pareja?

Me lanza una mirada perturbada.

—Sé que suena a cliché, pero es importante. No tienes el mejor historial a la hora de cuidarte. Y no lo digo como crítica —señala cuando entrecierro los ojos—. Pero sueles poner tu salud y tu bienestar bastante abajo de tu lista de prioridades, sobre todo en los momentos duros. Te conozco.

Qué rabia me da cuando tiene razón.

—Es posible.

Dibuja una sonrisa de suficiencia.

Salimos del coche y yo miro con recelo un cartel que anuncia expediciones de avistamiento de ballenas.

—No te preocupes —dice George—, hoy no habrá ballenas, pero sí que hay un barco.

—¿Y adónde iremos con ese barco?

—Digamos que vamos a escaparnos.

—¿Y si me dices adónde vamos en lugar de guardar secretos?

Suelta una risita.

—Sabes que, cuanto más te moleste, menos ganas me entran de decírtelo.

—Eres un sádico.

—Y es una sorpresa, no un secreto.

—Buen intento de darle la vuelta a la situación. Siempre has sido un mago con las palabras.

—¿Has terminado ya de meterte conmigo?

Me llevo un dedo a la barbilla.

—Creo que no.

—Es posible que seas la persona más frustrante que conozco.

Le dedico una sonrisa dulce.

—Y, aun así, me quieres.

—Desde luego, eres la persona más impaciente que conozco.

—Pfff, mira quién fue a hablar.

—Yo soy paciente.

—Para nada. Si te parece que hacer cola es un método de tortura.

Me mira con el rabillo del ojo.

—Cuando algo me importa, no tienes ni idea de lo paciente que puedo llegar a ser.

Lo dice en un tono grave y ronco que suena un poco sexy y hace que me tropiece con una grieta de la acera.

George me sostiene por el codo.

—¿Estás bien?

—Sí. —La voz me sale tensa y me aclaro la garganta.

Como me ha pedido George, me he puesto el bañador debajo de los vaqueros cortos y la sudadera con capucha que llevo. Él va con vaqueros y una camiseta. Lo sigo hasta el muelle, donde hay un

hombre con gorra y un chaleco naranja de pie con las piernas abiertas y cruzado de brazos, como si estuviera desafiando a alguien a que lo empujase. Tiene la barba blanca y una expresión dura, pero, en cuanto ve a George, una sonrisa se apodera de su cara. Amarrado al embarcadero de al lado hay un modelo ligero de Boston Whaler llamado Pórtate Mar, con el nombre escrito en la popa.

—Derek —dice George tendiéndole la mano—. Me alegro de volver a verte.

Derek ignora el gesto y lo abraza dándole fuertes golpes en la espalda.

—No sabes cuánto me alegro yo, Saint James. Qué gusto ver esa cara bonita cuando el mundo no está siendo engullido por las llamas. —Da un paso atrás sonriéndome—. Entonces, esta es tu Frankie.

—Esta es —dice George.

—Es como si ya te conociera —me dice Derek cogiéndome la mano—. Frankie, la chica de la casa de al lado. Eres famosa. ¡Y qué ojos violeta! No me puedo creer que este no los mencionara.

Miro a George buscando una explicación. El rubor le sube por el cuello.

—Derek y yo nos conocimos cuando estaba cubriendo los incendios. Él era el jefe de bomberos de Kelowna y me ayudó muchísimo.

—«Era», esa es la palabra clave —dice Derek—. Ahora estoy jubilado. Aquel año me enfrenté a incendios suficientes para toda una vida. No les tengo mucho cariño a los periodistas, pero tienes contigo a un buen hombre, Frankie.

—Lo sé —digo—, pero también es un mentiroso. Si te ha pedido que nos hagas un favor porque estamos de luna de miel, te informo de que se lo ha inventado todo.

—No me ha dicho nada de eso.

—No estamos casados —digo para enfatizar mi afirmación anterior.

—Todavía —dice Derek, y guiña un ojo.

George lo mira horrorizado y yo me río por la nariz.

—George no es de los que se casan —le digo a Derek.

Nos mira alternativamente sin saber bien qué decir y luego suelta:

—Venga, jóvenes, que el tiempo vuela. Os ayudo a subir.

Nos da chalecos salvavidas y arrancamos, esquivando las islas que salpican la bahía. Reduce la velocidad para enseñarnos unas focas comunes y una garza que alza el vuelo. Es impresionante lo virgen que está la mayor parte de la costa, los pocos edificios que vemos dirigiéndonos hacia el sur. Según Derek, esta zona es el hogar del pueblo indígena tla-o-qui-aht y se encuentra en el corazón de una reserva de la biosfera de la Unesco.

Cuanto más nos alejamos, más calor hace. Al cabo de treinta minutos, nos detenemos en las aguas tranquilas de una ensenada y vemos un gran embarcadero flotante con una moderna estructura de madera cuya chimenea libera nubes de humo al aire marítimo. Hay una cuerda para columpiarse y saltar al mar, dos trampolines —uno al lado del otro—, una hamaca de red integrada en las tablas de la plataforma y un par de kayaks. En cambio, en la costa no hay ninguna cabaña. Está totalmente aislada.

—Debería estar equipada con todo lo necesario —dice Derek ayudándome a bajar del barco—. Os diría que me llamaseis si me

necesitáis, pero no hay cobertura ni wifi. Podéis usar esto para emergencias. —Nos tiende un walkie-talkie—. Si no, os veré en unas horas. Me oiréis llegar, pero vendré despacio por si acaso. Aquí solo podrán veros los osos.

Con un último guiño y un saludo con la gorra, Derek enciende el motor. Lo vemos marcharse y luego miramos a nuestro alrededor, a la colosal extensión de naturaleza que nos rodea, y luego a la casita. Su fachada de cristal refleja el turquesa del mar, el verde de las montañas y a George y a mí, uno al lado del otro.

—¿Hoy toca el rito de iniciación de la secta sexual?

—Ya me has estropeado la sorpresa.

—Ya sabía a lo que venía cuando he puesto un pie en el Pórtate Mar, pero la séptima vez que Derek me ha guiñado el ojo ha sido la confirmación.

George se rasca la nuca.

—Sobre Derek… Aquel verano fue muy duro. Era como vivir un apocalipsis.

—Lo sé. —Fue la vez que más cerca me he sentido de George desde que se marchó. Estaba muy preocupada por él y, por primera vez en la vida, creo que él también estaba afectado. Hablamos casi cada día.

Me mira fijamente.

—Supongo que hablé demasiado sobre ti y Derek se hizo la idea equivocada. Perdona si ha sido incómodo.

—No te preocupes. Aunque creo que va a sentirse muy decepcionado luego, cuando vea que no llevo un anillo de compromiso.

—Te juro que en ningún momento le he dicho que esto fuera a ser romántico.

—Estaba silbando «Chapel of Love» cuando ha amarrado el barco.

—¿Lo has oído?

—También lo he oído desearte buena suerte.

George suelta un quejido.

—Aunque me encantaría que esto te resultara lo más vergonzoso posible —continúo—, ¿por qué no me dices qué vamos a hacer aquí?

—¿Todavía no lo has adivinado?

Niego con la cabeza y George sonríe. Señala la cabaña.

—Eso es una sauna. —Luego señala el agua—. Y eso es nuestra inmersión en agua fría. Y esto —dice abriendo mucho los brazos— es mejor que cualquier día en un spa.

# 20

La cabaña tiene todo lo que necesitamos. Un vestuario. Baños. Una pequeña cocina con un surtido de sándwiches, sandía ya cortada y refrescos. Hay una hoguera exterior rodeada de sillas. Pilas de toallas y mantas. Y, por supuesto, la propia sauna.

Nos quedamos en bañador y entramos. Es una pequeña habitación revestida de cedro con bancos, una hoguera de madera con carbón incandescente en la parte de arriba y unas vistas espectaculares del paisaje. El agua centellea, llena de posibilidades. Las colinas son de un verde deslumbrante bajo la luz del sol. Yo me he puesto un bikini rojo que fue un capricho para la luna de miel y George lleva un bañador corto que seguro que se ha comprado en Europa. Es más corto que los que suele llevar, a rayas gruesas azules y color crema. Muy de James Bond de los sesenta.

Mientras él aviva el fuego y vierte agua sobre el carbón de la parte superior, yo me maravillo con los fibrosos músculos que se le marcan en los brazos y el torso. Mis ojos recorren el camino de vello oscuro que desaparece dentro de su bañador y aparto la mirada cuando empieza a acelerárseme el pulso. No es para tanto: George está bueno. Es solo que estoy un poco desentrenada en esto de lidiar con la realidad.

Nos sentamos en bancos opuestos y yo fijo la vista en el paisaje que se ve por la ventana.

Lo que pasa es que a mí George siempre me ha parecido mono. Cuando era pequeño simplemente me gustaba su aspecto. Las mejillas rosadas y los grandes ojos azul marino. Pensaba que era el chico más guapo del colegio mucho antes de que se convirtiera en el guapo oficial de la clase.

Pero, a los catorce años, mi forma de ver a los chicos cambió. Se le sumó una nueva capa emocionante y aterradora: la atracción.

Según he podido comprobar, la atracción puede ser incontrolable, inexplicable y frustrantemente inoportuna. La primera vez que tuve que afrontar esa realidad fue en la fiesta de la piscina de nuestro catorce cumpleaños. Hacía poco que George había vuelto de Montreal, donde había pasado los últimos siete meses viviendo con su padre, y yo no me había acostumbrado a cuánto había crecido. Llevaba un bañador verde oscuro que nunca le había visto y recuerdo que, mientras se iba acercando al borde del trampolín, pensé que el color le quedaba bien. Cuando empezó a impulsarse, preparándose para saltar, el calor me recorrió el cuerpo como si me hubiera quemado por el sol. Quería que todo el mundo se fuera para que pudiéramos estar solos. Quería a George solo para mí con una avaricia que casi me asustaba. Se zambulló en el agua y yo salí de mi ensoñación, pero no pude dejar de lanzarle miradas, unas miradas que me parecían ilícitas. Tumbada en la cama aquella noche, fui capaz de admitir que pensaba que mi mejor amigo estaba bueno. Decidí aceptarlo e ignorarlo, y eso fue precisamente lo que hice. Casi siempre.

—¿Estás bien? —me pregunta ahora, y yo lo miro, reticente. Tiene el pelo alborotado por el viento del barco. Los ojos fijos en mí. Lleva barba de un día. Su cuerpo es… En fin, no puedo ni mirarlo.

—Claro. —Ya conseguí hacerme experta en ignorar la realidad física de George Saint James. Solamente tengo que recuperar la práctica—. Solo estoy asimilándolo todo. ¿Cómo sabías que existía este sitio?

—No lo sabía. Derek me dijo que le hablase si alguna vez venía por aquí. La sauna es de un amigo suyo que la alquila a turistas y hoy ha habido una cancelación, así que aquí estamos.

De vez en cuando, George conoce a una fuente que se convierte en amigo. Casi siempre suelen ser personas a las que admira. Me cuenta que Derek mantuvo la calma durante las evacuaciones de Kelowna y estuvo imperturbable durante las horas y los días más duros del incendio de McDougall Creek.

—Buen trabajo, Saint James —le digo—. Este sitio es increíble. Has llevado lo de escaparnos al siguiente nivel.

—Mejor que el armario de la biblioteca, ¿eh?

—Hum… La verdad es que ese escondite me encanta, pero esto me gusta casi tanto como el armario.

Me recuesto hacia atrás sobre las manos, cierro los ojos y apoyo la cabeza en las láminas de cedro. Inspiro profundamente y suelto el aire en un suspiro. Lo hago otra vez. Gotitas de sudor me resbalan por el torso hacia el valle entre mis pechos. De pronto, soy consciente de lo callado que se ha quedado George.

Abro los ojos y me lo encuentro con la mirada clavada en mí. Tiene la boca entreabierta, la vista fija en mi pecho y los ojos oscuros y llenos de algo que se parece mucho al deseo. Me da un

vuelco el corazón. Está tan concentrado que no sabe que lo estoy viendo. George NUNCA me mira así.

La punta rosada de su lengua resbala por su labio superior y yo parpadeo. Su mirada sube y se encuentra con la mía, pero ninguno de los dos se mueve. Siento cómo me palpita el corazón. Me pasa por la mente la idea de poner la boca en el marcado surco de su cuello para saber a qué sabe su piel.

Me incorporo.

—Me está entrando demasiado calor.

George asiente como un muñeco cabezón.

—Deberíamos enfriarnos.

Salgo fuera y me tiro de bomba directa al agua sin vacilar. El frío es impactante y salgo del agua buscando aire en el momento en el que George rompe la tensión superficial. Su salto de cabeza es impecable. Nada por debajo del agua y no veo lo lejos que ha llegado hasta que saca la cabeza mucho más lejos de la plataforma que yo.

—Sienta de maravilla, ¿verdad? —grita.

—Está fría de cojones —digo yo nadando hacia la escalera.

George me sigue y nos pasamos la hora siguiente alternando entre el calor seco de la sauna y el gélido golpe del agua salada. Yo suelto un chillido cada vez que me tiro al agua y, cuando volvemos a la sauna, él aviva el fuego y nos sentamos en silencio con los ojos cerrados. Todo se suaviza. Puede que se me hayan reblandecido hasta los huesos. Aquí no hay espejo, pero me noto las mejillas sonrosadas. Con cada vigorizante chapuzón, mi corazón bombea la sangre con más fuerza. Siento un cosquilleo en la piel. Y hasta me parece que veo más claro. Es como si pudiera distinguir cada uno de

los tonos de verde de las montañas cubiertas de árboles. Se parece bastante a ir colocada.

Después del cuarto chapuzón, me tumbo en la ancha hamaca del embarcadero empapándome de ese entorno imposible mientras él nada. Apoyo la cabeza entrelazando las manos detrás de la nuca y mirando el cielo. Un águila de cabeza blanca planea en las alturas con las alas muy abiertas y parece que la imagen sea un regalo solo para nosotros.

—¿La has visto, Frankie?

Me incorporo. George ha nadado hasta bastante lejos, pero todavía alcanzo a ver un destello de sus dientes cuando sonríe.

—¡Sí! —le contesto también alzando la voz y sonriendo.

Señala un gran nido en las ramas más altas de un árbol en el cual el ave se ha parado ahora. Yo no soy una amante de la naturaleza como George y mi madre, pero incluso a mí me impresiona.

—¿Estás bien ahí? —pregunta.

—Sí, bien —digo, pero, mientras lo estoy diciendo, me doy cuenta de que me he quedado bastante corta—. En realidad, estoy genial.

Sé que en parte es por la adrenalina, pero siento que podría enfrentarme a cualquier cosa. No estoy segura de haber estado tan alerta ni tan viva en mi vida.

Cuando se lleva uno de los kayaks para salir a remar, yo cierro los ojos y mi consciencia pasa a centrarse en mi cuerpo. Las gotitas de agua que serpentean por mi piel, el pulso golpeándome las muñecas, los pezones erizados contra la tela mojada del bikini… Quizá por eso me miraba antes George. El calor se acumula entre mis piernas. Hace meses que no sentía eso.

Resulta que el hecho de que te dejen tirada el día de antes de tu boda va muy bien para apagar la libido. No ha habido líos de una noche por despecho. Ni siquiera he llegado al orgasmo yo sola. Pero tumbada al sol, con el olor de la sal y la leña quemando en la piel y la sangre latiéndome con fuerza en las venas, el deseo y la necesidad despiertan en mi interior como un oso que sale de la hibernación. Aprieto los muslos con fuerza. Si estuviera sola, puede que sí que dedicase el día a darme el gusto.

Por un momento, pienso en meter la mano debajo del bikini, pero entonces oigo el chapoteo de un remo cortando el agua.

—¿Hay sitio para dos?

George sube del kayak al embarcadero. Yo me hago a un lado y él se deja caer en la hamaca a mi lado, tumbándose bocarriba con un suspiro de satisfacción.

Canturrea su nana, con un antebrazo apoyado sobre los ojos. El bañador se le ha subido un poco más por los muslos. Tiene la piel bronceada. Unas pecas le salpican los hombros y la nariz, y un pequeño lunar le adorna la base del cuello. Tiene el suficiente pelo en el pecho para poder pasarle los dedos entre la espesura.

Se le ve una pequeña cicatriz en forma de herradura encima de la cadera derecha, donde le pusieron los puntos después de caerse encima de una piedra en el arroyo. Estábamos haciendo una carrera para cruzarlo, saltando de piedra en piedra, y entonces George resbaló. Yo le hice presión en la herida con una gasa en la parte de atrás del Cadillac de Mimi cuando ella lo llevó al hospital, y le di la mano mientras un médico le ponía los puntos. Lleva el tatuaje en el

mismo sitio que yo, en plenas costillas. El de George está en el lado izquierdo y el mío en el derecho. Me gusta saber que, por muy lejos que se marche, lleva una parte de mí con él. Él solo tiene ese, mientras que a mí Aurora me ha tatuado dos más: un cuchillo de cocinero diminuto en la muñeca y un laberinto de seto de cedro en el hombro.

—Oye, Frankie.

Doy un respingo al oír su voz.

George abre un solo ojo.

—Intento tomar doscientos gramos de proteína al día.

Me río.

—¿Qué?

Se da la vuelta para quedarse frente a mí. Ha dejado las gafas sobre la plataforma, a nuestro lado. No estoy acostumbrada a verlo sin ellas y es raro lo íntimo que resulta. Es como si se hubiera quitado una pieza de ropa.

—Antes me has dicho que echabas de menos conocer los detalles de mi vida —dice George.

—Eres de los que se toman batidos de proteínas —digo sonriendo —. Lo sabía.

—Y colecciono arena.

Me pongo de lado mirándolo, sintiendo el tirón lento de otra sonrisa.

—¿Arena?

—Sí. Arena de todo el mundo. Meto un poco en una bolsita siempre que estoy en una playa.

—Y ¿qué haces con todas esas bolsitas de arena?

—Tengo un tarro y, cuando vuelvo, añado las capas nuevas de arena e indico de dónde son.

—Es muy tú.

—¿Sí?

—La mayoría de la gente colecciona imanes. Tú coleccionas especímenes geológicos.

—Y estoy aprendiendo italiano.

—¡No!

—Aprendí algo cuando estuve en Bolonia. Parece que no se me da mal. No es muy diferente del español y el francés.

—Dime algo en italiano.

—*Ti sto dicendo qualcosa in italiano*. —Le sale con mucha facilidad.

Abro mucho los ojos.

—¿Qué significa?

—Significa «Te estoy diciendo algo en italiano».

Me río.

—Has dicho que te preocupa que nuestra amistad solo exista cuando estamos juntos, que no te cuento estas cosas porque me he olvidado de ti.

—Sí.

—Supongo que yo también me preocupo de que te hayas hecho mayor sin mí, de que ya no me necesites.

—Sí que te necesito —digo de inmediato.

Pero, si Nate y yo nos hubiésemos casado, George y yo no habríamos tenido esta oportunidad de reconectar. No estaríamos aquí tumbados en una hamaca en un rincón remoto de la bahía de Clayoquot. Y eso —que podríamos haber ido alejándonos más y más

sin hacer nada al respecto hasta terminar siendo irreconocibles para el otro— es una pérdida mucho mayor que la de la ruptura. Que Nate me deje ha sido un golpe devastador, pero he conseguido salir adelante. Perder a George habría sido una erosión lenta, más difícil de identificar y más difícil todavía de superar.

—¿Una promesa por otra? —pregunta George con los ojos alternando entre los míos.

—Dime.

—Esta mañana has dicho que quieres que volvamos a ser nosotros —continúa—, pero yo no creo que sea posible tener la misma relación que cuando éramos niños o cuando vivíamos juntos. Ahora tenemos treinta años. Me pregunto si todavía no hemos averiguado cómo ser George y Frankie de adultos.

Cuando éramos vecinos, el buzón y las cartas hacían de intermediarios. Como compañeros de piso, nos asegurábamos de pasar por lo menos dos noches a la semana juntos, pero también nos dejábamos notas en trozos de papel y pósits. A veces me encontraba un cuadrado amarillo pegado al espejo del baño o a mi cartera. Una vez me desperté y encontré uno en mi frente. Cuando teníamos veintitantos, estábamos en contacto por correo, mensajes y llamadas, y nos veíamos en vacaciones cuando él estaba en Toronto. Pero ya no era lo mismo.

—Supongo que tienes razón —le digo.

Yo todavía no he averiguado cómo ser yo misma de adulta y aún menos cómo conservar nuestra amistad a medida que evolucionamos.

—Creo que deberíamos volver a sentirnos cómodos siendo sinceros y abriéndonos al otro —dice George.

Levanto las cejas. Abrirse no es su fuerte.

—Si tú puedes hacerlo, yo también.

—¿Es el título de tus memorias?

—Exacto. A ver, dejando de lado los detalles, cuéntame las cosas grandes —le digo—. Y no estoy diciendo que lo de los batidos de proteínas no sea digno de contar.

Respira hondo. Abre la boca. Y la vuelve a cerrar.

—La verdad es que es más difícil de lo que pensaba —dice.

Se me hace un nudo en el estómago.

—¿Qué ocurre?

Pasa el dedo por la red de la hamaca y baja la mirada.

—He empezado a ir al psicólogo.

—¡¿Tienes psicólogo?!

Se vuelve hacia mí de golpe.

—Perdona. No quería parecer tan sorprendida —digo.

George es la última persona que me imaginaría en terapia. Es reservadísimo y muy centrado. Cuando se fue de casa de su padre y volvió a la de Mimi justo antes de que cumpliéramos catorce años, tuvo una sola cita con el orientador del instituto y se negó a ir por segunda vez. Vuelvo a intentarlo:

—¿Cuánto hace que vas?

—Poco. Hemos estado haciendo sesiones en línea estos últimos dos meses.

Asiento para animarlo a seguir hablando.

—El médico me recomendó que lo probase después de los incendios, pero me resistí.

—¿Porque contarle tu vida a un desconocido es casi tan angustioso como hacer cola?

—Eso es lo que yo pensaba, pero en realidad ha sido bastante liberador. Fui esperando trabajar en algo, pero… —Se ríe—. Con mi historia familiar resulta que hay mucho donde escarbar. Mi psicólogo se está poniendo las botas.

Le quita importancia, pero se le ha oscurecido la expresión.

—¿Te está sirviendo?

—Creo que sí. Siempre he lidiado con estas cosas. Normalmente es como un rumor de fondo, pero a veces se vuelve ruidoso. Y empeora cuando estoy estresado o cansado.

—Cuando dices que se vuelve ruidoso, ¿a qué te refieres?

—Básicamente a mí tratándome como una mierda.

Me quedo pasmada y George se ríe.

—Por la cara que pones parece que haya confesado una suplantación de identidad.

—¡No! Lo estoy procesando. Es genial, George. Estoy orgullosa de ti.

—¿Sí? —Veo una pizca de aprehensión en la postura tensa de sus hombros.

—Sí. Está claro que la salud mental es superimportante y tú has sabido ver que necesitabas ayuda y la has buscado.

Eso también es muy de George, ahora que lo pienso. No hay nada que lo pare.

—Tú también podrías plantearte ir a ver a alguien cuando vuelvas.

«Lo sabía».

—Puede —le digo—, pero no quiero convertirme en una de esas personas que empieza una de cada dos frases con «Mi psicólogo dice que…».

—Mi psicólogo dice que esa es una preocupación muy normal.

—Tú siempre tan gracioso.

—Mi psicólogo también dice que conoce a un par de profesionales especializados en cambios vitales como las rupturas.

—¿Le has hablado de mí a tu psicólogo?

Se me acerca y baja la voz como si tramase algo.

—Le hablo de ti sin parar.

—Ja.

Una ráfaga de viento llega por encima del agua y me estremezco. Se me eriza la piel de los brazos. Caigo en lo verdaderamente solos que estamos. Es como si fuésemos las dos únicas personas del mundo.

—Tienes frío —dice George—. ¿Quieres volver a la sauna?

—Estoy muy bien aquí.

—Vale, pues un segundo.

Se levanta de la hamaca y vuelve con las gafas puestas y una manta con la que nos cubre a ambos.

—¿Qué más? —le pregunto.

Estamos tumbados mirando al otro con la cabeza apoyada en la mano.

—¿Cosas importantes?

Asiento.

—Quiero seguir escribiendo y viajando. Algún día me gustaría escribir un libro.

—¿Sobre qué?

—Todavía no lo sé, pero quiero hacerlo. De no ficción, claro.

A otra persona podría parecerle arrogante, pero yo sé que George busca su siguiente desafío.

—Me sorprende que todavía no hayas escrito uno. George Saint James, periodista galardonado, escritor superventas… Es inevitable.

—Y quiero compartir mi vida con alguien —dice.

Eso me deja alucinada.

—Pero ¿con un solo alguien?

—No hace falta que pongas esa cara de sorpresa, Frankie.

Cierro la boca.

—Es solo que —empiezo a decir—, y no te lo tomes a mal, pero ha habido muchos alguien. Eres un poquito… —Busco una palabra inofensiva para terminar la frase.

—Cuidado —me avisa George.

—Digamos «libertino».

—Un libertino es una persona de bajo carácter moral.

—No te estoy juzgando —le digo—. Yo también he tenido unos cuantos alguien. Solo intento entenderlo. Pensaba que…

«… te acostabas muchas veces con muchas personas distintas», me digo. Aunque procuro no pensar demasiado en la vida sexual de George, creía que sus líos eran una forma de quemar toda la energía que tiene. Y tengo algunas pruebas que apoyan mi teoría. Una vez volví a casa pronto de un turno en el restaurante y me lo encontré en el sofá con dos mujeres que se mostraron muy molestas porque yo hubiera interrumpido lo que fuera que estuviese a punto de pasar. Y lo había oído acostarse con alguien.

—Pensaba que querías vivir más o menos sin ataduras —le digo.

—Eres tú la que juraste que nunca te casarías —dice levantando una ceja—. Y varias veces, digámoslo todo.

—No tendría que haber cambiado de idea.

Antes pensaba que una relación seria me ataría, me distraería de mis objetivos, como le pasó a mi madre. Me imaginaba enamorándome y perdiéndome a mí misma en otra persona, como le había ocurrido a ella, y luego despertándome un día presa del pánico por todas las cosas que me había perdido.

En el caso de mi madre, aquella fue la oportunidad de volver al mar, de respirar el aire salado que para ella era su hogar y de luchar por salvar las ballenas francas del Atlántico Norte que tanto adoraba. Terminó haciendo daño a personas a las que amaba para recuperar la parte de ella misma que había abandonado. Yo no quería terminar igual.

—En cambio, yo —dice George— soy mucho más de la vieja escuela. —Me sostiene la mirada—. Siempre he sabido que había una sola persona para mí, una persona a la que me gustaría unirme de por vida.

Es un esfuerzo evitar que se me abra la boca de par en par.

—¿Por qué ahora? Nunca has mostrado ningún interés por ir en serio con nadie.

—Eso no es cierto —dice George—. Lara y yo estuvimos juntos casi un año.

Vale, es más de lo que pensaba.

—¿SÍ? Pero ¿en plan pareja pareja?

—Frankie, la llevé a tu cena y la presenté como mi novia.

—Siempre he pensado que usabas la palabra vagamente, como eufemismo.

—No era un eufemismo. Era mi novia de verdad.

—Pero cortaste con ella. Siempre rompes tú con ellas.

Es mejor irse primero que quedarse atrás.

—Lo dices como si fuera fácil. Es horrible empezar una relación lleno de esperanza y luego darte cuenta de que no funciona y nunca va a funcionar. Romper con alguien es terrible.

—Me perdonarás por no sentir mucha empatía ahora mismo.

—Yo no siento ninguna empatía por Nate —dice.

—Bien.

Le quito las gafas y las limpio en la manta.

—¿Cómo puedes dejarlas así? —le pregunto, y echo vaho, luego limpio, levanto las gafas hacia la luz y luego vuelvo a echar vaho.

No sé por qué estoy tan agitada.

—Creo que ya están limpias, Frankie —dice George tras verme repetir el proceso cinco o seis veces.

En ese instante, levanto la mirada hacia la suya y me doy cuenta de que he mirado a George a los ojos cientos de miles de veces, pero que nunca me he parado a apreciar lo asombroso que es el azul oscuro de sus iris. Lo eléctrico que es el azul más claro que le rodea las pupilas. Me veo a mí misma reflejada en esas esferas negras, como si flotase en un océano tempestuoso.

—¿Frankie?

Mi mirada baja hasta su boca. Tampoco le he prestado nunca mucha atención. El labio superior es casi una línea recta. Por eso su sonrisa puede parecer tan mordaz; cuando sonríe, el labio se estira todavía más, como ahora. El inferior es más carnoso, el más voluminoso de los dos. Sale hacia fuera cuando está pensando. Cuando pone cara de preocupación. Besé esos labios una vez y fue un error colosal.

Entreabre la boca y yo vuelvo de golpe a la realidad y le pongo las gafas. Lo hago con cuidado y deprisa, sin mirarlo a los ojos, pero,

aun así, siento su aliento en la muñeca. Siento su mirada en mi rostro. Siento sus rizos rozándome los nudillos cuando le coloco las patillas detrás de las orejas. Cuando éramos niños, el pelo rapado le empezó a crecer formando ondas espesas y turbulentas, y él me reñía por quedarme mirándolas o se molestaba cuando, incapaz de contenerme, tendía la mano para tocarlas.

—Si quieres tener pareja, la tendrás —le digo. Cuando George decide esforzarse por algo, nunca fracasa—. La encontrarás.

—O —dice— tal vez ella me encuentre a mí.

Lo dice con tanta franqueza que siento un pinchazo de algo que se parece mucho a los celos. Nunca ha habido una mujer en la vida de George que me haya parecido más importante para él que yo. Creo que una pequeña parte de mí, una parte fea, se sentía cómoda así.

—¿No se puede mandar una bengala de emergencia en esos casos? —bromeo.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Supongo que cuesta que las cosas funcionen cuando viajas tanto. Igual tendrías que volver a Toronto más que unos pocos días aquí y allá. Guiño, guiño.

—Creo que el problema no es ese.

—¿No?

Niega con la cabeza mirándome a los ojos.

—No.

—A ver, ¿cómo es tu perfil en las apps para ligar? Igual estás atrayendo sin querer al tipo equivocado de persona.

—No tengo perfil en ninguna app para ligar.

—¿Cómo puede ser? Si siempre estás… ligando.

Una sonrisita de satisfacción se le dibuja en la boca y, antes de que responda, digo:

—Déjalo. Con ese combo de cara, pelo y culo seguro que te va bien sin apps.

Una ceja oscura se arquea por encima de sus gafas.

—Perdona, ¿qué combo?

—Venga ya —le digo—. Ya sabes qué aspecto tienes.

Mi mejor plan de acción es decir las cosas como son.

—Sé que aspecto tengo —dice con una sonrisa cada vez más engreída—, pero ¿cómo describirías tú mi aspecto?

—¿Ahora mismo? Un poco arrogante.

Se ríe y se recuesta con las manos detrás de la cabeza mirando el cielo. La manta se le ha escurrido hasta la cintura y mi mirada se ve atraída hacia el tatuaje y luego hacia los músculos que se le marcan en los brazos.

—¿Estás sacando músculo? —le pregunto.

Me sonríe.

—Puede que un poco.

—Qué descarado eres, pero quédate así. Tengo una idea.

Salgo de la hamaca, busco el móvil y abro la cámara. Le saco unas cuantas fotos cuando está distraído.

—¿Te acuerdas de cuando jugábamos a que éramos un rey y una reina y que la Casa Grande era nuestro castillo? —pregunta todavía observando el cielo.

—Claro.

Encontramos una falda morada de tafetán en uno de los baúles de Mimi y me la puse de vestido, y George se puso una capa de lana

roja. Me puse hasta una estola de piel sobre los hombros y él usó un bastón como cetro.

—Creamos nuestro reino —digo.

En el armario metíamos a los prisioneros. Representábamos decapitaciones bajo el manzano y recibíamos a la corte en el salón de baile. El arroyo pasó a ser nuestro foso. El gato Baryshnikov era el juglar de la corte. Mimi le cosió un sombrero con cascabeles, pero Baryshnikov se puso a aullar cuando intentó ponérselo. Nos pasamos una semana recogiendo palos para delimitar un laberinto en el desordenado jardín de Mimi. Cuando llegó agosto, la hierba había crecido tanto que mi padre usó el cortacésped para trazar un camino serpenteante que pudiéramos seguir, con un círculo despejado de maleza en el centro.

Recuerdo estar tumbados de espaldas con la hierba susurrando en la brisa. Recuerdo discutir sobre qué debía tener en el centro un laberinto como dios manda y quién sería el rey y quién el súbdito. Recuerdo que George dijo:

—¿Y si yo fuese el rey y tú la reina? Así los dos mandaríamos.

—Qué asco —le dije yo—. Entonces tendríamos que besarnos y todo eso.

—Si no queremos, no. El rey y la reina se inventan sus propias normas.

—Eso me gusta —le dije—. Serías un gobernante sabio y noble.

Me sonrió y me sentí coronada.

Ahora George sonríe todavía mirando el cielo.

—Se nos da bien —dice.

—¿Crear reinos?

Capturo la suave curva de sus labios antes de que se vuelva hacia mí. Entrecierra los ojos.

—¿Qué haces?

—Estoy ayudándote.

—Y ¿a qué me estás ayudando, Francesca?

—Sabes que no me gusta nada que me llames así.

—Ajá.

—Voy a hacerte un perfil en una app para ligar —le digo, pasando las fotos.

Dios, sale increíble. Pero también sale como es él. Amante de la naturaleza. Inteligente. Seguro de sí mismo.

George se pone de pie.

—No, no vas a hacer nada.

Le enseño el móvil.

—Esto es una bengala de emergencia. ¿Me estás diciendo que ni siquiera puedes intentarlo?

Se acerca un paso más, me coge el teléfono de la mano y bloquea la pantalla.

—Te digo que no hay nadie en ninguna app con quien quiera salir.

El modo en el que me sostiene la mirada hace que el corazón me golpee el pecho más deprisa.

—Eso me suena un poco a prejuicio —le digo cuando el viento se levanta y me pone el pelo delante de la cara.

—No juzgo a la gente que busca pareja por internet, pero me conozco y sé lo que quiero, y te digo que nunca la encontraré ahí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Aguanto la respiración cuando George levanta una mano para apartarme los mechones de pelo rebeldes de las mejillas.

Antes de que responda, el traqueteo de un motor corta el silencio. Los dos nos volvemos hacia el origen del ruido. El Pórtate Mar se acerca despacio, como Derek nos ha prometido.

# 21

Derek se lleva mi mano a la altura de los ojos cuando me ayuda a subir al barco para ver si me he puesto un anillo de compromiso. Ya vestidos, George y yo nos sentamos en el banco de la parte trasera del barco. Mientras navegamos entre ensenadas e islas, lo observo con el rabillo del ojo preguntándome qué estaba a punto de decirme. Me ha parecido casi aliviado por la interrupción.

Derek y George se abrazan cuando nos despedimos, y luego vemos cómo se aleja el Pórtate Mar.

—¿Qué, ha sido un buen día? —me pregunta George.

Levanto la cabeza para mirarlo. Se le ha rizado todavía más el pelo por la humedad del mar.

—Un gran día.

Y también un día raro. Nunca me había sentido tan fascinada por él ni tan celosa de las mujeres con las que ha salido. Nunca me había dado cuenta de lo perfecta que tiene la boca ni de lo encantadores que son sus ojos. Es George, mi amigo de toda la vida. Pero también es otro George, un hombre que ha arriesgado su vida por el trabajo y ha ganado premios de periodismo. Es un adulto que quiere tener pareja y tiene sueños de los que me estoy enterando ahora. Este George ya no es mío.

—No creo que pueda olvidarlo —le digo.

Me mira.

—¿Quién podría olvidar su rito de iniciación en una secta sexual?

—O su primer viaje en el Pórtate Mar.

—Créeme, son lo mismo.

Me río.

—Lo digo en serio. Ha sido increíble. Siento que podría subirme a lo alto de una de esas montañas, pero, si cierro los ojos, seguramente dormiré doce horas seguidas.

—¿Y tu apetito?

—Voraz.

—Genial.

Volvemos en coche al resort y yo me ducho y me preparo para la cena. Me pongo unos vaqueros, una camiseta de tirantes azul claro muy mona y unas sandalias blancas. Hago el esfuerzo de desenredarme y secarme la melena. Estos dos meses de despreocupación por mi aspecto en los que no he usado ningún tipo de calor en el pelo me lo han dejado sano y brillante. No me molesto en ponerme demasiado maquillaje, solo lo de siempre: un poco de rímel, colorete y un bálsamo labial con color.

Mientras espero a que George se prepare, saco el móvil. No he respondido al mensaje de Brie de esta mañana, aunque tampoco pedía ninguna respuesta.

Dicen que la gastronomía en Tofino es increíble!
Pásatelo bien! A ver si te inspiras!!!

Frunzo el ceño mirando la pantalla. ¿Por qué me molesta tanto? Es un mensaje inofensivo.

—¿Va todo bien?

Levanto la vista y me encuentro a George con unos vaqueros oscuros y una camisa también vaquera, pero más clara. Todavía lleva el pelo mojado. Está increíble.

—¿Esmoquin canadiense?

Se encoge de hombros.

—Me parecía que ese era el rollo.

—Me gusta. Dice: «Sé montar a caballo y preparar un delicioso café con leche de avena».

Baja la vista para mirarse.

—Qué mal, porque no sé hacer ninguna de las dos cosas.

Me levanto y George mira mi modelito.

—Creo que nunca te había visto con algo así.

La camiseta de tirantes tiene un volante fruncido en el dobladillo. Cuando esta mañana le he recordado a George que soy una mujer, solo era medio en broma; a veces de verdad creo que se le olvida.

En su defensa diré que antes nunca llevaba ropa tan femenina. Me puse la ropa que me pasaban mis hermanos hasta los diez años. En el instituto me ponía vaqueros y camisetas que encontraba en la tienda de segunda mano. Hasta que tuve ingresos y más amigas que entendían de moda no empecé a diversificar.

Ahora me toca a mí encogerme de hombros.

—Me parecía que ese era el rollo.

—¿Por qué mirabas el móvil como si estuvieras a punto de pegarle?

Se lo tiendo.

—¿A ti esto te parece raro?

Lee el mensaje de Brie.

—Tres signos de exclamación me parecen excesivos, pero, por lo demás, no. ¿Por qué?

—Me molesta.

George vuelve a estudiar el mensaje.

—¿Es porque habla de la inspiración como si fuera algo que puedes comprarte en el supermercado? —Me mira—. ¿Como si pudieras llevarte un brik de inspiración a casa?

Me río porque la verdad es que eso me ha molestado.

—¿Crees que te está insinuando que necesitas inspiración? Porque entiendo que eso pueda sentarte mal.

—No creo que sea eso lo que quiere decir. No es pasivo-agresiva.

—Entonces puede que no sea cosa de Brie, puede que se trate más de tus cosas.

—¿Qué cosas? Yo no tengo de eso —digo, y ahora George sonríe. Se ríe con los ojos.

—Frankie, todo el mundo tiene cosas.

—El que lo dice lo es.

Una risita le retumba en el pecho. Me gusta ese sonido.

—Claro —dice—, si yo soy el rey de las cosas.

El restaurante está en Ucluelet, el pueblo más cercano a Tofino, a unos treinta minutos del resort. Pluvio es un local pequeño con una cocina abierta y una lista de reproducción musical de R&B de los noventa y, en cuanto echo un ojo a la carta, sé por qué me ha traído George aquí. Empieza con un glosario, lo cual sería alarmante en la mayoría de los casos, pero este es ingenioso. Enumera algunas definiciones de Ucluelet entre las cuales están «un pueblecito que prácticamente nadie conoce cerca de otro conocido a nivel nacional y mundial» y «la hermana menos moderna de Tofino».

Esta noche nos ofrecen un menú degustación de temporada de cinco platos con unos cuantos entre los que elegir y una lista de opciones adicionales que puedes añadir al festín. Es evidente que el chef está comprometido tanto con el uso de ingredientes locales como con pasarlo bien. El simple hecho de leer las descripciones hace que me entusiasme más con la comida y sus posibilidades de lo que lo he estado en mucho tiempo.

Nuestra camarera es una joven que se llama Gerry, con una risa pegadiza y trenzas rubio platino sujetas en forma de corona. Pronto descubrimos que Gerry es de Toronto. Nos hace un resumen de su vida en treinta segundos mientras nos sirve el agua.

—Me dejaron. Busqué en Google los sitios más bonitos de Canadá. Vine aquí hace cinco años y aquí sigo.

Cuando vuelve para tomarnos nota, George me mira.

—A ver qué tal se te da —le digo.

—Para Frankie, el cóctel No me gusta ni pícea —dice George pidiendo justo el que yo habría pedido—. Y para mí, un Si bebes no pilotes. —Es una de las bebidas sin alcohol.

—Muy bien —dice Gerry.

—Para cenar, ella tomará el bacalao largo asado con camarones moteados, la codorniz campera y… —Me mira entrecerrando los ojos —. De postre, la tarta.

Joder, se le da genial.

—De acuerdo.

—¿Qué tal lo he hecho? —me pregunta George después de pedir para él.

—Da miedo y todo —le digo—. Muy inquietante. Hasta has acertado con la bebida. Le había echado el ojo a ese cóctel.

—¿Mezcal? ¿Aperitivo de pícea? Pues claro.

Gerry sigue nuestra conversación como si fuese una partida de ping-pong con una sonrisa perpleja.

—También comeremos vieiras y dos de los mundialmente famosos calamarcitos calientes —le digo. Quiero probar todo lo posible, incluido el calamar de Humboldt a la plancha dentro de un panecillo de perrito caliente en miniatura.

—Marchando —dice Gerry—. Una mujer con buen apetito siempre me inspira respeto. Espero que le aguantes el ritmo —le dice a George.

—Ya te digo yo que no —le responde él.

Nos lo comemos todo. El postre es una tarta de chocolate llamada «Bosque encantado», con rocas hechas de merengue y tierra comestible. Es una de las mejores comidas que he hecho en mucho tiempo. Concluye con la camarera ofreciéndonos cajitas cuadradas llenas de conchas entre las que buscamos dulces. Es algo que podría resultar pretencioso, pero, en realidad, parece más bien un guiño del chef. Es divertido y demuestra una creatividad exuberante. No puede ser más diferente de unos macarrones hechos en la olla de cocción lenta.

Al final de la noche estoy tan llena y cansada, y tan quejica sobre lo llena y cansada que estoy, que George me carga a caballito hasta el coche y luego desde el aparcamiento del resort a nuestro chalet, como hacía cuando volvíamos a casa de fiesta.

—Puede que me duerma aquí mismo —le digo hablándole a su cuello mientras abre la puerta y entra.

Me baja.

—Creo que eso no nos iría bien a ninguno de los dos —dice.

Pero, entonces, me coge en brazos y me lleva como si fuera una novia y estuviésemos cruzando el umbral de la casa por primera vez, a la planta de arriba. La habitación está preparada para la noche. La chimenea está encendida, de los altavoces sale una música tintineante y la cama vuelve a estar rociada de una nueva tanda de pétalos de rosa.

Estoy un poco borracha por el cóctel y le doy la mano tirando de él hacia el colchón. Me tumbo de espaldas con los pies todavía en el suelo, pero él no se deja caer a mi lado. Se sienta a los pies de la cama observándome.

—¿Te acuerdas de cuando empecé a cocinar?

—Claro —dice—. Te obsesionaste con la cebolla. Con todas las formas en las que se podía cortar, picar y rallar. Con si un plato era mejor si la rehogabas primero o la hacías a la plancha. Con cuánto rato tardaba en caramelizarse.

—Siempre más de lo que dice en la receta —añado—. Todo me hacía mucha ilusión en aquel momento. Antes estaba… No sé… ¿Hambrienta?

Su sonrisa es melancólica.

—Tenías unas ganas irrefrenables de vivir una aventura.

No puedo evitar reírme.

—Sí, de vivir una aventura y de divertirme y de cocinar y de… vivir la vida. Creo que por eso me ha molestado el mensaje de Brie. He perdido esa sensación. Hace dos meses me creía la puta ama. Pensaba que lo tenía todo clarísimo. Y ahora mírame.

George se tumba y nos estudiamos.

—Ya lo hago.

Me sostiene la mirada un segundo, pero luego sus ojos viajan por mi cara.

—¿Quieres saber lo que veo?

Asiento.

—Veo a alguien con muchísimo talento y creatividad y pasión. Veo a una persona que me ha ayudado a superar algunos de los momentos más duros de mi vida. Veo a la mujer más fuerte, más cabezota y más frustrante que conozco.

Siento calor en las mejillas.

—Algún día volverás a estar hambrienta, Frankie. No seas tan dura contigo misma.

Eso no es mi fuerte.

—No duermas en el sofá —le digo—. Es muy pequeño para ti. Preferiría que te quedaras conmigo.

Me mira un instante.

—Seguramente pondré una alarma para salir a correr. No quiero despertarte.

Le quito importancia con un gesto de la mano.

—Estoy acostumbrada. La de Nate sonaba a las cinco de la mañana para poder ir al gimnasio. —La odiaba.

—Yo no me levantaré tan temprano, pero voy a dormir abajo para no molestarte.

—George —le digo—, por favor. No me gusta despertarme sola.

—¿Seguro?

—Claro. No pasa nada. Si soy yo.

George se pone en pie.

—Vale, dormiré aquí.

—Bien.

—Ah, casi se me olvida. —Cruza la habitación hasta el escritorio y abre uno de los cajones—. Me has dicho que querías ver el resto de mi investigación.

Saca una carpeta muy abultada y me la tiende.

—Gracias por todo esto. Te lo agradezco un montón. Tengo mucha suerte de tenerte.

—¿Tan fuerte era el cóctel?

—No es por el cóctel.

George sonríe.

—Voy a cambiarme y a bajar a leer un rato.

Aparto los ojos mientras se desviste en una esquina y se dirige al cuarto de baño con solo unos pantalones de chándal. Cuando vuelve a la habitación, levanto la mirada y trago con dificultad al ver la leve cicatriz. Mis ojos se desvían hacia el tatuaje.

—¿Alguna vez te arrepientes? —le pregunto. He conocido a más de un hombre a quien no le entusiasmó encontrar el nombre de George en mi cuerpo.

Él mira mi nombre escrito a mano en sus costillas y sonríe.

—Ni una vez. ¿Y tú?

—No, yo tampoco.

Nunca.

—Buenas noches, Frankie —dice, y se dirige abajo.

Yo me cepillo los dientes, me pongo el pijama y me instalo en la cama con los papeles de George. Al pasar las páginas me doy cuenta de que la transcripción de la entrevista ha desaparecido.

Se me están cerrando los ojos con el ruido blanco de las olas rompiendo contra la roca cuando el colchón se hunde con el peso de George. La cama se calienta deprisa y su respiración adopta

enseguida el ritmo constante del sueño. Yo lo sigo poco después y pronto estoy soñando con que me rodea un brazo que conozco bien.

# 22

## Teníamos dieciocho años

—¿Te lo estás pensando mejor? —me dijo George observándome escribir mi nombre en un papel. Todavía no me salía muy bien—. No tenemos por qué hacerlo.

Llevábamos unas semanas viviendo en Toronto y la ciudad ya había dejado huella en nosotros. George se había comprado unas gafas de montura negra que, de algún modo, eran al mismo tiempo de empollón y sexis, y yo me había cortado el pelo recto a la altura de los hombros en la mítica peluquería House of Lords y me había arrepentido de inmediato.

—Ah, no, vamos a hacerlo —le dije—. Hoy cumples los dieciocho. Llevamos un año planeando esto.

Que él se tatuaría mi nombre en las costillas y yo el suyo.

George y yo nos habíamos mudado juntos del interior de los lagos Kawartha al mismísimo centro de la cuarta ciudad más grande de Norteamérica. Los dos teníamos unas ganas irrefrenables de que nuestra vida adulta nos llevase a vivir nuevas aventuras. Pero yo también me sentía sobrepasada por el cambio, por el ruido y las

luces y la cantidad de transeúntes. Nuestro piso se convirtió en mi refugio.

Encajábamos bien como compañeros de piso. Yo ponía la cocina perdida cuando cocinaba y George, que nunca podía estarse quieto, iba limpiando detrás de mí. En muchos sentidos, anclábamos al otro a la realidad. Él llenaba nuestro piso de torres de periódicos y revistas que siempre iban en aumento y de notas en pósits o en páginas arrancadas de una de sus muchas libretas. Yo llenaba la nevera de estofados y curris y patatas Anna. George y yo pasábamos muchos sábados por la mañana curioseando entre los puestos de los productores locales del mercado de Saint Lawrence. Yo salía de allí con ingredientes para la cena de aquella noche, además de botes de mostaza Kozlik's y espárragos en vinagre. No teníamos espacio de almacenaje suficiente en la cocina para todas mis especias, arroces y condimentos, y las encimeras estaban adornadas con botellas de aceite de oliva y vinagre. La colisión entre los objetos de George y los míos me hacía sentir segura.

—Vale, ya está —dije enseñándole el «Frankie» con la mejor letra que había conseguido hacer.

—Perfecto —dijo George.

Aquella noche entramos en un estudio de tatuajes de Queen Street West y marcamos nuestra amistad de forma permanente. Luego nos emborrachamos en el Black Bull con unos carnets falsos que George había conseguido.

Me desperté a la mañana siguiente en el sofá con solo un sujetador y unos pantalones cortos de pijama. Lo último que recordaba era haber cantado «Since U Been Gone» a caballito de George por un callejón y que alguien nos había tirado un panecillo

de perrito caliente. Tenía el vago recuerdo de que George había intentado convencerme de que me fuera a dormir y de haberme negado a que terminase la noche. Era posible que él hubiese intentado ponerme el pijama.

Lo oía moviéndose por la cocina, así que me esforcé por levantarme del sofá. Estaba delante de la nevera bebiendo zumo de naranja de la jarra y llevaba unos bóxers negros que evidenciaban demasiado su media erección matutina.

Yo me quedé ahí mirándolo boquiabierta.

Comprendía por qué a tantas chicas les atraía; tenía un aura sexy y misteriosa, unos ojos inteligentes detrás de esa montura negra y una cara angulosa. Sin embargo, por lo general, conseguía ignorarlo. ¡Era George! Tenía el pelo caído y las extremidades largas. Sabía que estaba fuerte porque me había llevado a casa a caballito con facilidad, pero verlo medio empalmado, tragando zumo de naranja, con la nuez subiendo y bajando, me reconfiguró el cerebro.

Fue como si alguien me diera unas gafas nuevas y, en un instante, dejó de ser solo George. Había visto las pecas de sus hombros miles de veces, pero ahora quería cartografiarlas con los dedos. Quería tocar las partes más suaves y más duras de su cuerpo. Mi nombre acabado de tatuar en su costado me mareó.

Él me vio antes de que pudiera apartar la mirada.

Sus ojos repasaron mi cuerpo y vi el efecto que eso tenía. Hubo tres segundos en los que ninguno de los dos se movió, tres segundos en los que pensé en recorrer la distancia que nos separaba y tirar a la basura diez años de amistad. Pero me repuse. No quería que se repitiera lo que había pasado dos años atrás.

—¿Necesitas encargarte de eso? —le pregunté sonriendo—. Igual puedes sacar una de las revistas que tienes guardadas en la caja.

El cofre de caoba se había trasladado de debajo de su cama en la Casa Grande a debajo de su cama en nuestro piso. Tenía lirios tallados y, por desgracia, un cerrojo con candado.

—¿Crees que ahí guardo revistas? —preguntó él acercándose a la encimera para esconderse de cintura para abajo.

Me encogí de hombros.

—No estamos en los noventa.

—Entonces, ¿qué guardas ahí?

—Soy un hombre de dieciocho años, Frankie. No te lo puedo contar todo.

—Pfff.

Había una libreta al final de la encimera. La abrió y anotó algo.

—¿Qué haces?

Me miró.

—Poner límites. —Me tendió el boli—. Escribe los tuyos.

# NORMAS DE LA CASA

## De George:

En las zonas comunes siempre iremos vestidos.
Respetaremos las pertenencias de los demás (Frankie no intentará abrir objetos cerrados con llave con un tenedor).
Frankie preguntará antes de coger las camisetas de George.
Frankie se abstendrá de reírse de las gafas de George.

## De Frankie:

Avisaremos al otro si vamos a traer a alguien a casa.
Las noches de jueves son noches de solteros. Innegociable.
Las noches de viernes están reservadas para las cenas de G y F. Sin excepciones.
Frankie cocina. George limpia.

# 23

## Día tres: Moverse

Un aliento cálido en la nuca.

Una mano recorre mis costillas y se instala en el hueco de mi cintura.

Unos labios se posan en las últimas vértebras de mi columna. Su voz es un gruñido.

—¿Te gusta lento por la mañana?

Un nudillo me roza la punta de un pezón endurecido.

—Dime lo que quieres, cariño.

Tengo la difusa consciencia de que se trata de un sueño, de un maravilloso sueño sexual matutino. Mis pestañas amenazan con abrirse, pero yo no quiero despertar.

Un tirón y mi trasero se pega a él. Suelto un suspiro por lo dura que la tiene. Parece muy real.

Demasiado.

Abro los ojos de golpe.

Estoy de lado, en una nube de sábanas blancas, muy arrimada a George. Él tiene la pierna por encima de mi cadera y el brazo

doblado encima de mi pecho como si fuera un cinturón de seguridad.

Por un momento, me quedo ahí tumbada, inmóvil, con el culo pegado a su erección. El deseo late entre mis piernas y resisto las ganas de mover las caderas. Porque, joder, hace mucho que no siento algo así. Aunque mi cerebro sabe que cruzar esta línea con George sería catastrófico, mi cuerpo… Ahora mismo mi cuerpo lo desea.

Me roza el hombro con los brazos y suspira:

—Frankie.

Me quedo sin aliento y el pulso ruge en mis oídos. Intento apartarle el brazo, pero se aferra a mí con más fuerza.

—George.

—Cariño —musita.

—George —digo levantando más la voz y dándole golpecitos en la muñeca, pero él se limita a recolocarse para apoyar la barbilla en mi coronilla.

Trato de empujarle la pierna, pero mide veinte metros y está hecha de plomo.

—George Émile Saint James —le digo con la voz más severa que tengo mientras me escurro dándome la vuelta e intentando poner algo de distancia.

Sin embargo, solo consigo que emita un ruido que no puede describirse más que como sensual.

—George, despierta. —Le clavo las uñas en el muslo y él suelta otro gemido gutural—. Estás soñando.

Y, entonces, su cuerpo se tensa.

—Pero ¿qué…?

De pronto, deja de estar pegado a mí.

—Joder.

Siento que el colchón se mueve y me incorporo. George está de pie con la espalda desnuda hacia mí y con las manos en la cabeza.

—Hola —le digo.

George se da la vuelta horrorizado.

—¿Estás despierta?

Me esfuerzo todo lo posible por mantener la vista por encima de sus hombros, pero la tienda de campaña de los pantalones cortos de algodón fino que lleva es tan grande que la veo incluso sin mirarla directamente. George baja la vista y se sonroja desde las mejillas hasta el pecho. Se tapa con las manos.

—Se suponía que ibas a levantarte pronto para salir a correr —digo con voz aguda.

—Como me dijiste que no te gustaba despertarte sola, no me he puesto la alarma —contesta él mucho más alterado. Tiene el pelo despeinado y caído, al contrario que su postura rígida y su voz tensa —. Me dijiste que durmiese aquí.

—Vale, vamos a tranquilizarnos un segundo —digo, y sueno de todo menos tranquila—. No es para tanto.

George me mira como si hubiera sugerido que se tirase por el balcón.

—¡Te estaba haciendo la cucharita!

Me encojo de vergüenza.

—En realidad, te estabas restregando un poco.

Se tapa la cara con las manos.

—Eh, George, todavía estás… —Le señalo los pantalones cortos—. Igual quieres…

—Joder.

Se da la vuelta.

—No pasa nada. Tampoco es la primera vez que te he visto con una erección matutina —digo mientras él se dirige al vestidor y saca una camiseta negra sin mangas.

—Joder, Frankie —musita, y luego me lanza una mirada volviendo la cabeza con los ojos muy abiertos—. ¿He hablado en sueños?

«Frankie». «Cariño».

—¿Aparte de la conferencia que has dado sobre deforestación de los manglares? No.

Deja caer los hombros aliviado y se pone la camiseta.

—Voy a salir a correr —dice sin mirarme a los ojos—. Después, desayunamos en el edificio principal. Nos vemos allí a las diez. Hoy necesitarás energía. —Todo lo dice con un tono mecánico.

—¿Estás bien?

Saca unos pantalones cortos del cajón sin mirarme todavía.

—Estoy muerto de vergüenza. Solo necesito un poco de espacio.

La última vez que George me dijo que necesitaba espacio, no lo vi en seis meses.

—Que no te dé vergüenza. Creo que ha sido culpa mía.

Por fin, me mira.

—Estaba teniendo un sueño… sugerente sobre ti. Sobre nosotros. Y creo que es posible que me haya acercado a ti durmiendo y tú me has rodeado con el brazo y…

No se mueve.

—¿Has tenido un sueño erótico sobre mí?

—No es para tanto —vuelvo a decir, tratando de convencernos a ambos—. Tú tienes un cuerpo. Yo tengo un cuerpo. A veces los

cuerpos quieren cosas.

—¿A veces los cuerpos quieren cosas? —repite despacio.

—Sí. —Carraspeo—. Y hace un tiempo que no… Así que es posible que esté ligeramente más cachonda de lo normal.

Las cejas le salen disparadas hacia arriba como un cohete.

—Estás ligeramente más cachonda de lo normal —repite de nuevo con la voz ahogada.

Oh, no. Creo que he roto a George.

—Perdona, me he pasado dando información. No tienes por qué conocer el estado en el que se encuentra mi libido. Lo que quería decir es que, si alguien tiene la culpa, soy yo, y no hace falta que te avergüences. Somos adultos. Vamos a hacer como si esto no hubiera pasado.

Él respira hondo.

—Vale.

—¡Vale!

Nos quedamos mirándonos.

—Me parece que esto se nos hará raro durante un tiempo, ¿no? —pregunto.

—Sí. Voy a correr.

—Buena idea.

Yo voy a darme una ducha fría.

Me dirijo al comedor para tomarme un capuchino mientras George corre. Como el resto del resort, es un espacio magnífico, recubierto de madera, con sillones acogedores, una chimenea de piedra y ventanas que dan al bosque y la bahía. Me llevan a una mesa con

vistas y, después de dar el número de nuestro chalet, se dirigen a mí de inmediato como señora Gardiner.

Es una de las salas más bonitas en las que me he sentado y el ambiente es relajado. En el mar, unos pocos surfistas esperan pacientemente una ola. La marea está baja y hay un largo trayecto del bosque al agua, pero una pareja está haciendo el recorrido entre ellos cargando con las tablas. El sol ya está alto y brilla con fuerza y el agua está azulísima. Hay un grupo haciendo saludos al sol en la parte norte de la playa y un bebé gatea tan rápido como puede hacia su hermano mayor y su padre, que están en una piscina de olas cercana.

Podría quedarme ahí sentada todo el día, observando, pero me interrumpe un mensaje de mi hermano mayor. Es una foto de Birdie atándole lazos en la barba a mi padre. Mi padre es callado y parece estoico, pero por dentro es muy blandito. Mi madre era la que impartía disciplina. Diría que mi padre no nos castigó ni una vez cuando ella se fue.

Es increíble lo bien que le sientan los lazos

*Darwin*
A él también se lo parece. No se los ha quitado. Qué tal George?

Pongo los ojos en blanco. Mi familia me pregunta por George como si estuviéramos en su luna de miel en lugar de la mía.

George es George

Le doy a «enviar», pero entonces me doy cuenta de que no es exactamente así. George no es George. Va al psicólogo, tiene un objetivo diario de ingesta proteica y lleva una colonia excelente. Ha planeado meticulosamente este viaje.

En realidad, George es genial. Ayer pasamos el día en una sauna flotante en medio de la naturaleza.
Y se está portando bien respecto a lo de la ruptura

*Darwin*
Quieres decir que todavía no te
ha dicho «te lo dije»?

Ni una vez

*Darwin*
Entonces, lo ves bien?

Frunzo el ceño. Aparte de la debacle de esta mañana, ¿por qué no iba a estar bien? Repaso las fotos que tomé ayer. Le mando a Darwin una de George tirándose al agua como respuesta a su pregunta. Él me contesta con un emoji del pulgar hacia arriba.

Aurora me ha estado reclamando más fotos, así que le mando una buena que nos hizo Derek cuando nos recogió. Me contesta al segundo.

*Aurora*
Por qué sois tan monos?
George se ha puesto todavía más buenorro???
Creo que tengo que cambiar mi posicionamiento oficial

Qué posicionamiento?

*Aurora*
Pensaba que el profesor era perfecto para ti, pero estoy empezando a decantarme por el chico de la casa de al lado. Nunca pensé que me haría del team Laurie

Miro la foto con más detenimiento. Estoy a caballito de George, sonriéndole, y el pelo mojado me cae por los hombros. Él me sonríe desde abajo y me rodea las piernas con fuerza con los brazos.

Cambias de opinión por una foto mona?

*Aurora*
Cambio de opinión por la cara que ponéis los dos.
ESTÁIS ENAMORADOS!

Oh, no. Tú también?

*Aurora*
Lo siento, cielo, pero ahora lo veo

Empieza a sonarme el teléfono. Es Aurora. Rechazo la llamada. Querrá que le haga un relato detallado de cada una de las palabras que ha dicho George y cada expresión facial que ha hecho desde que nos vimos en la piscina de la Casa Grande. Betty y ella llevan juntas cuatro años y, como fan absoluta de las historias de amor, me perseguirá hasta que le dé lo que quiere.

*Aurora*

Coge el teléfono!!! Necesito que me cuentes todo lo que ha pasado hasta ahora

Por eso no te lo cojo!

*Aurora*
Pero ME ENCANTA el amor.
NO ME DEJES CON LA INTRIGA!!!

Hago zoom en nuestros rostros y sí que entiendo que otra persona pueda pensar que hay algo más entre George y yo.

De pronto, vuelvo a estar en la cama, con su brazo rodeándome y su voz ronroneándome al oído.

«Dime lo que quieres, cariño».

Siento calor en la piel y miro a mi alrededor como si alguien pudiera ver mis pensamientos intrusivos guarros.

Buscando una distracción, saco las hojas de investigación que me dio anoche y elijo un artículo sobre circunstancias que pueden hacer que lidiar con una ruptura sea una experiencia especialmente difícil, como la creencia de que el ex es tu único amor verdadero. George ha subrayado esa parte y ha escrito al lado tres signos de interrogación con tinta negra.

—Aquí tiene a su mujer, señor Gardiner.

Alzo la vista y veo al camarero arrastrando una silla para que se siente George.

—Y enhorabuena a ambos.

Tiene el pelo mojado de la ducha de después de correr y huele increíble. Lleva vaqueros y una camiseta de David Suzuki que le compré hace dos Navidades.

—¿Qué lees? —me pregunta.

Le enseño el artículo y asiente, pero noto que hay algo más rondándole la cabeza. Mira a nuestro alrededor y se me acerca.

—Sé que hemos dicho que nos olvidaríamos de lo de esta mañana, pero antes quería pedirte disculpas.

—No hace falta, de verdad. No pasa nada. —Pero el recuerdo del sueño que he tenido y del calor de su cuerpo contra el mío hacen que me revuelva en la silla. Abro la carta del restaurante, pero siento la mirada de George puesta en mí.

—Frankie.

—¿Sí?

Sigo repasando las tortillas y los revueltos mientras él tamborilea con los dedos en la mesa. No abre la boca hasta que levanto la vista y lo miro a los ojos.

—No sé qué habré hecho, pero ha estado completamente fuera de lugar. Voy a dormir en el sofá el resto de la semana.

Se lo está tomando demasiado en serio. Necesito que se relaje, que sepa que no le estoy dando mil vueltas, aunque sí que se las estoy dando.

—Y, entonces, ¿quién me manoseará mientras duermo? —le pregunto—. ¿Quién me susurrará «cariño» al oído?

Se pone pálido.

—Me has dicho que no he hablado en sueños.

—Más bien has susurrado.

—¿Qué más he dicho?

—Creo que no querrás saberlo.

El móvil me vibra cuando llega un mensaje.

*Moby*
Cómo está Saint James?
Ya te lo has tirado?

Me doy prisa por dejar el móvil bocabajo en la mesa y volver a abrir la carta.

—Has dicho que hoy necesitaré tener energía —digo cambiando de tema—. ¿Qué vamos a hacer?

La pregunta basta para que George se olvide de la incomodidad.

—¿Qué te parecería otra aventura?

Levanto la vista del menú.

—Ya sabes la respuesta a eso.

—Puede que necesite que lo digas en voz alta.

—En ese caso —contesto sonriendo—, tengo unas ganas irrefrenables de vivir una aventura.

# 24

—Siempre he querido probar el surf —le digo a George dando saltitos de alegría.

Estamos sentados en un banco, en un aparcamiento de la playa, esperando a nuestros monitores. El bosque es tan denso que no vemos el mar a pesar de estar casi al lado. El aparcamiento está lleno de campers y viejas furgonetas Volkswagen. Cerca, un padre y una hija adolescente con trajes de neopreno levantan las tablas de surf para colocarlas sobre el techo de una ranchera. Hay un cartel que avisa del agua fría, las olas impredecibles y las rocas resbaladizas, y otro que habla sobre las corrientes de resaca, sobre cómo evitarlas y cómo «escapar de las garras de la corriente» nadando en paralelo a la costa.

—Ya lo sé —dice George—. Fui testigo de tu obsesión con *En el filo de las olas*.

Lleva lentillas y me cuesta mirarlo a los ojos. Sin gafas, tiene un aire travieso. Parece más un granuja que un periodista.

—Estoy superemocionada de poder hacer esto. —Tal vez ayude a quemar parte de esta energía sexual contenida que tengo—. No sé por qué, creo que se me dará genial.

George me sonríe, es una sonrisa plena, sin reservas, y su expresión me hace viajar en el tiempo. A esa misma sonrisa bajo

circunstancias muy diferentes.

Tengo casi catorce años y estoy en el hueco del seto esperando a que se vaya el padre de George.

Hace siete meses que no veo a mi mejor amigo, desde que volvió a Montreal a vivir con su padre. El día que se marchó fue uno de los más dolorosos de mi corta vida. Cuando me enteré de que no había funcionado la convivencia con su padre y de que George se quedaba a vivir en la Casa Grande para siempre, lloré de alivio. Tendría que haberme sentido culpable. Mimi había ido a visitarlos sin previo aviso y se lo había encontrado solo. Llevaba así cuarenta y ocho horas.

En cuanto el coche de su padre salió por el camino de grava, eché a correr. Mimi intentó que me fuera a mi casa. Dijo que George no se encontraba bien, pero yo no me moví hasta que me dejó pasar. Subí las escaleras corriendo hasta su habitación y lo encontré bocabajo en la cama, sollozando. No parecía el mismo. Su cuerpo no era como tenía que ser, era alargado y enjuto, y llevaba el pelo rapado casi al cero, como cuando nos conocimos. Sabía por sus correos que su padre lo había obligado a cortárselo.

Nunca había sentido odio hasta ese momento, pero odié al padre de George. Lo odié por haberse llevado a mi amigo lejos de mí. Lo odié por no querer a su hijo lo suficiente. Y lo odié por cortarle su precioso pelo.

Quería gritar. Quería tirar algo al suelo. Pero me tumbé al lado de George y le acaricié la espalda como hacía mi madre conmigo cuando era pequeña.

—Había una vez una chica que se llamaba Francesca y una ballena que se llamaba Francesca —le susurré. Me vino el cuento de mi madre como si fuera la letra de mi canción favorita—. Francesca, la

niña, vivía al lado del mar, y lo mejor de vivir al lado del mar eran las ballenas. A Francesca le encantaban las ballenas que se alimentaban en las aguas cercanas a su casa, en la bahía de Fundy. Esperaba todo el año a que llegaran.

Cuando terminé, George había dejado de llorar.

—Hola, Frankie —dijo con la cara hundida en la almohada.

—Siento que estés triste —le dije—. Y espero que esto no sea de mala persona, pero me alegro un montón de que hayas vuelto.

George volvió la cabeza hacia mí. Parecía mucho mayor sin las ondas del pelo.

—Yo también.

—El pelo… —dije intentando no llorar.

—Sí, mi única belleza.

Los dos nos partimos de risa por la referencia a *Mujercitas* y, aunque George tenía la cara empapada y los párpados hinchados, la sonrisa que me dedicó fue la más bonita que había visto.

Me duele el pecho de pensar lo lejos que ha llegado desde que era aquel chico con el corazón roto. Me encanta cuando se permite sonreír de verdad como hace ahora.

—No me puedo creer que fuerais a pasar una semana en Tofino sin aprender a hacer surf —dice—. ¿Qué ibais a hacer?

Le lanzo una mirada en la que se lo digo todo.

—Iba a ser nuestra luna de miel. ¿Qué crees que íbamos a hacer?

—Ah —dice—, claro.

Carraspeo, decidida a dejar de pensar en sexo, sobre todo estando cerca de George.

—A ver, ¿me podrías explicar cómo encaja el surf dentro de El Plan? —le pregunto tendiéndole una barrita energética, aunque se

ha tomado una tortilla, dos tostadas y un *parfait* de chía y frutos del bosque para desayunar.

—El día tres se centra en el movimiento.

—Y con «movimiento» te refieres al ejercicio.

—Eso también. El surf es un buen ejercicio físico y he pensado que sería una forma divertida de desahogarte, además de hacer algo que siempre has querido.

Eso es algo que aparecía en los artículos de George. «Encuentra un nuevo hobby. Rompe tu rutina diaria. Pasa tiempo al aire libre».

—Supongo que tendrás un discurso preparado sobre el impacto positivo del ejercicio sobre la salud mental. Las endorfinas, el alivio del estrés, etcétera.

—Lo tenía. —Me mira de soslayo—. Pero parece que me lo puedo saltar.

Me río.

—Valoro mucho lo en serio que te estás tomando esto. Algunos de los artículos que me diste son bastante ilustrativos.

Se le tuerce una de las comisuras de los labios.

—¿Sí?

—Sí. Sé que no lo llevé muy bien al principio, pero leer esos artículos me ha confirmado algo. —Pienso en los signos de interrogación que George ha escrito en los márgenes.

—¿El qué?

—No creo que Nate fuera el único hombre adecuado para mí.

George, que ha estado moviendo la rodilla arriba y abajo, se queda quieto. Vuelve la cara un par de centímetros hacia mí.

—No tengo claro que haya una sola persona para nadie, pero si hubiera… —La oleada repentina de emociones que siento me pilla

desprevenida y miro los árboles de hoja perenne con los troncos rectos y altaneros, sin acículas hasta las ramas superiores.

—¿Si hubiera…? —George me anima a seguir en voz baja al cabo de unos segundos.

—Si hubiera una persona, una sola persona para mí, esa persona no sería Nate. —Me vuelvo hacia George—. Yo quería que lo fuera. Quería una relación como la de Aurora y Betty. Antes pensaba que tener pareja sería como atarme un ancla a la pierna.

O me ahogaba o tenía que deshacerme de ella para sobrevivir.

Su risa es grave.

—Créeme, lo sé.

—Pero Aurora y Betty están muy bien juntas. Cada una tiene su vida, su trabajo, pero se apoyan la una a la otra. Juntas son más, no menos. Nunca he visto una relación con un apoyo tan incondicional como la suya.

George ladea la cabeza.

—¿Qué dices? Tus padres se apoyan.

Le lanzo una mirada mordaz.

—Mi madre quería ayudar a las ballenas. Mi padre quería ser carpintero. ¿Quién ha conseguido lo que quería?

Le da un mordisco a la barrita energética y hace un sonido de no estar de acuerdo.

—Ella se quedó embarazada y lo dejó todo —digo.

—¿Crees que tu madre lo ve así? Tu padre y ella estaban enamorados.

Mi madre se mudó de Halifax a los lagos Kawartha a los catorce años y mi padre siempre dice que se enamoró de ella en cuanto la vio en el comedor del instituto. Sin embargo, ella no aceptó salir con

él hasta el último curso. Cortaron cuando ella se fue a estudiar Biología Marina y Dulceacuícola en la Universidad de Guelph. Quería ayudar a recuperar las ballenas francas del borde de la extinción en el Atlántico Norte. Mi padre se quedó en la zona como aprendiz de ebanista, pero, cada vez que mi madre volvía a casa de visita, se encontraban en una fiesta y se acurrucaban en un rincón a ponerse al día.

Estuvieron cuatro años así. Mis padres pasaban más tiempo separados que juntos, pero pensaban en el otro a todas horas. El verano anterior a que mi madre volviese a Halifax para estudiar el máster, su amistad se desbordó. Esta vez, su conexión era más profunda que de adolescentes. Parecía inevitable y les fue imposible parar. Se pasaron un año en una tórrida relación a distancia, chocando como placas tectónicas cada vez que se veían. Eran jóvenes y estaban enamorados y no tenían ningún plan de futuro más allá de querer estar juntos. Entonces, mi madre vomitó durante el examen final de Biología Molecular. Estaba embarazada. Adiós a las ballenas.

—Ya sé que estaban enamorados —le digo a George—. Pero mira lo que eso le hizo a ella. A nosotros.

Él se toma un momento para contestar.

—Creo —dice con suavidad— que te has estado contando a ti misma tu propia versión de la historia de tu madre mucho tiempo. Tal vez deberías pedirle que te la contase ella.

Me molesta lo razonable que suena eso.

—Me molesta lo razonable que suena eso —le digo.

Él suelta una risita.

—Entonces, ibas diciendo… ¿que culpamos a la perfecta relación de Aurora y Betty por lo de Nate?

—Ja. Sí.

—Les mandaremos las facturas de tu psicólogo.

—Cómo lo has colado —le digo—. Pero creo que lo de Nate también fue una cuestión de tiempos. Estaba quemada del trabajo y harta de esforzarme tanto. Lo que hacía en ese momento ya no me estaba sirviendo. Quería una vida más plena y alguien con quien compartirla. Creo que fue el hombre equivocado que apareció en el momento adecuado.

George me observa unos segundos y luego me da el último bocado de su barrita energética.

—¿Puedo preguntarte algo sin que te enfades? —dice.

—No te prometo nada.

—¿Por qué Nate? No es con quien te imaginaba.

Frunzo el ceño.

—¿Con quién me imaginabas?

—No lo sé. —La mirada se le va hacia una pareja de más o menos nuestra edad. El hombre lleva a un bebé en el pecho—. Supongo que con alguien más profundo y menos… dentudo.

Se me escapa la risa.

—¿Dentudo?

—Siempre estaba sonriendo, como un príncipe de dibujos animados. ¿Era siempre así?

—Más o menos.

—¿Y eso te gustaba?

—Claro. Era fácil pasar tiempo con él. Nos gustábamos, y puede que hasta nos quisiéramos de verdad, pero de un modo que no

suponía ninguna amenaza. —Nate estaba divorciado y no quería que le volviesen a romper el corazón, y yo no quería estar con alguien que fuese a absorberme—. Nunca fue intenso. Nunca fue una de esas relaciones que podrían destruirte.

George me mira con los ojos entrecerrados por el sol, pero no habla.

—Demuestra lo que ya sabía. Ahora tengo treinta años, vivo con mis padres y no he conseguido nada de lo que se supone que debería tener a estas alturas.

—¿Como qué?

—Un lugar donde vivir. Un trabajo que me importe. Un pasaporte lleno de sellos.

Se agacha para mirarme a los ojos.

—Nadie va a darte un premio por tachar todos los elementos de una lista que crees que deberías haber tachado.

—Ah, bueno, pues a la mierda. Solo estaba intentando poner mi vida en orden porque pensaba que al final daban una medalla.

Me recuesto sobre las manos y arqueo la espalda, estirando los nudos.

—En fin, voy bastante bien con todo el tema de la ruptura. No me paso el día queriendo estar con Nate ni entro en su cuenta de Netflix para saber lo que está viendo ni releo sus mensajes. No estoy enfadada como antes. No creo que llegue a recuperarme nunca de cómo dejó él la relación, porque la humillación fue realmente horrorosa, pero he aceptado que se ha terminado.

Me estudia con la frente algo arrugada. Es su cara de estar pensando.

—Entonces, ¿no te quedan sentimientos rondándote?

—Sobre todo confusión —le digo—. No comprendo por qué esperó al día de antes de la boda para dejarme. Me parece como si me faltase algún elemento de la ecuación. Es evidente que tenía dudas, lo cual me parece razonable, puesto que yo soy yo y él es él.

—Frankie —dice George en un tono amable—, tú eres mejor que mil Nates.

—La verdad es que no. Tengo un carácter espantoso, una cabezonería que…

—Es una de tus mejores cualidades —me interrumpe George.

Lo ignoro.

—Siempre tuve cuidado de no ser demasiado peleona, demasiado yo misma cuando estaba con Nate, pero es evidente que, aun así, me pasé.

—Deberías poder ser tú misma con tu pareja sin apagar tu chispa —dice George—. Las personas discuten, Frankie. En todas las relaciones de verdad, hay conflictos. No digo que no haya formas más o menos sanas de discutir, pero las discusiones están ahí. Lo importante es querer solucionarlo.

—La última vez que discutimos apenas te vi en seis meses.

—Lo sé. Estoy abordando mis propios problemas. —Se me acerca —. En el psicólogo.

—Ostras, ahora sí que lo has colado bien.

—Gracias.

Se espera un momento antes de seguir.

—Me dijiste que solo tuviste una gran discusión con Nate. ¿Por qué discutisteis?

—Quería que me pusiera su apellido.

—Pfff. Nunca lo harías.

—Nunca —coincido—. Pensaba que no le molestaba, pero entonces me matriculó en el gimnasio como Francesca Bacon. Frankie Bacon. ¿Te imaginas?

—Prefiero no imaginármelo.

Se le oscurece la expresión.

—Me puse furiosa cuando llegamos al resort y Nate había hecho la reserva para el señor y la señora Bacon.

—Ya lo vi.

Cuando me apuntó al gimnasio con su apellido, entré en pánico. Sentí que me ahogaba.

—Creo que lo que me molestó en realidad es que la idea de sentirme parte de él me parecía sofocante —le digo a George.

—¿Crees que es algo de Nate o del matrimonio en general?

—No lo tengo claro. No quiero que me absorba nadie, pero tal vez no me sabría mal sentirme parte de alguien y que esa persona se sintiera parte de mí. Si los dos fuéramos parte del otro, pero, a la vez, nosotros mismos.

—Un reparto equitativo.

—Sí, exacto. Creo que eso me gustaría.

George hace un sonido de aprobación.

—Creo que a mí también me gustaría.

# 25

Dos furgonetas de color rosa chicle con logos de surf a los lados entran en el aparcamiento y nosotros nos acercamos a donde se han parado. Las puertas de atrás de una están abiertas y revelan unas diez tablas de surf de color turquesa amontonadas con el lado de la aleta hacia arriba. Cuatro mujeres descargan grandes cajas de plástico llenas de material de la otra furgoneta.

Pronto nos reunimos allí un grupo. Nos entregan trajes de neopreno, botines y camisetas rosa de Billabong y nos dicen que nos cambiemos.

—¿Cómo te has puesto eso ya? —le pregunto a George mientras me peleo con el neopreno para pasármelo por encima de las caderas —. ¿Cómo has cerrado la cremallera?

Hemos vuelto al coche para poder dejar la ropa y los zapatos dentro. Da la impresión de que George lleva surfeando toda la vida, mientras que yo parezco una longaniza a medio salir de su tripa.

Baja la cabeza para mirarse y el pelo le cae hacia delante. Hasta sus rizos están playeros.

—No ha sido muy difícil.

Empiezo a dar saltitos tirando del neopreno hasta que por fin —¡por fin!— consigo subírmelo hasta la cintura. Suelto un grito de celebración y miro a George con una palma levantada para que me

choque esos cinco, pero él no aparta la vista de mi pecho. Me he puesto el bikini más práctico que tengo. Es negro y de un solo tirante y no se escurre si me muevo. Pero ahora he estado dando brincos como una saltadora de trampolín y el bikini no tiene demasiada sujeción. Tiro del neopreno, meto los brazos en las mangas y luego voy a por la cremallera. Consigo subirla hasta la cintura, pero entonces se atasca. Suelto una palabrota. Ya estoy sudando.

Mientras tanto, George se ha puesto los botines sin problema. Ya está listo y me observa contorsionándome para poder hacer algo de fuerza con la cremallera.

—Cállate —digo cuando veo la expresión que pone.

—Si no he dicho nada.

—Deberías estar ofreciéndome ayuda —le digo—, como un caballero.

Él me dirige una sonrisa burlona.

—Las últimas noticias que tengo son que soy un libertino.

—Ahora mismo eres más bien un sinvergüenza.

Se ríe, se me acerca un paso y hace una reverencia.

—¿Me permite ofrecerle mi ayuda, señorita Gardiner?

—Ja.

Me hace el gesto de girar con el dedo índice y yo me coloco de espaldas a él. Siento el calor de su cuerpo justo antes de que me aparte el pelo por encima del hombro. Y entonces me coloca una mano en la cadera y tira de la cremallera con la otra. A medida que va tirando, sus nudillos me rozan la columna. Cierro los ojos mientras su contacto viaja desde la parte baja de mi espalda hasta el espacio entre mis omóplatos. Pienso en que lo he tenido detrás de

mí esta mañana y me imagino recostándome en él ahora. Un maullido casi felino se me escapa de los labios. Es un sonido que nunca había emitido. Me quedo de piedra y la mano de George se detiene en la base de mi cuello. Siento cómo se inclina hacia mí.

—¿Estás bien?

No.

—Ajá.

Cierra los últimos centímetros de cremallera y yo le doy las gracias con un balbuceo, preguntándome qué es lo que me pasa.

George ha contratado una clase privada, de modo que, una vez que nos han dado las tablas de surf y nos han dicho que debemos llevarlas entre los dos, nos separamos del grupo y seguimos a nuestra monitora por un camino que lleva a la playa mientras charlamos con ella. Liz es de Tofino, practica surf desde los tres años y lleva su *longboard* por encima de la cabeza como si no pesara nada.

El camino termina en una gran media luna de arena clara. La playa está relativamente tranquila. Hay unas cuantas personas paseando al perro y otras sentadas en los troncos de color gris claro que ha arrastrado el mar a la orilla. En el mar es donde se concentra toda la actividad; el agua está salpicada de surfistas.

Liz comienza la clase dibujando la silueta de una tabla en la arena con el dedo para mostrarnos cómo nos colocaremos sobre las nuestras cuando estemos en el agua. Nos da indicaciones sobre cómo salir nadando de una corriente de resaca y cómo caer de

forma segura. Nos muestra dónde tumbarnos sobre la tabla, cómo centrarnos y una técnica para principiantes para ponernos de pie.

George y yo usamos también el dedo índice para dibujar la forma de nuestra tabla imaginaria.

Nos tumbamos bocabajo y practicamos el remo para coger una ola. Una, dos, tres y cuatro brazadas fuertes; nos impulsamos con las manos colocadas al lado del pecho sobre la superficie de la tabla; arqueamos la espalda, levantamos la cabeza, sacamos pecho; una rodilla adelante y luego la otra atrás para quedarnos haciendo una especie de zancada, con la mayoría del peso apoyado en el pie trasero. Es como una serie de posturas de yoga.

Entonces Liz nos enseña una forma de levantarnos más avanzada que consiste en pasar de la postura de plancha a quedarnos en cuclillas y luego ponernos de pie. Hasta en la arena es agotador.

—Parece que ya lo tienes —le dice Liz a George cuando él se pone de pie de un salto con facilidad.

—Empollón —le digo.

Como me ocurre a mí, cada centímetro de su cuerpo desde la nariz hasta los botines está cubierto de arena. A diferencia de mí, él parece deportista y atlético. Es una personificación de la robusta vitalidad de la costa oeste.

—Son todas las proteínas que me he tomado antes del desayuno —dice guiñando un ojo.

—Espera y verás lo que soy capaz de hacer yo después de comerme una montaña de tortitas.

Liz se ríe.

—Qué monos sois. Vale, Frankie, a ver qué tal se te da.

Me observa mientras remo. Uno, dos, tres, cuatro; coloco la palma de las manos sobre la arena y me pongo en plancha; luego arrastro las piernas hacia delante como si fueran bloques de cemento y me quedo en cuclillas. Me tambaleo antes de ponerme de pie. Me cuesta el doble de tiempo que a George y no hay ningún tipo de salto ni fuerza en mis movimientos. Lanzo una mirada hacia donde está George para acabar pronto con su regodeo, pero él mira fijamente el mar. Qué buena persona.

—Tal vez prefieras seguir con la primera técnica —dice Liz—, pero, una vez que estemos en el mar, usa la que te haga sentir más cómoda. La clase de hoy es para que os vayáis familiarizando con la tabla y aprendáis a leer las olas. Quiero que sintáis el momento en el que una empieza a empujaros hacia delante y entonces reméis para cogerla. Si surfeáis una ola de rodillas, será todo un éxito para el primer día. Ya nos preocuparemos por lo demás el segundo.

—¿El segundo? —Miro a George.

—He contratado dos sesiones. ¡Sorpresa! —dice con una sonrisa traviesa.

—¿Listos? —pregunta Liz.

Asiento mirando las olas.

—Prepárate para tragar espuma, Saint James.

Coger la tabla y llevarla hasta el agua me hace sentir la persona más guay del universo. A la altura de los tobillos, la gélida agua marina penetra el neopreno y siento punzadas en la piel, pero sigo caminando, disfrutando del frío. Coloco la tabla sobre la superficie del agua y voy guiándola. Tengo a Liz a la izquierda y a George a la derecha. Atravesamos las olas hasta donde el agua me queda justo por debajo de los hombros y, cuando la monitora sube a su tabla y

se sienta a horcajadas, yo hago lo mismo. George y yo observamos a Liz remar buscando una ola. Se pone de pie sobre la tabla antes de que la ola rompa y planea sobre el agua.

Con sus rompientes arenosas, Tofino es un lugar ideal para los novatos. No hay arrecifes de coral ni costas rocosas que puedan cortarte la piel. Liz lo hace parecer tan sencillo que me pregunto si le resulta un poco aburrido. Es como si alguien que compite en carreras de BMX se pusiera a montar en triciclo.

—¿Queréis probar? —pregunta cuando vuelve a nuestro lado.

—¿Elegimos una ola y nos lanzamos? —digo.

—Y no os olvidéis de remar fuerte.

Nos quedamos separados por unos pocos metros de distancia, los tres sentados sobre nuestra tabla, de cara al horizonte observando las ondulaciones del agua. El reflejo del sol centellea en todas direcciones sobre la superficie, bailando con el oleaje. Parece que el océano respira, traga y suelta energía, como un ser vivo.

—Ahí viene una —dice Liz—. Colocaos sobre la tabla deprisa y yo os diré cuándo empezar a remar. Recordad que debéis mirar hacia dónde queréis ir.

Estoy tumbada bocabajo con la adrenalina ya disparada mientras intento recordar cómo alinear el cuerpo con la tabla cuando Liz grita:

—¡Ahora! Remad.

Hundo los brazos en el agua —uno, dos, tres, cuatro— apretando los dientes, decidida a bordarlo a la primera, pero la ola me pasa por debajo y me empuja antes de que haya podido siquiera levantar el pecho, mientras que George avanza con facilidad, se coloca en cuclillas de un salto y se queda de pie un segundo antes de caer de la tabla protegiéndose la cabeza con los brazos.

Liz suelta un gritito encantado y yo me quedo con la boca abierta. George se pone en pie al cabo de unos segundos y viene caminando hacia nosotras con una sonrisa fanfarrona en la cara.

—Eso no suele pasar tan pronto —apunta Liz.

—¿Has visto? —dice George alzando la voz cuando está lo bastante cerca para oírlo—. ¡A la primera!

—Genial —responde ella.

—La suerte del principiante —grito yo. Cuando se acerca más, le digo—: Luego estarás insoportable, ¿verdad?

Él sacude la cabeza para apartarse el pelo mojado de la cara.

—Cuenta con ello. Estaré insoportable hasta el fin de los tiempos. Cuando tengamos ochenta años todavía te estaré dando la lata con esto.

Me da un vuelco el corazón.

«Hasta el fin de los tiempos». «Cuando tengamos ochenta años».

—Puede que tú te hayas puesto de pie primero, pero yo voy a aguantar de pie. —Entrecierro los ojos mirando el horizonte, centrándome en lo verdaderamente importante: ganar a George.

—Venga, demuéstramelo, Gardiner.

Apago su voz en mi cabeza. Lo apago todo excepto las inhalaciones y exhalaciones del océano, mi propia respiración y el sonido de la voz de Liz.

—¿Ves esa? Es tuya. Túmbate. Ahora.

Lo intento, lo intento y lo vuelvo a intentar. Remo demasiado pronto, luego demasiado tarde, luego con muy poca fuerza. Liz sujeta el final de mi tabla y me empuja hacia la ola dándome la velocidad suficiente para llegar a la playa tumbada bocabajo. Me

dice que elija un lugar de la costa al que quiero llegar y yo pongo los ojos en una mujer sentada en un tronco observándonos.

Remo con más fuerza. Clavo los brazos en la profundidad del agua. Uno, dos, tres, cuatro. Consigo ponerme en media posición de zancada antes de caer. El agua salada me inunda las fosas nasales. No es para tanto.

Se me escapa una ola tras otra. Observo el horizonte respirando con el mar. Me pongo de rodillas y llego hasta la playa sin intentar ponerme de pie. Caigo de culo. Me siento a horcajadas sobre la tabla, esperando. Bajo las cejas, entrecierro los ojos para no deslumbrarme. El movimiento ondeante del agua me recuerda al de una sábana tendida.

No dejo de intentarlo. Lo conseguiré y lo haré mejor que George.

—Esa es tuya, Frankie —grita Liz.

Los dedos de los pies tocando la tabla. El torso centrado. El impulso de la ola. Remo con todas mis fuerzas. Coloco las palmas de las manos sobre la tabla. Arqueo la espalda. Avanzo un pie. Sonrío. Caigo.

Lo vuelvo a intentar.

—Ve a por esa.

El impulso de la ola. Remo todavía más fuerte que antes. Coloco las manos. Saco pecho. Fijo la mirada en la mujer de la playa. Un pie. Luego la rodilla. Me pongo en la postura de zancada. Luego en cuclillas. Sonrío. Caigo. Me protejo la cabeza con los brazos. La cara bajo el agua. Me planto sobre el fondo. Escupo el mar. Cojo la cuerda. Tiro de la tabla para colocármela al lado.

Me adentro en el mar para volverlo a intentar.

Me siento como si tuviera doce años y estuviese tras la línea de salida el día que toca atletismo. Tengo a George a mi lado y estoy decidida a ganar. Veo pasar toda una vida compitiendo con él mientras espero las olas. Quién llega antes al arroyo. Quién salpica más agua en la piscina. Quién saca mejor nota en las redacciones y los exámenes.

Y entonces, de pronto, ya no tengo doce años. Soy una mujer de treinta años tumbada sobre una tabla de surf en el océano Pacífico con su mejor amigo de toda la vida al lado. Me hace tan feliz que casi duele.

Hay un grupo de novatos cerca y la mayoría ya se han puesto de pie. Algunos varias veces. Sonrío al ver a una de ellos planeando por la superficie del agua y saboreo su victoria como si fuera mía. Aplaudo y lo celebro con los otros alumnos.

No soy una surfista nata. ¿Y qué? ¿Habría disfrutado restregándole a George por la cara que me había puesto de pie al primer intento? Claro. Pero también disfrutaré cuando él presuma más tarde. Lo importante es estar aquí. Intentarlo. Fracasar. Esperar el momento adecuado para volverlo a intentar.

El mar se calma un rato. George y Liz charlan encima de las tablas. Los oigo muy de fondo. Estoy centrada en el punto en el que se encuentran el agua y el cielo, el principio y el fin. Espero tanto que me parece una meditación. Siento que todo se expande. El espíritu, el alma y el cuerpo. El hueco entre mis costillas. El espacio en mi corazón. En mi mente no hay nada más que la respiración ondulante del mar.

Me siento como una criatura marina. Tengo sal en los labios y sal en la lengua. Mi pelo forma cordones mojados que me caen por la

espalda y el cuero cabelludo está rasposo por la arena. Me duelen los hombros, noto que me tira el cuello, pero aquí, montada sobre una tabla de surf en el Pacífico, me siento en equilibrio. Estoy flotando en el mar, literalmente a la deriva, pero me siento como en casa. Me siento hija de mi madre. Por primera vez desde que tengo memoria, la echo de menos con tanta intensidad que se me llenan los ojos de lágrimas.

Y entonces la veo. Una ondulación que va creciendo hasta convertirse en ola. Es mía.

—Esta es la tuya, Frankie —dice Liz.

Yo ya he girado la tabla.

Coloco el cuerpo en posición guiándome por las sensaciones en lugar de bajar la vista para comprobar que estoy alineada. La ola me empuja y yo aprieto los dientes remando con todas mis fuerzas. Avanzo deprisa. Un pie, el otro, cuclillas. Y entonces me levanto. Estoy de pie. ¡Vuelo!

Dura una maravillosa fracción de segundo antes de que caiga rodando de la tabla. Choco de culo con el fondo, pero apenas lo noto. Me agito por la risa. Oigo a George y a Liz celebrándolo a lo lejos.

George ya está buscando otra ola cuando los alcanzo. Liz y él están sentados en sus tablas. Él fija la vista en una y al momento está bocabajo sobre la tabla girándola hacia la costa. Mira hacia atrás y luego fija la vista en la playa.

—Esta va por ti, Frankie —dice, y luego rema con fuerza hacia la ola.

Liz y yo lo observamos ponerse en cuclillas de un impulso y luego salir disparado de la tabla.

Se pone de pie escupiendo agua como si fuera una fuente.

Pienso en lo que me ha dicho hace un rato: nadie va a darme un premio por cómo vivo mi vida. No hay forma de ganar, solo de vivir.

Liz coge una ola y llega hasta la playa con la gracia de una bailarina, pero incluso ella tiene que bajarse de la tabla. No podemos estar siempre arriba.

Cuando por fin consigo volverme a levantar, es en la misma ola que George. Él cae primero. Yo surfeo la ola hasta la playa con los ojos fijos en la mujer que sigue ahí sentada sola. Cuando salto de la tabla y caigo de pie, la veo aplaudir. Le sonrío y oigo que George me llama. Corre salpicando agua para llegar hasta mí.

—¡Lo has conseguido! —dice—. Ha sido increíble. Has estado de pie todo el rato.

Me rodea con los brazos. Tengo la mejilla apretada contra su pecho. Esto es lo que importa. Intentarlo. Estar aquí.

—Lo he conseguido —digo riendo.

Unas lágrimas calientes me caen sobre las mejillas frías. Más sal en el mar.

# 26

Pasamos el resto de la tarde en la playa de delante del resort. Tumbonas. Cerveza fría. Cuerpos flojos. Hablamos de la cena en el Wickaninnish Inn, para la cual tendremos que estar presentables luego.

Me quedo dormida.

Cuando me despierto, estoy sola y entrecierro los ojos para protegerlos del sol que se está poniendo. George me ha tapado hasta los hombros con una de las toallas de playa del resort, a rayas verdes y blancas. El libro que leía está abierto bocabajo sobre su tumbona. Es casi como si volviéramos a ser niños, cuando alternábamos entre nadar y leer en las tumbonas. A George le gustaban las revistas —*National Geographic*, *Canadian Geographic*, *Scientific American*— y los libros sobre naturaleza. A mí me encantaban las novelas de todo tipo, siempre que estuvieran ambientadas en lugares lejanos. Aunque la Casa Grande estaba llena de libros, en verano íbamos a la biblioteca de Lakefield casi una vez por semana y salíamos de allí con pilas de libros tambaleantes en brazos.

En la tienda de regalos del resort me he comprado *The Wickaninnish Cookbook: Rustic Elegance on Nature's Edge* para prepararme para la cena de esta noche. Es el primer libro de cocina

que me compro desde hace años. Ahora lo hojeo salivando ante las recetas de fletán de Haida Gwaii y espárragos, flores de calabacín rellenas de camarones moteados y ostras a la parrilla. Tengo las expectativas muy altas.

George vuelve con unos cócteles burbujeantes adornados con espirales de piel de limón. Lleva una camisa blanca y pantalones grises y va descalzo.

—Pareces el concursante de un reality de esos de buscar pareja —le digo incorporándome y aceptando la copa.

Lleva el primer botón de la camisa desabrochado y las mangas subidas hasta los codos.

—¿Gracias?

—Es claramente un cumplido—confirmo—. Estás guapo.

Hace chocar nuestros vasos.

—Por un primer día de surf muy exitoso.

—Por nosotros —digo fijándome en que tiene un cristal de las gafas algo sucio.

Damos un trago y dejo la bebida en el suelo para quitarle las gafas. Él me observa con una sonrisa extraña.

—Puedo hacerlo yo, ¿sabes? —dice mientras las limpio con el dobladillo de mi camiseta de tirantes.

—Pero no lo haces.

—No suelo darme cuenta de que están sucias a no ser que esté escribiendo. ¿A ti no te molesta hacerlo por mí? —pregunta cuando vuelvo a colocárselas.

—No, me sale solo. Casi no me doy cuenta de que lo hago.

—Bueno, pues gracias —dice—. Ahora veo mejor.

El resto de la bebida entra con facilidad haciéndome cosquillas por todo el cuerpo hasta los pies. Ladeo la cabeza observando a George. Tiene el libro abierto en las manos, pero mira a lo lejos tarareando su nana.

—¿Cómo se llamaba? —le pregunto.

—¿Cómo se llamaba el qué?

—La canción de tu madre, la que estás tarareando.

—¿La estoy tarareando?

—Sí.

—*À la claire fontaine.*

—La tarareas cuando estás feliz.

—¿Sí? —Asoma una sonrisa tímida—. Pues es verdad, estoy feliz, pero no me había dado cuenta de que la estaba tarareando.

—Lo haces mucho, ya te lo he dicho. Seguro que Lara te lo decía también cuando estabais juntos.

—No, la verdad es que nunca lo mencionó. —Me mira—. Tú eres la única que la hace salir.

—Ah. Pues igual es por mí.

Una nana para Frankie.

George se vuelve de nuevo hacia las vistas.

—Ha sido un buen día.

El sol está dorado, como suele ocurrir antes de que se ponga.

George vuelve a tararear y se apodera de mí una abrumadora sensación de estar donde debo. Aquí con mi guapo e inteligente mejor amigo.

George baja la vista y vuelve a concentrarse en su libro. Va sobre la historia de Tofino, la bahía de Clayoquot y el pueblo nuu-chah-

nulth. Arruga la frente con gesto pensativo y las gafas se le resbalan por la nariz.

Siento una profunda sensación de satisfacción, como si pudiera hundirme en este instante y quedarme aquí muchísimo tiempo. Hay algo paradójico en el hecho de estar cerca de George. Su ambición, su profunda conexión con el trabajo y lo claros que tiene sus objetivos me hacen querer conseguir más, pero también tengo permiso para, simplemente, ser. Ojalá pudiera tenerlo siempre cerca y no perderlo por un encargo nuevo, un país nuevo y otra zona horaria.

Tal vez los que deberíamos casarnos somos nosotros.

Estar juntos para siempre.

Le doy vueltas durante un minuto antes de darme cuenta de que el cóctel debía de ser más fuerte de lo que parecía y de que no he comido suficiente. Me muero de hambre.

—¿Por qué te me quedas mirando? —pregunta sin volverse hacia mí.

—¿Me he quedado mirándote?

—Sí, ya hace varios minutos.

Veo las olas romper contra las rocas del final de la bahía y la espuma brillando con los rosas y amarillos del sol que se esconde.

—Estaba pensando en lo que has dicho cuando hacíamos surf sobre seguir siendo amigos cuando tengamos ochenta años.

—¿Sí?

Ladea la cabeza hacia mí con la cara iluminada por el sol.

—Me gusta la idea. Tú y yo dentro de cincuenta años. Justo igual que ahora.

Me observa durante unos cuantos silenciosos segundos. Una sombra le cubre los ojos, por lo que no puedo ver su expresión.

—Deberíamos tomarnos una foto —digo incorporándome y tendiendo una mano—. Esta luz es la buena.

George pone su mano sobre la mía, pero, en lugar de dejarme que lo ayude a levantarse, tira de mí.

—¡Eh!

Le doy un golpe con el codo para escaparme de su agarre. Él me hace cosquillas en la zona sensible de debajo de las costillas y suelto una risa. Sabe que soy cosquillosa.

Desde detrás de mí me dice al oído:

—Deja de resistirte, Frankie.

Un estremecimiento me recorre el cuerpo. George también debe de sentirlo, porque se queda inmóvil. Cierro los ojos sin saber muy bien qué hacer ni qué decir, pero, antes de que se me ocurra, él tira de mí y me sostiene contra su pecho, acogiéndome con su cuerpo, entre sus piernas.

—Haz la foto —dice pasándome los brazos por la cintura.

Asiento porque no confío en que mi voz suene exactamente como me siento. Forcejeo con el teléfono y me obligo a sonreír al levantarlo. En la pantalla veo a George colocar la barbilla sobre mi hombro. Sus rizos oscuros se aprietan contra mi pelo rubio.

Parecemos una pareja.

Estos dos últimos días me he sentido casi como si lo fuéramos.

Estos pensamientos que tengo son peligrosos. Los aparto a un lado y fijo la vista en el pequeño punto verde que hay encima de la pantalla, evitando mirarnos a nosotros.

—Se está levantando viento. ¿Tienes frío? —pregunta George cuando termino, con los brazos todavía a mi alrededor—. Se te ha erizado la piel.

—Ah. —Bajo la cabeza y veo la carne de gallina de mis brazos. Dudo que sea por la brisa—. Un poco.

George me pasa las manos un par de veces por los brazos y luego me atrae todavía más hacia su pecho y me rodea con los suyos. Es como tener una toalla de playa en forma de George enrollada en el cuerpo.

—¿Estás bien así?

No soy capaz de hacer nada que no sea asentir.

«Dime lo que quieres, cariño».

Vuelvo a observar la puesta de sol de un vivo carmesí envuelto por un color oro quemado, como si fuera una rodaja de naranja sanguina. Al cabo de un momento, él empieza a tararear, pero yo apenas lo oigo por encima de los gritos de mi corazón.

# 27

George cierra el libro cuando bajo por las escaleras para ir a cenar. Levanta la vista hacia mí, luego la aparta y luego la vuelve a fijar en mí. Me detengo.

—¿Tan mal está?

Me paso las manos por encima del abdomen mirando el vestido una vez más. Es de un rojo ciruela oscuro que hace que destaque el violeta de mis ojos y la tela fruncida se pega a mis curvas hasta más abajo de las rodillas. Es un poco elástico, por lo que es fácil moverse con él, aunque parece delicado con los tirantes finos y el escote pronunciado. Me he puesto unas sandalias negras de tacón.

Me compré el vestido de rebajas la primera vez que me invitaron a cenar con los compañeros de trabajo de Nate, esperando engañarlos y que pensaran que era más sofisticada de lo que se podría esperar de alguien de mi edad. Un poco sexy. Incluso tal vez algo misteriosa. A pesar de lo que decía él, yo sabía que sus amigos me mirarían con escepticismo. Que verían así nuestra relación. No tengo ni idea de si el vestido ayudó con eso, pero sí que tuvo un efecto sobre mí.

George parpadea.

—Estás… —Se levanta despacio.

Yo pongo los ojos en blanco y sigo bajando las escaleras.

—Di que estoy bien y ya está.

Se pasa los dedos por el pelo.

—Joder.

No consigo saber qué le parece. Ahora mira por la ventana.

—¿Ha sido un «joder» bueno o malo?

Me busca los ojos con la mirada.

—¿Tú te has visto en el espejo?

—No, me he maquillado a oscuras.

He usado algunos de los productos que Aurora compró para la boda. He tenido que hacerle una videollamada para que pudiera explicarme paso a paso cómo se ponen la raya y la sombra de ojos, pero estoy contenta con el resultado. Un toque de dorado en los ojos. Un tinte de labios un tono más oscuro que el de mi color natural.

George ya no me mira, pero ahora frunce el ceño como si estuviera incómodo.

—¿Acaso te duele físicamente hacerme un cumplido?

Se le forman arrugas entre las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que nunca lo haces si no te obligo.

—¿En serio? —Parece sorprendido.

—No pasa nada. —Es un caso perdido. Cojo la tarjeta de la habitación de la mesita de café y me dirijo a la puerta—. ¿Estás listo?

George sacude un poco la cabeza y viene hacia mí. Yo giro el pomo de la puerta, pero él pasa un brazo por mi lado y apoya la mano contra la puerta para que no la pueda abrir. Vuelvo la cabeza para mirarlo. Tiene la cara a pocos centímetros de la mía y la mirada oscura.

—Frankie —dice en un tono grave—, joder, estás increíble.

Entonces pone la mano sobre la mía y abre.

El restaurante Pointe del Wickaninnish Inn es un espacio circular con una chimenea de cobre redonda en el centro y ventanas en todo el perímetro. Es la sala más espectacular en la que he estado nunca. El techo es alto, como el de una torreta, pero tiene las paredes recubiertas de madera, como si estuviéramos dentro de una casa en un árbol al lado del mar. Las vistas de las olas rompiendo contra la costa rocosa me dejan sin respiración.

Me alegro de haberme puesto el vestido. Un lugar así merece un toque de glamour. Kevin se me ha quedado mirando cuando nos ha visto salir. Me ha dicho que parecía la más especial de las orquídeas. Puede que el modelito haya compensado mis comentarios sobre las ballenas.

El servicio en el restaurante es impecable. Los camareros son atentos, pero no se sobrepasan. La comida está tan buena que me altero de un modo que solo ocurre cuando como algo salido de las manos de un maestro.

Pedimos raviolis de chantarela y tartar de vieiras, bacalao negro a la brasa y alce asado. Un trocito de tomate cae al cuello de la camisa de George. Yo no digo nada, pero disfruto del puntito rojo.

Cada uno de los platos parece una obra de arte y sabe como el paisaje. Anoche, durante la cena, sentí que se encendía una luz en un rincón de mi mente que últimamente se había quedado a oscuras. Esta noche, la luz brilla con más fuerza todavía. Es el deseo

de crear. De experimentar. De encontrarme a mí misma en la comida. O, quizá, incluso de perderme a mí misma en ella.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta George cuando hemos pagado la cuenta—. ¿Se merece la fama que tiene?

—No se lo digas a Brie, pero me siento inspirada.

George está inclinado hacia delante, apoyado en un codo, con la barbilla sobre la mano. Me mira con interés. Nos hemos ido acercando el uno al otro por encima de la mesa cuando nos han retirado los platos.

—¿Sí?

Una sonrisa le pasa de puntillas por los labios.

Hemos compartido una botella de vino y me siento tan titilante como el océano bajo la luz de la luna.

Me inclino hacia él y digo:

—Antes pensaba en cuánto sentido le da a tu vida tu trabajo. Yo también quiero encontrar eso, una conexión profunda con lo que hago. —Miro a nuestro alrededor—. No sé exactamente qué puede ser eso, pero hacía mucho tiempo que no estaba tan ilusionada. Y… Prométeme que no te vas a reír.

Se lleva la mano al corazón.

—Te lo prometo.

Carraspeo.

—Hace años que no pasamos tanto tiempo juntos. Me gusta quién soy cuando estoy contigo. Sigo siendo yo, pero también puedo ser una versión más grande de mí misma. —Soy consciente de que no me estoy expresando bien, pero George parece un poco emocionado —. Cuando estoy contigo parece que el mundo esté lleno de posibilidades. Antes pensaba que era porque me encanta competir

contigo, pero no es eso. Eres como una fuerza imparable y me haces sentir invencible a mí también. Cuando estoy contigo me siento más viva.

Siempre me ha parecido que nuestra personalidad era demasiado parecida, demasiado incisiva para que fuéramos compatibles, pero tal vez no habríamos formado una pareja tan mala.

George traga saliva. Frunce el ceño.

—Lo siento —le digo—. Estaba intentando ir en plan sincera, pero me he pasado.

Me llevo una mano a la mejilla, que está ardiendo. Me siento como si me hubiera quitado una capa de piel, como si le hubiera dejado ver las partes blandas de mí que no estoy acostumbrada a compartir.

—No. Ha sido… —Me estudia de un modo que hace que me dé un salto el corazón.

—Lamento interrumpir —dice nuestra camarera colocando dos vasitos sobre la mesa—. Nos hemos enterado de que debemos darles la enhorabuena. Dos amaros, cortesía del chef.

George aparta la mirada de mí y mira a la camarera confundido.

—¿Disculpa?

—Kevin, de Moss and Stone, ha llamado poco antes de que llegasen y nos ha hecho saber que están de luna de miel. Enhorabuena.

—Ah —dice George—, gracias.

—Yo me caso en otoño —dice—, ¿les importaría compartir cómo fue la boda?

—Claro —respondo.

George me lanza una mirada y yo le sonrío con dulzura.

—Cuéntaselo tú, amor —le digo.

Le centellean los ojos y sé que luego pagaré por esto.

—Empieza por cómo me lo pediste —le propongo. Miro a la camarera—. Fue muy romántico.

Ella mira a George con los ojos muy abiertos y yo le doy un golpecito en la rodilla con la mía por debajo de la mesa. Él me devuelve el toque, pero luego no aparta la pierna.

—Ella era mi mejor amiga —le dice George a la camarera con los ojos fijos en mí—. Y entonces me enamoré.

Se me apaga la sonrisa y siento presión en el pecho.

—Un día, cuando estaba muy enfadada conmigo, lo cual ocurre más a menudo de lo que uno pueda pensar, le escribí una carta pidiéndole que se reuniera conmigo para poder demostrarle lo mucho que significaba para mí.

Me quedo pasmada porque conozco esa historia.

El armario de la biblioteca. Un vestido hecho con una cortina. Violetas con los tallos envueltos en un cordel. Los votos debajo del manzano.

Escucho mientras George le cuenta a la camarera una nueva versión de la historia. En esta versión tenemos treinta años, no diez. Él me pide matrimonio, pero no en el armario, sino en el hueco del seto, el lugar en el que nos conocimos. Celebramos una boda íntima poco después, con nuestra familia reunida bajo el manzano.

Su mirada nunca se aparta de la mía y parece que yo tampoco puedo mirar a nada que no sea él. Su rodilla apenas roza la mía. El contacto es tan ínfimo que tal vez él ni se haya dado cuenta de que está ahí, pero yo siento que me arde la pierna.

—Oooh, me encanta —dice la camarera cuando él termina, con las manos entrelazadas debajo de la barbilla—. Bueno, no les interrumpiré más en esta velada. Disfruten del amaro y del resto de la luna de miel.

Cuando se marcha, George ya no me está tocando.

Miro por la ventana mientras el corazón me golpea, firme e implacable, las costillas.

—¿Frankie?

—¿Mmm?

Vuelvo la mirada hacia George. Él me observa con una sonrisita traviesa. Esto será bueno.

Se inclina hacia mí. Le bailan los ojos.

—Me parece que, antes de que nos interrumpieran, estabas describiendo cómo te hago sentir. Diría que la palabra que has utilizado es «invencible».

—Voy a arrepentirme de habértelo dicho, ¿no?

—Me has llamado «fuerza imparable».

—Te estás riendo de mí.

—No me estoy riendo —dice—, estoy saboreando el momento, asegurándome de que he entendido bien los detalles. No sueles ser tan…

—¿Sentimental?

—Iba a decir «apasionada».

—Mmm. —Doy el último sorbo de amaro—. Creo que esta noche hemos aprendido una lección importante sobre nuestra amistad.

Él recorre el borde de su vaso con el dedo.

—¿Sí?

—Que se nos da mal hacernos cumplidos.

—Te he dicho que te quedaba bien el vestido.

—Coaccionado.

—Te queda bien el vestido, Frankie.

Su modo de decirlo hace que sienta electricidad en la piel. Me crepita en la superficie vaporosa y centelleante como espuma de mar bajo la luna.

—Algunos dirían incluso que parezco una orquídea muy especial.

George suelta una risita.

—Creo que el vestido ha hecho que Kevin cambie de idea sobre ti.

—¿A que sí? En fin, a ninguno de los dos se nos da bien lo sentimental.

—Se nos da mejor sobre el papel —dice George.

—Te refieres a las cartas.

Pienso en la que le dejé la semana pasada en el buzón.

—Te he echado de menos —le digo, porque creo que debería oírlo también—. Hace mucho tiempo que te echo de menos, pero, sobre todo, este año.

—Eres mi persona favorita —dice George—. Y te he echado de menos como echaría de menos…

—¿Una costilla? —sugiero.

—Más bien un órgano interno.

—Yo igual.

Me quedo mirando el mar que se va ennegreciendo y siento todavía su mirada fija en mí. Pienso en la historia que le ha contado a nuestra camarera. En la carta que me dejó en el buzón hace tantísimo tiempo. Es una de las que tengo guardadas.

> Eres mi mejor amiga. Y yo seré tu mejor amigo para siempre. Y puedo demostrártelo.

—Tal vez deberíamos habernos casado nosotros —musito.

—¿Qué? —La voz de George corta mi ensoñación.

—Que tal vez deberíamos habernos casado —digo apartando la atención del mar y devolviéndosela a él. No es la peor idea que he tenido—. Tal vez deberíamos haber sido tú y yo los que nos casáramos en mayo en lugar de Nate y yo. Esto está bien, ¿no? Tú y yo, juntos, así. Yo soy tu persona favorita y tú la mía.

Tiene los ojos fijos en mí con una intensidad que quema, pero yo continúo:

—Ninguno de los dos tiene un buen historial de relaciones. Yo accedí a casarme con el primer hombre con el que tuve una relación seria solo seis meses después de conocerlo. Y tú viajas tanto que te resultará difícil encontrar a alguien con quien compartir la vida. ¿Por qué no nos elegimos el uno al otro? —Me doy prisa por aclararlo porque su expresión me resulta ilegible—. Las cosas no tendrían por qué cambiar. Podríamos tener uno de esos matrimonios amistosos y sin sexo en los que nos apoyamos siempre mutuamente, pero también nos damos libertad.

George se queda con la mirada clavada en mí. Durante diez segundos, se limita a parpadear. Pero luego empuja la silla hacia atrás, tira la servilleta y se va.

# 28

Me quedo boquiabierta mirando el sitio en el que estaba sentado George sin terminar de creerme que haya salido del restaurante. Estupefacta, me levanto y cruzo despacio el comedor hasta la recepción. No lo veo por ningún lado.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta el joven que lleva uniforme negro y está en el mostrador.

—¿Has visto salir a un tío alto de pelo oscuro y gafas hace cosa de un minuto?

—Me ha dicho que iba a traer el coche. —Señala hacia fuera—. ¿Es él?

El coche se detiene delante de la entrada. George está sentado en el sitio del conductor y mira fijamente hacia delante.

No se gira cuando me acerco al coche. Ni cuando abro la puerta. Ni cuando me siento, me abrocho el cinturón y digo:

—Hola…

—Hola. —El tono es glacial.

Volvemos al resort en un silencio tenso. Afortunadamente, el trayecto solo dura cinco minutos. Yo no dejo de lanzarle miradas cuando nos dirigimos a pie hacia nuestro chalet, pero él sigue imperturbable.

Proponer que nos casásemos ha sido impulsivo y ha estado fuera de lugar, y tal vez ha sido insensible por mi parte sugerir que él no encontraría a alguien, pero marcharse del restaurante y no dirigirme la palabra es drástico incluso para nosotros.

Abro la puerta y entro.

—Lo siento, ¿vale? —le digo volviéndome hacia él.

Pero no está.

Asomo la cabeza y lo veo alejarse en la noche. Lo llamo, pero no se detiene.

—¿Adónde vas? —le grito.

—A dar un paseo.

Lo veo dirigirse a la playa y mi enfado va en aumento. Vuelvo a entrar en la casa, pero me paro.

«A la mierda».

Me quito los zapatos de una patada y voy tras él por el camino que cruza el bosque y llega a la playa. Distingo su silueta a lo lejos.

A lo largo de la costa, refulgen hogueras con huéspedes del resort reunidos alrededor. Alguien toca el ukelele. Sé que estoy a punto de montar una escenita, pero la verdad es que no me importa, tampoco será la primera vez.

—George —grito sin saber muy bien si me oye por encima del oleaje.

Varias caras se vuelven hacia mí; las ignoro. Estoy centrada solo en la figura sombría de George, que continúa caminando.

Echo a correr tras él. Grito su nombre lo más fuerte que puedo. Él hace una pausa. Por un momento, creo que va a girarse, pero luego sigue andando.

—Capullo —musito, y luego empiezo a correr.

Mi vestido y la arena se alían para ponérmelo muy difícil y estoy sin aliento cuando consigo alcanzarlo.

—George, para. —No espero a ver qué hace antes de apoyar las manos en las rodillas y agacharme—. Ay, dios, me muero.

Me miro los pies, jadeando. Antes se me daba bien correr. Ahora siento punzadas en el costado. Cada inhalación me quema por dentro. Si continúa caminando, no voy a poder seguirlo. Puede que necesite pensar seriamente en ir al gimnasio cuando vuelva a mudarme a la ciudad.

—No te mueres.

Alzo la vista y George está ahí parado. Me cuesta distinguir su expresión en la oscuridad, pero parece cabreado. Tiene la camisa arrugada, con los tres botones de arriba desabrochados y el bajo por fuera del pantalón.

Pongo la espalda recta y vuelvo a respirar antes de decir:

—Se suponía que tenías que escaparte conmigo, no de mí.

Me acerco un poco de modo que quedamos a tan solo unos pasos de distancia. Quiero verle la cara. Quiero que él vea la mía.

—Lo siento. —Le tiendo las manos en señal de rendición—. No quería hacerte daño.

Su risa es amarga.

—Bueno, pues se te da excepcionalmente bien.

—Lo siento mucho, George. Solo intentaba decirte que echo de menos estar contigo. No soporto que pase medio año sin que nos veamos. No soporto no celebrar el cumpleaños juntos. Me gustaría que las cosas fueran diferentes. Ya está. No estaba pensando en lo que decía.

La mirada de George sigue siendo fría, de manera que le pongo los dedos sobre el brazo y me acerco aún más.

—Claro que encontrarás a la persona adecuada. Conocerás a alguien encantador y con talento y será la persona más afortunada del mundo. Eres el mejor, George.

Pienso que cederá, porque, en lo que a humillarme respecta, creo que lo estoy bordando, pero él se gira y fija la mirada en el agua. La luna está dorada, y la espuma, también dorada bajo su luz. Dejo caer la mano de su brazo y me vuelvo hacia el inmenso océano.

Pasa un minuto antes de que hable.

—Sé que no lo haces aposta —dice posando su dura mirada sobre mí—, pero a veces las cosas que dices son crueles de cojones.

—Lo siento —repito—. No me gusta nada haberte disgustado tanto.

George se lleva las manos a la cabeza y luego asiente, como si estuviera dándose ánimos a sí mismo.

—Olvídalo, Frankie. No pasa nada.

Pasa por mi lado en dirección al resort, pero luego se detiene y se da la vuelta.

—Mira, ¿sabes qué? Sí que pasa.

Me preparo para lo que viene mientras se me acerca a grandes zancadas, fulminándome con la mirada como si fuera nuestra batalla final. Yo me yergo.

—¿Crees que yo sería feliz en un matrimonio sin sexo?

Me sorprende lo que dice, pero también cómo lo dice. Levantando la voz, con un tono acusador y la frustración escrita en la cara.

—No lo sé. Supongo que pensaba que estaba siendo moderna. Hay muchas parejas que tienen relaciones abiertas —pruebo a decir.

—Pero nosotros no somos pareja. Una relación abierta no es lo mismo que una relación sin intimidad física.

—Ya lo sé.

—¿Crees que querría pasar mi vida con alguien que no se siente atraído por mí, que no soporta la idea de estar conmigo?

—Eso no es lo que he dicho. No es lo que quería decir. —Niego con la cabeza con la garganta tensa—. Solo pensaba que tal vez a ti te gusta estar conmigo tanto como a mí contigo. Pensaba que tal vez querrías pasar la vida conmigo.

Está lo bastante cerca para que yo huela las notas de cuero de su perfume.

—Pues eso no es lo que quiero.

Trago aire.

—Vale.

Paso a su lado con un empujón porque sé que estoy a punto de llorar, pero George me coge de la muñeca y me da la vuelta para que lo mire. Antes de que comprenda lo que pasa, me acerca a él.

El shock me atraviesa como una bala.

George me agarra la cara entre las manos y fija la vista en mis labios. Las manos se me mueven solas y le arrugan la camisa tirando de él para que se acerque.

Una vez le prometí que nunca volvería a besarlo, pero ahora me pongo de puntillas sin ningún otro pensamiento en la cabeza que no sea la necesidad de sentir su boca sobre la mía. Él se inclina hasta mi oreja. Sus labios me rozan la piel. Es el más sutil de los contactos, pero mi cuerpo palpita de deseo. Más que oírlo, siento su gemido de respuesta. Una de sus manos cae hasta la parte baja de

mi espalda y me aprieta contra él. George la tiene dura. Suelto un suspiro.

Me aparta el pelo detrás del hombro y yo ladeo la cabeza cuando me acaricia el cuello con el pulgar. Su nombre sale de mis labios en un susurro.

Los labios de George planean sobre mi oreja antes de soltar:

—A la mierda tu matrimonio sin sexo.

Se aparta despacio con la mirada clavada en mis ojos y luego sus manos dejan mi cuerpo. Me lo quedo mirando con el corazón golpeándome el pecho mientras se va.

# 29

## Teníamos dieciséis años

Empecé a besarme con chicos a los doce años, antes de que me interesasen lo más mínimo, porque sabía que a George ya le interesaban las chicas. Para cuando cumplí dieciséis, estaba obsesionada con el sexo. Estaba convencida de que era la única chica que pensaba tanto en ello. Me ponía nerviosa pensar cuándo perdería la virginidad y con quién sería y cómo me sentiría yo. Me aterrorizaba pensar que se me daría mal.

Sabía que George ya lo estaba haciendo. Todo el instituto sabía lo de George y Tish. Era el tipo de información que se esparce entre el alumnado como por ósmosis. Además, a Tish le encantaba el cotilleo.

Me picaba que George tuviera ese conocimiento y yo no. No me apetecía nada tener novio, pero tampoco quería quedarme atrás. Y él se negaba a hablar conmigo de ello. Fue la primera señal de que nuestras vidas se estaban separando.

Ya entonces, no me gustaba dejar las cosas en manos del azar, especialmente algo tan importante como el sexo. Quería el control total de la experiencia. Decidí que la noche del baile de invierno me

acostaría con Dylan Martin. Le había robado un condón a George del cajón de su mesita de noche la semana anterior y había practicado poniéndoselo a un plátano, preocupada por si mi primera vez se echaba a perder por mi inexperto manejo del látex. No me esperaba que el ron de Dylan me afectara tanto ni contaba con que George nos siguiera cuando salimos del baile, no pensaba que nos hubiera prestado ninguna atención, pero ahí estaba, en el aparcamiento, con la corbata desanudada y arremangado. Furioso. Nunca lo había visto tan enfadado. Nunca lo había visto pegarle a alguien.

Ocho semanas después de aquello, Dylan había dejado de hablarme, George y Tish habían roto y yo había elaborado un plan B.

Y aquella era la noche que lo llevaría a cabo.

Darwin vivía con un amigo en Peterborough y mis padres estaban visitando a Moby en Ottawa. Le mandé un mensaje a George: «¿Vienes a dormir?».

La sugerencia no era extraña —se colaba por mi ventana de noche muchas veces y a mí no me gustaba quedarme sola en casa—, pero el resto de aquella noche sería distinto. Me paseé por mi habitación practicando el discurso.

Muy pasada la medianoche, oí el golpe seco en mi ventana. La había dejado abierta porque sabía que no querría entrar por la puerta principal. Contuve la respiración mientras pasaba por encima del alféizar en chándal.

—¿A qué vienen todas las…? —George se quedó boquiabierto al verme—. Velas —terminó de decir con la voz seca.

Le había dado muchas vueltas a qué ponerme. ¿El pijama de siempre? ¿Un bikini? ¿Nada? Me había comprado un camisón de satén rebajado en el Winners, pero no me parecía muy yo. Al final,

me decidí por unas bragas de algodón y un sujetador de encaje verde pastel. Casi parecían un conjunto.

—Pero ¿qué…? ¿Dónde tienes la…? —La mirada de George me recorrió una vez, dos—. ¿… ropa?

Estaba al otro lado de la habitación, pero yo sentía el calor de su atención y se me fue erizando la piel. El corazón me latía más deprisa que nunca.

George tragó con dificultad y pareció que tenía que hacer un esfuerzo por apartar la vista de mi cuerpo y llevarla a mi cara. Cuando lo hizo, me miró de un modo en el que nunca me había mirado. Me desestabilizó. Mi propuesta ensayada se me disolvió en la boca.

—Creo que deberíamos acostarnos —solté.

George me miró inmóvil.

—Juntos —aclaré—. Creo que deberíamos acostarnos juntos.

Una risa brotó de su garganta y yo cambié el peso de pierna.

—Un momento —dijo—. Lo dices en serio.

—Sí —respondí deprisa—. Quiero que seas tú. Quiero decir, yo te enseñé a conducir con marchas y tú me ayudaste con el examen de Francés. Nos apoyamos el uno al otro, ¿no? No tiene por qué ser tan importante. Tú solo… me enseñarías.

A decir verdad, creo que una parte peligrosa de mí quería saber si había otro motivo por el que George se había abalanzado sobre Dylan de ese modo.

Algo cambió en su mirada y, durante un segundo, vi que estaba a punto de salvar la distancia entre nosotros. Dio un paso hacia mí, pero se detuvo, se pasó una mano por la cara y apartó la mirada.

—No puedo hacerlo, Frankie —dijo con voz espesa.

Era lo que pensaba que me respondería, pero quería que escuchara lo que tenía que decirle. Quería que se lo pensase. Quería que dijese que sí. Estaba decidida a que me dijese que sí.

Respiré hondo y me senté en la cama dando unas palmaditas a mi lado. Tras un momento de duda, se sentó.

—Confío en ti —le dije—. Sé que no te reirás de mí si se me da como el culo. Y ya lo has hecho antes, así que por lo menos uno de nosotros sabrá lo que hace. Además, estoy lista.

George se irguió al oír eso, me observó. Su mirada bajó a mis labios y yo aproveché el momento y apreté la boca contra la suya para demostrarle que lo que decía era cierto. Él se quedó completamente inmóvil, pero entonces sentí que entreabría los labios. Sabía a refresco de uva y a algo más que era muy él. Su mano encontró la mía.

—Por favor —dije contra su boca—. Quiero terminar ya con esto.

De repente, se había levantado de la cama e iba de un lado a otro de la habitación.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. Tú ya lo has hecho. Tampoco es algo tan importante.

George me fulminó con la mirada.

—Ahora mismo no sé quién eres.

Se dirigió a la ventana y desapareció en la noche.

Intenté disculparme a la mañana siguiente, pero no quiso hablar conmigo. Tenía mucho miedo de haber estropeado nuestra amistad y me odiaba a mí misma por ello. Pasaron dos largos días hasta que, por fin, encontré una carta en el nido de pájaros.

Frankie:

Eres mi mejor amiga y eso es más importante que nada. Acostarnos sería un grave error. Si en algún momento he hecho algo que te haya hecho pensar lo contrario, te pido disculpas.

Prométeme que no volverás a besarme nunca.

GEORGE

George:

No volverá a pasar.

Te lo prometo.

FRANKIE

# 30

## Día cuatro: Reflexionar

George no me mira a los ojos. Está sentado en el sillón con el pelo caído sobre la frente mientras se ata las zapatillas de correr. Acabo de bajar las escaleras en pijama esperando pillarlo antes de que se fuera.

Cuando volví anoche a la casa, no estaba por ningún lado. Me preparé para dormir totalmente sobrepasada. Estaba tan alterada que, en lugar de crema, me puse jabón de manos en la cara. No podía pensar en nada más que en las ganas que tenía de besar a George.

Todavía no había vuelto cuando aparté los pétalos de rosa recién esparcidos sobre la cama y me tumbé escuchando el mar mientras esperaba. Por fin, oí el clic de la puerta. Mantuve los ojos cerrados mientras George se lavaba los dientes y se cambiaba sin hacer ruido para irse a dormir. Esperé que el colchón se hundiera bajo su peso, pero las escaleras chirriaron con sus pisadas al bajar.

Me pasé horas dándole vueltas a todo.

Intenté explicarme lo que había ocurrido en la playa. Tal vez George estaba intentando demostrarme lo ofensiva que le parecía la

propuesta de un matrimonio sin sexo. Pero también estaba empalmadísimo. Al menos en ese momento, había sentido algo más que amistad. Y yo había estado más que dispuesta a cruzar esa línea.

Me perturba lo bien que me sentí apretada contra él. Cuando sus labios me rozaron la oreja, el cuerpo me tembló de deseo. La presión de la palma de su mano en la base de mi columna me pareció un baile nuevo, uno del que ya me sé los pasos. Puede que sea capaz de fingir que no ha ocurrido, pero no creo que pueda borrar esa erección de mis sentidos. Sé que no podré olvidar el sonido de su voz ronca susurrándome al oído:

«A la mierda tu matrimonio sin sexo».

Ahora George se levanta y creo que está a punto de marcharse sin dirigirme la palabra, pero entonces dice:

—El día cuatro va de reflexionar.

Me lo quedo mirando atónita, esperando el contacto visual. No llega.

—George.

Se le tensan los hombros y arranca un trozo de papel a rayas de su libreta de espiral y me lo tiende.

—Escribe una lista de las cosas que te gustan sobre ti.

Saca los auriculares de la funda y se dirige hacia la puerta. Dejo la hoja en blanco en la mesita de café y lo sigo.

—¿No crees que deberíamos hablar de anoche? —le pregunto.

Su mano se detiene en el pomo de la puerta.

—No tendría que haber hecho eso —me dice sin volverse siquiera —. Estate lista para hacer surf a las nueve.

Sigo plantada en el mismo sitio cinco minutos después de que se haya ido.

Me quedo mirando la espalda de George cuando llevamos las tablas de surf hacia la playa con Liz. Ha vuelto de correr diez minutos antes de la hora de marcharnos, ha estado sesenta segundos en la ducha y luego ha engullido tres vasos del yogur gourmet de Kevin. Ha evitado el contacto visual prolongado conmigo y cada palabra que sale de su boca es educada y funcional.

Algo está cambiando entre nosotros y no sé qué significa eso.

He estado fijándome en cosas de George que llevo gran parte de mi vida intentando ignorar. Tal vez sea porque estamos lejos de casa, rodeados de playas misteriosas y bosques antiguos. Estamos fuera de contexto. Durante la mayor parte de la veintena, nuestra relación se mantuvo a través de mensajes, llamadas y correos electrónicos, con algunas visitas aquí y allá. George era una idea, una voz al otro lado del teléfono, más que un cuerpo. Y ahora estamos aquí, en uno de los lugares más maravillosos del mundo, en una suite de recién casados en la que hay un kit romántico.

O tal vez se me haya olvidado cómo ignorar lo guapo que es.

Pero sé que es más que eso. Nunca he visto a George comportarse como anoche. Me deseaba. Es imposible negarlo. Y yo lo deseaba a él. En la piel de mi cuello hay una marca invisible por donde me pasó el pulgar. Todavía siento calor en la oreja por la caricia de sus labios. Me habría derretido en cuestión de segundos, no habría pasado mucho tiempo hasta haberme deshecho del todo.

En cierto modo vuelvo a sentirme como una adolescente preocupada por los besos y el sexo, pero esta vez no se trata de una fantasía anónima, sino de George.

Cuando mi mirada baja por su espalda, desde sus hombros cubiertos por el neopreno hasta su trasero, me pregunto si fijarnos en el otro era inevitable. Juraría que ayer me olió el pelo cuando me abrochaba el traje de neopreno. Debe de saber que no voy a dejarlo correr. Necesito hablar de esto con mi mejor amigo.

—Hagamos una excursión por el bosque esta tarde —le digo mientras colocamos las tablas en el agua. Hoy está nublado. El aire pesa con la amenaza de lluvia—. A no ser que tengas planeada otra cosa.

Tiene la mirada fija en el horizonte.

—Una excursión está bien. Podemos ir a comer y escribes esa lista, y luego salimos de excursión. Será un buen momento para reflexionar.

—Estoy de acuerdo. —Podemos reflexionar sobre lo de anoche.

Tengo el cuerpo cansado de ayer, pero no tardo mucho en volver a coger el ritmo.

Intentarlo. Caer. Esperar.

Me concentro en mí misma y en la respiración del mar. Vacío la mente. Durante dos horas, consigo olvidarme lo suficiente de él para remar hacia una ola en el momento adecuado y con la fuerza suficiente. Avanzo a toda velocidad mientras me pongo de rodillas, luego en cuclillas y después de pie. Lo consigo dos veces más. Y nada puede borrarme la sonrisa de la cara.

George me ofrece un «bien hecho» sin ningún tipo de contacto visual después de mi tercera ola decente. Yo estoy demasiado

orgullosa de mí misma para prestarle demasiada atención.

Pero Liz se da cuenta.

—Parece que hoy las cosas no van muy bien entre vosotros —dice mientras observamos a George remar hacia una ola. Consigue mantenerse en pie unos segundos antes de caer.

—Anoche discutimos, pero se nos pasará —le digo deseando que no me pregunte más.

—Claro —dice—, todas las parejas discuten.

Daba por sentado que Liz pensaba que George y yo éramos pareja, pero esta es la primera vez que lo ha dicho en voz alta.

—Somos amigos —le digo—, no pareja.

—¿De verdad? —Ladea la cabeza. Su mirada se desvía hacia George, que camina por el agua hacia nosotros antes de volverse hacia mí—. ¿Por qué no?

Abro la boca mientras preparo mi lista de motivos.

«No nos atraemos».

«Él no me ve con esos ojos».

«Solo somos amigos».

Cierro la boca.

«¿Por qué no?».

# 31

Estoy tumbada en la hamaca de lona que hay entre dos píceas de Sitka al final de la playa, rodeada de arbustos con hojas cerosas de color verde oscuro y racimos de bayas moradas. La marea está baja y el oleaje es suave. Observo a una madre y a su hija pequeña caminar hacia el agua con una tabla de surf pequeña. La niña no debe de tener más de cuatro años, pero corre hacia el mar como si volviera a casa. Se tumba sobre la tabla bocabajo y su madre aguanta la parte trasera de la tabla y le da un empujón cuando llega la ola. Se pone de pie en cuestión de segundos y planea con suavidad hasta la arena. Su madre lo celebra feliz y corre hacia ella.

Por un momento, vuelvo a ser una niña y pedaleo en una bicicleta por primera vez. Mi madre corre detrás de mí por Old Stone Road y su risa se eleva con el viento.

Sonrío y cojo una baya de color morado oscuro de un arbusto para examinarla.

Pero entonces me siento observada. Me vuelvo y George viene hacia mí. Está listo para nuestra excursión, lleva una camiseta, pantalones cortos y botas. Nuestras miradas se encuentran y se me para el corazón.

—Una baya de salal —dice señalando con la cabeza el fruto que tengo en la palma de la mano—. Son comestibles.

Me la llevo a la boca. Estalla entre mis dientes, el sabor es parecido al de una mora o una uva Concord. Me pregunto qué podría hacer con ellas. Están por todas partes y no sería difícil recolectar suficientes para cocinar con ellas.

—Nunca las he probado. ¿Están buenas? —pregunta él.

En lugar de responder, cojo otra del tallo y se la ofrezco. Se me acerca. Sus dedos me rozan la mano cuando coge la baya y se la mete entre los labios.

—Creo que podrían ser buenas para una mermelada —le digo, consciente de que esto es lo máximo que hemos hablado hoy.

Veo cómo se llena la palma de la mano de bayas y se las mete todas en la boca excepto una. Me da la que queda.

—¿Cómo van los deberes? —pregunta.

Cuando hemos vuelto al resort después del surf, George me ha enviado fuera como si fuese una niña desobediente para que escribiera la lista de cosas que me gustan sobre mí misma. De todas las actividades que ha propuesto, esta es la que menos me gusta. Con diferencia.

Le tiendo la hoja y él la estudia.

—Aquí solo hay un punto, Frankie.

«Buena cocinera».

—Ya.

—Y un montón de cosas sobre las que has hecho rayajos.

—Me ha costado más de lo que pensaba —le digo—. Cada vez que se me ocurría algo que valoro, también le veía el lado malo, como ser apasionada, que también me hace terca. Cabezota. Discutidora. Soy independiente, pero también estoy muy acostumbrada a mi modo de hacer las cosas. Soy competitiva y…

George me interrumpe:

—Madre mía, Frankie.

He pasado tanto tiempo estos dos últimos meses reprochándome mis defectos, intentando encontrarle sentido a que Nate me dejara, que es fácil volver a caer en esos patrones de pensamiento.

George se acerca la hoja a las gafas intentando leer una de las cosas que he tachado.

—No sabía que tu autoestima se hubiese llevado un golpe tan duro —dice en un tono más suave que el que ha tenido en todo el día.

—Prueba que te dejen el día antes de tu boda a ver lo creído que te lo tienes tú.

Se queda mirando el mar y luego se agacha para desatarse los cordones.

—¿Qué haces?

No contesta hasta que se ha quitado las botas.

—Hazte a un lado. —Sube a la hamaca y tardamos un rato en ponernos cómodos a pesar de que nos estamos tocando desde el hombro hasta la rodilla—. No le des tantas vueltas —dice.

Durante un segundo, creo que habla del contacto físico, pero luego me doy cuenta de que se refiere a la lista.

—Pensaba que el objetivo del ejercicio era pensar.

Ladea la cabeza y me mira a los ojos. Tiene las gafas sucias, pero no se las cojo para limpiarlas.

—Pensar, sí, pero no dudes tanto de ti misma. Ya lo has dicho, eres competitiva. Eso es algo que me gusta de ti. Eres decidida y estás llena de energía. No te rindes cuando algo te importa.

Me coge el bolígrafo y lo anota.

—Te toca.

Arrugo la nariz.

—Dime solo tres cosas, Frankie.

—¿Tú querrías hacerlo?

—No, por dios, pero esto es parte de El Plan y el hecho de que te cueste puede ser una señal de que tu autoestima necesita recalibrarse.

—Vale. Lo hago.

—Perfecto.

—Si tú también lo haces.

Suspira.

—Eres intratable.

Al otro lado de la hoja escribe su nombre seguido de «tenaz», «se me dan bien las palabras» y «un pelo excelente».

—Lo del pelo no cuenta —le digo.

—Lo fabrico yo.

Y luego escribe: «Suelo tener razón, pero no me da miedo admitir que puedo equivocarme». Me lanza una sonrisa traviesa.

—Venga —dice—, te toca. Los tres primeros adjetivos que se te ocurran.

Descuelga un brazo de la hamaca y empieza a empujar contra el suelo para que nos balanceemos.

Me quedo mirando el dosel que forma el bosque.

—Me gusta pensar que soy creativa.

—Y lo eres.

—Soy leal, la gente puede contar conmigo, y soy constante. Si digo que voy a hacer algo, lo hago.

Él lo anota todo y yo exhalo.

—¿Tan difícil era?

—La verdad es que sí. Ha sido horrible.

—Tengo otra idea —dice—, algo que puede que disfrutes más.

—¿Hacerme la cera en las ingles?

George ignora mi comentario.

—Dime las cosas que te molestaban de Nate, todo lo que te volvía loca.

Uno de los artículos que George se había guardado proponía hacer una lista de todas las cosas que no te gustan de tu ex. Parece como de resentida, aunque tampoco es que esté yo por encima de criticar a un ex.

—Se te da muy bien ser dura contigo misma y no te da reparo decirle a alguien que está siendo un capullo, pero nunca hablas mal de Nate.

—Es que es buena persona.

—Cortó con su prometida con una nota. Yo diría que es un cobarde.

—Sí, tú lo dirías, ya lo sé. —Y no se equivoca.

—Vale, está claro que a mí no me caía bien, pero es imposible que tú pensaras que era perfecto. Para empezar, baila como el culo.

—Eso no es justo. Nadie baila tan bien como nosotros.

—Es verdad, pero Nate se movía como si tuviera cinco pies izquierdos y no supiese dónde ponerlos. Ahora me dirás que no te dabas cuenta…

—¡Qué malo! —digo intentando no sonreír.

—No es cosa de ser bueno o malo, se trata de reconocer que tu ex era imperfecto. Y voy a seguir hasta que no empieces a hablar tú.

Escribe: «No tenía patillas».

—¿Todas tus críticas son superficiales?

—Es que voy de fuera para dentro.

—Solo lo conoces de un par de veces.

—Y con eso tuve suficiente —dice George—. ¿Sigo?

Lleva el bolígrafo al papel.

—Era un poco rígido —digo despacio—. Estaba acostumbrado a vivir solo, habituado a sus rutinas.

George ha dejado de escribir. Se limita a escucharme.

—Iba todas las mañanas al gimnasio. No fallaba ni un día a no ser que le suplicara que se quedase en la cama conmigo.

A veces yo me preguntaba si a Nate le gustaba que le suplicara, pero nunca me lo dijo directamente. El sexo era un asunto en el que no era un libro abierto precisamente. Y, cuando tenía un orgasmo especialmente potente, lanzaba un grito victorioso de gladiador.

Cojo la hoja y escribo solo: «El sonido».

—¿Quieres explicármelo? —pregunta George.

—Mejor que no. —Me muerdo el labio, pensando—. A Nate no le gustaban mis cosas. La mayoría no valía la pena guardarlas cuando me mudé a su casa, pero sí que llevé aquella vieja lámpara de casa de mis abuelos.

—¿La de las borlas?

—Sí. Y los platos.

Coleccionaba vajillas antiguas desde adolescente. Siempre que traía una pieza a casa, me sentía como si la hubiera rescatado. No había nada a juego, pero a mí me gustaba así. Era una pequeña familia de platos huérfanos y yo los había adoptado.

—También llevé unas cuantas cosas más, pero Nate dijo que nada de aquello encajaba en su casa.

—Qué imbécil.

—No estaba siendo un capullo. Solo evidenciaba la realidad. Él ya tenía cosas y no necesitaba las mías. Creo que, si le hubiera dicho que quería quedármelo todo, a él le habría parecido bien. Supongo que lo que habría querido es que le gustase sin tener que pedírselo.

Esa fue la primera vez que tuve dudas de si estaba cometiendo un error. ¿Y si la cosa no acababa en los platos? ¿Y si todo lo que me hacía ser yo misma iba siendo desterrado tan poco a poco que ni me daba cuenta? Pero me lo quité de la cabeza. Para irse a vivir con alguien hay que estar dispuesto ceder.

—Elegiste esos platos uno por uno —dice George—. Son más que una vajilla, y la lámpara está impregnada de tu infancia. Forman parte de ti. Ya tendrás otro piso y podrás hacerlo tuyo y llevar allí todas tus cosas.

—Lo tiré todo.

Por un instante, parece que George se encuentra mal y yo pienso que tal vez no estaba loca porque me importasen tanto mis cosas, pero entonces se recupera.

—Cuando vuelva de México, iremos a comprar. Encontraremos platos viejos y lámparas con flecos y las copas de cristal antiguas que te gustan.

—Vale —digo con tensión en la garganta de nuevo. No quiero pensar en que nos quedan solo tres días juntos—. ¿Por qué no te caía bien a ti? —pregunto con voz queda.

—¿Te digo la verdad?

—Sí, porfa.

George traga saliva.

—A pesar de lo que te dije en Navidad, no estaba tan mal, pero todo ocurrió muy deprisa. Un día estabais saliendo y al otro prometidos. No quería que tomases una decisión irreversible.

—Pues el matrimonio es bastante reversible.

—Si te hubieses casado con él, habrías hecho todo lo posible por que funcionara. Te conozco, Frankie. Eres una Jo March de los pies a la cabeza. Habrías vivido y muerto por él.

Es una referencia a una frase de Christian Bale en la película y sé que tiene razón. No me gusta fracasar y, aunque en general el divorcio no me parece un fracaso, seguramente, para mí misma, el listón estaría más alto.

—Puede —musito.

—Seguro —dice George—. No me puedo creer que puedas llegar a cuestionarte si fuiste buena pareja. Yo siempre he sentido que me ha tocado la lotería al tenerte como amiga.

—¿En serio?

Se le forman unos surcos entre las cejas.

—Harías lo que fuera por quienes te importan. Haberme mudado a tu lado es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Siento un cosquilleo en la nariz y aparto la cara.

—¿Estás bien?

—Sí —digo, pero la palabra me sale ahogada.

—Puedes contarme lo que sea. Por favor, no me dejes al margen. —La voz de George es calmada. Tranquilizadora.

Me giro para quedarme mirándolo y él hace lo mismo.

—Siento que me has dejado atrás. Has estado viajando a otros continentes sin parar estos últimos tres años. Y luego te alejaste de

mí después de la pelea en Navidad. George, no sabía si ibas a venir a la boda.

—Lo siento —dice—. Sé que no me he portado bien contigo. El compromiso me pilló por sorpresa. Me enfadé por cómo tuve que enterarme, pero si pudiera cambiar el modo en el que me comporté, lo haría.

—¿No me habrías dicho que estaba cometiendo un error?

Tuerce la boca.

—No, eso te lo habría dicho igual, pero de una forma muy diferente.

Nos observamos un instante y me doy cuenta de que el pulso se me ha acelerado hasta alcanzar la velocidad de las alas de un colibrí. Sí que hay algo que está cambiando entre nosotros.

—No han sido solo los últimos seis meses —le digo—. Hace unos años que las cosas están raras. —Desde que volvió de cubrir los incendios. Yo pensaba que George pasaría más tiempo en Toronto después de aquello, pero se fue alejando cada vez más—. ¿Hice algo mal?

Niega con la cabeza.

—Tú no has hecho nada mal, es todo cosa mía. He estado intentando aclarar algunas cosas y tenía que hacerlo solo. —Hace una pausa y aprieta la mandíbula—. No quería hacerte daño ni que sintieras que no me importas. Nadie me importa más que Mimi y tú.

Mis pulmones son como dos globos debajo de las costillas y no estoy segura de que mi pecho sea capaz de contenerlos. Mirando a George a los ojos, mirando ese azul eléctrico que le rodea las pupilas, me doy cuenta de algo.

Él me observa y arruga la frente.

—¿Estás bien?

—Sí —digo, pero no lo estoy, porque mi mundo entero acaba de estallar.

Mi corazón es una criatura peligrosa y traicionera. Unas emociones que pensaba que había descartado hace mucho ahora amenazan con romperme las costuras, con quebrantar todo mi ser.

—¿Hacemos la excursión? —pregunta George.

Miro a mi mejor amigo con el pulso acelerado.

—Vale.

Entrecierra los ojos.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí —le digo—, es que estoy un poco rara.

—¿Te ayudará dar un paseo?

—Puede.

Pero sé que nada me ayudará. Porque creo que siento algo por George y eso solo puede significar peligro.

# 32

La lluvia golpea el coche con tanta fuerza que tengo que alzar la voz.

—¿Deberíamos volver? —pregunto. Llevamos los impermeables amarillos del resort, pero llueve tanto que apenas puedo ver el camino a través del parabrisas.

—Vamos a esperar un momento —propone George.

No he sido capaz de mirarlo a los ojos desde que hemos estado en la hamaca. Me aterra que, en cuanto lo haga, él vea que he entrado en pánico. Mi mente es un tornado.

¿Cómo puede estar pasando esto? ¿Por qué está pasando esto? Igual las montañas y la niebla y los pétalos de rosa me están liando. George y yo hemos sido amigos durante la mayor parte de nuestra vida, ¿no tendría que haber sentido algo antes?

Pero ¿no lo he sentido?

Dice algo, pero yo estoy distraída y no me entero.

—Perdona, ¿qué?

—La lluvia ha amainado un poco, ¿quieres que probemos?

Le echo un vistazo rápido y es increíble lo bien que le sienta un anorak amarillo. A nadie le sienta bien un anorak amarillo. Lo tengo demasiado cerca. Me da igual cuánto llueva, necesito salir de este coche.

—¡Pues claro! —digo—. ¡Vamos de excursión!

George me mira como si estuviera mal de la cabeza y, sí, estoy fatal.

Me pongo la capucha, pero tampoco llueve tanto. Ahora no es mucho más que llovizna. El verdor es tan espeso que al cabo de unos pasos nos vemos engullidos por algunos de los árboles más viejos y grandes de Canadá, gigantes que han sobrevivido durante cientos de años. El musgo crece a lo largo de la barandilla de madera y los líquenes trepan por los troncos de los árboles llenando el bosque de bordados verdes. George señala varios tipos de árboles: cedros rojos del Pacífico, abetos de Vancouver y tsuga de Canadá. Me habla de cómo los troncos nodriza apoyan el ecosistema del bosque templado húmedo, pero, por lo demás, caminamos en silencio. Tras cada recodo del camino, nos encontramos un paisaje todavía más impresionante, otro caleidoscopio de verde esmeralda, oliva y lima. No pasa mucho tiempo hasta que la belleza sofoca mis pensamientos descontrolados.

La lluvia es más constante, pero el follaje es tan espeso que el aguacero no nos alcanza con toda su intensidad. Avanzamos hasta llegar a una bifurcación en la que podemos bajar a un valle por una escalera empinada o continuar por terreno llano. Bajamos y nos detenemos al final de la escalera para mirar hacia arriba.

Los árboles son tan altos que no vemos la copa. Me gotea agua en la cara. Abro la boca y cierro los ojos, echando la cabeza hacia atrás y extendiendo los brazos, estirándome como si fuera uno de esos poderosos abetos.

Me quedo así un buen rato y, cuando abro los ojos, me maravillo de nuevo. Los árboles jóvenes luchando por llegar a la luz. Los

helechos y el musgo y el cornejo canadiense. El liquen que cuelga de las ramas como retales de encaje, trajes que ninguna novia se ha puesto.

Pero también me impresiona ver a George. Se ha quitado las gafas y tiene los ojos cerrados y la cara vuelta hacia el cielo. Atrapa una gota de lluvia con la lengua y yo solo puedo pensar en las ganas que tengo de probar su sabor y en cuánto deseo hundir los dedos entre su pelo. Él respira hondo y luego suelta el aire con un suspiro gutural. Necesito tragarme ese sonido.

—Estoy en uno de esos momentos —dice.

Perlas de agua se le aferran al final de los rizos. Una de ellas pierde el agarre y le resbala por la nariz.

—¿De cuáles? —La sangre me bombea tan fuerte que mi voz me llega amortiguada.

—De los mejores —dice abriendo los ojos y mirando a nuestro alrededor. Tiene una sonrisa efervescente. Quiero estirar la mano y tocarla para asegurarme de que es real—. De esos que me hacen sentir agradecido de estar vivo aquí, ahora, en este planeta espectacular.

Lo tengo cerca y, cuando se vuelve hacia mí, su mano roza la mía. Es un contacto de lo más inocente, pero el corazón me late desbocado. Entonces George me mira y lo sé.

No son los pétalos de rosa ni el bosque. Es él. Mi increíble mejor amigo.

George.

—Pero, sobre todo —dice—, me siento afortunado de estar aquí contigo.

Lo miro a los ojos; son tan oscuros y azules como el océano y, por un momento, me pierdo en ellos. Él deja de hablar y sé que es porque ve que tengo la respiración acelerada.

—¿Frankie?

Ya no sonríe. Creo que lo está entendiendo. Entonces parpadea y sacude un poquito la cabeza como si estuviera equivocado.

Yo doy un paso hacia él.

—Lo siento —le digo—. Una vez te hice una promesa, pero no puedo cumplirla.

La mirada de George encuentra la mía en el momento en el que lo comprende todo.

Levanto las manos hacia el cuello de su chaqueta y lo agarro temblorosa. Me quedo mirando su boca, me pongo de puntillas, dándole la oportunidad de echarse atrás. Cuando levanto la vista hacia sus ojos, el anhelo que encuentro en ellos me deja sin respiración.

—Me lo prometiste —dice con voz rasposa. Me mira desde arriba con una tormenta en los ojos—. Pero yo a ti no.

Y entonces, como un rayo, sus labios caen sobre los míos, devorando mis suspiros. No es un beso vacilante, es exigente, necesitado. Abre la boca a la primera caricia de mi lengua por su labio inferior y, cuando lo saboreo de verdad por primera vez, gimo. George gruñe en respuesta y sus manos encuentran las mías y las llevan a su nuca. Entonces posa las manos en mi cadera para acercarme más a él. Cada movimiento de nuestra lengua parece una discusión, una pelea que seguro que estoy perdiendo. Me muerde la boca y yo le devuelvo el mordisco con más fuerza. Nos reímos, pero

no paramos. La lluvia cae con más intensidad y noto el sabor en sus labios.

Me bombardean recuerdos de George, de todas las veces en las que he luchado contra la atracción que sentía por él.

En nuestro catorce cumpleaños, cuando se plantó al final del trampolín. La noche que subió por la ventana de mi habitación y me miró de un modo que nunca me había mirado. Aquella mañana en nuestro piso después de habernos tatuado. La noche que lo oí en la cama con alguien. Y esta semana. He estado luchando contra ello casi a cada momento desde que llegamos.

Besarlo es como abrir un compartimento secreto en mi alma, es más intenso que nada que haya experimentado. Es como si nos jugásemos la vida.

—Frankie. —George gime mi nombre y me devuelve a la realidad.

Puede que no nos estemos jugando la vida, pero sí la amistad. ¿En qué estábamos pensando? George debe de sentir lo mismo en el mismo momento que yo. Cuando hago una pausa, él da un paso atrás. Nos observamos, respirando con dificultad.

—Eso ha sido… —Niego con la cabeza, incrédula.

«Increíble. Estúpido. Muy sexy, joder. Muy mala idea».

—Ya —dice George.

—Nunca habíamos hecho algo así.

—Una vez —dice George—. Lo hicimos una vez.

—Así no.

Me mira la boca fijamente.

—No, así no.

—Ha sido…

George levanta las cejas.

—Volcánico —digo. He sentido que deberíamos haber estado besándonos desde el principio. George sabe usar muy bien la boca —. ¿Siempre besas así?

Niega con la cabeza.

—Iba a preguntarte lo mismo.

—Pero ha sido un error, ¿no? —pregunto, pensando en voz alta—. Lo último que quiero es estropear nuestra relación.

George va asintiendo con la cabeza.

—Sí —dice, pero no parece convencido.

Vuelve a centrarse en mis labios. Cuando su mirada encuentra la mía, está cargada de deseo. Hay algo potente revolviéndose entre nosotros, una fuerza de la naturaleza a la que solo resistiremos si vamos con cuidado.

—Tú ibas a venir aquí con otra persona. —Su voz es ronca—. Ibas a casarte.

—Sí —le digo llevándome los dedos a los labios hinchados—. Está eso. —Pero Nate es lo último en lo que pienso. Podría existir perfectamente en otra galaxia—. Y tú también acabas de salir de una relación —digo. Es lo único que puedo hacer para no abalanzarme sobre él.

—La verdad es que se me había olvidado.

—A mí se me ha olvidado todo —digo—, hasta cómo me llamo.

George suelta una risita y yo me veo devolviéndole la sonrisa.

—Entonces, para que me quede claro —continúo—: esto ha sido un error de juicio, ¿no? Seguimos siendo nosotros.

—Sí… —Se aferra a su propia nuca, dudando—. Con todo lo que ha pasado… y la boda… —Suele ser mucho más elocuente—. No es un buen momento.

Ladeo la cabeza.

—¿Podría haber un buen momento?

George me mira largo y tendido antes de contestar.

—La verdad es que no lo sé.

Yo tampoco.

—Entonces, ¿volvemos? —pregunto. Puede que esto sea menos incómodo si caminamos.

Es una ruta circular y solo tardamos diez minutos en oír el ruido de las ruedas sobre el asfalto mojado de la autopista. Apenas nos hemos dirigido la palabra, pero, cada vez que miro a George, él ya me está mirando. Cuando llegamos al coche, todavía siento un cosquilleo en los labios.

Me pongo en el asiento del conductor, preocupada porque, si tengo total libertad para mirarlo, puede que termine pasando por encima de la consola y subiéndome a su regazo. Y, si hago eso, dudo que sea capaz de contenerme. El cuerpo me zumba. Soy consciente de cada una de sus respiraciones, de cada centímetro que nos separa. Huelo el bosque en su piel cuando se desabrocha la cremallera del impermeable. Yo hago lo mismo y enciendo el motor y la calefacción porque, ahora que he parado de moverme, me ha entrado frío. Tengo las piernas mojadas y el agua de mi pelo me está dejando la camiseta empapada.

—Entonces, ¿deberíamos intentar olvidarlo? —pregunta George.

Asiento y luego me arriesgo a lanzarle una mirada. Mis ojos buscan directamente sus labios —¡unos labios que hace un momento estaba besando!—, mientras que los suyos bajan por mi pecho, donde mis pezones endurecidos empujan la tela de la camiseta.

Arrastra la mirada por mi cuello, luego por mi boca y llega a mis ojos.

—Creo que deberíamos borrarlo de la memoria —le digo.

De un beso podemos recuperarnos. Ya lo hicimos la otra vez.

—Sí, supongo que deberíamos.

—Aunque no sé si voy a poder —confieso.

—Has dicho que el beso ha sido volcánico —musita George.

—¿Tú lo describirías de otra forma?

—No. —Respira—. La palabra lo resume bastante bien.

# 33

—Sigues helada —dice George cuando aparco el coche en el resort. Tengo el vello de los brazos erizado.

—Un poco.

—Vamos a calentarte. —El modo en el que lo dice, con una voz algo grave y rasposa, cambia la temperatura.

Entreabro los labios al imaginarme a George y a mí enredados entre pétalos de rosa.

De pronto soy consciente de lo cerca que estamos y no puedo pensar en nada que no sea el sabor de la lluvia en sus labios. Me quedo mirando el ángulo marcado de su mandíbula y la necesidad de llevar ahí mi boca me hace bajar del coche de un salto.

—No en ese sentido —dice.

—Ya lo sé. Creo que me meteré en el jacuzzi.

—Genial.

—Sola —añado.

—Sip.

Me suena el teléfono en cuanto ponemos un pie en la casa. Miro la pantalla y estoy a punto de rechazar la llamada para que salte el contestador cuando George dice:

—Deberías contestar.

De modo que me llevo el teléfono a la oreja y digo:

—Hola, mamá. —Con esas palabras cualquier tensión sexual residual se disuelve en la niebla.

—Hola, cielo. Solo llamaba para saber cómo estás.

—Estoy bien —miento.

George está concentrado en quitarse las botas de montaña con cuidado.

—Y ¿cómo está George?

—George también está bien.

—Hola, Rebecca —grita él.

—Pongo el manos libres para que puedas hablar con él —le digo dejando el teléfono en la encimera de la cocina.

Me quito los zapatos y los calcetines mojados, y me acurruco en un sillón al lado de la chimenea escuchando a mi madre y a George charlar. Me quedo impresionada con lo normal que suena él. Yo me siento como si se hubiera hundido el suelo bajo mis pies. Él le habla del surf y de lo que cenamos anoche, y no es la primera vez que me pregunto si algún día mi relación con mi madre será así de fácil. Ella lo escucha y se ríe y, cuando dice: «Ay, qué envidia me dais. Ojalá estuviera ahí», sé que lo dice de verdad.

Después de que se hayan despedido, George saca un yogur de la nevera y se lo come en tres cucharadas.

—Podrías esforzarte un poco más —dice con suavidad.

—No empieces otra vez —contesto.

No sé cuántas veces hemos discutido sobre mi madre. Siempre es lo mismo. Él la defiende y me recuerda lo afortunada que soy de tener dos padres que me quieren, y yo me siento despreciable.

—Tu madre es genial —dice cruzando la habitación. Se le da bien escuchar y hace unos postres increíbles. El *crumble* de manzana y

frutos del bosque…

—Es verdad, la repostería se le da genial.

George se sienta en la mesita de café delante de mí con las rodillas a los lados de mis piernas creando un espacio seguro.

—Ojalá encontraras la forma de perdonarla —dice—. Te quiere.

Durante el año y medio que se fue mi madre, llamó y nos escribió cartas. Nos mandó regalos. Cuando nos llamaba por teléfono, mis hermanos y yo hacíamos cola para hablar con ella. Primero Darwin, luego Moby y luego yo. Vino de visita por Navidad y, durante diez días, me regocijé en su calor. Todo iba mejor cuando mi madre estaba en casa. Mi padre sonreía más, mis hermanos me trataban mejor y hasta la casa olía mejor con el aroma de los rollitos de canela y las galletas de jengibre. Me convencí a mí misma de que, si mi comportamiento era impecable, mi madre no querría volver a marcharse. Pero se marchó. Ver alejarse su ranchera por Old Stone Road fue más duro que cuando desapareció una noche. Después de eso, dejé de hablar con ella por teléfono y, cuando mis hermanos fueron a visitarla a la costa este, yo me negué a ir. Quería castigarla por preocuparse más por las ballenas que por nosotros.

—Sé que lo haces con buena intención —le digo—, pero ya es hora de que aceptes que mi madre y yo nunca seremos mejores amigas.

Cuando éramos adolescentes, hubo unos cuantos años en los que fui muy capulla con mi madre. Mi forma de hablarle estaba tan llena de odio que pensarlo ahora hace que sienta la vergüenza por todo el cuerpo. George siempre me lo echaba en cara y nos peleábamos a menudo por ello. Mi padre me paraba los pies cuando me pasaba, pero mi madre nunca lo hizo. Hasta que Mimi no me dio una lección

sobre mi lamentable comportamiento, no espabilé. Pero la niña de ocho años cuya madre había desaparecido cuando despertó una mañana y la de nueve años que lloró esa misma ausencia en su cumpleaños siguen muy cerca de mí.

—¿Quién ha dicho nada de mejores amigas? —pregunta George.

—Estamos bien como estamos —digo, sintiendo el calor en la cara —. Ya lo he superado. No es que siga enfadada.

George se inclina hacia delante, con los codos en las rodillas y los dedos entrelazados, y me atraviesa con esos fríos ojos azules. Incapaz de apartar la mirada, me acerco como si tirase de mí un hilo de pescar.

—Yo creo que sí estás enfadada —dice George—. Creo que estás tan enfadada que puede que un día explotes.

Se me entrecorta la respiración y el corazón me late más deprisa. Intento contener las emociones mientras George me incita a liberarlas. Así es cuando alguien te conoce de verdad. George me ve incluso cuando no quiero verme a mí misma.

—No es solo que se marchara —digo en voz baja.

Me dejó y cambió.

George me mira y es como si pudiera leerme el pensamiento, porque dice:

—La mujer que se fue cuando tenías ocho años y volvió cuando tenías nueve siempre será tu madre. Siempre te querrá. —En sus ojos veo un destello de tristeza y sé que piensa en su madre—. Si le dieras una oportunidad, si hablases con ella, tal vez no te resultaría un misterio tan grande. Nunca podrás perdonarla ni tener una relación de verdad con ella si no habláis de lo que pasó.

—¿Tú has perdonado a tu padre? —digo buscando sus ojos.

Solo coincidí con el padre de George dos veces. Como su madre, Beau era un arquitecto de éxito, pero tenía un problema de ludopatía y perdió el control después de la muerte de Lily. Apareció en la Casa Grande un día cuando teníamos dieciséis años. George salió como una exhalación en cuanto lo vimos en la puerta con un ojo morado, pero yo me quedé espiando desde el pasillo. Escuché cómo le hablaba a Mimi de una reciente racha de mala suerte. Solo necesitaba un pequeño empujón económico para recuperarse y entonces volvería a por George. Desde la esquina observé cómo Mimi le firmaba un cheque a su hijo y le decía que se marchara. Y luego la oí llorar. Nunca le conté a él nada de aquello.

George y yo vivíamos en Toronto la última vez que vimos a su padre. Después de aquella visita, empezó a hablar de él en pasado, como si estuviera muerto.

—Lo estoy intentando —dice ahora—. Paso mucho tiempo hablando de él en terapia. Me gustaría aceptar que no fue capaz de cuidarme cuando mi madre murió y que no me priorizó y nos hirió con sus decisiones. Creo que lo hizo lo mejor que pudo cuando fui a vivir con él a Montreal, pero el duelo y la ludopatía no le dejaron espacio para ser buen padre. Hay mucho que desentrañar… —Traga saliva—. Pero no quiero actuar desde el dolor. Quiero dejar espacio para los buenos recuerdos.

—Es él quien se lo pierde. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé desde un punto de vista racional —dice—. Sigo intentando sentir que es cierto.

—¿Y tu madre? —pregunto—. ¿También hablas de ella?

A George le resulta difícil hablar sobre Lily sin que se le rompa la voz, pero lleva una foto suya en la cartera. Lily tiene en brazos a un

pequeño George sonriente y le da vueltas en círculo. Se parece a su padre, pero su sonrisa, la de verdad, es como la de su madre.

—Sí, pero me cuesta más. Cada vez que hablo de ella siento que la vuelvo a perder.

—Tuvo suerte —le digo—. Tuvo mucha suerte de tenerte.

Él vuelve a tragar. Y me cuesta la vida no buscarlo con la mano.

—Me habría gustado que la hubieras conocido. —No es la primera vez que me lo dice.

—Y a mí. —Me habría gustado, muchísimo. Me gustaría poder decirle lo perfecto que es su hijo y cuánto lo queremos todos. Toda mi familia. Nunca bastará para compensar lo que ha perdido, pero me gustaría contarle cuánto lo hemos intentado.

—Y ojalá ella te hubiera conocido a ti —dice sosteniéndome la mirada. Esto es nuevo. La confesión y la forma de mirarme.

Le cojo la mano. Siento su corazón latiéndome en la palma.

—Ojalá.

Nos quedamos un momento más mirándonos y luego lo suelto.

Me meto en el agua burbujeante del jacuzzi, dándole la espalda a la casa y observando el océano abalanzarse sobre la punta rocosa. Aunque no veo a George, está por todas partes. En mis labios, mi lengua, mi cabeza. Hemos tenido tiempo y espacio para crecer y alejarnos, pero ¿y si debíamos reencontrarnos de un modo distinto? ¿Y si estamos luchando contra algo contra lo que no deberíamos luchar?

No hay nadie con quien me guste más pasar el tiempo que con George. No hay nadie que me haga sentir tan valiente como me

hace sentir George. Con él, soy yo misma. Y el beso… Besarlo ha sido como entrar en una casa en la que nunca había estado, pero que sabía que era mi hogar. Todo el ruido de fondo de mi cabeza se ha quedado en silencio como si hubiera encontrado la frecuencia adecuada en el dial de una radio.

Le mando un mensaje a Aurora cuando le toca a él meterse en el jacuzzi.

He besado a George

*Aurora*
QUE QUÉEE?

O igual me ha besado él. Bueno, da igual, que nos hemos besado

*Aurora*
Voy a llamarte ahora mismo y me vas a contestar

—Esta no es una conversación para tener por mensaje —dice Aurora cuando descuelgo—. Esta es una conversación para llamar a tu amiga y no dejarte ni un putísimo detalle.

—No tenía claro si estarías con un cliente.

—No. Tengo quince minutos hasta la siguiente cita, así que ya me estás contando. ¿O está cerca?

—Está fuera, en el jacuzzi.

Ha sido incómodo cuando nos hemos cruzado en bañador. ¿Cómo debe tratar una a su mejor amigo de toda la vida cuando descubre que es todo un profesional con la lengua?

—¿Y qué haces hablando conmigo? —chilla Aurora—. Esta es tu oportunidad para la clásica cita de reality en un jacuzzi. Sal ahí fuera.

—Hemos acordado más o menos que nos olvidaríamos del beso. No estoy segura de que la semidesnudez y el vaho sean buena idea.

—Pfff, vale. A ver, rebobina. Cuéntamelo todo.

Cuando termino de hacerle a Aurora la crónica detallada, suspira.

—Me encanta el amor.

—Yo no he dicho nada de amor. He dicho que siento algo por George.

—Supongo que la pregunta es si quieres pasar el resto de tu vida reprimiendo lo que sientes.

—No tengo claro que pueda, pero tampoco quiero destrozar nuestra amistad. George lo es todo para mí.

La oigo sonreír.

—Imagínate si fuera todavía más.

A última hora de la tarde, doy un paseo sola por la playa y lleno una fiambrera de bayas de salal de los setos que hay cerca de la costa. Necesito mantenerme ocupada. Necesito crear.

Mi madre es la repostera de la familia, pero a mí las medidas exactas y la necesidad de seguir instrucciones me parecen restrictivas. Me enamoré de la cocina porque me recordaba a la música. Una vez que conocías lo básico, tenías la libertad de improvisar, experimentar, probar y ajustar a tu gusto. Una buena receta es como una canción: puedes cantar un poquito fuera de tono y la canción sigue siendo buena. A veces es incluso mejor.

En una ocasión, George describió una sesión productiva de escritura como un flujo, una especie de estado mágico en el que su mente se queda en silencio y las palabras salen casi de la nada, atraviesan su cuerpo y se materializan en la página. Apenas es consciente de estar pensando, de estar tomando decisiones acerca de qué adjetivo usar o qué información incluir. Las comas van donde deben. Las frases crecen como plantas formando párrafos hasta que ha creado un jardín floreciente. Yo me siento así cuando cocino. Cuando estoy en la cocina, tengo el control. Y ahora mismo necesito esa sensación desesperadamente.

Una vez que he recolectado suficientes bayas, voy a Tofino en coche y entro en Naas Foods, una pescadería que vi ayer. Encuentro fletán, bacalao largo, salmón real y salmón del Pacífico, todo fresco, así como cangrejos vivos y salmón caramelizado. La pescadera me habla de su compromiso con la sostenibilidad. A George le parecería impresionante. Compro un corte de salmón del Pacífico, una tabla de cedro y un tarro de copos de alga ahumados de la misma bahía de Clayoquot para experimentar con ellos.

En cuanto empiezo a cocinar la cena, George viene a mi lado como siempre hace, preparado para limpiar lo que ensucio, pero yo lo echo de la cocina. Necesito espacio. La cena que preparo es sencilla. Hago una salsa con las bayas, la ralladura de un limón y un poco de azúcar y pimienta, y aso el salmón sobre la tabla de cedro en el horno. George lee en la sala de estar y, de vez en cuando, su mirada encuentra la mía y ambos tomamos conciencia del otro.

Pienso en todas las comidas que compartimos al principio, cuando aprendía a cocinar con mi madre, y en todas las noches que pasamos en la cocina cuando vivíamos juntos. Pienso en los *linguine*

que preparábamos la noche que George me dijo que se iba del piso y en los raviolis que hicimos cuando volvió de cubrir los incendios. Y en la cena que organicé en casa de Nate. Toda una vida de historias contadas a través de la comida.

Emplato la cena con cuidado. Los filetes rosados de salmón, la salsa de un morado oscuro. La calabaza pattypan y el arroz pilaf amarillos. Los colores son increíbles. En ese momento me lo imagino: una doble página en un libro de cocina. Fotos de una playa salvaje. Una ilustración de bayas de salal. Una receta propia. Hago una foto y casi se la mando a Brie como suelo hacer cuando preparo algo que me ilusiona, pero decido no hacerlo. Creo un nuevo álbum de fotos en el móvil llamado MÍAS y la guardo ahí.

George y yo apenas hablamos durante la cena, así de buena está la comida. Además, después de lo que ha pasado antes, no estoy muy segura de qué nos puede quedar por decir, pero, cuando su pie se topa con el mío sin querer debajo de la mesa, nuestras miradas se encuentran y creo que el fuego que veo en la suya no me lo estoy imaginando.

Luego salimos a dar un paseo por la playa. La niebla cubre como un grueso manto la cala, ocultando la costa, de modo que parece que, más allá de la arena, no hay más que nubes blancas celestiales. No mencionamos el beso, pero es como si compartiéramos secretos con la mirada. Ninguno de los dos ha olvidado nada.

Cuando volvemos al chalet, abrimos las ventanas para que huela a lluvia fresca y a pícea. Leemos en silencio hasta que George anuncia que pasará la noche en el sofá. Yo no se lo discuto. Nos damos las buenas noches y subo por las escaleras hacia el dormitorio. En mitad de las escaleras, me detengo y lo observo extender una manta sobre

el sofá. Mi mente viaja al futuro. Solo nos quedan dos días enteros juntos antes de tener que separarnos. La pérdida de mi amigo me cierra la garganta. Incluso si nunca volvemos a besarnos, no quiero volver a estar como antes. No quiero que pasen meses sin que nos veamos. No quiero que vayamos alejándonos.

—¿George?

Deja de hacer lo que estaba haciendo y levanta la vista hacia mí.

—¿Y si no es tan mala idea? —pregunto.

—¿El qué?

Respiro.

—Nosotros.

No contesta y no sé qué le estará pasando por la cabeza, pero no voy a insistir. Si yo estoy confundida, él también tiene derecho a estarlo.

—Es algo que se me ha ocurrido —digo. Y me voy a la cama.

# 34

## Teníamos veinte años

Enseguida supe quién era cuando lo vi delante de nuestro edificio. Lo habría reconocido donde fuera. Beau Saint James era igual que George. Alto y delgado. Llevaba gafas. Tenía los mismos rizos oscuros y la misma energía inquieta.

Yo volvía del supermercado cargada con bolsas de ingredientes para hacer el *crumble* de mi madre. George había estado escribiéndose correos con su padre y lo había invitado a tomar café la siguiente vez que pasease por Toronto. Yo sabía que estaba más nervioso y emocionado por la visita de lo que admitía. Ya había planeado mantenerme ocupada haciendo el postre favorito de George mientras ellos hablaban. Si las cosas iban mal, estaría lo bastante cerca para intervenir. Había mil formas en las que Beau podía romperle el corazón a mi amigo y yo me preparaba para todas ellas.

De modo que, cuando vi a Beau caminando de un lado a otro delante de la entrada, mirando el portal como si no estuviera seguro de que quisiera entrar, me acerqué a él dando grandes zancadas, ya furiosa. Él me sonrió con un lado de la boca y me preguntó en qué

podía ayudarme. No tenía ni idea de quién era, ignoraba que sabía más sobre su hijo de lo que él había sabido o sabría nunca.

—¿Quieres pasar o vas a rajarte? —le pregunté.

Entrecerró los ojos azules. Olía a colillas y *aftershave*.

—Eres el padre de George —le dije—. Yo soy Frankie. Su mejor amiga.

—La chica de la casa de al lado. —Su sonrisa era torcida como la de su hijo—. ¿Alguna vez alguien te ha dicho que tienes unos ojos violeta preciosos?

—Sí.

Se rio, pero a mí no me hacía ninguna gracia.

—Mira —le dije—, en pocas palabras, a mí me pareces una basura humana y un caso perdido. En cambio, George ha decidido darte otra oportunidad. Y tú ahora te paseas por aquí como si estuvieras pensando en largarte. Así que, si estás pensando en irte, vete ya.

La sonrisa no abandonó su cara en ningún momento.

—¿Y si me quedo?

—Fingiré que te soporto y tú fingirás ser una persona decente durante la próxima hora. Pero, si le haces daño, me aseguraré de que te arrepientas.

—No lo dudo. —Ladeó la cabeza, estudiándome—. Muy bien, detrás de ti, Frankie.

El café se convirtió en cena y esta, a su vez, en que Beau se quedase tres noches. Yo vigilaba a George como una madre osa, pero tenía que admitir que su padre parecía cambiado. Me costaba imaginármelo como el hombre que había perdido la casa por las deudas del juego. A mí me trataba con respeto y se mostró

profundamente arrepentido con su hijo por los años de ausencia. Parecía realmente interesado en ambos.

La tercera noche, preparé el arroz con tofu y *kimchi* que a George le encantaba y estábamos los tres sentados alrededor de nuestra diminuta mesa, riendo, cuando su padre nos preguntó cuándo habíamos empezado a salir. Nosotros compartíamos cama para que su padre pudiese dormir en la habitación de George y nos pareció gracioso que se hubiese llevado la idea equivocada. Aquella noche, los dos nos quedamos despiertos en la cama susurrando.

—Creo que le resulta más fácil estar cerca de mí ahora que soy adulto —dijo George—. No tiene que sentirse culpable por no cuidarme. Tal vez, ahora que puede identificarse conmigo como hombre, me vea de otro modo, ¿no crees?

Había muchísima esperanza en su voz. No le mentí cuando le dije:

—Sí. Creo que esto puede ser el comienzo de algo.

Cuando nos levantamos a la mañana siguiente, Beau había desaparecido. Solo quedaba el rastro de su *aftershave*. Nos quedamos plantados en el dormitorio, sin palabras. Entonces, George abrió el cajón de su escritorio y rebuscó entre las libretas y los papeles que había dentro. El corazón se me hizo pedazos. Había guardado en un sobre el dinero que Mimi le había dado en su veinte cumpleaños y ya no estaba.

Vi a George desmoronarse en el suelo, llevarse las manos a la cabeza y llorar. Yo me hundí a su lado y lo rodeé con los brazos luchando por contener mis propias lágrimas. Debimos de pasar horas ahí.

Él apenas podía mirarme. Creo que tal vez se sentía avergonzado. Puede que no supiera cómo compartir su dolor, pero no tenía por

qué cargar con él solo. Saqué su bolsa de viaje del armario y empecé a hacer las maletas.

—¿Qué haces?

—Llevarte a casa.

A los dos nos encantaba la ciudad, pero estábamos más serenos en el norte. George necesitaba un largo paseo por Old Stone Road. Necesitaba la repostería de mi madre y un abrazo de Mimi.

—Esta noche trabajas —dijo.

—Ya encontraré a alguien que me cubra. Nos vamos. No hay discusión que valga.

—No sé cómo darte las gracias —me dijo con voz espesa.

—Acabas de hacerlo, pero no hace falta. Me tienes aquí.

—Lo sé.

Frankie:

Te escribo esta carta en un intento de hacerte saber cuánto me importas y de decirte que siempre me tendrás ahí.

Lo que te dije ayer es cierto, no sé cómo darte las gracias. No solo por traerme a casa, sino por todo. No sé cómo habría sobrevivido las últimas doce horas si no te tuviera en mi vida. Hay una realidad alternativa en la que no hemos sido vecinos ni nos hemos hecho amigos. Me imagino a una versión de mí mismo derrumbándose en el suelo de mi habitación, solo, y me da pena ese George. Ese tío está perdidísimo sin ti.

Gracias por saber que necesitaba volver a casa y pasar un tiempo con mi verdadera familia.

Gracias por preparar la cena con tu madre y por invitarnos a Mimi y a mí anoche. Fue muy importante para mí sentarme a esa mesa y ver las caras de todo el mundo. Mi abuela, tus padres, tus hermanos. Y a ti. No sé cómo conseguiste que Moby viniese de visita con tan poco margen, pero que él y Darwin se pasasen la noche metiéndose conmigo fue extrañamente tranquilizador.

Gracias por formar parte de mi vida. No hay ninguna otra realidad en la que quiera existir excepto en esta, contigo.

Te quiere,

GEORGE

# 35

## Día cinco: Expresar los deseos

George se queda mirando el pequeño Cessna y los ojos le hacen chiribitas. Está amarrado en un embarcadero del puerto de Tofino. No hay niebla y vemos la nieve en la cima de las montañas a lo lejos.

—Supongo que vamos a subirnos a esa cosa —digo.

—Por supuesto. —Parece un niño el día de Navidad.

Es el primer momento del día en el que las cosas no están enrarecidas. Hemos estado tratándonos exactamente como antes de besarnos, pero, cada vez que nuestras miradas se encuentran, el aire que hay entre nosotros restalla como una goma. Sé que él también lo siente. Lleva el recuerdo en la mirada.

—Pensaba que me habías dicho que no saltabas de helicópteros —le digo.

—Esto es un hidroavión y vamos a subir y bajar de él a pie.

—Vamos a morir en él.

—¿Dónde te has dejado las ganas de vivir aventuras? —pregunta George.

—¿Y tú dónde te has dejado el instinto de supervivencia?

—Últimamente parece que brilla por su ausencia.

Su tono y la clara alusión al día de ayer me hacen volverme y me sorprende el hambre viva que encuentro en sus ojos. No es un restallido, es un latigazo. La contención emana de él a oleadas. Me muero de ganas de volver a besarlo.

—No me has dicho la temática de hoy —le digo—. ¿Cómo encaja lo de la aviación en El Plan?

—Hoy —dice—, se trata de expresar lo que quieres. De comunicar lo que deseas. De aprender a pedirlo.

Me quedo mirándolo atónita, preguntándome si se está riendo de mí, pero lo dice en serio.

—Es un requisito esencial para sanar —continúa—. Tienes que comprender qué necesitas y sentirte cómoda pidiéndole a la gente que te lo dé.

Siento que se me sonrojan las mejillas.

—Nadie puede leerte la mente, Frankie.

—¿Ni siquiera tú?

—A veces me parece que oigo cada pensamiento que te pasa por la cabeza —dice.

—¿Y las otras veces?

—No tengo ni puta idea de lo que piensas.

Esperamos en el embarcadero, con tres pasajeros más, a que llegue el piloto. Me vuelvo hacia George.

—Mira, lo que quiero es saber adónde vamos.

—Bien jugado. Vamos a Hot Springs Cove, en el parque de Nisḿaakqin. Es un lugar increíble, pero también he pensado que

sería un buen sitio para pensar.

—Sobre lo que quiero —digo.

—Exacto.

Nos dan un chaleco salvavidas hinchable a cada uno antes de subir al diminuto avión. George y yo nos sentamos en el banco del fondo. Nos abrochamos el cinturón y nos ponemos los cascos como nos indican. Llevan micrófono y podemos oír al piloto y a los demás pasajeros incluso por encima del rugido del motor.

Cierro los ojos con fuerza cuando despegamos, esforzándome por no vomitar o, peor, llorar, y entonces siento los dedos de George entrelazándose con los míos. Sin que le diga nada, sabe exactamente lo que quiero. Sobrevolamos islas y avanzamos al lado de los picos y valles de las montañas. Veo paisajes tan espléndidos que se me olvida el miedo que tengo. El piloto señala una isla que habitan más de diez lobos de Vancouver que sobreviven comiendo pescado, cangrejos, mejillones y percebes. Nos explica que hay un documental sobre ellos en Netflix y yo miro a George sabiendo que ya lo ha visto. No me doy cuenta de que nos hemos estado dando la mano durante los quince minutos que ha durado el vuelo hasta que es hora de aterrizar y lo suelto con reticencia.

Cruzamos un magnífico bosque húmedo, con árboles todavía más altos que los que vimos ayer, durante más o menos media hora antes de que la niebla impida ver el sendero cubierto de tablones de madera. Delante tenemos un puente que cruza un manantial de cuya superficie sale vapor que se arremolina en el aire.

—¿Te imaginas cuánto nos habría gustado este lugar cuando éramos niños? —le pregunto a George—. Es como un bosque encantado.

Sonríe.

—Tú habrías salido a buscar una bruja.

En una estructura de madera con vistas a la costa rocosa, guardamos nuestras pertenencias y nos ponemos el bañador. El mío es de una sola pieza, con cuadros Vichy de color amarillo pastel y un lazo en la parte de delante, el más modesto que he traído. George lleva su bañador a rayas de James Bond.

Me tiende unas Tevas por estrenar.

—No se aconseja ir descalzo —dice, y se pone las suyas.

Bajamos por una cuesta empinada de rocas escarpadas hasta donde el manantial cae en varias cascadas desde arriba. Meto la mano en el agua y la saco enseguida, impactada por lo caliente que está. Debajo de las cascadas hay balsas de agua cristalina dentro de grietas estrechas. Me imaginaba que habría parejas y lugares escondidos para besarse, y no sé si me alivia o me decepciona ver que aquí no hay privacidad y que el ambiente es mucho más familiar. Hay niños y abuelos y grupos de amigos, pero no somos más de veinte. Cada vez que alguien se mete en el agua por primera vez suelta una risa de sorpresa por la temperatura.

George y yo nos sentamos juntos y no hay forma de evitar el contacto. Al cabo de un rato, le cedemos el sitio a otra persona. Yo escalo hasta un lugar bonito al lado de una cascada y George me sigue. Echo la cabeza hacia atrás dejando que el agua caliente de la cascada recorra mi cuerpo.

George no me mira a mí, sino al paisaje, y tiene la cabeza agachada hacia delante y las manos apoyadas en la roca. Sé que no es buena idea dejar que mi mirada se pasee por los músculos de sus hombros y siga el rastro del agua que le corre por la espalda. Sin

duda, no debería estar prestando atención al modo en el que el bañador se le pega a los muslos y al culo. Y sin embargo…

Según George, estas aguas geotérmicas se crearon a partir de fisuras en la corteza terrestre cuando el agua subterránea calentada por el magma salió a la superficie. Así es precisamente como me siento yo. Algo dentro de mí se ha partido y de esa fisura emana todo mi deseo por George. Quiero que todo el mundo se vaya para poder pasarle la lengua desde la base de la columna hasta la nuca. Quiero hundirle las uñas en los hombros.

De pronto, el agua está demasiado caliente y la cabeza me da vueltas. Tengo que sentarme en un saliente rocoso alejado del manantial para enfriarme. Me quedo mirando el mar, preguntándome si todo ese deseo me está nublando el juicio. Lo sensato sería volver a guardarlo, enterrarlo, pero no sé si puedo hacerlo. Y, sobre todo, no sé si quiero.

George y yo estamos bien juntos. En todos los sentidos. Sabemos casi todo lo que hay que saber sobre el otro. El único rincón que nos falta por explorar quedó al descubierto ayer con el beso.

Esta semana me ha abierto los ojos en muchos sentidos. Pienso en la cena que preparé anoche y en lo bien que me sentí creando algo propio.

—¿En qué piensas? —oigo que me pregunta George al cabo de unos minutos.

Me vuelvo para mirarlo a los ojos. Camina hacia mí apartándose mechones de pelo mojado de la cara. Se sienta en la cornisa buscando mis ojos.

Pienso en cosas que me aterran y que lo cambian todo. Pienso que quiero coger esa roca y lanzarla al mar. Pienso que, si este día

consiste en dejar claro lo que quiero, hoy podría cambiarme la vida.

—En todo —le digo.

—¿Me lo cuentas?

—Pienso en lo bien que me sentí preparando la cena anoche y en que sé que mi trabajo no me basta. Pienso en cómo hacer que sea más ilusionante y en que tengo que hablar con Brie. Me pregunto cómo puedo encontrar tiempo para hacer algo que sea solo mío.

George me escucha con la mirada inundada de una emoción que me da miedo nombrar.

—Son unos pensamientos preciosos.

—También estoy pensando en ti. En lo que quiero.

El susurro de una sonrisa se pasea por sus labios.

—También me gustaría escuchar esos pensamientos… cuando estés lista.

# 36

Cogemos el coche hasta Tonquin Beach al volver de las aguas termales. George quiere ver las pozas de marea. Yo protesto porque tengo ganas de echarme una siesta, pero, cuando llegamos a la playa después de recorrer un breve camino por el bosque, cualquier argumento que pudiera tener se me queda en los labios.

La marea baja ha descubierto todo un ecosistema aferrado a las rocas. Cientos de estrellas de mar de color morado oscuro, naranja y rojo. Todo tipo de algas. Percebes y mejillones. Unas masas amorfas con pinta de extraterrestre que están sobre la arena y que George dice que son anémonas. Pequeñísimos cangrejos que oímos escabullirse entre las rocas. Es como si estuviéramos en el fondo marino. No he visto nada igual. Sé que a mi madre le encantaría. Casi puedo oír su emoción y su respiración contenida.

En un solo día he presenciado más maravillas de la naturaleza que en toda mi vida. Es demasiado para que lo contenga una sola persona. Me gustaría poder compartir la belleza de este lugar. Me imagino la sección de un libro de cocina con recetas inspiradas en la isla de Vancouver y la costa oeste de Canadá, acompañadas de potentes imágenes.

—Ven —dice George sacándome de mi ensoñación—. Mira esto.

Lo sigo hasta una cavidad en las rocas donde se ha formado una poza de agua que la marea ha dejado atrás. Está llena de lo que parecen flores de un verde y un rosa intensos. Las de color verde son mucho más grandes, algunas del tamaño de un plato de ensalada.

—¿Qué son? —pregunto maravillada.

—Anémonas de mar. Se abren bajo el agua. ¿No son increíbles?

—Sí —le digo—. Son preciosas.

George me mira repasando el asombro de mi cara. Habla con suavidad:

—Frankie Gardiner, sobrecogida por la naturaleza. Es verdad que la gente cambia.

Cuando volvemos al resort, le mando a mi madre las fotos que he tomado en Tonquin Beach y ella me responde enseguida.

*Mamá*
Oh, son maravillosas. Las verdes son anémonas gigantes. Las rosas son anémonas elegantes. Has tocado alguna?

No! No pican?

*Mamá*
Pueden picarte, pero las que están fuera del agua no. Tocar una anémona es un rito de paso

Me río porque es de esas cosas que solo diría mi madre.

*Mamá*

Te lo estás pasando bien?
Qué tal George?

Me lo estoy pasando genial.
Y George…

Pienso en George.

«Perfecto», escribo.

Hago la siesta a última hora de la tarde y, cuando me despierto, George ya no está. Me ha dejado una nota diciendo que ha salido a dar un paseo por la punta y que, si me despierto antes de que haya vuelto, vaya a buscarlo para cenar.

Lo encuentro en la lengua de tierra que se adentra en el mar. Él todavía no me ha visto, así que observo su silueta trazada por el sol dorado del atardecer. Hay tanto viento que tengo que ponerme las manos encima del vestido lila de algodón para que no me vea las bragas toda la playa. Es la prenda más bonita que tengo; tiene un volante a lo largo del escote de un solo tirante y unos bajos fruncidos y voluminosos que me llegan a la mitad de las pantorrillas.

George se vuelve cuando me acerco. Tenemos reserva en el restaurante del resort dentro de media hora y ya se ha vestido. Lleva vaqueros, una camiseta algo desgastada de la marca canadiense Roots y una chaqueta de traje de color crema de anchas solapas. Un poco setentero. Muy sexy.

—Hola —le digo levantando la mano nerviosa.

—Hola —responde George—. Ese vestido es…

Nunca me había preocupado tanto la opinión de George acerca de mi ropa, pero me mira de un modo que me hace pensar que prefiere a la Frankie de siempre, con vaqueros y una camiseta.

—Voy a cambiarme —digo mientras el volante del cuello aletea en el viento.

—Oye. —George me rodea para bloquearme el paso—. Tienes que darme la oportunidad de formar una frase.

—No debería costarte tanto decirme que voy bien.

—Es verdad, no debería. —Se lleva una mano a la nuca y suelta una carcajada riéndose de sí mismo—. Pero cada vez que te veo vestida así se me queda la mente en blanco. Totalmente vacía.

—¿En el buen sentido?

Una sonrisa fugaz le cruza los labios.

—Sí, Frankie, en el buen sentido.

—No lo sabía —le digo acercándome.

—Hay muchas cosas que no sabes.

Un estremecimiento de anticipación me recorre el cuerpo. Antes me preocupaba descubrir lo que George guardaba en su pequeño cofre de madera, pero esto es mucho más grande. Hay una parte de él a la que nunca he podido acceder, un ecosistema entero bajo el mar. Pensar en cruzar el umbral de ese último lugar, el más íntimo, es electrizante. Quiero tener la llave que abre a George y que él tenga la que me abre a mí.

—Ya sé lo que quiero —digo apartándome el pelo de la cara cuando el viento lo revuelve. El corazón nunca me ha latido tan deprisa—. No necesito más tiempo.

George se queda inmóvil con los ojos clavados en los míos. Está quieto, pero siento su energía correr bajo la superficie.

—¿Qué quieres, Frankie?

Es todo un reto no romper el contacto visual cuando me mira con tanta atención. Nunca me he permitido mirar tan profundamente a

George a los ojos como esta semana. Cuando me mira así, me siento desnuda.

—Quiero que vengas a cenar conmigo esta noche. Ya sé que íbamos a cenar juntos de todos modos, pero quiero que sea diferente.

—¿En qué sentido?

—Quiero que sea una cita. Y, mientras estamos en la cita, quiero que pienses si quieres otra cita conmigo y tal vez una tercera y una cuarta. Porque creo que eso es lo que quiero. Quiero intentarlo.

La sonrisa de George aparece como un amanecer tras una colina, va ascendiendo despacio hasta estar completa, y su maravillosa luz me calienta el rostro.

—¿Y una quinta cita?

—Creo que seguramente también. —La voz me tiembla al reírme —. Podría ser un desastre y el momento no es el más indicado después de todo lo que ha pasado con Nate, pero ahora Nate me parece una motita de polvo.

Esta es la línea cuyo otro lado pensaba que nunca vería. Respiro hondo porque voy a cruzarla.

—Los doce meses que estuvimos juntos no son nada en comparación con lo que tú y yo hemos compartido. Con lo que podríamos compartir si lo decidimos. Y quiero descubrirlo, George. Quiero ver cómo sería no ser solo amigos. Quiero más. Y quiero que tú también decidas si quieres.

Su mirada rebosa ternura.

—Entonces, ¿volvemos a empezar? —dice—. No quiero estropear la primera cita.

Yergo un poco la espalda.

—Hola —digo, algo divertida.

—Hola —dice George contemplándome—. Estás preciosa, Frankie.

# 37

El maître no nos lleva a la mejor mesa del restaurante, sino fuera, a una mesa de madera debajo de unas píceas de Sitka justo donde el bosque se encuentra con la playa. En el centro hay una nota escrita en una tarjeta de cartulina gruesa con el sello del hotel en la parte de arriba.

Espero que tengan una noche mágica.

KEVIN

George me la tiende cuando nos sentamos.

—He hablado con Kevin de la reserva —le digo—. Le he pedido que me ayude a hacer que esta noche sea la más romántica de toda la luna de miel.

A George le centellean los ojos.

—Oh, oh.

—Ya —digo—, pero lo he convencido de que no traiga al violinista y he conseguido que descarte lo de meter un cisne blanco en la bañera mientras estábamos aquí.

—No tengo ni idea de si estás de broma.

Un camarero nos trae dos copas de vino espumoso rosado a la mesa con un saludo de parte de Kevin. George y yo brindamos con las flautas y damos un sorbo con la mirada clavada en el otro.

Hay guirnaldas de lucecitas que parpadean en las ramas de los árboles y un cesto con mantas para cuando haga frío, pero ahora mismo se está de maravilla. Hay algo dulce en el aire nocturno. Los tallos herbáceos de los juncos de mar bailan con la suave brisa.

Se trata de una cena vegetariana a petición mía. Kevin debe de haberle hecho la rosca al chef, porque estos platos ni siquiera están en el menú. Nos traen un maravilloso ragú de setas —chantarelas y boletus recogidos por la zona— que acompaña unos *pappardelle* caseros. Mi abuela paterna nos enseñó a George y a mí a reconocer las setas que crecían en el bosque tras un fuerte aguacero.

Después de tomar los primeros bocados, digo:

—Me salen unos macarrones con queso veganos bastante buenos.

Él arquea las cejas.

—¿Veganos?

—Ajá. Desarrollé la receta cuando Brie pasó por una fase vegana. —Me acerco más, bajando la voz—. Pero estoy preocupada por si no tomas las proteínas que necesitas. ¿Quieres que robe un pollo de un gallinero luego? No se lo diré a nadie.

—Deja tranquilos a los pollos —dice.

—Vas a prepararte un batido cuando volvamos a la casa, ¿a que sí?

George se ríe enrollando una cinta de pasta en su tenedor.

—Y deja tranquilos a mis batidos también.

Durante todo el rato que estamos comiendo, un remolino de anticipación me recorre por dentro. Mientras George y yo vamos

hablando, me doy cuenta de que, aunque le he pedido que considere una cita lo de esta noche, no se diferencia en nada de cualquier otra comida que hayamos compartido. Creo que tampoco querría que fuera diferente. Pero, cuando oscurece, todas las cosas de él en las que no me he permitido reparar hasta esta semana empiezan a brillar. Pienso en lo maravilloso que fue nuestro beso y me pregunto qué más se le dará bien.

Nuestras miradas se encuentran y creo que sabe dónde tengo la cabeza, porque me toca la rodilla con la suya y después no se aparta.

Pago la cena a pesar de sus protestas. Luego me levanto de la mesa y le tiendo la mano. Él me da la suya. Sin hablar, recorremos el corto sendero hasta la playa y me quito las sandalias cuando el camino se pierde entre la arena. La luna está alta, el agua es un infinito de tinta negra. Estoy algo nerviosa, pero de pie junto a él, escuchando el mar, con la brisa salada en la cara, también siento que estoy donde debería estar: en el fin del mundo, con George, lista para embarcarme en una nueva aventura.

Levanto la vista para mirarlo, él se vuelve hacia mí. Veo la luna reflejada en sus ojos cuando llevo mi mano a su pecho. Él está inmóvil. Siento cómo se contiene, a la espera, pero también siento su corazón.

George guarda más de mí que cualquier otra persona. Mi infancia. Mi adolescencia. El principio de mi edad adulta. Sabe de dónde vengo. Conoce lo peor y lo mejor de mí. Me conoce mejor que nadie. Solo queda una última barrera entre nosotros y estoy lista para derribarla.

—George. —Respiro—. ¿Puedo besarte?

Apenas he hecho la pregunta cuando se agacha y lleva su sonrisa hasta mis labios.

# 38

George se me acerca tan deprisa que me habría caído de espaldas si no fuera porque sus manos me agarran las caderas con firmeza. El beso es una respuesta y un juramento, una promesa de descubrir lo que nos espera. Es imposible confundirlo con algo distinto a lo que es: nuestra amistad convirtiéndose en algo más. Sin secretos. Sin murallas. Sin dejar a nadie atrás. Somos todo risas y lenguas curiosas. Veo en él la misma alegría que burbujea en mi interior, la misma felicidad luminosa y explosiva. Este beso es incluso más devastador que el que nos dimos en el bosque. No hay vuelta atrás.

—¿Esto significa que quieres una segunda cita? —pregunto mientras sus labios viajan por mi cuello. Me muerde la clavícula y luego vuelve hasta mi boca dándome besos. Su lengua se encuentra con la mía con lametones insistentes y yo lo atraigo hacia mí para sentir cuánto desea esto. Cuánto me desea a mí. No sé muy bien cuánto tiempo tardaré en asimilarlo.

«George me desea. Mi George. Mío».

—¿Y si te digo que las quiero todas? —me pregunta con los dedos enredados en mi pelo.

Pienso en su cuerpo contra el mío la mañana que me desperté en sus brazos. Pienso en la cicatriz que tiene encima de la cadera.

Pienso en el tatuaje. Me parece que todo ha estado esperando mis labios.

—Creo que solo hay una forma de hacer esto —le digo—. Todo o nada.

Me acaricia el labio con el pulgar.

—Tengo tantas cosas que decirte…

—Yo tenía en mente algo más activo —digo.

Sacude la cabeza como si no pudiera creérselo.

—Entonces empecemos por esto: no tienes que preguntarme nunca si puedes besarme. Tienes carta blanca.

Le rozo la nariz con la mía.

—Para mí era un gesto romántico.

—¿En serio vas a ponerte a discutir conmigo ahora? —Vuelve a besarme. Rápido, juguetón.

—Puede —le digo apretándome contra él—. Parece que te gusta.

—Ahora mismo hay muy pocas cosas que podrían no gustarme.

Baja la boca hasta la mía. Pronto no hay nada de lo que reírse. Pronto solo están sus labios y el roce de sus dientes y las caricias de su lengua. Podríamos estar en cualquier lugar o en ninguna parte. Mi cuerpo es maleable, se estira y se dobla para tocar todo lo posible a George. Y tengo la mente en paz.

—No hay nada que no haría por ti —susurra contra mis labios.

—Vamos a poner a prueba esa teoría —le digo—. Volvamos a la casa.

Tardamos el triple de lo que deberíamos en volver al chalet. «¡George! —grita la voz alegre dentro de mi cabeza—. ¡Estoy

besando a George! ¡Voy de la mano de George! ¡Casi seguro que voy a acostarme con George!».

—No me puedo creer que estemos haciendo esto —digo entre besos.

—Yo no me puedo creer la de veces que lo has dicho en los últimos cinco minutos —dice él intentando tirar de mí para que dé un paso más, pero yo le tiro de la mano y lo atraigo hacia mí.

Me muerde el labio y yo me estremezco. Hundo los dedos en su pelo intentando que se acerque más, aunque creo que es imposible que estemos más cerca sin infringir la ley.

—Tenemos que volver ya —digo.

Él tiene una erección y yo estoy palpitando.

—Estoy de acuerdo.

—¿A ver quién llega antes?

Sonríe. Arquea una ceja.

—Soy más rápido que tú.

Yo miro hacia la casa como si estuviera calculando la distancia y, de repente, echo a correr.

—Tramposa —lo oigo gritar.

Corro todo lo rápido que puedo sosteniéndome la falda con una mano. Tengo ocho años y voy a toda velocidad por el campo en dirección al arroyo, y luego tengo doce y le gano en el sprint de los cien metros. Pero, en cualquier momento, George me alcanzará. Pensar eso hace que mueva las piernas más deprisa. Quiero que me alcance, pero también quiero ganar.

Suelto un grito celebratorio en cuanto mis pies tocan el camino que lleva al chalet y, al llegar a la puerta, estampo la mano contra

ella justo unos segundos antes de que George haga lo mismo. Lo tengo justo detrás y noto el calor de su respiración en el cuello.

—He ganado —consigo decir.

Noto su boca en mi hombro.

—Has ganado.

Me saco la tarjeta del bolsillo y abro la puerta. Le lanzo una mirada y luego le cojo la mano.

—Ahora quiero mi premio —digo tirando de él para que entre detrás de mí.

Lo empujo contra la puerta cerrada y nos volvemos a besar. No hay duda de hacia dónde nos lleva esto. La erección de George contra mi abdomen me vuelve loca. Le quito la chaqueta y la dejo caer al suelo y luego le levanto la camiseta. En cuanto ha desaparecido, paso al cinturón.

Porque quiero conocerlo de un modo que nunca creí que me fuera posible. Voy a explorar todas y cada una de sus partes. La clavícula. El hueco de la base de su cuello. Voy a lamerle el tatuaje.

—Frankie —susurra cuando le abro la cremallera de los vaqueros.

Sé muy bien lo que quiero y lo quiero ya. Me pongo de rodillas mientras le bajo los pantalones. Lo miro a través de las pestañas y tiro de la goma de sus bóxers blancos hacia abajo para descubrir la cicatriz que tiene encima de la cadera. Llevo la boca a ella.

Paso la lengua por la herradura plateada. Y luego la vuelvo a besar llevando la mano a su erección. Lo quiero en mi boca. Lo quiero en todos lados.

Oigo a George soltando un taco. Levanto la vista y tiene la cabeza hacia atrás, apoyada en la puerta. Veo cómo le sube y le baja la nuez al tragar.

Tras una inhalación temblorosa, me agarra y tira de mí para que me levante. Yo suelto un quejido de protesta y me besa con dulzura.

—Es nuestra primera cita.

—Y a ti te estaba yendo de maravilla —le digo.

—Si ibas a hacer lo que creo, solo me iba a ir de maravilla unos sesenta segundos. Y no quiero hacer el ridículo.

—Conque sesenta segundos, ¿eh?

—La verdad es que puede que haya sido hasta generoso.

Me río.

—Entonces, ¿cómo propones que terminemos nuestra primera cita?

—Te daré un beso de buenas noches y subirás a la cama y yo dormiré aquí abajo.

—Ni de coña. ¿Qué estamos, en la época victoriana?

Baja la vista para mirarse. El torso desnudo. La erección que le estira la ropa interior.

—Pues yo diría que no.

—Por favor, quédate conmigo —le pido—. Me parece horrible que duermas en el sofá. Mañana al despertar quiero verte tumbado en la cama a mi lado. Quiero saber que esto es real.

Puede que sea lo más vulnerable que he dicho en toda la noche.

—Esto es real, Frankie. —Me coge la mano y se la lleva al corazón —. No hay nada más real que esto.

—Quédate conmigo —le susurro. Es nuestra primera cita, pero también es la milésima—. Quiero estar cerca de ti.

—Vale —dice entrelazando los dedos con los míos—. ¿Cómo voy a decirte que no a eso?

Esa noche, me tumbo en la cama llena de pétalos de rosa y me duermo en brazos de mi mejor amigo sintiéndome a salvo. Y sabiendo que él también lo está.

# 39

## Teníamos veintisiete años

Era agosto y George estaba lejos, como lo había estado todo el verano, en los Territorios del Noroeste, donde más de doscientos treinta incendios quemaban los bosques boreales. El viento se había avivado y la aldea de Enterprise había quedado reducida a cenizas. Había órdenes de evacuación por todo el territorio. George había ido a Yellowknife y yo estaba muerta de miedo. Parecía muy tranquilo contestando a las preguntas del presentador del telediario, pero hablábamos muchísimo y yo sabía que estaba agotado. Se dormía y soñaba con el fuego. Se despertaba oliendo a ceniza.

George siempre había sido intocable. Me dije a mí misma que estaría bien, que no haría nada que lo pusiera realmente en peligro. Y entonces me sonó el móvil.

—Hola —dije al coger la llamada—. ¿Todo bien?

—Frankie, menos mal que has contestado. Voy por la autopista, estoy intentando largarme de aquí. Hay fuego por todas partes. Y el humo… es tan espeso que parece que sea de noche.

Nunca había oído a George con ese pánico en la voz, con tanto miedo.

Soltó una palabrota.

—¿George? ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —Daba vueltas por mi piso con el corazón en un puño.

—Acaba de caer un rescoldo en el coche. Joder, se está levantando la pintura del capó por el calor. Hay fuego a los lados de toda la carretera, coches en las cunetas… No sé… Si no salgo de aquí…

Negué con la cabeza y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Para, George Saint James. No te atrevas a decir lo que ibas a decir.

—Frankie, no sé si…

—No —lo interrumpí—. Vas a salir de ahí y vas a venir a casa conmigo. Y basta de incendios. Prométemelo, George.

—Basta de incendios. Te lo prometo. Si…

—Nada de síes. Así no es como termina nuestra historia. Somos amigos para siempre. Tienes que volver conmigo.

—Frankie, escúchame. Tienes que escucharme bien, ¿vale? Te quiero. Lo has sido todo para mí.

—George, no. —Estaba sollozando.

—Te quiero muchísimo —dijo—. Ojalá pudiera decírtelo a la cara para que supieras que lo digo de verdad.

—Sé que lo dices de verdad. Lo sé. Yo también te quiero. —Respiré hondo—. Pero necesito que cuelgues el teléfono, George. Necesito que conduzcas. Necesito que vengas a casa.

Apareció en mi piso al cabo de dos semanas. Lloré al verlo. Estaba a salvo. Me dejó rodearlo con los brazos. Cuando me recobré, fuimos a la cocina y preparamos raviolis juntos. A medida que fue llegando la noche, George parecía cada vez menos presente. Intenté que me

hablase del incendio, pero el evitó responder a mis preguntas. Después de la cena, me dijo que estaba cansado, así que le hice la cama en el sofá. A la mañana siguiente, apenas me dirigió la palabra después del desayuno. Se fue antes del mediodía a ver a Mimi.

George había vuelto a mí sano y salvo, pero había algo que iba muy mal.

*28 de agosto de 2023*

Para: George Saint James
De: Frankie Gardiner
Asunto: La visita

George:
¿Estás bien? Estoy preocupada por ti. No puedo más que imaginarme lo que pasaste en Yellowknife y sé lo duro que ha sido este verano. Has sido testigo de más devastación de la que cualquier persona podría soportar. Solo quiero que sepas que me tienes aquí si en algún momento necesitas hablarlo. No sé qué habría hecho si te hubiera perdido.
¿Podemos vernos cuando vuelvas de la Casa Grande?
FRANKIE

*29 de agosto de 2023*

Para: Frankie Gardiner
De: George Saint James
Asunto: Re: La visita

Todo bien por aquí. Acaba de llegarme un nuevo encargo en Groenlandia. Estoy subiendo a un avión ahora. Hablamos pronto.
G.

# 40

## Día seis: Expandirse

El temblor de un trueno.

El latigazo blanco de un relámpago.

La solidez cálida del pecho de George bajo mi mejilla.

Y el latido lento y constante de nuestros corazones.

Fuera ruge una tormenta. Los elementos golpean las ventanas, pero dentro de mí hay quietud. Me pesan las extremidades. Mi cuerpo es imposible de mover. Tampoco es que quiera irme a ningún sitio. Tengo la sensación de haber encontrado mi lugar. Dejo que se me cierren los ojos, escucho el conocido sonido de la respiración de George y la mía adopta el mismo ritmo. «Esto es lo que hace tanto tiempo que busco —pienso—. No solo cobijarme de la lluvia, sino encontrar un refugio».

El siguiente estallido es tan atronador que las gafas de George tiemblan en la mesita de noche, pero él sigue durmiendo, imperturbable. Aquí tumbada con George, con su brazo a mi alrededor, me siento como un tronco a la deriva que por fin ha llegado a la costa con las astillas suavizadas por el mar.

Hubo mañanas en las que quise que Nate se quedase en la cama conmigo, que me diese exactamente esto. Un cuerpo en el que recostarme. Unos brazos fuertes que me abrazasen. La seguridad de un hogar al que poder volver, una persona que fuera mi persona. Pero, en las pocas ocasiones en las que se saltaba el gimnasio y se quedaba en la cama, estaba inquieto por tener que modificar su rutina. Yo notaba que su mente estaba en otro sitio. Ninguno de los dos tenía lo que quería.

El pulso de George resuena en mi oído como un poema y siento que vuelvo a quedarme dormida con un último pensamiento en la cabeza.

Aunque Nate hubiera estado presente conmigo aquellas escasas mañana, no habría podido darme esto.

Solo hay una persona en el mundo que puede ser mi refugio.

Y esa persona es George.

Unos zafiros brillantes me miran desde el otro lado de la almohada cuando por fin me despierto.

La tormenta libra una violenta batalla fuera. No decimos nada, ahí tumbados, uno frente al otro.

George tiene el pelo como si hubiera pasado un tornado. Le aparto un rizo rebelde de la frente. Él me observa y los ojos de piedra preciosa pasan a ser de un azul muy oscuro.

Entre nosotros se establece un entendimiento.

No tenemos que estar en ningún sitio. Con este tiempo, no podemos ir a ningún lugar. Podríamos vestirnos solo de pétalos de

rosa y sábanas blancas mientras las nubes sobrevuelan la playa y las olas estallan contra la punta.

Es el último día completo que pasaremos aquí y esta es la única forma en la que quiero pasarlo.

Me acerco más y le doy un beso, con suavidad, sin apartar la mirada de la suya en ningún momento.

—Es como un sueño —susurra.

—Es mejor que un sueño —digo—. Es real.

Le paso la pierna por encima de la cadera y acerco el cuerpo al suyo. Noto su erección. Mi mano se aventura a bajar entre nosotros.

—¿Puedo tocarte? —pregunto.

—Joder —dice—. Sí.

Veo cómo se le dilatan las pupilas cuando acaricio la longitud de su erección. Incluso a través de los pantalones cortos, noto cómo crece bajo mis dedos.

—Frankie.

Nunca lo había oído decir mi nombre así, con voz cavernosa por el deseo, como si fuese al mismo tiempo una blasfemia y una plegaria. George cambia de posición para quedarse con un brazo debajo de mi cabeza. Yo estoy tumbada de espaldas, envuelta en él.

—Quiero saber lo que te gusta —dice apartándome con delicadeza el pelo de delante de la cara.

Cuando me pongo cachonda —y ya lo estoy muchísimo— pierdo el habla. Encadenar palabras se convierte en una tarea casi imposible. En la cama, soy más una mujer de acción que de palabras. Doy instrucciones verbales cuando es necesario, pero prefiero no hacerlo.

—Quiero saberlo todo —dice George.

Ladeo la cabeza para poder ver su reacción y llevo su mano al vértice de mis muslos. Mi pijama es su camiseta de los Parques Nacionales de Canadá y ropa interior. Sus dedos se deslizan por encima de mis bragas, del calor húmedo que desprenden. Los ojos de George se incendian y vuelve a hacerlo, con más presión.

—Ahí —dice con la voz rasposa.

No es una pregunta, pero asiento.

Su mirada me recorre la cara y luego baja por mi cuerpo. Los dos observamos cómo elevo las caderas. Quiero más. Necesito más. Sus dedos pasan por debajo de la goma de las bragas y me mira arqueando una ceja, a la espera. Lo ayudo a bajármelas por las piernas y me las quito del todo.

Los párpados le pesan cuando me contempla. Se pasa la lengua por el labio inferior. Cuando aprieto los muslos, suelta un ruidito de reproche y los separa.

Lo siento apretarse contra mi cadera y lo busco con la mano. Me cuelo por debajo de la cinturilla de los pantalones cortos y lo rodeo con los dedos. Me cuesta todas mis fuerzas acallar la vocecita alegre que me dice que no se puede creer que esté tocando a George así. Suelta un suspiro, palpitando en la palma de mi mano, cuando lo tanteo con una caricia. Se muerde el labio inferior y suelta un gemido.

—No suelo estar tan sensible —dice con los ojos fijos en mí—. Y tú no sueles estar tan callada.

Me quedo mirándolo y me encojo de hombros.

Me observa y el azul de sus ojos es casi negro, pero le brillan con travesura.

—Pues tendré que descubrir lo que te gusta por mi cuenta.

—Mmm. —Es todo lo que respondo, y aprieto un poco más con los dedos. Porque eso era lo que quería oír. Quiero que me haga perder los sentidos.

Me mete un dedo y yo ahogo un grito. Arqueo la espalda, separándola de la cama, y pierdo el contacto con su erección para aferrarme con ambas manos a las sábanas. Un pétalo de rosa me cae sobre la pierna.

—Me encanta —me dice marcando un ritmo lento—. Qué mojada estás.

Me recorre un escalofrío al oír su voz, y él sonríe.

—Vaya, conque no te gusta hablar, pero sí que te gusta escuchar. —Sus labios me rozan la oreja y vuelvo a estremecerme—. Me sirve.

Intento cerrar las piernas con fuerza, pero George las vuelve a abrir. Estoy turgente y encendida y lubricada. Empiezan a temblarme las piernas. Estoy almacenando energía, a punto de estallar.

—Me gusta verte así —dice—. No tienes ni idea de cuánto.

—Algo de idea sí que tengo —consigo decir mirándole el bulto de los pantalones, y él me dedica una sonrisa oscura.

—No tienes ni idea.

Va bajando por mi cuerpo, susurrándome guarradas en la piel.

—George —digo con un suspiro—. Quiero hacerlo.

—Ya lo estamos haciendo, cariño —dice.

—No —digo tirando de él hacia arriba—, quiero hacerlo contigo ahora —digo agarrándole la cara con las manos para poder mirarlo a los ojos.

George me aparta el pelo detrás de los hombros. Me besa la base del cuello y, por un instante, sus labios descansan ahí. Respira como

si necesitase calmarse y luego levanta la cabeza. Tiene los ojos llenos de emoción.

—Yo no quiero hacer esto con nadie más que contigo —dice.

Le rodeo los hombros con los brazos y lo beso despacio. Nuestras lenguas se arremolinan. Busco el dobladillo de su camiseta con la mano y él se pone de rodillas y se la quita. Los pantalones cortos corren la misma suerte. Cuando lo veo completamente desnudo por primera vez, me quedo atónita. El tatuaje. La cicatriz. La dura zona de sus pectorales y la gran extensión de sus abdominales. Las hendiduras bajo sus caderas y el camino de vello oscuro que baja. Y guau.

—¿Qué significa esa mirada? —pregunta.

Lo contemplo recostada sobre los codos.

—Tendría que haberme imaginado que serías perfecto por todas partes.

Lucha contra una sonrisa y pierde.

—¿Puedo? —dice tirándome de la camiseta, y yo asiento y lo ayudo a quitármela.

Los ojos se le encienden al verme los pechos y se abalanza sobre mí. Me agarra por la cintura y me levanta para que me quede de rodillas. Encuentra mi pezón con la boca y venera con la lengua la carne endurecida. Hace lo mismo en el otro pecho, gimiendo. Busca mi tatuaje con los labios y lo besa una vez antes de volver a mi pecho como si se muriera de hambre. Me siento tentada de decir algo gracioso, algo que nos haga volver a un terreno conocido, que nos haga sentir como antes, pero ya no somos los de antes.

Bajo la mano y lo rodeo de nuevo con los dedos. Su mano cubre la mía y aprieta, moviéndose con más fuerza, enseñándome cómo le

gusta. Me besa voraz. Un choque de dientes y labios magullados. Nos observamos y luego observamos nuestras manos.

Terminamos hundiéndonos en la cama. Yo me tumbo encima de George, piel con piel, y lo miro desde arriba. Sé que la mirada maravillada de sus ojos va a juego con la mía. Mi pelo cae como una sábana dorada a nuestro alrededor. Me recuerda a estar en una tienda de campaña y, de pronto, lo veo.

Tengo diez años y he acampado con George en el terreno de detrás de mi casa. Nos contamos historias de miedo. Pero entonces George traza mi labio superior con el dedo y esa versión de nosotros desaparece.

—¿Estás bien? —pregunta.

Yo me incorporo llevándome la mano al centro del pecho.

—Estoy sintiendo muchas cosas.

George me lleva ahora la mano sobre su corazón.

—Yo también.

Su pelo es un coro de ondas y mechones aplastados. Paso los dedos entre ellos. El tacto es como una carcajada. George me mira y empieza a cartografiar cada milímetro de mi cuerpo con los dedos: las caderas, la parte baja de la espalda, los muslos, los hombros y los codos.

Volvemos a perdernos en un beso, en la exploración y el contacto y las miradas. En cierto modo es como si volviéramos a conocernos. Trazo un mapa de las cumbres y los valles de su torso. Le dejo un beso en el tatuaje. Levanto la vista y él me está mirando con una sonrisa ladeada de tonto; una sonrisa que he visto muy pocas veces.

—Frankie.

No dice nada más. Solo mi nombre, pero algo dentro de mí se rompe. Lo quiero todo de George. Y quiero entregarme entera a él. Quiero desmoronarme con él dentro de mí. Quiero que nuestra primera vez sea la primera vez. Quiero que cada parte de su cuerpo toque cada parte del mío. Lo necesito ya.

Vuelvo a subir por su cuerpo y lo agarro con la mano con intenciones claras. George sonríe con suavidad y entonces abre mucho los ojos.

—Un segundo.

Se da la vuelta y veo cómo se va al baño y vuelve con uno de los condones del kit romántico.

—¿Tú no has traído ninguno? —bromeo.

—No. —Me recorre el cuerpo con la mirada—. No tenía esto planeado.

Le tiendo la mano mientras vuelve a subir a la cama y desenrollo el condón a lo largo de su miembro. George me observa con los muslos tensos por la contención.

Tiro de él para que se coloque encima de mí, entre mis piernas. Más adelante ya competiremos. Más adelante haremos una carrera hasta el final. Probaremos todas las posturas. Escogeremos la que más nos guste. Nos reiremos. Jugaremos. Haremos el tonto hasta que no sintamos los dedos de los pies.

Pero nuestra primera vez quiero esto. Solo George y yo.

George se coloca encima de mí haciendo presión contra el interior de mis muslos y busca con la boca mi clavícula, mi hombro, mi cuello. Me besa la piel sensible de detrás de la oreja y luego sus labios conquistan los míos mientras nos restregamos. Se aparta un

poco para mirarme a los ojos y de pronto comprendo la importancia de lo que estamos a punto de hacer.

—Tengo miedo —susurro.

—Lo sé.

Claro que lo sabe, es la única persona que puede entender lo que nos jugamos.

—Yo también —dice.

Nos quedamos así un minuto entero, tal vez más, mirándonos fijamente a los ojos mientras las emociones nos pasan por los ojos como nubes de tormenta.

—Todo podría cambiar —digo—. No quiero perdernos. Quiero que siempre estés en mi vida.

—Siempre —dice él—. Te lo prometo.

Lleva la mano hasta mi cadera y sus dedos se encuentran con mi carne como una pregunta.

—Sí —susurro.

George me besa. Y entonces entra dentro de mí. Suelto un fuerte gemido al sentirlo. Él se toma su tiempo, con los antebrazos apoyados a los lados de mi cabeza y mis manos en la parte baja de su espalda. Ambos tenemos la mirada clavada en el otro.

Ojos azules al otro lado del seto de cedro.

«¿Me estabas espiando?».

«No. Bueno, desde hace muy poco».

Correr por el campo hacia el arroyo con los saltamontes dispersándose a nuestro paso.

Vestirnos de rey y reina con la ropa vieja de Mimi.

Pronunciar los votos bajo el manzano.

Un laberinto en la hierba crecida.

Trayectos en el autobús del colegio y cartas y clases de baile.

Llorar en su cuello en el armario de la biblioteca el día que mi madre vuelve a casa.

El padre de George, que viene a llevárselo.

Semanas de lágrimas. Meses de echarlo de menos. Asimilar su cuerpo extraño tumbado bocabajo en la cama.

Cerrar los ojos y dejar que George me guíe por la pista de baile.

Fiestas en la piscina y refresco de uva.

El funeral de Baryshnikov.

El puñetazo de George a Dylan Martin.

«Tócala y te mato».

Besar a George en mi habitación.

Mudarnos a la ciudad. Tatuajes. Carnets falsos. Ver a George en ropa interior.

Años de mensajes y llamadas y correos.

El verano en el que se quemó el país.

«Frankie, escúchame. Tienes que escucharme bien, ¿vale? Te quiero. Lo has sido todo para mí».

Gritarnos en el campo cubierto de nieve.

Veintidós años pasan en un abrir y cerrar de ojos en el momento en el que George y yo nos unimos, y una sola lágrima rueda por mi mejilla.

Él se detiene buscando mis ojos con la mirada.

—¿Estás bien?

Trago para que desaparezca el nudo que tengo en la garganta, pero es imposible detener la emoción que se expande por mi pecho como el helio.

—George. —Es lo único que consigo decir.

Él apoya la frente en la mía y cierra los ojos un momento. Cuando los abre, centellean con lágrimas sin derramar.

—Frankie.

Nos movemos al unísono. Al principio, lento, como si intentáramos que durase para siempre. Nuestras miradas se unen, igual que nuestros cuerpos, y solo rompemos el contacto visual cuando George me cubre de besos la nariz, las sienes, la frente. Me aferro a sus nalgas, apretándolo todo lo que puedo contra mí. No hay espacio entre nosotros, pero lo quiero todavía más cerca.

Dice mi nombre, una y otra vez.

«Frankie» susurrado al oído.

«Frankie» fijado con un beso a mis párpados.

Y luego «Frankie, cariño» en un suspiro sobre mis labios.

—Lo sé —le digo—. Lo sé. Lo sé.

Tenemos la piel empapada, la respiración entrecortada.

Los truenos y el viento y la lluvia rugen en el umbral de la puerta, pero nosotros hemos creado nuestro propio clima. El sexo con George es un acto de destrucción. Es una tempestad, un huracán, un ciclón. Estamos destruyendo nuestro antiguo yo. Nuestra amistad. Lo estamos echando todo abajo para construir algo nuevo.

Mis muslos aprietan con fuerza sus caderas y la tensión crece en mi interior. Le clavo las uñas en la carne y levanto las caderas buscando fricción. Mis gemidos se vuelven impacientes y meto la mano entre nosotros. George se incorpora apoyándose en los brazos, mirándome desde arriba, soltando palabrotas al ver cómo me toco. Cierra los ojos con fuerza y nos hace rodar hasta

quedarnos de lado. Se coloca detrás de mí como la otra mañana. Pasa un brazo por debajo de mi torso y me aprieta un pezón con los dedos. La otra mano va directa al manojo de nervios que tengo entre las piernas. Grito de placer cuando vuelve a penetrarme. Grito de alivio.

«George. Mi George. Mío».

Unos relámpagos cruzan el cielo, pero nuestra propia tormenta arrecia viajando sobre el mar. Hemos fabricado un huracán.

—Los ojos —dice con voz ronca—. Quiero verte los ojos.

Vuelvo la cabeza para mirarlo.

—Preciosos —dice—. Los ojos violeta más bonitos que he visto en mi vida.

Observo un océano azul mientras se desmoronan los últimos restos del muro de nuestra amistad.

# 41

Después nos quedamos encajados a la perfección como un puzle, y escuchamos la tormenta que resuena fuera. Mi cuerpo es una ciruela madura —pesado, turgente y dulce—, pero tengo la mente en calma. Por fin descanso. No es porque acabe de tener un orgasmo, el cual George ha alargado casi hasta el infinito, hasta que él se estaba corriendo, ni porque oír mi nombre de sus labios me hacía volver a subir a la cima y caer. Es porque todo ha cambiado justo en el momento en el que tenía que cambiar. Es porque cada fibra de mi ser está segura de que esto es lo correcto.

No duermo mucho rato y, cuando me despierto, me permito quedarme mirando a George. Él siempre se está moviendo o pensando, pero, cuando duerme, no hay lugar en el que tenga que estar o problema que deba resolver y sus aristas se suavizan. Relaja los labios y las cejas. Hasta su férrea mandíbula parece menos angulosa. Observo las pecas repartidas por su nariz. Parece más joven sin las gafas.

Las cojo de la mesita de noche —están asquerosas— y las limpio con la sábana.

Me siento tentada de despertarlo. Estoy hambrienta, quiero todo lo que pueda darme. Como si pudiese leerme el pensamiento, George tiende la mano y tantea la mesita con los ojos cerrados.

—Te devuelvo las gafas de Prada si me prometes algo —le digo.

Sus dedos se quedan parados. Una sonrisa se pasea por sus labios.

Entreabre un ojo.

—A ver, dime qué quieres y, si te portas bien, me lo pensaré.

—Eso no es justo —le digo—. Ya sabes que no me va eso de portarme bien.

—Es verdad. —Coge las gafas y me atrae hasta su pecho, me abraza con fuerza—. Pues… ¿una promesa por otra?

Me encanta la sensación que me provocan esas palabras cuando las dice. Alzo la barbilla para poder verle la cara. Me encanta. Me resulta de lo más familiar y, al mismo tiempo, parece una cara nueva. La boca roja por los besos. El pelo alborotado por el sexo. El olor a nosotros en su piel.

—Creo que esta te va a gustar —le digo—. Prométeme que podemos quedarnos todo el día en la cama y yo te prometo que haré que valga mucho la pena.

Él mira el reloj de la mesita y suelta un quejido.

—No me gusta nada tener que decir esto, pero hay que ir a un sitio.

—Este es el sitio exacto en el que debemos estar —digo pasándole un dedo por el arco de su labio superior—. Mañana te vas a México.

—Solo me voy cuatro semanas.

Un mes entero sin George. Creía que antes lo echaba de menos, pero me parece que ahora no podré respirar si pienso en separarnos tan pronto. Esto que hemos empezado me parece delicado, algo que deberíamos tratar con cautela hasta que cobre fuerza.

—Podrías venir conmigo —dice George. Hace la propuesta con cautela como si no estuviera seguro de si es pasarse, de si es muy pronto—. O venir de visita cuando yo ya esté allí. Me moveré un poco, pero pasaré dos semanas en la península de Yucatán, donde tengo la base de operaciones… y una cocina.

Me ilusiona la idea. Podría quedarme una semana o incluso más.

—Pues claro.

En cuanto lo digo me doy cuenta de que George había estado conteniendo la respiración. Siento cómo se relaja debajo de mí. Una sonrisa se va apoderando de sus labios.

—Ahora mismo quiero estar donde tú estés —le digo—. Estar juntos me parece…

—¿Importante? —ofrece George recorriéndome la columna vertebral con los dedos. Me doy cuenta de que la tormenta ha amainado.

—Iba a decir «necesario».

Me sostiene la mirada.

—Una palabra todavía mejor.

Nos encontramos en un delicado espacio intersticial, en un puente entre quienes éramos y en quienes nos convertiremos. Tenemos el pasado a un lado y el futuro al otro. No quiero ir con prisas en este momento, en este instante que dividirá nuestra vida en dos.

—No quiero levantarme de la cama —le digo.

—Habrá que hacerlo tarde o temprano.

—Prefiero que sea tarde —digo llevando mi boca a la suya. Es un beso delicado, pero siento cómo crece su erección—. O nunca.

Enreda los dedos en mi pelo sosteniéndome mientras su lengua explora mi boca. Es un beso apremiante, impregnado de

desesperación. Yo también la siento. Siento la necesidad de hacerlo mío.

Pero se separa de mí con un gruñido de frustración, se levanta de la cama y tira de mí.

—Tiene que ser ahora.

Vuelve a besarme y me mira a los ojos de un modo que me hace sentir como una presa.

—Después me dirás todo lo que quieres que te haga y a mí se me dará todo de miedo. —Suelto un gemido cuando acerca los labios a mi oreja—. Joder, voy a tratarte tan bien que me odiarás por no haberlo hecho antes.

# 42

Nos paseamos por Tofino entrando en tiendas en las que venden minerales, toallas de playa de setenta dólares y fotografías melancólicas de la costa en blanco y negro. El cielo sigue encapotado, pero el sol surge entre las nubes en rayos dorados. Sobre el puerto hay un arcoíris. Fuera del nido de nuestro dormitorio, me siento tontamente feliz.

George está decidido a ceñirse a El Plan. Cuando me ha dicho que la temática de hoy es la expansión, se me ha escapado una risa tan repentina que me he atragantado con un trozo de magdalena. Él me ha mirado confundido.

—Me parece que los dos nos hemos expandido bastante esta mañana, ¿no crees? —le he dicho, y él se ha quedado en silencio.

Tengo una nueva afición: dejar a George sin palabras.

Me compro un *crop top* con una mujer subida a una tabla de surf serigrafiada en el pecho en Surf Sister y me la llevo puesta de la tienda. Compro un gorro de lana naranja fosforito para cada uno de Surf Tofino.

—Ahora parecemos profesionales —dice George cuando le coloco el suyo en la cabeza.

—Sí, esta es mi nueva personalidad —le digo—. Sigo las corrientes por todo el mundo y solo respondo ante las olas y el viento.

—¿Y vives de…?

—Del sol, de la sal y de trozos de madera que terminan en la playa y yo pinto a mano y vendo en mercadillos.

—¿Y no cocinas? ¿No desarrollas recetas?

Entrecierro un ojo mirando las montañas.

—Puede que, en paralelo, vaya escribiendo un libro de cocina, de recetas inspiradas por mis viajes.

—Parece un sueño hecho realidad. ¿Estás abierta a tener un compañero de viaje?

—Hum… Tú nunca me has llevado contigo en ninguna de tus aventuras por el mundo —bromeo.

George se detiene y se vuelve hacia mí.

—Creo que no me daba cuenta de cuánto te molestaba.

—Lo escondía bien. Cuando me dijiste que te ibas de nuestro piso después de la graduación, casi me dio un ataque de pánico.

Ladea la cabeza como si necesitase procesar esta nueva información.

Le doy la mano y le digo algo por primera vez:

—Ya te echaba de menos incluso antes de que te mudaras. Era incapaz de pasar un servicio en la cocina sin tener que buscar un sitio donde llorar. Me pareció una ruptura. Me acostumbré a estar sin ti, pero nunca dejé de echarte de menos.

Tira de mí y me coloca las manos a los lados del cuello.

—Yo pensaba en ti todo el tiempo.

Sonrío y me besa con suavidad.

—Entonces, ¿el plan es comprarte otra maleta para poder llevarte todo eso? —pregunto mientras recorremos las estanterías de la librería Mermaid Tales.

George tiene tres libros de tapa dura y una libreta bajo el brazo. Está leyendo la sobrecubierta de un libro sobre una pareja que vive de forma autosuficiente en la bahía de Clayoquot.

—Encontraré la forma de llevármelos.

—Estoy bastante segura de que no necesitas otra libreta.

Me mira ofendido.

—¿Es que no me conoces? Nunca tendré…

—… suficientes libretas —termino por él—. Te pido disculpas.

Se mira el reloj.

—Y ahora que hablas de El Plan, deberíamos irnos ya.

Paga los libros y me acompaña hacia el agua.

—Esto me da mal rollo —musito.

—No tienes por qué tener miedo —dice George, pero parece nervioso—. El día de hoy va de crecer.

—Siniestro.

—Va sobre estar abierta a nuevas experiencias.

—Suena cada vez peor.

—Y sobre encontrar la felicidad en lugares inesperados. Tal vez incluso sobre aprender algo sobre ti misma por el camino.

—Ay, dios —digo cuando llegamos a nuestro destino.

Estamos al lado de un edificio de madera en el puerto. Me quedo mirando el cartel de la pizarra plegable que hay delante de la puerta, abro la boca para discutir y me vuelvo hacia George. Sus ojos rebosan una esperanza que sentencia mi destino.

—Odio a las ballenas —digo abatida.

—No —dice George colocándome un mechón detrás de la oreja—, no sabes nada sobre las ballenas.

—Pensaba que te resistirías más —dice George mientras nos ponemos unos voluminosos monos de flotación rojos.

—Yo también —digo abrochándome la cremallera—. ¿Qué pinta tengo? —Me vuelvo despacio.

—Pareces una astronauta del infierno.

—Ja.

—Entonces, ¿no te has enfadado? —pregunta George cuando nos sentamos en la parte delantera de la Zodiac amarilla junto a otros diez pasajeros.

—No estoy encantada —digo—, pero la barca parece divertida y la verdad es que no tengo nada contra la mayor parte de la vida marina.

Dibuja una sonrisita.

—Solo contra las ballenas.

—Exacto. Mi animadversión es solo hacia las ballenas, y puede que no veamos ninguna.

No he visto nunca una en la vida real y tengo la sensación de que eso no cambiará hoy.

—Perdona —dice un chaval que tenemos sentado detrás—, ¿acabas de decir que no te gustan las ballenas?

Giro la cabeza para mirarlo. Debe de tener diecisiete o dieciocho años y va de la mano de la chica que tiene al lado.

—No las soporto.

Se miran y luego se vuelven hacia mí.

—Joder, qué chungo —dice él.

—Mucho —interviene George, pero me sonríe como si yo fuera la cosa más dulce del mundo.

—No puedes odiar a las ballenas —dice la chica—. No existe la fobia a las ballenas.

—Créeme, existe. La tengo yo —digo con orgullo.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —pregunta.

Le doy un golpecito a George con el codo.

—Mi mejor amigo me ha obligado.

Es la primera vez que esa etiqueta me resulta demasiado sofocante.

La chica me mira con los ojos entrecerrados, como si intentase sonsacarme algo más profundo sobre mi personalidad. Estoy casi segura de que va a preguntarme por mi signo del zodiaco, pero ladea la cabeza con los ojos llenos de empatía y dice:

—Seguro que solo les tienes miedo.

George se me acerca al oído.

—No te preocupes. Yo te protegeré.

Me giro hacia él riendo.

—¿De una bestia marina de cuarenta toneladas?

—Claro, sin problema. Me he tomado el batido de proteínas.

—Ah, entonces sí.

—Esta vez ni me romperé la mano.

Me río por la nariz.

—Esa fue una de las mayores idioteces que has hecho en tu vida.

Se encoge de hombros.

—Dylan era un capullo. Nunca entendí lo que veías en él.

—Era mono.

—¿Y ya está?

—Pues sí. Y yo le gustaba a él…, a diferencia de a otros. —Le lanzo una mirada llena de significado.

George respira despacio con la mirada fija en mis ojos.

—La noche que me besaste… pensé mucho en ello.

Se me eriza la piel.

—¿En serio?

Habla con voz grave.

—Dios, Frankie. Lo que me pediste… Quería hacerlo. Lo quería con todas mis fuerzas.

—¿Por qué me dijiste que no?

—Me pareció… —Hace una pausa—. Me dijiste algo como que querías terminar ya con aquello… No me hizo sentir muy bien. —Me da un golpecito en la rodilla con la suya con una sonrisa cariñosa para darme a entender que ya se ha recuperado.

—Lo siento.

El motor arranca y apenas oigo al capitán por el altavoz mientras nos alejamos del embarcadero.

—Entonces, para que me quede claro —digo—, ¿no fue porque no te sintieras atraído por mí?

Se le dibuja una amplia sonrisa.

—Claro que no. Estabas muy buena. Lo estás.

Pongo los ojos en blanco, pero nos miramos sonriendo.

—Era bastante confuso tener una mejor amiga tan guapa como tú —dice.

¿Es superficial que este sea mi nuevo cumplido favorito? En otra ocasión le pediré a George que me hable de los momentos en los que se ha sentido confundido y yo haré lo mismo. Una promesa por otra.

La Zodiac acelera y pasa rebotando sobre el agua al lado de la isla Vargas y de tres leones marinos tumbados en una playa rocosa. Un

grupo de focas nada hasta quedar al lado de la barca y nos regala un espectáculo, zambulléndose y bailando, pavoneándose. Vemos frailecillos coletudos, águilas de cabeza blanca y montones de nutrias marinas flotando bocarriba alrededor de una pequeña isla peñascosa. Nos enternece lo adorables que son, y entonces el guía nos habla de su crueldad y todos nos quedamos mirándolas horrorizados. Aunque el paisaje es espectacular, mis ojos no dejan de encontrar el modo de volver a los de George.

Le doy la mano y trenzo nuestros dedos. Él me mira y se lleva mis nudillos a los labios para besarme. El Pacífico se extiende ante nosotros, las montañas se alzan detrás y me siento como en casa. Apoyo la cabeza en el hombro de George y observo el océano.

Y entonces vemos la ballena.

Una nube de vaho se levanta del mar a lo lejos. Joe, el capitán, la señala.

—Se han avistado tres ballenas grises alimentándose hoy aquí —dice—. A ver si podemos localizarlas todas.

Contengo la respiración cuando nos acercamos, y el guía apaga el motor. Todo el mundo se queda en silencio. El único sonido es el chapoteo del agua al chocar contra los lados de la barca hasta que otro soplo estalla más cerca. El volumen al que suena es impactante. Todos nos inclinamos hacia delante entrecerrando los ojos y fijándonos en la superficie del agua. A esa la siguen dos exhalaciones más y entonces emerge una gigantesca criatura oscura. Primero la espalda cubierta de percebes y luego una fugaz

visión de su enorme cola moteada. Me quedo con la mirada fija en el punto en el que ha aparecido, fascinada.

—Otra a las cinco en punto —dice Joe.

Emerge una segunda ballena gris y el vaho sale disparado de su espiráculo. Sacudo la cabeza maravillada cuando agita la cola y luego vuelve a hundirse en el mar. La tercera ballena sale a la superficie al otro lado de la barca. Estamos rodeados de una familia de ballenas grises. Son monstruosas, aterradoras e innegablemente majestuosas. Intento guardar cada detalle en la memoria para poder contárselo a mi madre.

—En esta zona del Pacífico Norte —dice Joe—, las ballenas grises estuvieron al borde de la extinción, pero los esfuerzos de conservación han ayudado a que la población se recupere y se estabilice. Ahora, unas veinte mil visitan estas aguas todos los años para alimentarse de camarón antártico y plancton.

Veinte mil ballenas. El número es extraordinario. Mi madre dejó de hablarme de sus queridas ballenas francas cuando volvió a casa, pero de vez en cuando algún titular me llama la atención. Sé que la población de ballenas francas del Atlántico Norte es de algo más de trescientos individuos.

Nunca han llegado a recuperarse de la pesca comercial de ballenas que diezmó la población en los siglos XVIII y XIX. Así recibieron su nombre, porque eran las más adecuadas o «francas» de cazar debido a que su cuerpo flotaba después de muertas.

Los investigadores guardan un registro detallado de los avistamientos de ballenas francas, de sus enredos en aparejos de pesca y de su descendencia. Las ballenas se pueden reconocer por sus marcas, así como por las cicatrices y heridas que han sufrido al

enredarse en las cuerdas atadas a las trampas para langostas y al ser arrolladas por barcos, dos de las causas más comunes de muerte entre su especie. Cada ballena recibe un número de registro y algunas tienen nombres como Cono de Helado, Monarca o Pistacho, que reflejan la forma de sus cicatrices.

Solo hay una llamada Francesca. Con el número de registro 1.950. Cuando yo era pequeña, mi madre me decía en qué momentos la habían avistado durante su migración atlántica. A veces había una cría nadando a su lado. Uno de los problemas para la supervivencia de la especie es que muy pocas hembras están reproductivamente activas. Francesca es una de las setenta ballenas, aproximadamente, que siguen teniendo hijos. Una ballena ejemplar.

Me pregunto dónde estará ahora mi tocaya y si habrá llegado a las aguas a las que va a alimentarse en verano. Puede que esté en Cabo Cod o tal vez en la bahía de Fundy.

Las ballenas van emergiendo de una en una cada cinco minutos con enormes erupciones de agua marina, tremendas exhalaciones prehistóricas. La coreografía que interpretan es elegante a pesar de su tamaño. Es la mayor lección de humildad de mi vida. Me imagino que así debe de ser presentarse ante un dios.

Oigo la voz de mi madre susurrando mi cuento favorito para ir a dormir, sentada a los pies de mi cama.

«Era de lo más raro compartir nombre con una ballena, pero a Francesca no le importaba, porque Francesca era una niña muy especial y Francesca era una ballena muy especial. Todas las mañanas, la niña se levantaba corriendo de la cama y miraba la bahía por la ventana, y su ballena la saludaba saltando en el agua y aterrizando con un enorme chapuzón».

No me percato de que estoy llorando hasta que George me seca una lágrima de la barbilla.

—Son preciosas —susurro con la mirada todavía fija en el agua.

George me rodea con un brazo y me da un beso en la sien. El beso es tan tierno y lo da con tanta facilidad que todavía derramo más lágrimas.

En ese momento, una de las ballenas salta y su cabeza y su cuerpo se elevan por encima del agua y vuelven a caer con un gran chapuzón. Se me escapa un sollozo de los labios. Ojalá estuviera aquí mi madre.

—Toma. —La chica que tenemos sentada detrás me tiende un pañuelo.

Lo acepto dándole las gracias y me seco los ojos.

—Ves —dice—. Al final no las odiabas. Creo que solo tenías miedo.

# 43

La lluvia empieza a caer cuando George aparca delante de la Tofino Brewing Company, una fábrica de cervezas artesanales. Al lado hay una caravana Airstream plateada convertida en un *food truck* de comida callejera japonesa y los dos nos morimos de hambre. George ha abierto el menú de Toki Doki en el móvil.

—¿Ensalada de pepino, *gyozas* de gambas fritas y *okonomiyaki* picante de marisco?

—Sí, por favor —digo.

Abre la puerta del coche, se vuelve hacia mí, me planta un beso en la boca y luego se va con una enorme sonrisa en los labios.

Yo saco el móvil.

Haber visto las ballenas ha liberado algo dentro de mí. Hoy he dado un paso más para comprender a mi madre, un paso que me he negado a dar hasta que George me ha subido a esa barca. Conozco a mi madre, pero no conozco en absoluto a Rebecca Gardiner.

Mi madre contesta al teléfono. Parece sorprendida. Siempre es ella la que se esfuerza en llamar. Yo le mando algún mensaje de vez en cuando y la llamo por su cumpleaños, pero poco más.

—Frankie, ¿va todo bien?

—Sí, claro.

Siento mariposas en el estómago. No sé por qué estoy tan nerviosa.

—Ah, vale.

Hay un segundo de silencio.

—Hemos salido a ver ballenas —le digo—. Acabamos de volver.

—¿Sí? —Su asombro es evidente—. ¿Habéis visto alguna?

—Tres grises.

Doy por sentado que cambiará de tema, que me preguntará por George, pero suelta un suspiro melancólico.

—Vaya, qué maravilla. ¿Qué te han parecido?

—Me han parecido majestuosas. —Me escuecen los ojos, pero sonrío de oreja a oreja.

También la oigo sonreír a ella.

—Es la palabra perfecta.

—¡Y enormes! —digo riendo—. Ha sido casi como ver un dinosaurio.

—¡Sí! Lo entiendo perfectamente.

Le cuento a mi madre toda la expedición y ella me dedica su atención plena, como siempre. Nunca pasa por alto nada de lo que digo.

—Cuando vuelva, ¿me contarás cosas de tus ballenas? —le digo cuando estamos terminando la llamada—. Me gustaría saber de ellas. Me gustaría intentar entenderlo.

El aliento de mi madre me llega a través del auricular.

—Me encantaría.

—Hoy he pensado en Francesca. ¿Sabes dónde la han avistado por última vez?

Hay una pausa larga.

Cuando mi madre regresó a casa, yo no quise saber nada más de ballenas. Fue una de las primeras cosas que le dije. Mi madre había estado llorando, abrazándome con fuerza, y yo le hice prometerme que no volvería a hablarme de ellas. Lo peor de todo es que cumplió su promesa, pero yo siempre me he preguntado si ha seguido de cerca a la ballena 1.950.

—Sí —dice con suavidad.

—¿Me hablarás de ella?

Hay otro silencio.

—Cuando vuelvas a casa te hablaré de ella. —Carraspea—. ¿Cómo está George?

—Está bien. —Es una respuesta automática y bien ensayada. Lo vuelvo a intentar—: La verdad es que George es genial. Me gusta mucho estar aquí con él.

—Seguro que sí. Siempre os habéis llevado muy bien. —Se ríe—. A no ser que os estéis peleando.

—Las cosas están cambiando entre nosotros —digo, sorprendiéndome a mí misma. No pensaba contarle esto, pero quiero su consejo—. Muy deprisa.

—¿En qué sentido, cielo?

Me cuesta decírselo. Me preocupa que vaya a decirme lo contrario de lo que quiero oír.

—Pues en el sentido de pasar a ser más que amigos.

Lo asimila y luego pregunta:

—¿Y eso es bueno?

—Espero que sí —le digo—. Siento que puede serlo.

—Hum.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Qué de qué?

—¿Tienes algún sabio consejo que darme?

—¿Es lo que quieres? Porque nunca me pides consejos y he aprendido a no ofrecértelos.

—Sí. Estoy intentando no entrar en pánico, pero esta semana con George ha sido… —Me cuesta describirla—. Es como siempre han sido las cosas entre nosotros en el mejor de los sentidos, pero, a la vez, distinto. Sentimos algo y es increíble y aterrador. Es George, mamá. ¡George!

Mientras lo digo, me doy cuenta de que mi madre no es nada imparcial. Le encanta George.

—Bueno, da igual. Si a ti te gusta más él que yo.

—Frankie, ¿cómo puedes decir eso? Quiero mucho a George, pero tú eres mi hija. Siempre he intentado respetar vuestra privacidad, teniendo en cuenta que a la gente parece interesarle tantísimo vuestra relación, pero sospeché que, cuando vivisteis juntos, las cosas también pudieron ser diferentes durante un tiempo.

—¿En serio?

—Ajá. Me sorprendió que George aceptara un trabajo tan lejos después de graduarse, parecía que necesitaba poner medio país de distancia entre vosotros. Pensé que tal vez había habido una ruptura.

—No. Nunca ha sido así. Nunca ha habido nada más.

Ella lo interioriza.

—La verdad es que, cuando te prometiste con Nate, me pregunté si te ibas a casar con la persona equivocada.

Me quedo atónita por un momento.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Al día siguiente te habrías fugado con él y te habrías casado.

—No qué va. —(Claro que sí).

Se ríe. Le estoy soltando muchas bombas en esta conversación, pero está relajada. George tenía razón, es fácil hablar con ella. Las mariposas de mi estómago se han desvanecido y han dejado tras de sí la sensación residual de que me he perdido muchas cosas.

—Y también… —continúa diciendo. Yo cierro los ojos para poder escuchar bien su voz—. Siempre me he preguntado si George podía ser esa persona adecuada. Estás radiante cuando estás con él. Eres más tú misma. Y él también.

—¿Qué quieres decir?

Lo reflexiona un momento.

—Los dos estáis llenos de energía y de ideas, pero, cuando estáis juntos, parece que toda esa creatividad y vitalidad se multiplica. Os retroalimentáis para bien, siempre habéis formado una buena pareja. Por debajo de toda la diversión y la energía hay algo mucho más firme.

—Hum.

—Creo que os alentáis mutuamente, pero también os proporcionáis unos cimientos que os dan seguridad. Juntos sois la marea y el fondo marino. En continuo movimiento, pero estables.

Creo que tiene razón.

—Entonces, ¿no te parece malísima idea? Porque una gran parte de mí siente que podría ser un desastre monumental.

—No puedo predecir el futuro, Frankie. Es una de las grandes frustraciones de la vida y también uno de los mayores regalos. No podemos saber lo que pasará, pero no me parece una malísima idea. Me parece una idea maravillosa.

Respiro hondo.

—Gracias, mamá.

—De nada.

—Por favor, no le digas nada a Darwin ni a Moby. —Eso es algo que quiero hacer yo… nunca.

—No se lo diré. Aunque a nadie le chocará enterarse de que has desarrollado sentimientos más profundos por George.

Sentimientos más profundos. Es justo eso.

—Es George —dice mi madre—. Es el mejor.

—El mejor. Una persona sin igual.

—¿Sabes que siempre me manda flores por mi cumpleaños?

—Sí, sí que lo sabía.

—Y de las bonitas. ¿Sabes qué? Puede que tengas razón. Creo que me gusta más George que mis propios hijos. —Se ríe antes de añadir—: Me alegro mucho por ti, Frankie. Por los dos.

—No sé cómo será —le digo—. Ni cómo va a funcionar. Ni nada de nada.

La oigo sonreír.

—Bueno, mi amor, la vida es eso.

—Te echo de menos —digo con los ojos llenos de lágrimas.

Se le tensa la voz.

—Cariño, yo siempre te echo de menos.

# 44

Volvemos al resort con la comida y un par de latas de Surfeza de la fábrica de cerveza. Cuando llegamos, se avecina otra tormenta. La lluvia cae con fuerza. Lo vemos por el parabrisas y nos miramos. George coge la bolsa de la comida del asiento de atrás.

—¿Pícnic?

Asiento y abro una lata de cerveza para compartirla. Colocamos la comida sobre el papel encerado a cuadros. Arranco un trozo de la tortita de *okonomiyaki* y se lo tiendo a George. Él me lo quita de la mano con los dientes, sosteniéndome la mirada. A continuación, le tiendo un trozo de pepino y él aprovecha para chuparme los dedos.

Nos lo comemos todo con las manos, observándonos mientras lamemos la salsa *ponzu* y la mayonesa del pulgar. Nos damos de comer bocados de *gyoza* y trozos jugosos de gamba. Las ventanas están empañadas. La mirada de George no deja de desviarse hacia mis labios. Es la comida más sexy de mi vida.

Cuando terminamos sigue lloviendo, así que corremos de la mano hasta el chalet. Abro la puerta y apenas he entrado cuando George me levanta del suelo, cogiéndome en brazos como una novia en la noche de bodas. Me lleva arriba, donde vuelve a dejarme de pie.

Empieza como un tango. Pone la mano en el centro de mi espalda, donde terminan las costillas, con una presión ínfima, y sé

exactamente dónde me guiará. El beso es suave y reverencial, y, no sé cómo, es incluso más sexy que los que lo han precedido. Es como si algo se desatase. Cuando mi lengua encuentra la suya, él ralentiza aún más las cosas, como si quisiera memorizar cada sonido, cada silueta. Entierra los dedos bajo mi camiseta y yo levanto los brazos para que pueda quitármela. George me va desvistiendo por pasos, lento y con suavidad, y a mí me parece un nuevo baile del que, por intuición, conocemos los pasos.

Un relámpago corta el cielo cuando George me guía al borde de la cama y se deja caer de rodillas. Acerco una mano a su cara para apartarle un rizo rebelde de la frente con una caricia. Luego repaso con los dedos el marcado ángulo de su mandíbula.

—No me imaginaba que esto fuera posible —dice con voz ronca antes de besarme el interior de un muslo y luego del otro.

Me recuesto sobre los codos y George acerca su boca y me pinta con la lengua. Después de hacer que me desmorone mientras pronuncio su nombre, va subiendo por mi cuerpo, explorando el camino.

—No sé muy bien qué dice de mí el hecho de que me guste tanto esto —dice besándome el tatuaje—, ver mi nombre en tu piel.

No lleva gafas y tiene las mejillas encendidas. Es un descubrimiento importante: se pone rojo cuando está cachondo. Le quito la camiseta y le acaricio las costillas con un dedo.

—A mí también me gusta el mío en tu piel.

Me mira desde abajo a través del oscuro abanico de sus pestañas y una sonrisa de suficiencia le tira de las comisuras de los labios. Su pelo está indómito. Me da un vuelco el corazón al verlo así.

—No me digas…

—Sí.

Siento una punzada repentina de celos de todas las personas que han visto la boca entumecida de George y su mirada encendida. Odio a las otras mujeres que le han tocado el tatuaje, que han sentido las fuertes yemas de sus dedos en la piel. Sé que son decenas, pero una parte mala de mí, una parte animal, se siente satisfecha de que todas hayan visto mi nombre en su cuerpo.

Un trueno resuena en la distancia.

Nos besamos mientras yo me peleo con el botón de sus vaqueros, con prisa por quitárselos. Separamos los labios un instante para poder bajárselos y yo voy a por su ropa interior. Lo dejo bien claro: lo necesito ahora. Le doy un condón y paso mi pierna por encima de su cadera.

—¿Puedo contarte un secreto? —le pregunto.

—Puedes contármelos todos.

Deslizo una mano por la cascada de sus rizos y él gira la cabeza para besarme la muñeca.

—Entonces también me gustaba. Cuando nos los hicimos. ¿Te acuerdas de aquella mañana?

Veo un destello en sus ojos. Creo que sabe de qué mañana hablo, pero añado:

—En la cocina.

—Sí. Me acuerdo.

—Aquella mañana pensé: «Joder, George no está nada mal».

Levanta una ceja y se aprieta contra mí.

—¿Solo aquel día?

Niego con la cabeza.

George se hunde en mí, se echa hacia atrás, y entonces entra hasta el fondo. Empieza a moverse y yo ya no puedo pensar. Lo empujo hacia mí, quiero más, más hondo, más fuerte. Él entiende lo que quiero.

—Cuéntamelo, Frankie.

Niego con la cabeza, se me cierran los ojos. No quiero hablar. George reduce la velocidad y nos hace girar para que yo me quede a horcajadas sobre él.

—Cuéntamelo —vuelve a decir una vez que he cogido el ritmo.

En cierto modo, me resulta más fácil ordenar mis pensamientos si tengo el control, si veo cómo afectan a George mis movimientos. Se le tensan los músculos del cuello. Se aferra a mis caderas como si, de lo contrario, fuera a hundirse. Y la energía me recorre el cuerpo con tanta intensidad que siento que podría lanzar un hechizo.

—Te oí una vez que trajiste a alguien a casa.

La chica era insoportablemente escandalosa y la oía incluso tapándome la cabeza con la almohada. Tras su tercer orgasmo, me incorporé en la cama incrédula. Y entonces el gemido de George vibró a través de la pared.

Ahora se me queda mirando desde la cama con ojos hambrientos.

—Creo que no sabías que estaba en casa —digo—. Al principio me molestó, pero luego… me puse cachonda.

George se incorpora, apoya la espalda en el cabecero y tira de mí. Me aferro a sus hombros.

—¿Qué te puso cachonda? —me pregunta George mientras se lleva un pezón a la boca, voraz. Debe de tener más habilidades en la cama que yo, porque mueve el pulgar entre mis muslos y lo único

que puedo hacer yo es arquear la espalda para sentirlo más y cerrar los ojos.

—Cuéntamelo —repite—. Con detalles.

—El ruido que hiciste al correrte —le digo—. Fue… muy sexy.

Suelta un taco y, poco después, se estremece con un rugido como el que oí aquella noche. Oírlo hace que me desmorone y caemos juntos.

Nos pasamos así el resto del día.

Ningún rincón de la casa escapa a nuestra destrucción.

Arrancamos las sábanas de la cama. Aprovechamos el escritorio del rincón y el espejo del baño. El sofá se convierte en nuestro patio de juegos. La cocina acoge otro tipo de festín. George me lame entera en la ducha acristalada mientras yo veo cómo la Madre Naturaleza azota la costa. Las olas son de un plateado plomizo. El cielo es una paleta de colores pizarra, negro y amarillo.

Nos volvemos locos el uno por el otro, como si tuviéramos que condensar años de deseo en un solo día. Y puede que sea así. En un momento dado, me duelen los dientes de anhelo y los hundo en su hombro. Me paso una hora entera con la boca en la cicatriz, en el tatuaje, en él. Usamos todos los productos del kit romántico.

—¿Y tú? —le pregunto. Estamos tumbados de lado, dibujando con los dedos senderos indolentes en las curvas y músculos del otro—. ¿Alguna vez has pensado en mí?

Una sonrisa malvada le tira de las comisuras de los labios.

—Alguna vez.

—¿Y ya está? —le pregunto, pero sé que miente.

Niega con la cabeza y traza una línea con el índice desde mi clavícula, pasando por el pecho, la cintura y la cadera.

—Me he imaginado todo esto. Verte. Tocarte. Tenerte.

Aprieto los labios contra los suyos, borracha del poder de saber eso.

Cuando cae la noche, hay pétalos de rosa por todos lados. Encuentro varios en mi pelo y uno pegado a mi nalga como si fuese una marca de pintalabios. Tengo el cuerpo caliente y rosado. Algo dolorido, pero no lo suficiente.

George prepara la bañera y remojamos nuestros cuerpos cansados mientras los truenos retumban y los árboles gigantescos se doblegan ante el viento.

Hago el esfuerzo de sentarme al otro lado de la bañera intentando mantener la farsa de que nos estamos dando un baño, pero jugueteamos con los pies, los primeros en rebelarse contra esta pantomima.

Cruzo la bañera y me coloco sobre su regazo, con los muslos a un lado y otro de los suyos. Nos perdemos en un beso. Yo me arrodillo para estar un poco más elevada y él se toma su tiempo con mis pechos. Le paso las dos manos por el pelo tirándole de los rizos mientras él chupa y muerde.

—Dime qué quieres —dice con voz rasposa—. Ahora. Dilo con palabras.

—Quiero que me toques.

—¿Aquí?

Me roza con el pulgar el punto que reclama su fricción y me tiemblan las piernas.

—Sí.

—Pídemelo bien —dice con una sonrisita—. Y lo volveré a hacer.

George me provoca y yo le devuelvo las provocaciones, es un patrón que ya conozco bien.

—George —digo mirándolo a los ojos—. Vuélvelo a hacer. Por favor.

Lo hace mientras me observa y se muerde el labio.

—Más —le digo.

Me mete dos dedos y se me arquea la espalda. Me hace llegar al límite, pero entonces se incorpora y me coloca en el borde de la bañera. Me pone las manos en las rodillas, me abre las piernas de par en par y agacha la cabeza. A George le gusta pasar tiempo entre mis piernas y se le da muy bien. Cuando se lo digo, suelta un gemido de satisfacción y se toca mientras termina conmigo. Esa sola imagen hace que me derrumbe.

—¿Cuándo crees que pararemos? —le pregunto mientras vuelvo a dejarme caer en el agua—. ¿Cuándo crees que tendremos bastante?

Me besa.

—Nunca.

Esa noche estamos tumbados en la cama con las manos unidas entre nosotros.

—¿Eres feliz? —susurro.

—No, «feliz» es una palabra demasiado suave para cómo me siento.

Noto mi sonrisa en cada parte de mi cuerpo. «Esto era adorar a alguien de verdad», pienso. Todo lo que siento se multiplica porque

sé que él también lo siente. Su alegría se convierte en la mía. Y su pesar también.

—Nunca imaginé que lo viviría así —dice.

Su piel parece de un color azul pálido a la luz de la luna, y sus ojos, dos pozos de oscuridad resplandeciente.

—¿El qué? —pregunto llevando la mano a su pelo.

—Nosotros.

Es increíble pensar que podríamos haber estado haciendo esto desde hace años, pero luego recuerdo lo que me dijo Mimi unos días atrás.

«George necesitaba abrir las alas y echar a volar, encontrar su lugar en el mundo. Igual que tú».

Puede que ahora sea el momento justo.

—¿Cómo será? —susurro—. Cuando vuelvas de México.

—¿Cómo quieres que sea?

—Así.

Se queda callado un momento.

—¿Qué te parecería mudarte a mi casa? Si es demasiado pronto, lo entiendo —se da prisa por añadir.

Niego con la cabeza.

—No, me encantaba vivir contigo. Y quiero pasar todo el tiempo posible a tu lado cuando no estés de viaje.

Ser pareja será algo con lo que George y yo tendremos que lidiar juntos, pero vivir en la misma casa es algo que ya se nos da bien.

—Podemos empezar una nueva colección de platos viejos —dice —. Cocinar juntos. Y me encantaría que vinieras conmigo cuando me den un encargo. Cuando puedas.

Lo veo clarísimo. Explorar el mundo con él. Comprar en mercados y en puestos de comida, sentir nuevos aromas llenándome las fosas nasales. Garabatear ideas de recetas en una libreta. Cocinar. Probar. Comer juntos.

—Me gustaría explorar más el país —le digo—. Quiero ver todos los lugares que amas.

—Me parece —dice llevándose mis dedos a los labios— una idea excelente.

—Creo que puede funcionar —le digo.

Me abraza con más fuerza.

—Yo también.

—Pero ¿y si no funciona? ¿Y si nos llevamos a matar?

—No nos pelearemos.

Me río.

—Claro que sí.

Me besa el hombro.

—Te juro que voy a ser un santo.

Me vuelvo entre sus brazos para mirarlo.

—¿Cuántas veces crees que recurrirás a citar a Christian Bale para ganar una discusión?

—No estamos discutiendo. —Dibuja una sonrisa radiante—. Pero muchas.

Vuelvo a girarme y me acurruco contra él, haciendo la cucharita.

—No es justo, conoces todas mis debilidades.

Un «mmm» le vibra en el pecho.

—Y no es justo que tú seas la mayor de las mías.

Entierro la sonrisa en su antebrazo y luego le doy un beso.

—Hagámoslo —le digo—. Vayamos a vivir juntos. Viajemos por todo el mundo. Vamos a quemarlo todo.

—¿Todo el qué? —susurra.

—Nuestra amistad —contesto.

—Ah. —Se acurruca más contra mí y apoya el mentón en mi coronilla—. No es que quiera discutir, pero yo lo veo de otra forma.

Me río.

—¿Ah, sí?

—Ajá. No creo que la estemos quemando. Nuestra amistad es el fuego y creo que le estamos dando oxígeno.

# 45

## Teníamos veintiún años

Estábamos cubiertos de harina. George la tenía en la nariz, esparcida por el pelo como si fuese azúcar glas y por toda la parte delantera del cuerpo. Yo tenía los brazos blancos. Era un lunes por la noche y estábamos haciendo pasta casera.

Según mi jefe, yo era al mismo tiempo la cocinera más prometedora y la más descuidada del área metropolitana de Toronto. Era una exageración, pero solo un poco. A George no le importaba. Limpiar era algo que podía ir haciendo mientras yo cocinaba. Nunca se conformaba solo con mirar.

Estaba cursando el cuarto y último año de Periodismo. Yo me había graduado hacía dos años y trabajaba en la cocina del popular restaurante Ronda. En mi círculo, yo era una estrella emergente. Y George lo era en el suyo. Era editor jefe del periódico estudiantil y contaba con la admiración de sus compañeros y profesores por sus contundentes artículos y su bonita escritura. Por lo visto, no eran dos cosas que siempre fueran de la mano. En las pocas ocasiones en las que yo libraba y salía con él y sus amigos de noche, los veía orbitar a su alrededor peleándose por su atención. Era

desconcertante; no que George fuese claramente el líder, sino ver lo rica que era su vida fuera de nuestra burbuja.

Yo también estaba ocupada y se había vuelto complicado pasar tiempo juntos. Las noches de los jueves y viernes solían ser nuestras, pero ahora yo trabajaba seis días a la semana. Los lunes eran mi día libre y pasábamos esas noches juntos en la cocina. Era innegociable.

Aquel lunes estábamos haciendo *linguine*. En la escuela de cocina había descubierto que se me daba bien preparar pasta casera y era una de las cosas que más me gustaba hacer con George, no solo porque ayuda contar con un par de manos más cuando trabajas con grandes láminas de pasta, sino porque se tarda mucho en prepararla y eso nos daba horas para hablar.

Le metí una cinta ancha de pasta a la máquina. Por el otro lado salió una lámina más fina que George cogió al vuelo sobre las muñecas y dejó en la encimera enharinada.

—Tengo una noticia —me dijo.

Hubo algo en su tono de voz que hizo que se me erizase el vello de la nuca.

—Vale.

—Me han aceptado para hacer unas prácticas.

Solté un grito de alegría y me lancé a abrazarlo apretándole el cuerpo rígido.

—Estoy muy orgullosa de ti —le dije apartándome y riendo. Lo había cubierto de harina más todavía—. ¿En el *Toronto Star*? ¿En el *Globe and Mail*? ¿En la CBC?

Negó con la cabeza.

—En el *Edmonton Journal*.

Fue como un puñetazo en el estómago.

—¿Te vas a Alberta?

Sabía que no viviríamos juntos para siempre, pero ese futuro me parecía muy lejano. Conforme estaban las cosas ya pasábamos poco tiempo juntos. Edmonton estaba lejos. Muy lejos. El pánico me subió por la garganta como si fuera bilis.

—Son seis meses, pero el editor encargado de la contratación dice que intentan mantener en plantilla a los mejores becarios. —Sonrió, pero noté que estaba nervioso—. Siempre he querido conocer mejor el país. Viajar.

Y, al oír esa palabra, supe perfectamente lo que haría.

—Iré contigo.

Pasaríamos seis meses en Edmonton explorando Alberta juntos. Podríamos ver Banff. El lago Louise. Aprenderíamos a esquiar. Visitaríamos Calgary durante la Stampede. Sería una nueva era para nuestra amistad y nada tendría que cambiar. Era perfecto. Una nueva aventura.

George soltó una risa de sorpresa.

—¿Qué?

Empecé a enumerar las cosas que podíamos hacer juntos, todos los lugares sobre los que había leído que podíamos visitar. Tardé un rato en ver que George no sonreía.

—Frankie, ¿y tu trabajo? ¿Y tu vida?

Eso me detuvo de golpe.

—Ah. —Intenté sonreír, pero estaba conmocionada—. Dame un segundo, tengo que ir al baño.

Mientras me lavaba las manos con agua fría, sentí que estaba a punto de vomitar.

George se marchaba, se iba a perseguir su sueño y mi reacción inmediata había sido dejarlo todo para estar con él.

«Así es como pasa —pensé—. Así es como te pierdes en otra persona».

George era la única persona por la que haría cualquier cosa. La persona que podía llevárseme si no iba con cuidado. Me levanté la camiseta y me quedé mirando su nombre escrito sobre mis costillas. Pasé un dedo por encima de la «G», sorprendida por cuánto me gustaba verla. George tenía que irse y yo no podía ir con él.

Me lavé la harina de la cara y volví a la sala de estar.

—Oye —dije sentándome a su lado en el sofá—. Perdona por haber intentado autoinvitarme a tus prácticas. Me he venido arriba. Cuéntamelo todo. ¿Cuándo te vas? —me obligué a sonar alegre, pero sentía que el corazón se me hacía pedazos dentro del pecho.

—Justo después de la graduación.

Eso era en tres semanas. Intenté mantener la calma.

—Vaya.

—Ya, estoy entrando un poco en pánico.

Por un segundo, tenía el mismo aspecto que cuando nos conocimos. Yo sabía lo que debía hacer. Tragué para deshacer el nudo de la garganta.

—Será genial —le dije—. Lo harás genial.

—Prométeme que seguiremos hablando.

—George, hablaremos tanto que acabarás harto de mí.

Al cabo de tres semanas, cogimos un taxi al aeropuerto en silencio. Yo miraba por la ventana, parpadeando para contener las lágrimas. George se marchaba y nunca volvería, de eso estaba

segura. Iba a conocer a otras personas y a ver otros lugares, y todo sin mí.

Lo acompañé hasta el control de seguridad y allí lo rodeé con los brazos. Y, a diferencia de otras veces que lo había abrazado, no estaba tenso. George me atrajo hacia su pecho y me envolvió en el abrazo. Nos quedamos así un minuto entero.

—Prométeme que no me olvidarás —le dije.

—Te lo prometo —susurró—. Te lo prometo. Te lo prometo. Te lo prometo.

Entonces lo vi ir hacia el control. Se detuvo un momento, pero no se volvió. Y luego desapareció.

*2 de octubre de 2019*

Para: Frankie Gardiner
De: George Saint James
Asunto: Vancouver

Frankie:
Tengo una noticia que darte, pero no hay forma de coincidir. He aceptado un trabajo en el Sun de Vancouver para escribir sobre cambio climático y medio ambiente. Me mudo el mes que viene. No me puedo creer que lleve en el Journal un año y medio… Tengo ganas de pasar página. De ver las montañas. De vivir cerca del mar. De acercarme a la vanguardia de la sostenibilidad. Ya tengo una lista muy larga de fuentes con quienes quiero reunirme y un montón de ideas para los artículos.
Así que, sí, tengo ganas. Ojalá no tuviera que mudarme todavía más lejos de ti, pero sé que tú te lo estás pasando genial.
No sé cuándo volveré por allí. Espero tener una semana de vacaciones en verano. Igual puedo quedarme en tu piso un par de noches y luego volvemos a casa juntos.
GEORGE

*3 de octubre de 2019*

Para: George Saint James
De: Frankie Gardiner
Asunto: Re: Vancouver

¡¡¡¡GEORGE!!!! ¡Joder! No me lo puedo creer. Me alegro muchísimo por ti. Es un notición, ¿no? Es lo que llevas mucho tiempo esforzándote por conseguir. Y claro que puedes quedarte en mi piso. Tienes mi sofá disponible siempre que quieras.

Yo también tengo una noticia. A uno de los cocineros de aquí lo han contratado en una de las grandes cadenas de restaurantes como jefe de cocina en el siguiente local que van a abrir y me ha pedido que me vaya con él. Trabajaré más horas todavía, pero es una gran oportunidad. Estaré ahí desde el principio y podré ver cómo se abre un restaurante. No he trabajado más que en Ronda y pensar en irme me da vértigo. No sé si puedo hacerlo.
FRANKIE

*3 de octubre de 2019*

Para: Frankie Gardiner
De: George Saint James
Asunto: Re: Vancouver

Claro que puedes. Eres Frankie Gardiner. Puedes hacer cualquier cosa.

# 46

## Día siete: Despedirse

Por la mañana, damos un último paseo por la playa. Esta vez de la mano. La niebla está baja y espesa, de modo que las personas que pasean más cerca del mar aparecen y desaparecen en ella como espectros.

Según George, tenemos una misión. Nos queda una última tarea de El Plan que cumplir antes de volver a atravesar el bosque húmedo en coche, cruzar la isla de Vancouver y subirnos a dos aviones distintos.

Está misión lo pone nervioso. Le noto la mano sudorosa y fría.

—Tal vez te sentirías mejor si me lo contaras —le digo sacudiéndole un poquito la mano—. Siempre te estás guardando secretos. Ya no quiero que tengas más.

Él suelta una larga exhalación y luego otra, como si hubiera estado conteniendo toda la atmósfera en los pulmones.

—Tienes razón.

—Ya lo sé.

Dejamos de caminar.

—Estaba intentando encontrar el lugar adecuado, el momento ideal —dice buscando en mis ojos.

—Ese este —le digo—. Este es el momento.

—Vale.

—No, espera —digo mientras le quito las gafas y limpio una mancha del cristal. Me pongo de puntillas y se las vuelvo a colocar —. Vale, ahora.

—Hemos venido aquí a celebrar una especie de ceremonia de clausura. —Hace una pausa esperando que diga algo.

—Una ceremonia de clausura. Vale.

—¿No vas a reírte de mí?

—Nop. Por favor, sigue.

Me mira con escepticismo, pero continúa:

—La idea es que hagas algo que marque el final de un capítulo de tu vida y el inicio de uno nuevo, un acto simbólico para despedir tu relación con Nate.

—Me parece que ayer hicimos actos simbólicos de sobra. Esa relación está ya más que despedida.

—No tenemos por qué hacerlo si no lo ves bien.

Estudio a George. Para él esto es importante.

—Podría llegar a verlo bien—le digo—. ¿Tienes alguna idea?

Asiente y saca un papel del bolsillo.

Incluso doblado sé de qué se trata. Es el papel azul turquesa de la mansión Darlington que tengo grabado en la retina. Me quedo mirándolo, esperando a que todo lo que ese papel representa me tumbe de un golpe devastador, pero no pasa nada.

—Lo encontré cuando tus padres y tú os marchasteis —dice George—. Fui a la habitación a recoger tus cosas y no quise que

nadie más lo viera. Pensé en romperlo, en quemarlo, pero deberías ser tú quien lo haga. Es tuyo.

Me quedo mirándolo, a mi atentísimo mejor amigo.

—¿Te has enfadado porque lo he tenido yo todo este tiempo?

—No, me alegro de que lo tuvieras tú. Me alegro de que lo hayas cuidado.

—También tengo el vestido —dice—. Bueno, lo tiene Mimi. No quería que tuvieras que pensar en qué hacer con él. Está en la Casa Grande.

Con un sollozo, me lanzo a abrazarlo y lo tumbo al suelo. Lo beso entre lágrimas.

—Me había olvidado del vestido. Me encantaba ese vestido.

—Es precioso. Le eché un vistazo.

—Dejémoslo donde está. Uno de tantos secretos de la Casa Grande. Un tesoro que encontrará otra persona.

—Me gusta —dice George apartándome el pelo de la cara. Parece que se plantea si decir algo más, pero me vuelve a levantar.

Nos sacudimos la arena de encima y le tiendo la palma de la mano. Él deja la carta y una caja de cerillas encima. La abro y la leo por última vez.

Y le prendo fuego.

George coge un puñado de arena para su colección y nos separamos con un beso. Yo vuelvo al chalet para empezar a hacer las maletas mientras él pasa por la tienda de souvenirs a comprar algunas cosas para mi familia. Cuando abro la puerta, me encuentro a un hombre en la sala de estar ajustando el lazo de una caja que hay encima de

la mesita de café. Por un momento, no me doy cuenta de que es Kevin y suelto un grito. Él da un respingo y empieza a disculparse con insistencia.

—Lo siento mucho —repite, apartándose del regalo—. Pensaba que habían salido de paseo. Solo quería asegurarme de que tenían todo lo que necesitaban para su última mañana y dejarles una sorpresita. Lo siento. Lo siento mucho.

Cruza la habitación deprisa, avergonzado de que lo haya pillado en pleno… No sé, no tengo muy claro qué estaba haciendo.

—Kevin —le digo, y se vuelve con una sonrisa afligida.

—Diga, señora Gardiner.

—Gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Los pétalos de rosa. Las velas. La cena de la otra noche, que fue maravillosa. Nos has mimado mucho y te lo agradezco de corazón.

—Cuánto me alegro —dice—. Nos encanta cuidar a nuestros recién casados.

Me encojo de vergüenza.

—Me siento fatal, pero la verdad es que George y yo no estamos casados.

Se me queda mirando y se echa a reír.

—Querida, ya lo sé.

—¿Sí?

—¡Pues claro!

Sonrío.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Lo supe en cuanto entrasteis por la puerta. No llevabais anillos de boda, y el día anterior había tenido una larga charla con el señor Nathaniel Bacon. Me dijo que estabas pasando por unos momentos

difíciles. —Hace una mueca—. Me contó todo el… drama de la boda. Quería que te cuidase, que te diese lo que me pidieras y que lo cargase todo en su tarjeta. Me dijo que vendrías sola, pero llegaste con un hombre al que llamaste George.

—Pero… —Se me escapa la risa—. Nos has tratado muy bien. ¿Por qué seguirnos el juego?

Me dirige una sonrisa angelical.

—He visto muchas parejas por aquí. Primeros amores, recién casados, parejas con el síndrome del nido vacío, jubilados… He sido testigo de celebraciones de aniversarios, cumpleaños e hitos familiares. Reconozco el amor cuando lo veo.

Se me eriza la piel de los brazos.

—Cuando llegasteis —dice Kevin—, tú te fuiste directa al ventanal y George se te quedó mirando con tanto amor que me sonrojé.

Lo miro creyendo que debe de estar exagerando. Es un romántico empedernido, como Aurora.

—Entonces, ¿has estado haciendo de casamentero por él?

—Como encargado de experiencias de hospedaje —repone él—, mi trabajo consiste en hacer que el tiempo que pasan con nosotros todos y cada uno de los huéspedes sea excepcional, pero… —añade con una sonrisa— a veces tengo mis favoritos.

Kevin nos ha dejado una caja blanca con un ancho lazo de satén verde en el centro. La tarjeta dice que el regalo va dirigido a mí. Dentro, encima de varias capas de papel de seda hay una simple tarjeta blanca.

Para Francesca, con todo mi corazón.

NATE

Dentro encuentro un cuchillo de cocinero y un diario encuadernado en tela. Saco el cuchillo de la funda. Es impresionante, con caracteres japoneses grabados en el acero y un mango de ébano. Es evidente que lo han forjado a mano. Conociendo a Nate, será el mejor de los mejores.

Pero yo tengo mis cuchillos desde los dieciocho años. Me los compré con George uno de los primeros días después de mudarnos a la ciudad. Juntos, recorrimos las estanterías de una tienda de suministros para restaurantes de Chinatown buscando los elementos de la lista de materiales que me habían mandado de la escuela. Una chaira. Bandejas de horno. Cuencos. Cucharones. Boquillas para manga pastelera. Cuchillos. Nunca me había gastado tanto dinero de golpe. Lo cargamos todo en el tranvía y yo lavé cada cuchara de cata y cada cuenco en el fregadero con reverencia. George estaba a mi lado y los iba secando con cuidado.

Miro la libreta con más detenimiento. No es un diario, es un cuaderno de recetas y el formato de las páginas está pensado para poder escribir listas de ingredientes, tiempos de cocinado, métodos y consejos en recuadros ordenados. Es muy bonito, pero demasiado restrictivo para el modo en el que yo creo recetas. Yo uso el portátil, hojas de cálculo y una libreta de espiral barata y llena de garabatos, ideas fugaces y círculos de café.

Le doy la vuelta al cuaderno y luego lo devuelvo a la caja junto con el cuchillo antes de cerrar la tapa. Son unos regalos exquisitos,

perfectos para otra persona, pero no para mí. Como tampoco lo era Nate.

Salgo al porche de atrás con el móvil y hacer la llamada me resulta de una facilidad pasmosa. Él coge el teléfono casi de inmediato.

—Francesca —responde Nate. Su voz me parece un recuerdo.

—Gracias por estos regalos tan bonitos.

—¿Han llegado?

—Sí.

—Qué bien. Compré el cuchillo hace meses pensando que podrías usarlo en Tofino. No dejabas de hablar de las ganas que tenías de cocinar y sabía que allí los cuchillos no estarían a la altura, pero no estaba seguro de si debía mandártelo después de… todo. —Está nervioso, divagando—. Siento que haya llegado tan tarde. Hubo algunos contratiempos. ¿Has conocido al recepcionista, Kevin? No le hacía mucha gracia lo de dejarte un cuchillo en la habitación.

O puede que no le hiciera gracia porque es *team* George hasta la médula.

—No es el recepcionista, es el encargado de experiencias de hospedaje, y ha hecho un trabajo maravilloso con el lazo.

—Ah, bien, bien. —Nate vacila antes de continuar—. Espero que no te importe, pero he estado preguntándole a Aurora cómo estabas. Quería darte espacio, pero también quería saber que estabas bien. Dice que te ha ido genial, que has pasado una buena semana.

—Ha sido una muy buena semana —digo mientras observo a una surfista coger una ola antes de caer de la tabla—. Ha sido perfecta.

—Me alegro mucho. —Se aclara la voz—. De verdad que quiero lo mejor para ti, Francesca. Me gustaría que fuéramos amigos, si en algún momento dejas de odiarme.

—No te odio. O por lo menos ya no. Pero me parece que lo de ser amigos es pasarse.

—Lo entiendo —dice—, pero, si cambias de opinión, estaré aquí.

—Gracias —le digo, pero sé que es la última vez que hablaremos —. No vuelvas a dejar a nadie con una mierda de carta, ¿vale? Fue horrible.

—Lo sé. —Lo oigo respirar hondo—. Lo siento, no tuve agallas para decírtelo a la cara. Sabía que no podría hacerlo si te miraba a los ojos. Sé que no es justo que te diga esto, pero escribir esa nota fue una de las cosas más difíciles que he hecho en la vida.

—Todavía no lo entiendo—le digo—. Al final, supongo que no importa, pero me gustaría aclarar qué pasó. ¿Te agobié? ¿Fue por la discusión que tuvimos?

Antes de que conteste, oigo abrirse la puerta corredera del patio.

—¿Quieres que nos demos un último chapuzón en el jacuzzi?

George está en la puerta con el bañador puesto. Al ver que estoy al teléfono, susurra:

—Lo siento.

—No pasa nada —le respondo moviendo solo los labios. Levanto un dedo—. Un minuto.

—¿Es él? —dice Nate con la voz unos grados más fría.

—¿Quién?

—George.

Abro la boca para responder, pero no me sale nada. Siento que he hecho algo malo, lo cual es absurdo, dado que fue Nate quien me

dejó.

—No voy a fingir que no me duele —dice Nate—, pero por lo menos sé que hice lo correcto.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Era evidente que yo no te conocía de verdad y que estorbaba. —Parece cansado—. Pero no sabía que pasaría tan rápido.

—Nate, ¿qué dices?

—¿George no te lo ha contado?

Se me revuelve el estómago.

—¿Contarme el qué?

Veo cómo George se queda pálido.

El tono de Nate es seco.

—Esto es justo lo que él quería, así que te lo puede explicar él. Habla con George. Él te lo aclarará todo.

Me quedo con el teléfono pegado a la oreja incluso después de que Nate cuelgue, con los ojos fijos en mi mejor amigo. Él da un paso hacia mí, con la clara marca de la culpa en el rostro.

—George, ¿qué hiciste?

# 47

—Frankie, te lo puedo explicar —dice acercándose mientras yo me vuelvo hacia él.

—¿Explicar el qué?

Siento como si tuviera los oídos tapados con algodón.

—Vamos a sentarnos. Respiremos antes de hablar de esto.

—Ni se te ocurra decirme que respire. El hombre con el que tenía que casarme me acaba de decir que tú sabes por qué me dejó. ¿Por qué diría eso, George?

Alarga la mano para tocarme, pero yo lo esquivo.

—Iba a contártelo todo. He estado esperando el momento adecuado.

—¡¿El momento adecuado para qué?!

—Aquella noche en la mansión… —Se aprieta la nuca—. Cometí un error. Después de que te acostaras me puse muy muy pedo.

Recuerdo a George y a Darwin con grandes vasos de whisky y a un grupo de hombres salir fuera agarrados unos a otros de los hombros. Nate iba con ellos. Parecía que iban a fumar puros. Yo le di un beso a Nate y le dije que lo vería arriba. Me dormí antes de que llegase y, cuando me desperté, encontré la nota.

Te quiero, pero no puedo casarme contigo.

—Estábamos pasando el rato. Nate, su amigo, tus hermanos… Hablando de estupideces, contando historias de cómo eras cuando éramos niños. Moby y Darwin decían que siempre querías pelear para demostrar que eras tan dura como ellos. Yo le conté a Nate lo de aquella vez que le dijiste al profe de Francés que era un capullo misógino porque se había metido con una chica que ni siquiera te caía bien. Tonterías nostálgicas. Pero vi que Nate estaba estupefacto, que no le habías contado nada de aquello. Ni siquiera le habías dicho cómo habías dejado el trabajo. No dejaba de repetir: «Eso no me parece propio de Francesca». Y lo disfruté, Frankie.

—¿Por qué?

George reduce la distancia entre nosotros.

—Porque nadie te conoce mejor que yo. Ni siquiera tu prometido. Y se lo restregué por la cara. Le conté a Nate todas las cosas que sabía y que él no. Le hablé del fuego que llevas dentro y de que cuando bailas es cuando más relajada estás. Le dije que los ojos se te encienden cuando te enfadas y que, cuando lloras, el violeta parece más violeta.

—No entiendo por qué harías algo así.

—Frankie, no estaba pensando con la cabeza. Había bebido whisky y me había tomado la gominola de Moby, pero no fue solo eso. Fue el subidón de tener poder sobre él. Darwin intentó hacerme callar, pero no pude. Al final, llegó a tal punto que Nate me preguntó si estaba enamorado de ti.

No puedo respirar. Apenas puedo hacerle la pregunta.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije la verdad. —George respira hondo y me coge la cara entre las manos—. Le dije que te quería de un modo que él nunca

llegaría a entender.

Niego con la cabeza. Tengo el pulso frenético.

—Lo siento, Frankie. —Me mira con ojos suplicantes—. No sabía que cancelaría la boda. No quería que eso pasase. Pensaba que no sería capaz de sobrevivir a verte casada con otro hombre, pero sabía que iba a pasar por ello si eso era lo que te hacía feliz. Y lo estabas. Aquella noche, cuando bailamos, estabas increíblemente feliz.

Doy un paso atrás. Me está costando seguir tranquila, asimilar todo lo que George acaba de desvelar. Una pregunta resuena con más fuerza que las demás.

—¿Sentías algo por mí antes de esta semana?

—Estoy enamorado de ti, Frankie. Llevo enamorado de ti muchísimo tiempo.

—No, eso es imposible. —Pero incluso mientras lo digo veo la verdad en sus ojos—. ¿George?

—Intenté luchar contra ello, Frankie. Muchísimo. Nuestra amistad es lo más importante para mí. Tú eres lo más importante. Sabía que no querías una relación, ni conmigo ni con nadie. Te reías de la gente que se enamoraba en el instituto y de tus padres por haberse casado tan jóvenes.

Cubre la distancia entre nosotros cogiendo mis manos temblorosas entre las suyas y sosteniéndolas entre nuestros pechos.

—¿Qué es lo que decías siempre? Que nadie iba a serlo todo para ti. Acepté hacer las prácticas en Edmonton porque no podía seguir viviendo contigo sin pedirte que estuviéramos juntos. Tú querías libertad y yo quería que la tuvieras.

Me pitan los oídos.

—Entonces, ¿decidiste lo que era mejor para los dos?

Niega con la cabeza.

—Pensaba… —Se le rompe la voz—. Pensaba que, cuando estuvieras lista para compartir la vida con alguien, te darías cuenta de que esa persona tenía que ser yo.

—Pero no me lo dijiste. —Me cuesta respirar—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Te lo dije.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Hace tres años, Frankie. Cuando estaba cruzando el incendio en coche. Te lo dije. No podía soportar la idea de que, si me pasaba algo, no supieras lo que en realidad sentía por ti.

Lo miro fijamente, incrédula.

—Me dijiste que me querías.

«Frankie, escúchame. Tienes que escucharme bien, ¿vale? Te quiero. Lo has sido todo para mí».

—Me dijiste que me querías —repito—. No me dijiste que estuvieras enamorado de mí. ¡No es lo mismo! Sabes que no es lo mismo.

—Dio igual, Frankie. Cuando llegué a Toronto y te vi, supe que no lo habías entendido o puede que no lo quisieras entender. Sea como fuera, tú no sentías lo mismo.

—No me diste la oportunidad —digo con la voz entrecortada—. Se lo dijiste a mi prometido antes de decírmelo a mí.

Los pensamientos me van a toda velocidad. George fue el motivo por el que Nate se fue. Todo este tiempo se ha estado guardando un montón de secretos. Pensaba que estábamos en el mismo punto, que esta semana había sido una revelación para ambos.

—Lo siento —dice George—. Sé que estuvo mal y que no tendría que habértelo escondido. No esperaba que las cosas por fin cambiasen entre nosotros esta semana. Me aterrorizaba que pudieras odiarme y no volverme a hablar nunca. Te juro que iba a decírtelo. He pensado en decírtelo antes, en la playa, pero me he asustado.

Veo pasar ante mí los dos últimos meses como si fueran una película de terror. La habitación de hotel. La nota. Cuando me sacaron de allí. Vomitar en el coche. El sofá de Aurora. Seguir a flote a duras penas. Odiarme a mí misma. Castigarme a mí misma. Llorar hasta dormirme en el cuarto de mi infancia.

—Todo este tiempo… —digo desolada y furiosa a la vez—. Todo este tiempo me he culpado a mí misma. ¿Y tú lo sabías?

George me seca una lágrima con la palma de la mano.

—La he cagado. Lo siento. No sabía cómo arreglarlo. Intenté hablar con Nate para explicarle que tú no sentías lo mismo por mí, pero no quiso hablar conmigo. Tendría que habértelo contado antes. No sabes cuánto lo siento.

Vuelvo la cabeza para mirar la niebla sedosa que se enreda entre los árboles. El sol está en algún lugar tras el velo neblinoso y hace que el agua refleje muchos tonos de plata y oro. Varios argumentos me dan vueltas por la cabeza; motivos por los que George tendría que haber sido más claro y cosas que tendría que haber hecho de otro modo.

—Mírame —dice George en un tono desesperado—. Por favor, mírame.

El control que tengo sobre mi rabia es muy frágil. Cierro los ojos un momento, intentando recuperarlo, pero se ha esfumado. Me giro

hacia George. Las lágrimas le ruedan por las mejillas.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunto.

—Todo. Tu mente. Tu corazón. Tu cuerpo. Lo quiero todo. Y sé que eso me hace egoísta. Cuando se trata de ti, soy un puto egoísta. —Se le rompe la voz—. Te quiero, Frankie. Y quiero que tú también me quieras.

Me duele el corazón, porque lo visualizo. Querer a George, estar con mi mejor amigo. Todos los días. Es lo más bonito que pueda imaginarme. Pero no tengo muy claro qué hacer después de que me haya escondido unos secretos tan trascendentales.

Hay otra de las cosas que ha dicho que me ronda por la cabeza.

«¿Qué es lo que decías siempre? Que nadie iba a serlo todo para ti».

Pienso en mi padre, destrozado y callado cuando mi madre se fue. Pienso en mi madre, que anhelaba tanto cumplir su sueño que nos abandonó, y en cuánto había cambiado cuando volvió. Pienso en Mimi, sola en su castillo. Pienso en lo perdida que me he sentido yo, en lo insegura que he estado de mí misma, y me aterra que me arrastre esa corriente de resaca. Este último año he tomado unas decisiones muy malas y George no puede ser una de ellas.

Lleva los labios a mi frente.

—Dime cómo arreglarlo. Dime qué hacer.

—Quiero que sepas que me importas más que nadie —le digo llorando—, pero no puedo hacer esto, George. Ahora no.

# EL BOSQUE

# 48

Conversaciones susurradas de mis padres.

Rayos de sol que se cuelan oblicuos por la ventana.

Los crujidos de la grava bajo las ruedas de la camioneta de Darwin en el camino a casa.

Me tapo la cabeza con la almohada e intento volverme a dormir, pero la voz sonora de mi hermano llega hasta el dormitorio. Siento los ojos como si me hubieran frotado trocitos de cristal.

Eran más de las doce cuando mi padre me recogió del aeropuerto anoche. Supo que algo pasaba en cuanto me vio, pero hasta que no entramos en la autopista no me preguntó si quería hablar de ello. No quería. Tenía el cerebro demasiado nublado. Dormí las dos horas de camino a Old Stone Road. Mi madre esperaba en camisón en la puerta. Me agarró entre sus brazos y yo me eché a llorar. De pronto, tenía seis años y no había nada mejor en el mundo que estar envuelta en el cuerpo mullido de mi madre.

—Venga —dijo—, vamos a la cama.

Sin preocuparme por desvestirme, me dejé caer sobre el colchón. Mi madre me observaba desde el pasillo.

—Descansa, cariño. —Empezó a cerrar la puerta.

—Mamá.

—¿Hum?

—¿Te acuerdas del cuento que me contabas para dormir?

—Sí —dijo ella con suavidad.

—Me encantaba —musité cerrando los ojos.

Al cabo de un momento, oí que susurraba en la oscuridad. Sonreí cuando llegó a mi parte favorita.

«Cuando la niña se cansaba, la ballena la llevaba sobre el lomo.

Cuando la niña estaba triste, la ballena llamaba a las focas, que ladraban y chillaban y montaban un espectáculo para la niña y siempre la hacían reír.

Cuando llegaba la hora de que la niña volviese a casa a cenar, la ballena se despedía de ella agitando la cola».

Y entonces me dormí.

Ahora aparto las sábanas y me acerco a la ventana. Fuera, la realidad me devuelve la mirada. Ni bosque cálido, ni playa, ni montañas, ni niebla. Está la camioneta de mi hermano. Están el taller de paredes azules de mi padre y el campo de detrás. Están el seto de cedro y el manzano.

La semana que he pasado con George casi me parece un sueño. No le hablé en el trayecto al aeropuerto, pero, cuando nos despedimos, dejé que me abrazase mientras yo lloraba.

—Te quiero —me dijo—. Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Se oyen unas pisadas sordas de botas por las escaleras, seguidas de unos golpes suaves en la puerta.

—Frankie, ¿estás despierta?

Darwin, el traidor. Él y Moby estuvieron delante cuando George le soltó aquello a Nate. Y no me dijeron nada.

Lanzo una mirada asesina hacia la puerta.

—Vete.

—Frankie, abre.

—No quiero hablar contigo.

Vuelve a llamar.

—Sabes que puedo sacar la puerta de quicio. O forzar la cerradura. O darle una patada. —Son todo cosas que ya ha hecho—. También sé lo que hace George para subir al tejado y entrar por la ventana. Pero será menos vergonzoso para ambos si abres.

Atravieso la habitación preparada para gritarle a mi hermano, pero, cuando abro la puerta, me atrae hacia su enorme pecho.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto con las lágrimas volviendo a correr.

—Me ha escrito George. ¿Qué ha pasado?

—Me ha contado por qué me dejó Nate.

Darwin me suelta. La cara se le pone blanca.

—Sobre eso…

Estoy demasiado destrozada para enfadarme. Me siento reducida a nada, como los campos al final del verano cuando han cortado el heno.

—Siento que ocurriera como ocurrió —dice Darwin—. Siento todo el dolor que te causó. Pero casarte con Nate habría sido un error.

Respiro hondo.

—Lo sé.

Darwin me mira estupefacto.

—Entonces, ¿qué problema hay?

No tengo fuerzas para diseccionar mis emociones, así que me limito a decirle:

—George me ha mentido.

—Frankie —dice él con pena—. Eres demasiado cabezota y eso no te hace bien. Dale una oportunidad. Lo conoces. Sabes por qué puede haberle resultado difícil decirte cómo se siente. Pensaba que tendría más tiempo.

—Espera, ¿tú cómo sabes eso?

—Nosotros también somos amigos. No como vosotros dos, pero sí, a mí George me importa. Hablamos. Moby y yo llevamos burlándonos de él por estar colado por ti desde que lo conocemos.

—Sois lo peor.

—Pero él no se dio cuenta hasta que os fuisteis a vivir juntos. No tenía ni idea de qué hacer.

—¿Y alguna vez se te ocurrió sugerirle que me lo dijera?

—Claro, mil veces, pero él insistía en que habría un momento perfecto y sus argumentos eran convincentes. Pensaba que te enfadarías si te lo decía en un mal momento. —Me lanza una sonrisita burlona—. Y te habrías enfadado. Habrías pensado que estaba poniendo en peligro vuestra amistad o tu independencia o alguna estupidez de esas. Pero entonces te prometiste con alguien a quien acababas de conocer.

—Y me dejó creer que Nate se había marchado por algo que yo había hecho —digo levantando el tono—. Y tú también.

—Nate se marchó porque se dio cuenta de que nunca habías sido tú misma con él. Vio lo que tú eras demasiado terca para ver.

—¿El qué?

—Que George y tú estáis hechos el uno para el otro —continúa Darwin bajando la voz—. Y te entiendo. No hablamos de cuando mamá se marchó, pero a todos nos afectó mucho. Mira a Moby, está como una cabra.

Suelto una risa vacilante.

—Es más raro que un perro verde.

—Yo tenía pesadillas en las que mamá se volvía a ir —dice Darwin —. Ahora sueño con que Anh desaparece en plena noche.

Me duele la garganta. No lo sabía.

—Anh no haría eso.

—Lo sé. No es racional, pero ese miedo al abandono está ahí. Seguro que tú también lo tienes.

Me asoman las lágrimas y asiento.

Darwin suaviza la mirada.

—Y también me da miedo hacerle daño a la gente.

—Frankie, tú nunca le harías daño a George.

—Ya se lo he hecho —le digo—. Estaba tan perdida en mis gilipolleces que no vi lo que hasta Moby y tú veíais.

—No te digo que no. Puedes ser bastante obtusa cuando te lo propones, pero seguro que no ha habido ni una sola vez en las décadas que habéis sido amigos en las que le hayas hecho daño a George a sabiendas. Lo protegías como un gremlin cuando erais pequeños y no has cambiado. Lo quieres.

—Sí.

—Entonces, ¿qué problema hay? —vuelve a preguntar Darwin.

—Ese es el problema. Lo quiero, pero soy un desastre. —Señalo mi dormitorio—. Creo que este es el peor momento posible para empezar una relación. Esto de George… es demasiado importante para arriesgarme a cagarla. Tengo que hacerlo bien.

—Qué gracioso —dice—, eso es lo que decía George.

Vuelvo a la cama hasta que el cálido aroma de vainilla y azúcar me despierta en plena tarde. Tengo unas cuantas llamadas perdidas de Aurora y un mensaje largo.

«Nate me llamó ayer y parecía estar conmocionado por lo de George. No supe qué decirle. Si te dejó él. ¡TE DEJÓ ÉL! Pero tampoco quería parecer insensible. Le dije que debería estar aliviado porque tú estuvieras pasando página. Espero que él también pueda seguir adelante. ¡Quiero que los dos seáis felices!».

Nate podría haber sido sincero conmigo. No tenía por qué dejarme con una nota y todas mis inseguridades. Frunzo el ceño mirando la pantalla y la llamo.

—A Nate que le den —le digo a Aurora cuando responde. Aunque en el fondo sé que me hizo un favor.

—Hola a ti también.

—Estoy muy confundida. No sé qué hacer ni qué tengo que pensar.

—¿Qué ha pasado? —Oigo la preocupación en su tono de voz.

Le cuento a Aurora los maravillosos últimos días y el final cataclísmico.

—George me escondió ese secreto enorme durante años. Iba a casarme con Nate y él se habría ido alejando más de mí. No pensaba decírmelo tampoco en Tofino. Fui yo la que forzó las cosas.

—Normal, George no iba a confesarte lo que sentía mientras tú estabas intentando superar a Nate.

—Ya he superado a Nate.

—Él no lo sabía. Te dejó a ti llevar la voz cantante. —Suspira—. Es bastante romántico si lo piensas.

Es una romanticona. Se lo digo.

Aurora me ignora.

—Siempre estamos metidas en lo que experimentamos e interpretamos nosotras de nuestra pareja, pero la otra persona tiene una historia completamente diferente en la cabeza. Intenta ver las cosas desde el punto de vista de George. Piensa en el rechazo que ha sufrido por parte de su padre. Tal vez no creyera que fueras a verlo nunca como algo más que un amigo.

Suspiro. Eso es justo lo que he estado pensando desde que he hablado con Darwin.

—Pero ahora ya lo he visto desnudo. No hay vuelta atrás.

Se ríe.

—Entonces, adelante.

En la planta de abajo, mi madre saca galletas del horno.

—Con trocitos de chocolate —dice colocando la bandeja encima de los fogones—. Nada del otro mundo. Esas ya se deberían poder comer. —Señala las que se están enfriando sobre una rejilla.

Mi madre demuestra su amor con azúcar, mantequilla y huevos. Me siento en un taburete al otro lado de la encimera y le doy un bocado a una de las galletas. El chocolate aún está derretido. La galleta está caliente y blandita y lleva la cantidad de sal perfecta.

—¿Cómo han salido? —pregunta mientras mastico.

Yo contesto con la boca llena:

—Cinco estrellas.

—He hecho el doble para que Darwin pueda llevarse algunas a casa para las chicas. Y he pensado que podría hacer ese bizcocho de limón que te gusta. ¿Me ayudas?

Bajo del taburete, saco otro delantal del cajón y me lo ato a la cintura.

Trabajamos en una sincronía silenciosa. Mi madre va midiendo ingredientes y yo rallo y escurro un limón. Así es como más alineadas estamos, trabajando en tándem en la cocina.

—¿Quieres contarme lo que pasó? —me pregunta cuando meto el molde en el horno.

—No, creo que prefiero descansar. —Necesito dejar de pensar en George.

Cuando terminamos, mi madre llena el fregadero para lavar los cuencos y yo cojo un trapo de cocina y me quedo a su lado.

—Creo que este sería un buen momento para hablarme de tus ballenas —digo cuando estamos acabando de fregar—. Me vendría bien distraerme.

—¿Hay algo en concreto que quieras saber? —Me mira con sus ojos violeta como los míos.

—Quiero saber por qué te gustan tanto.

«Quiero saber por qué te fuiste».

—¿Por qué me gustan las ballenas? —Sopesa la pregunta mientras amontona las galletas en un plato—. Salgamos fuera.

Nos dirigimos al balancín del porche con las galletas. Yo miro la hierba alta que el viento hace susurrar en el campo.

—Cuando eras muy pequeña —empieza a decir mi madre—, tal vez a los dos o tres años, te encantaban las pelotas.

Me río.

—¿Cómo?

—¡Es verdad! Te encantaban las pelotas. De todo tipo: de fútbol, de tenis, de *spikeball*, de golf, de fútbol americano… Te hice un

álbum con fotos de diferentes pelotas y sabías decir cuál era cuál. Darwin pasó por una etapa en la que le gustaron los dinosaurios. A Moby le gustaban los puzles. Y a ti las pelotas. A mí, de pequeña, me gustaban las ballenas. La primera que recuerdo haber visto fue en la bahía de Fundy. Debía de tener tres o cuatro años y me quedé maravillada.

Me acuerdo de esto por las historias que me contaba.

—Una jorobada, ¿no?

—Eso es. —Sonríe—. Estábamos en el barco de mi tío. El salto de la ballena fuera del agua fue como el de una bailarina de ballet. Yo quería ser esa ballena. Me imaginé viviendo en el mar con las sirenas, los delfines y las belugas.

—Como en el cuento.

Esboza una sonrisa melancólica.

—Sí. Y nunca dejaron de gustarme. Hice un trabajo de clase sobre las ballenas que migraban por la bahía a los once años.

Me suena, pero hace más de dos décadas que no oía esto.

—A los trece, les rogué a tus abuelos que me mandasen a un campamento sobre mamíferos marinos que organizaba el Instituto Canadiense de las Ballenas. Lloré cuando me dijeron que sí. Allí fue donde conocí las ballenas francas y lo cerca que están de la extinción. Eso reafirmó mi vocación. El problema con las ballenas francas, como sabes, es que no se reproducen a la velocidad suficiente para compensar las muertes provocadas todos los años por los arrollamientos de barcos y por los enredos con aparejos de pesca. No sabía cómo podía ayudar, pero sabía que tenía que hacerlo. —Hace una pausa—. Y, entonces, pasaron cosas de la vida.

Escucho la versión de mi madre de esa vida.

Lo difícil que fue mudarse a Ontario de la costa este a los catorce años. Que empezó a salir con mi padre en contra de lo que le decía el sentido común. Que fue ella la que terminó la relación antes de irse a la universidad porque sabía que algún día volvería a vivir al lado del mar. Que tenía la mirada puesta en las ballenas y nada iba a interponerse en su camino. Que siguió siendo amiga de mi padre, pero no pudo quitárselo de la cabeza y, tras años de intentar negar lo que sentía, se entregó a ello.

—Cuando descubrí que estaba embarazada, estaba enamoradísima de tu padre —me dice—. Sabía que quería formar una familia con él, aunque fuese muy mal momento.

Le faltaban semanas para empezar unas prácticas en el New England Aquarium, donde estudiaría y rastrearía ballenas francas del Atlántico Norte.

—Pensaba que podría hacerlo mientras estuviera embarazada de pocos meses, pero tuve unas náuseas horrorosas. No podía ni mirar el mar sin que se me revolviese el estómago. Me repelía la idea de poner un pie en un barco. No dejaba de vomitar. No era capaz de retener la comida.

—No lo sabía —le digo en voz baja.

—Se llama hiperémesis gravídica, náuseas matutinas extremas, pero las mías duraban todo el día. Sentí que mi cuerpo me había traicionado. No podía hacer nada que no fuera estar tumbada en la cama. Mis compañeras de piso no me lo dijeron, pero les molestaban tantos vómitos. Y… —Se vuelve hacia mí—. Echaba de menos a tu padre. Echaba de menos a mi familia. Necesitaba estar con mi madre. Cuando me fui de la costa este, sabía que me iba para siempre. Fue una decisión práctica. Tu padre tenía un oficio y

un sueldo estable. Había dos parejas de futuros abuelos dispuestos a ayudar.

Vemos a un par de conejos saltar por el campo.

—Pensé mucho en las ballenas aquellos primeros meses después de que naciera Darwin —dice.

Sonrío.

—Cómo no.

—Las ballenas francas son unas madres excepcionales. Se matan de hambre para amamantar a las crías. Y las amamantan durante dos años mientras viajan miles de kilómetros con el bebé, preocupándose por protegerlo y enseñarle a comunicarse y a alimentarse.

Le doy la mano.

—Sabes que tú no eres una ballena, ¿no? —le digo con suavidad.

La voz le sale tensa.

—Lo intenté. Intenté ser una madre ballena. Os quería mucho, muchísimo, pero, con el paso de los años, empecé a sentir rabia. Contra mí misma por haber renunciado a la oportunidad de tener una carrera profesional. Contra tu padre por haberlo permitido. Era una ira silenciosa que me iba comiendo por dentro. Yo no quería ser esa persona, ni por vosotros ni por mí misma. De modo que tu padre y yo acordamos que debía intentarlo. —Se le llenan los ojos de lágrimas—. Sé que no has podido perdonarme, pero creo que me habría marchitado si me hubiera quedado aquí.

—¿Por qué no nos sentasteis a los tres y nos lo explicasteis?

—Yo no pude —dice—. No fui capaz. Sabía que el único modo de irme sería saliendo por la puerta mientras dormíais.

—Te odié —admito, y se me rompe la voz mientras parpadeo para no llorar—. No soportaba que nos hubieras dejado y que luego hubieras vuelto y te hubieras puesto a cocinar pasteles y no hubieras hablado de ballenas nunca más.

Me acaricia la mejilla.

—Las ballenas francas hembra son las que tienen más probabilidades de morir atropelladas por un barco —dice—. Una teoría propone que es porque las que son madres flotan cerca de la superficie mientras las crías se amamantan, pero ahí es donde más peligro corren. Ojalá hubiera podido ser así de fuerte. No tendría que haberme marchado —dice, y se le quiebra la voz—. Tendría que haberme quedado cerca de la superficie con vosotros. Tendría que haberos protegido.

Envuelvo a mi madre con los brazos. Yo también quiero protegerla.

—¿Qué fue lo que te hizo volver? —le pregunto—. ¿Por qué no nos mudamos al este para que tú pudieras trabajar?

Se toma un momento para recomponerse.

—Tu padre lo habría hecho. Lo habíamos hablado. Unos días antes de que decidiera volver, vi cómo una tripulación de salvamento intentaba liberar a una ballena de una cuerda gruesa que se le había enrollado en el cuello y la espalda. Las heridas ya eran profundas, pero ella luchaba. Es un trabajo difícil, peligroso, el de intentar liberar a una ballena atrapada. Mientras la veía debatirse, pensé en lo afortunada que era yo. —Todavía tiene los ojos vidriosos—. Todos estamos atrapados a nuestra manera, pero yo, por lo menos, había elegido las cuerdas que me ataban. Estaba ligada a ti, a tus

hermanos, a tu padre y había estirado la cuerda todo lo que había podido. Sabía que tenía que buscar el camino de vuelta.

»Y, además —dice—, vomitaba cada vez que me subía a un barco.

—¿Qué? —Ahogo una carcajada.

—Me mareo —confiesa mirando el campo—. Pensaba que me iría acostumbrando, pero no. La cantidad de veces que vomitaba por la borda era asquerosa y vergonzante, pero también me lo tomé como una señal.

Observo a mi madre, una mujer mucho más complicada de lo que yo le he permitido ser.

—Sé que te traté mal, pero me alegré de que volvieras.

—Yo también.

—¿Y Francesca? —pregunto—. ¿Cuándo la han visto por última vez?

Se le llenan los ojos de pena.

—Cariño, no sé cómo decírtelo. —Me envuelve las manos con las suyas—. Francesca murió hace dos años.

Me pilla por sorpresa. Me llevo una mano al pecho.

—¿Cómo?

—Fue en un arrollamiento.

—¿Un accidente de barco?

Asiente.

—Encontraron su cuerpo flotando delante de las costas de Virginia. Tenía la columna dislocada, las vértebras fracturadas.

—Oh. —Es lo único que consigo decir.

—No pensaba que quisieras saberlo —dice ella—. Y fue horrible. Antes de que la matasen, la habían visto con su cría cerca de Florida. Era demasiado joven para sobrevivir sin su madre.

—¿Están las dos muertas? —Me seco las lágrimas.

—Lo siento mucho.

—En realidad, no la odiaba, ¿sabes? —Siempre había dado por sentado que seguiría ahí, mi hermana ballena.

Mi madre me besa la sien.

—Ya lo sé.

Nos quedamos ahí un largo rato mirando al otro lado del campo. Cuando el viento avanza por la hierba, crea olas como las del mar.

# 49

Esa noche, sola en mi habitación, me despido de Francesca recitando las frases del familiar cuento:

—Había una vez una niña que se llamaba Francesca y una ballena que se llamaba Francesca. Francesca, la niña, vivía al lado del mar, y lo mejor de vivir al lado del mar eran las ballenas.

»A Francesca le encantaban las ballenas que se alimentaban en las aguas cercanas a su casa, en la bahía de Fundy. Esperaba todo el año a que llegaran. Esperaba a que el invierno se volviera primavera. Esperaba a que la primavera se fuera acercando al verano, porque en ese momento era cuando venían las primeras ballenas. Enormes rorcuales comunes y preciosos rorcuales de aleta blanca aparecían junto con las marsopas comunes. Pronto llegaban los delfines de flancos blancos y las ballenas jorobadas. Cuando terminaba el colegio, casi todas las ballenas estaban allí. Los calderones y los rorcuales boreales y, si Francesca tenía suerte, las belugas, las ballenas azules, los cachalotes y hasta las orcas. A Francesca le encantaban todas las ballenas, pero había una a la que quería más que a ninguna: una ballena franca del Atlántico Norte que también se llamaba Francesca.

»Era de lo más raro compartir nombre con una ballena, pero a Francesca no le importaba, porque Francesca era una niña muy

especial y Francesca era una ballena muy especial. Todas las mañanas, la niña se levantaba corriendo de la cama y miraba la bahía por la ventana, y su ballena la saludaba saltando en el agua y aterrizando con un enorme chapuzón.

»La niña desayunaba a toda prisa y luego corría hasta la playa con las aletas, las gafas y el tubo. Y, juntas, la niña y la ballena vivían grandes aventuras.

»Hacían carreras con los lenguados y los esturiones, y nadaban con las tortugas bobas y las tortugas laúd. Buscaban camarón antártico y plancton para que la ballena pudiera crecer fuerte. Exploraban los arrecifes de mejillón bastardo y los corales de agua fría, y se maravillaban ante las anémonas y las ascidias. Cuando la niña se cansaba, la ballena la llevaba sobre el lomo. Cuando la niña estaba triste, la ballena llamaba a las focas, que ladraban y chillaban y montaban un espectáculo para la niña y siempre la hacían reír. Cuando llegaba la hora de que la niña volviese a casa a cenar, la ballena se despedía de ella agitando la cola. Y todas las noches tanto la niña como la ballena se iban a dormir, contentas y listas para la gran aventura que les deparaba el día siguiente.

Susurro el cuento entero en la oscuridad y luego digo:

—Buenas noches, Francesca.

# 50

La única comunicación que tengo con George es el mensaje que me manda el día después de que llegue a casa.

Voy a darte espacio, pero no estoy huyendo.
Volveré a casa contigo

Pasan los días. Por la mañana creo recetas como churros en olla de cocción lenta para Brie, pero me dedico a cocinar para mí misma por la tarde y por la noche. Vuelco toda mi frustración, mi esperanza y mi alma en preparar lo que sea que me apetezca preparar. El huerto de mi madre está a pleno rendimiento y ella me deja saquearlo. Ni siquiera se queja de lo fuerte que pongo la música ni de que le manche de salsa la encimera y las paredes. Tampoco limpia lo que ensucio. Yo me encargo de arreglar mis desastres.

No recuerdo cuándo fue la última vez que sentí esta libertad en la cocina. No tengo que demostrar nada ni tampoco controlarlo todo. Puedo dejarme llevar. Un día rebozo flores de calabacín y al siguiente las meto en una *frittata* con queso de cabra. Aso melocotones del Niágara y rebanadas de pan con aceite y los sirvo con *burrata*, piñones, menta y una reducción de balsámico.

Las páginas de un libro de cocina imaginario van llenándome la mente de colores vivos. Se trata de recetas simples que ponen de relieve los ingredientes del país. Un tour culinario por Canadá. Una aventura a través de la comida. Un pasaporte comestible.

Doy largos paseos por el bosque después de que llueva y encuentro gírgolas y chantarelas. Invito a Mimi a cenar y sirvo las setas con orzo, que, según asegura ella, está casi tan bueno como el arroz frito. Debe de notar que no quiero hablar de su nieto porque no lo menciona hasta que la acompaño a la Casa Grande.

—Nadie es perfecto, Francesca —me dice—, ni siquiera George.

Eso me da qué pensar, porque la perfección es justo lo que he terminado esperando de él. En algún momento de la última década he dejado de ver a George como una persona tridimensional.

Otro día desentierro la máquina de pasta. Preparo raviolis rellenos de *ricota* y acelgas del huerto y los sirvo cuando Darwin, Anh y Birdie vienen a cenar, junto con queso fundido y bastoncitos de zanahoria para mi sobrina. Su crítica es que está «irico, rico, rico!».

Paso casi todas las noches en el porche con mi madre mientras mi padre ve el béisbol. Hay una ternura entre nosotras que no había antes. Ha empezado a tejer y se pasa las noches maldiciendo el jersey que le está haciendo a Birdie mientras yo miro el campo. George nunca está lejos de mis pensamientos. Hay versiones jóvenes de nosotros mire hacia donde mire. Riendo como pequeños fantasmas que corren hacia el seto, se tumban en la hierba, pronuncian votos bajo el manzano.

Aurora me consigue una sesión de terapia en línea de última hora con una amiga psicóloga y, cuando llega la hora de la cita, me llevo el portátil a la Casa Grande, donde hay espacio y privacidad. Mimi

me dice que estará fuera supervisando a Leo mientras limpia la piscina y yo subo a la habitación donde dormía las noches que me quedaba allí.

—Qué lugar tan bonito —dice Lydia para entablar conversación.

Y lo es. Hay cortinas de terciopelo del mismo azul que los ojos de George. Una cama con dosel digna de una princesa y un armario antiguo.

—¿Dónde estás?

Con toda la brevedad posible, le hablo de la casa y de sus dueños.

—Las cosas entre George y yo son muy complicadas ahora mismo —añado.

—¿Te gustaría hablarme sobre vuestra relación?

Empiezo a asentir, pero luego le digo:

—En realidad, me gustaría hablar de mi madre.

Cuando termina la hora estoy tensa como un lienzo estirado en un marco. He llorado, pero, sobre todo, he hablado sin parar sobre mi madre mientras Lydia decía cosas como «Debió de ser muy duro» y «¿Cómo te hizo sentir eso?». En cuanto los ojos se me ponen algo vidriosos, dice: «¿Qué te pasa por la cabeza ahora?». Es agotador, pero también catártico. No me he librado del peso que llevo tanto tiempo cargando, pero siento que he dejado una capa en el suelo como una serpiente que muda la piel.

—Si estás dispuesta, me encantaría volver a hablar contigo esta semana —dice Lydia.

—¿Dos veces por semana? Debo de ser un desastre.

—Para nada, pero parece que te vendría bien un apoyo extra en estos momentos.

—Sí —digo—. Y ni siquiera hemos hablado de George.

Ni de Nate, ahora que lo pienso.

Se ríe.

—Entonces, ¿concertamos otra cita?

Lo hacemos.

Pasa una semana. Llega el fin de semana largo de la Civic Holiday, el primer fin de semana de agosto. Le digo a la familia que haremos un pícnic en el campo el lunes para comer. Lleno una fiambrera de frambuesas silvestres que crecen a lo largo de Old Stone Road y mi madre prepara una tarta de melocotón y frambuesas. Mi padre hace pollo y costillas a la parrilla. Viene Moby y trae a Mimi. Yo tiendo unas mantas en el campo. Darwin lleva sillas para nuestros padres y Mimi, y comemos y reímos y nos ponemos perdidos. Es el día más divertido que he pasado en familia desde hace mucho tiempo, pero echo tanto de menos a George que lo siento en el cuerpo, como un pinchazo en el costado. Me excuso para sacar la fuente de cortes de sandía y apoyo la frente en la encimera de la cocina esforzándome por no llorar.

He tenido ganas de hablarle muchísimas veces, he anhelado oír su voz, pero me he resistido a escribirle. Quiero estar segura de mí misma cuando lo haga.

Abro nuestra conversación en el móvil.

«Te echo de menos», escribo.

Pero no tengo claro qué más decir, así que guardo el teléfono sin mandar el mensaje.

Cuando vuelvo con el grupo, mi madre se sienta en la manta y se da unos golpecitos en el regazo. Yo apoyo la cabeza ahí, cierro los

ojos y escucho a mi familia sabiendo que falta alguien.

Pasa otra semana. Mimi y yo bebemos té helado mientras Leo limpia la piscina y, cuando menciona que el abuelo de George nunca aprendió a nadar, caigo en la cuenta de que nunca le he preguntado cómo conoció al gran Edward Saint James. Me explica que fue bailando en *Giselle*, cuando hacía el papel de la vengativa reina Myrtha. Una noche, durante la ovación final, vio a un hombre enorme en primera fila. Parecía completamente fuera de lugar, corpulento y barbudo, pero se puso en pie, sonriéndole, en cuanto ella hizo su última reverencia. Luego apareció en el camerino con el prometido de la bailarina principal, que era un buen amigo suyo. Edward le preguntó a Mimi si era tan malvada en la vida real como sobre el escenario y, cuando ella le respondió que sí, él se rio tan alto que Mimi pensó que temblaban las paredes. Fue una carcajada de pecho maravillosa. Mimi cayó rendida.

—Era guapo y rico, y estaba ocupado con el negocio maderero de su familia aquí, lo cual a mí me iba de perlas, porque me lo estaba pasando de maravilla en Montreal. Nos escribíamos a todas horas. Ay, cómo escribía Edward. George ha sacado su talento. Venía de visita siempre que podía. Y entonces me lesioné.

—No lo sabía.

—No me gusta hablar de ello. Fue culpa mía. Una fractura por sobrecarga en la tibia. Me forcé demasiado e ignoré las señales y la lesión terminó con mi carrera. —Mimi enciende un cigarro.

—Lo siento.

—Ya hace mucho. Edward vino enseguida. Me cuidó. Me propuso matrimonio. Yo vine aquí y empecé una nueva vida. Era diferente de la que había vivido, pero no menos mágica.

—Es una bonita historia —le digo.

—No es una historia, *ma puce*. Es mi vida.

Cuando me estoy tumbando en la cama esa noche, me pica el bichito de la aventura, me entran ganas de salir a explorar. La necesidad es tan grande que no puedo dormir. Recuerdo estar tumbada en esta habitación cuando era pequeña deseando que me pasara algo interesante, segura de que la vida me traería grandes aventuras. Sin embargo, ya no soy una niña y, si quiero aventuras, tengo que ser yo quien las busque. Abro el portátil y, a la luz de la pantalla, empiezo a planear mi próximo viaje. Ahora quiero ir hacia el este. A Newfoundland, creo. O puede que a la Isla del Príncipe Eduardo. Mi madre podría venir conmigo. Podría enseñarme sus ballenas.

El 16 de agosto, tres meses después de la boda que nunca tuvo lugar, voy a un mercadillo de segunda mano con mi madre. Rescato un plato *vintage* de Ridgeway Heritage y empiezo mi nueva colección. En mi libro de cocina imaginario, presento los platos en una vajilla antigua y desparejada. Tal vez podría añadir unas pocas piezas de cerámica para darle un aire más contemporáneo. Podría dividir el libro en secciones según la zona del país: la costa, el bosque, las llanuras… No habría recetas para la olla de cocción lenta,

pero tampoco sería nada demasiado elaborado. Sería muy yo. Esa misma noche le escribo a Brie.

Si un día decidiera escribir un libro de cocina, crees que habría conflicto de intereses?

*Brie*
No!

*Brie*
A ver, no estaría bien que desarrollaras tus recetas durante las horas que yo te pago, pero tienes integridad, sé que no lo harías

Nunca. Y es solo una idea. Es que me apetece sentir un chispazo de creatividad

*Brie*
Mientras tanto, hablemos de cómo darte ese chispazo también en el trabajo

Tengo ideas

*Brie*
No lo dudo

La noche siguiente hago masa de pizza y la cocino a la brasa con salsa casera de tomate y albahaca y con mozzarella fresca. Por encima le pongo jamón cocido y rúcula. Darwin está viendo el partido con mi padre, de modo que mi madre y yo sacamos nuestros trozos de pizza al porche con unas copas de vino.

—¿Cuándo supiste que estabas enamorada de papá?

—Madre mía, no sabría decírtelo. Fue hace tanto tiempo… Pero creo que no hubo ningún momento en concreto.

—Entonces, ¿no fue amor a primera vista como le pasó a él?

Suelta una risa burlona.

—¿Eso es lo que dice tu padre? Qué mentiroso es. No, no fue amor a primera vista. —Da un bocado a la pizza, pensando—. No me malinterpretes, me parecía mono, pero lo que hizo que lo quisiera fue la acumulación de muchas cosas a lo largo de los años: conversaciones, pequeños gestos, bromas… Le interesaba todo lo que yo decía. Tenía tanto interés como yo en que consiguiera mis objetivos. Mi amor por él fue como un cubo bajo la lluvia que va recogiendo agua poco a poco, gota a gota, hasta que un día rebosa. —Se encoge de hombros—. Era mi compañero. La persona que quería tener cerca de mí en los buenos momentos y cuando me parecía que el mundo se venía abajo.

—Suena sencillo cuando lo explicas así —digo.

Escuchamos el canto de un chotacabras y mi madre me da unas palmaditas en la rodilla.

—El amor es de lo más sencillo. Lo complicado son las relaciones.

No habla de nosotras, pero me recuerda a algo que quiero preguntarle.

—¿Querrías viajar al este conmigo un día? —le digo intentando que no se note que estoy nerviosa—. Me gustaría que me enseñaras las ballenas.

Se gira hacia mí sorprendida.

—¿No te gustaría poder verlas otra vez? —le pregunto.

—Me encantaría, cariño.

Después de que mis padres se hayan acostado, yo me quedo en el balancín del porche mirando la silueta del manzano dibujada contra el cielo nocturno. Pienso en mi madre y en Mimi y en las suposiciones que había hecho acerca de la vida de otras personas. Le mando un mensaje a George.

Quiero escuchar tu historia

George me contesta en cuestión de segundos.

*George*
Cuál?

Esa en la que te enamoras de tu mejor amiga

*George*
Ah, mi favorita
Me das unos días? Creo que tengo que escribirlo

# 51

Treinta días después de haber visto a George por última vez, me despierto antes de que el sol haya salido del todo como si alguien hubiera dicho mi nombre, pero la habitación está vacía. El único sonido es el del batir de las cortinas de la ventana abierta. El corazón me late deprisa. ¿Se me ha olvidado hacer algo, ir a algún sitio? No se me ocurre nada.

Cuando me levanto para cerrar la ventana, me encuentro el cielo a pinceladas de carmesí y rubí. Todavía no hay rastro de lluvia, pero el dulzor del aire me indica que se acerca.

«Cielo rojo al amanecer es que el mar se ha de mover».

Una mancha marrón me atrae la vista hacia el seto. Son dos conejos disfrutando de su desayuno justo al lado del lugar en el que se separan las ramas de cedro. Igual que cuando era pequeña, siento que algo me llama, algo me está esperando.

Descalza, bajo las escaleras sin hacer ruido y camino deprisa, en camisón, por la hierba reluciente de rocío. Los conejos se lanzan hacia el seto en cuanto me ven. Yo estoy sin aliento cuando llego al buzón. La pequeña cabaña de madera está ahora desgastada y gris, y chirría cuando le abro el tejado.

Dentro hay hojas de papel arrancadas de una libreta y dobladas por la mitad.

George está en casa.

Vacilo antes de sacar las hojas. Sé que, diga lo que diga esta carta, las cosas cambiarán una vez más. Cierro los ojos y la saco.

La caligrafía de George es un caos de letra ligada y letra de imprenta. Las palabras han salido atropelladas de su bolígrafo. Leo la carta ahí mismo, en camisón y descalza, y descubro que no se trata de ninguna carta.

Había una vez un niño llamado George.

Es la historia de George.

George estaba muy triste. Primero había perdido a su madre y luego su padre lo había dejado atrás. Tenía ocho años y hasta ese momento solamente había visitado a su abuela dos veces. La primera cuando era un bebé y la segunda a los siete años, cuando su padre lo dejó solo con su extraña abuela justo después de la muerte de su madre.

Aquel fin de semana, el niño pasó miedo. Su abuela era menuda, tenía la piel arrugada y llevaba pelucas raras. Detestaba el olor de sus cigarros, pero su casa tenía un jardín enorme al que podía escapar. Y entonces salió y oyó a una niña riendo y a una mujer llamándola. Le encantó aquel sonido, de modo que se acercó un poco más, sin que lo vieran, a la risa y a la voz que decía: «Frankie, Frankie, baja de ahí, que te romperás la cabeza».

Se me eriza el vello de los brazos. Nunca me lo había contado.

El niño se acercó todo lo que pudo hasta llegar al seto de cedro. Caminó hasta que encontró un agujero entre el verdor, hasta que pudo ver a la niña subida a las ramas de un roble rojo y a su madre rogándole que bajara.

Pensó en aquella niña todo el año. En lo valiente que debía de ser para subir tan alto. En lo afortunada que era de tener un árbol al que subirse y una madre a quien le importaba si caía.

A los ocho años, su padre lo mandó a vivir con su abuela, que al final resultó no dar tanto miedo. En cuanto pudo, corrió hacia el agujero del seto intentando volver a ver a la niña. La encontró andando por ahí con un impermeable amarillo, un camisón lleno de barro y botas de agua, gritándoles a sus hermanos mayores. La vio perseguir a un conejo. Vio al conejo aparecer en su lado del seto. Y entonces se topó con dos extraños ojos violeta justo delante de él.

—Hola —dijo ella—. Soy Francesca, pero puedes llamarme Frankie.

«Sé quién eres», pensó él.

Necesitaba gafas y tuvo que entrecerrar los ojos para verla bien. Tenía el pelo más alborotado que había visto nunca. Su cabellera era un ciclón rubio. Le pareció increíble. Todo lo relacionado con ella era increíble. Su apretón de manos firme. Su tono mandón.

Estaba convencida de que la abuela de él era una bruja y a él le pareció que debía de ser agradable vivir en un mundo de cuento de hadas. No sabía nada del dolor de ella, no sabía que era como él en muchos sentidos. Quería pegarse a ella como una lapa y le preocupaba que ella se diera cuenta, que su soledad emanase de su cuerpo como un mal olor, pero ella quiso entrar en la casa. No se lo podía creer. Estaba seguro de que se cansaría de él.

—Yo no soy interesante —la advirtió.

—Eso lo decidiré yo —respondió ella—. Por favor, tengo unas ganas irrefrenables de vivir una aventura.

George se rio más fuerte de lo que se había reído desde que murió su madre, y a ella pareció encantarle el sonido. Siguió mirando a aquella niña mágica que parecía tan intrépida y brillante, y decidió entrar con ella en casa. La dejó entrar el primer día sin saber lo hondo que llegaría ella.

Seguía esperando a que se aburriera de él, pero ella nunca se cansaba. Resultó que nada era aburrido al lado de Frankie, ni siquiera él. Era valiente e imaginativa y testaruda, y George descubrió que, cuando estaban juntos, él también lo era. Se preguntó si aquellas ganas de más se las estaba pegando

ella o si habían estado ahí todo aquel tiempo. Aquellas ganas de divertirse más. Aquellas ganas de vivir más aventuras. Aquellas ganas de más Frankie.

Años más tarde, George veía a su mejor amiga tumbada bocabajo al lado de la piscina y se daría cuenta de que le gustaba. Era imposible parar aquel sentimiento. Por más que intentó deshacerse de él, volvía siempre con más fuerza. Hasta que un día dejó de poder negar que estaba enamorado de ella y que tal vez lo había estado todo aquel tiempo. Era un amor salvaje y destructivo, justo como Frankie temía que fuera; un amor que podía apoderarse de él, pero, a diferencia de ella, George se perdería en ese amor con gusto. De modo que se prometió que esperaría hasta que ella estuviera lista. Y, cuando pareció que nunca lo estaría, intentó pasar página. Alejarse. Ir más allá. Dejar de estar enamorado. No funcionó nada.

Hiciera lo que hiciese, George volvía a enamorarse de Frankie una y otra vez. La había querido desde el principio, la había querido cada segundo de cada día y la querría hasta el final de los tiempos. Y se prometió que, si no podían tener un final feliz, siempre sería su mejor amigo.

Vuelvo a casa tambaleándome, aturdida. Siento tanta presión en el pecho que me tumbo en el suelo con un cojín bajo los hombros para intentar crear más espacio entre mis costillas. Leo la historia dos veces más.

«Era un amor salvaje y destructivo».

«Sí —pienso—. Sí que lo es».

Yo estoy destruida. Me he pasado la vida protegiéndome contra este mismo sentimiento, esta impotencia, este éxtasis, pero no tengo más remedio que entregarme a él.

Sigo en el suelo cuando mi padre baja a preparar café. Ya lleva puesto su mono Carhartt (casi todo el fondo de armario de mi padre es de Mark's, la tienda de ropa de trabajo).

—¿Estás bien? —pregunta.

—La verdad es que no.

Cuando el café está listo, me trae una taza y un trozo de bizcocho de plátano, y se acomoda en su sillón mientras yo me quedo sentada con las piernas cruzadas en la alfombra.

—George es un buen chico.

—Lo sé.

—Y lo quiero como a un hijo.

—Ya lo sé, papá.

Desde el principio, mi padre se ofreció a darle cobijo. Todos teníamos ratos especiales a solas con mi padre en el taller y George no era una excepción. Una vez, me los encontré lijando la puerta de un armario y mi padre le hablaba de cuando conoció a mi madre.

Da un sorbo de café y deja la taza.

—Pero puedes alejarte de él si es lo mejor para ti. No dejes que nadie te lo recrimine.

—Gracias —susurro emocionada. Rompo una esquina de bizcocho y me la llevo a la boca. Estoy bastante convencida de que llamará a los refuerzos si me pongo a llorar—. No quiero alejarme.

Asiente.

—Eso me imaginaba.

Brie me está haciendo pensar por adelantado en los platos para las fiestas, así que me paso el día preparando seis tipos diferentes de guarnición e inventando nuevas recetas con pavo. Nos comemos el resultado para cenar y casi estrangulo a mi padre cuando anuncia que la guarnición de albaricoque y salchicha es una obra maestra y pregunta por qué hacemos la misma guarnición todos los años.

Esa noche, después de que mi padre se acueste, mi madre y yo metemos cortes de helado de caramelo salado entre dos galletas con trocitos de chocolate y nos los comemos de pie al lado de la encimera de la cocina.

—Es posible que me haya enamorado de George —le digo.

Ella deja el corte de helado sobre la encimera y se limpia las migas de las manos.

—¿Quieres hablar de ello?

—Sí —digo. Y es verdad.

Nos sentamos una al lado de la otra en el balancín del porche y le hablo de El Plan de George. Le hablo de la sauna flotante, del surf y de la comida, pero, sobre todo, le explico que la semana en Tofino me ha hecho ver a mi amigo con otros ojos.

—Siempre he sabido que era atractivo, por dentro y por fuera, pero, cada vez que me daba cuenta de que estaba pensando eso de él, lo ignoraba. Lo metí en un rincón de mi mente y nunca lo dejé salir. Sin embargo, esa semana… ya no estaba en ese rincón y vi el increíble hombre en el que se ha convertido. Siempre ha sido simplemente George. Siempre ha estado ahí. Y ahora es… —Desvío la mirada hacia el seto que divide nuestro terreno del de la Casa Grande—. George.

Lo quiero. Lo quiero tanto que siento que podría ahogarme en este amor. Me encanta que esté cerca, pero que a la vez me esté dando espacio. Me encanta que me provoque y que me cuide y que no me deje salirme con la mía en nada. Me vuelvo hacia mi madre.

—¿Tienes algún consejo?

—No. —Me da unas palmaditas en la rodilla—. Pero sé que averiguarás qué hacer.

Antes de irme a dormir, cruzo el campo con el corazón en un puño y le dejo una nota a George en el buzón.

¿Hay más?

A la mañana siguiente hay un sobre blanco impoluto esperándome en el buzón. En él, con la letra de George, dice DOCE AÑOS. Lo abro con ansia.

Querida Frankie:

Hoy volvíamos a casa en el autobús del colegio y las chicas de atrás han empezado a meterse con Avery Harper-Klyne. Tú te has vuelto y has empezado a reñirlas. ¡Ha sido increíble! Ni siquiera te cae muy bien Avery, pero no te gusta que la gente sea cruel. Estaba pensando que eres la chica más guay que conozco, pero también he pensado que eres la más guapa. Tienes el pelo y los ojos bonitos y creo que tu cara es preciosa. Estoy bastante seguro de que te parecería horrible que te lo dijera, así que no voy a mandarte esta carta.

GEORGE

La primera vez que la leo me río. La segunda vez, lloro. Haría lo que fuera por abrazar al George de doce años y decirle que deberá tener paciencia, que él entiende su propio corazón mucho mejor que su mejor amiga el de ella.

En la parte de atrás del sobre, George ha escrito una pregunta: «¿Quieres más?».

Llevo la carta en el bolsillo de atrás de los pantalones todo el día. No sé por qué pospongo responder, si ya da igual si quiero o no

quiero más. Lo necesito. Después de cenar, escribo «sí» en un trozo de papel y lo dejo en la casa nido.

Por la mañana, me espera otro sobre.

## TRECE AÑOS

Querida Frankie:

Vale, voy a decirlo y punto: me gustas. Ya lo he dicho. Me siento… raro, pero también bien.

Hoy hemos estado nadando y luego leyendo al lado de la piscina. Te he mirado y las palabras me han venido a la cabeza como si las estuviera diciendo otra persona: «Te gusta Frankie».

Eso explica MUCHAS COSAS. Como por qué pienso en ti cuando no estamos juntos y sueño contigo. Mimi dice que estoy colado por ti. No sé cómo lo ha sabido, pero creo que «colado» es una palabra tonta. Y nada de esto me parece tonto.

GEORGE

Cada mañana me espera una carta nueva.

## QUINCE AÑOS

Pensaba que salir con otras chicas me ayudaría a que dejaras de gustarme, pero creo que no funciona. No hago más que compararlas contigo y nunca están a la altura y me siento un capullo. Pensé que Nicole podía ser diferente. Es guapa y lista y cuando hacemos nuestras cosas me olvido de ti. Pero entonces haces algo como dibujarme un mapa de todos los lugares a los que quieres que viajemos juntos o gritarle al profesor de Francés o, peor aún,

cerrar los ojos cuando bailamos con una enorme sonrisa en la cara, y vuelvo a estar jodido.

## DIECISÉIS AÑOS

¡No me puedo creer que me hayas pedido que me acueste contigo! ¿Sabes las ganas que tenía de decirte que sí? ¡¡¡Quiero acostarme contigo porque me gustas!!! No para que puedas «terminar ya con esto». ¿Sabes el daño que hace eso? ¿¿¿Qué me estás contando, Frankie???

¡La cosa es que estaba muy bien antes de todo esto! Pensaba: «Vale, George, no le interesa tener novio. No es por ti, es que todavía no está lista». Había pasado página.

Pero ahora no puedo dejar de pensar en nosotros juntos en la cama. O en el campo por la noche. O en el armario. Y me entran ganas de darme un puñetazo a mí mismo por haber dicho que no.

## DIECIOCHO AÑOS

Estás al otro lado de la pared, en la cama, pero yo no puedo dormir. Hoy hemos comprado todo el material que necesitas para la escuela. He estado a tu lado en la cocina viendo cómo lavabas cada cuenco y cuchara y cuchillo con muchísimo cuidado y he sentido que no podía respirar. En ese momento he sabido que estaba enamorado de ti.

Pensaba que quizá sería más fácil una vez que nos mudásemos a la ciudad. Gente nueva. Un espacio compartido y muchísimas posibilidades de enfadarnos con el otro. Pero es mucho peor. No hay forma de escapar de ti ni de lo que siento.

Te quiero, Frankie. Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Pasan cinco días y no hablamos. Me pregunto si George siente que necesito espacio, tiempo para asimilar cada carta y dejar que reconfigure nuestra historia. Cada una es una revelación y las guardo como el tesoro que son en mi cuarto, donde las leo una y otra y otra vez. Pienso en ese chico de ojos azules que tiene miedo de compartir lo que siente con su mejor amiga y en cómo se convirtió en un hombre que guardaba su corazón bajo llave. Me pregunto si hemos estado perdiendo el tiempo o si nos estábamos haciendo más fuertes. Si nos estábamos preparando, aprovisionando, equipando para la batalla.

A George y a mí siempre nos ha costado compartir con el otro las emociones que nos hacían más vulnerables. Él no quería poner en peligro la solidez de lo que teníamos, mientras que yo he estudiado sus ojos azules y me he negado a ver lo que había en ellos, pero quiero dejar de mirar para otro lado.

Arranco una hoja de mi libreta y escribo un mensaje para él. Lo llevo al buzón después de cenar.

Las cigarras cantan todo el día durante el verano, pero callan en cuanto cae el sol. Todo es quietud. El aire lleva el dulzor de la hierba recién cortada. Mi padre la recorta cerca de la casa, pero, en el campo, me roza las piernas como un secreto. Algo se mueve por el seto y me quedo quieta buscando un conejo o un zorro, pero no veo nada. Las sombras me engañan.

Al acercarme al hueco, un topillo del bosque corretea por mis pies. Me agacho observando cómo se aleja corriendo más allá del cedro. Cuando me levanto, George está al otro lado. Su pelo está más largo que la última vez que lo vi, una tormenta marina sobre su cabeza, y las mejillas ásperas por la barba de pocos días. Va descalzo, tiene un

agujero en la rodilla del vaquero y a su camiseta no le vendría mal un planchado. Parece una canción de amor. En las manos lleva un pequeño cofre de madera de caoba, con flores grabadas en la tapa. Me he pasado horas y, seguramente, días de mi vida preguntándome qué guardaba George en él.

Levanto la hoja de papel.

—Iba a dejarte esto.

—¿Qué dice?

—Dice: «Me gustaría leer el resto de mis cartas».

Incluso en la oscuridad veo la diversión en los ojos de George.

—¿Tus cartas?

—Están dirigidas a mí. Técnicamente son mías.

Veo cómo se le mueve la nuez al tragar. Nunca había pensado que esa acción pudiera ser tan bonita hasta que me fijé en el movimiento de la nuez de George. Me tiende la caja.

Yo la acepto y paso las manos por encima de los lirios de la tapa.

—Era de mi madre —dice—. Hay más cartas dentro. Postales. Notas. Puedes quedártelas todas.

Levanto la vista sorprendida.

—Siempre he creído que aquí guardabas material prohibido.

—No exactamente. —Se rasca la mandíbula—. Aunque algunas cartas son un poco… imaginativas. Estás avisada.

Nos sonreímos, nerviosos, y siento como si estuviera conociéndolo de nuevo.

—Es que no me lo creo —musito—. Tardaré un tiempo en asimilarlo.

—Tómate el tiempo que necesites. Estaré aquí cuando estés lista para hablar.

—Gracias —susurro.

Asiente.

—Buenas noche, Frankie.

Lo veo marcharse y siento como si se llevase mi corazón con él.

—George. Espera.

Se detiene y vuelve la cabeza.

—No quiero leerlas sola.

Hace una pausa antes de señalar la Casa Grande con la cabeza.

—¿Quieres entrar?

Una brisa cálida baila entre las copas de los árboles.

—No lo sé. Dicen que ahí vive una bruja.

Vuelve caminando hacia mí con una sonrisa tirándole de las comisuras de los labios.

—No es una bruja —dice—. Es mi abuela. No hay ojos de tritón ni patas de rana. Y tampoco hay gato negro ya.

—Hum. —Echo un vistazo a la Casa Grande, detrás de George—. No lo tengo claro, parece como si ahí pudiera vivir una bruja.

Su voz es tan suave como el aleteo de las hojas en las ramas.

—Tendrás que confiar en mí.

Me recorre la cara con la mirada y luego levanta una mano y me acaricia el pómulo con el pulgar. Un estremecimiento me baja por la columna.

—Entra, Frankie.

# 52

Mimi está en la puerta esperándonos. Lleva batín y su peluca pelirroja, fuma un cigarrillo fino y tiene la mano desocupada cruzada sobre el abdomen.

—Francesca, querida. —Señala con la cabeza el cofre que me he guardado bajo el brazo—. Llevo años diciéndole que te las dé. No dejaba de repetir que estaba esperando el momento perfecto y yo le decía una y otra vez que eso no existe.

Asiento.

—Pero no sé si yo habría estado preparada para recibirlas. Ahora estoy lista.

Siento el peso de la mirada de George en mi cara mientras Mimi sopesa lo que acabo de decir. Le quita importancia con un gesto de la mano.

—Tonterías —dice—, lo estás defendiendo, como siempre.

Ladeo la cabeza.

—Y tú le has guardado los secretos.

—A regañadientes. —Mimi le da una calada al cigarro sonriendo—. Pero ahora todo ha salido a la luz. *Et qu'est-ce que tu vas faire, ma chère?*

—*Laisse-la* —dice George en un tono firme.

Lo miro para que me lo traduzca, pero él niega con la cabeza.

—Nada.

Mimi se aclara la voz.

—He preguntado qué pensabas hacer al respecto.

No me doy cuenta de que he ido acercándome poco a poco a George, apoyándome en su costado, hasta que me pone una mano en la espalda.

—Ya te lo diremos. —Le doy un beso de buenas noches. Me dirijo a la biblioteca con George a mi lado—. Pero no nos esperes despierta.

George cierra la puerta al entrar, lo cual sofoca la risa de Mimi, y yo miro a mi alrededor. Esta habitación me parecía enorme, imponente. Ante las vidrieras cuelgan gruesas cortinas de brocado sujetas por el centro mediante cuerdas con borlas en las puntas. Las alfombras persas cubren casi cada centímetro del parquet. Hay una enorme chimenea de piedra, dos butacas orejeras muy mullidas y un sofá de cuero con capitoné. Y, por supuesto, los libros. Las paredes están recubiertas de estanterías llenas de novelas y biografías, y la sala huele a sus viejas páginas.

Cuando éramos muy pequeños, George y yo hicimos grandes planes con los que mejoraríamos la Casa Grande si fuéramos los dueños. Pondríamos un tobogán acuático desde la ventana de su dormitorio hasta la piscina y plantaríamos un laberinto de seto de cedro y un campo de calabazas para Halloween. En Halloween, convertiríamos la casa en una mansión encantada tan maravillosa y aterradora que los padres traerían a sus hijos desde Peterborough para verla. Yo me disfrazaría de bruja, y George, de hechicero.

Ahora todo me parece algo desgastado y polvoriento, y siento ganas de cuidarlo. Con una mano de pintura y algo de trabajo duro.

Aireando las cortinas para que no huelan a humo.

Dejo la caja, me cuelo detrás de la estantería y abro la puerta del armario. Tiro de la cadena que enciende la bombilla y me impacta lo pequeño que parece el espacio. Somos demasiado grandes.

—Aquí no vamos a caber —digo volviendo la cabeza hacia George.

—Hemos crecido.

Me quedo mirando la bombilla que cuelga sobre el metro y medio de suelo que hacía las veces de cuartel general de nuestra amistad, donde hicimos planes y escribimos votos y discutimos sobre un laberinto imaginario. No recuerdo qué edad teníamos la última vez que nos refugiamos en el seno de aquel armario. Me pregunto si sabíamos que nos estábamos haciendo demasiado mayores para su estrechez. ¿Se nos enredarían las extremidades? ¿Tendríamos una edad en la que estar pegados se nos hacía raro?

Nunca volveremos a ser esos críos que conspiraban en voz baja y contaban cuentos.

—Qué triste —digo volviendo al lado de George—. ¿No te gustaría que pudiéramos acurrucarnos ahí dentro y debatir qué pondríamos en el centro de un laberinto?

—Un jardín secreto —dice él.

—Una fuente —insisto.

Una discusión que tiene tantos años como nuestra amistad.

—Es triste —dice George—, pero no me gustaría volver al pasado.

—¿No?

George cruza la sala y viene hacia mí.

—Pero te prometo que atesoraré los recuerdos, las discusiones y los retos. Todas las carreras, todas las partidas de Marco Polo. Todos los árboles que escalamos. Todos los errores que cometimos.

George levanta la mano y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. En esta biblioteca, recordando, me siento atrapada entre dos mundos.

—Yo también los atesoraré —prometo—. Todas las noches que miramos las estrellas. Los bares de mala muerte. Los trayectos a caballito. Todas las comidas que compartimos.

—Los desastres que limpié.

—Las mañanas en las que tu voz fue lo primero que oí —le digo.

—Son los mejores momentos de mi vida —dice George.

Y podría haber muchos más.

—Siento no haberte contado lo de Nate —dice—. No sabía cómo hacerlo y no quería que me odiases, pero te prometo que lo habría hecho.

—Lo sé.

«Te conozco».

George se ha pasado años guardando sus sentimientos dentro de ese cofre de madera. Está aprendiendo a dejarlos libres. Los dos estamos aprendiendo.

—Me sorprendió y me dolió —le digo—. También me asusté. No tenía espacio para ver las cosas desde tu punto de vista.

—Lo siento —repite—. No te imaginas cuánto lo siento.

—Creo que sí. Sé que te he hecho daño y me odio por ello. Las cartas… me han roto el corazón, George. —Parpadeo para no llorar —. Siempre has sido la persona más importante de mi vida, pero nunca me he permitido imaginar que pudieras ser más que un amigo. Cada vez que me descubría preguntándome si podía haber algo más, apartaba ese pensamiento y me decía a mí misma que no significaba nada. Cuando te fuiste del piso, no me permití pensar por

qué sentía que me habías arrancado un trozo de corazón y te lo habías llevado contigo. Por lo menos tú has sido sincero contigo mismo. Yo fui demasiado cabezota para ver lo que podías ser para mí. —Mi mejor amigo. Mi amante. Mi alma gemela.

—Frankie —dice dándome la mano—, me encanta lo cabezota que eres.

Me río.

—Eso es absurdo. Tú eres absurdo. Y estoy muy enamorada de ti.

Sus labios están sobre los míos antes de que haya terminado de decir la frase. Otra carcajada me sube por la garganta. George me besa y yo lo beso. Creo que esto es lo que había en el centro del laberinto. George y yo besándonos todo el tiempo posible.

Me aparto mirando esos ojos azul oscuro.

—Te quiero, Frankie. Mi amor por ti es una parte fundamental de quién soy. Lo llevo hasta en los huesos, un soneto escrito en la médula.

—Absurdo —digo con la sonrisa más grande de todas.

—Frankie. —Mi nombre sale ronco de sus labios.

—George.

Se traga su nombre con un beso ávido. Me levanta del suelo y me lleva hasta el sofá. Se sienta y me baja con él de modo que me quedo a horcajadas sobre su regazo. Enrollo los brazos en su cuello.

Él me lanza una sonrisa antes de volverme a besar.

—No me puedo creer que pueda hacer esto.

—Y lo haces pero que muy bien.

Sonríe.

—Te quiero, Frankie. Eres todo lo que sé sobre el amor.

Nos perdemos en los labios del otro. En nuestras confesiones susurradas. En el contacto. Y vuelve a parecerme nuevo. Nos contamos secretos con las manos. Nos hacemos promesas con la lengua. Nos desnudamos el uno al otro con reverencia y nos damos besos llenos de devoción en la mandíbula y los hombros y las cicatrices.

—¿Sabes qué he querido hacer siempre? —me pregunta mientras me quita la ropa interior.

—Dime —suspiro.

Me lanza una sonrisa pícara y señala el armario con la cabeza.

—¿Crees que cabremos?

Me tiende una mano.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Nos colamos en el armario con gran dificultad y dentro hay el espacio justo para que George me empuje contra una pared y suba mi muslo hasta su cadera. Se cuela dentro de mí con un empujón que nos deja a los dos sin aliento. Nos miramos a los ojos y no es el pasado lo que veo ante mí, sino el futuro.

Un sinfín de posibilidades. Toda una vida de aventuras. Risas. Discusiones. Bailes. Viajes. Sexo. Comida. Amistad.

Y una constante.

Nosotros.

# 53

Al terminar, nos quedamos enredados en el sofá besándonos con ternura. George me recorre la columna con los dedos y yo me incorporo de pronto al recordar a qué había venido.

—Quiero leer las otras cartas.

—Ahora no —dice levantando la barbilla para darme otro beso—. Dejemos esa humillación para otro día.

Niego con la cabeza.

—Tengo unas ganas irrefrenables de abrir esa caja.

Nos vestimos y nos acurrucamos en el sofá con el cofre entre nosotros, y él me observa ruborizado mientras abro el candado y la tapa. Está lleno de hojas, postales, cartas y recuerdos de nuestra amistad. Una pluma de arrendajo azul. El esbozo de un laberinto. El menú de mi trabajo final en la escuela de cocina. Algunas de las cartas están escritas con mi letra. Otras con la de George. Saco una de las mías. Es una tarjeta casera con un dibujo en el que jugamos en el campo en la parte delantera y un mensaje escrito en rotulador azul dentro.

Para George:
¡Felices nueve años! Espero que te guste tu regalo.
De tu mejor amiga,

—¿Recuerdas qué me regalaste? —pregunta.

Yo niego con la cabeza.

—Atrapaste un sapo y lo metiste en una caja de zapatos con agujeros en la tapa.

—¡Y tú lo soltaste! —digo cuando me vuelve el recuerdo.

—Era cruel tenerlo ahí.

Saco otra escrita con boli morado. Por la letra, me imagino que la escribí durante la adolescencia.

> No volverá a pasar. Te lo prometo.

—Esto debió de ser de cuando intenté seducirte.

Se ríe.

—Aquel sujetador verde fue una tortura.

Luego saco un pósit de cuando compartíamos piso:

> ¡¡¡No me puedo creer que viva con el EDITOR JEFE de *The Eyeopener*!!! Estoy superorgullosa de ti. ¿¿¿Invitas a tus compañeros a cenar el lunes???

Niego con la cabeza.

—Está todo aquí.

—No todo. Me guardaba las que me hacían sonreír o reírme.

Antes de que yo pueda decir nada me da otra hoja.

—Esta también me gusta. La encontré cuando volví a casa el mes pasado.

Es lo que le dejé en el buzón en junio.

Te veo por todas partes. Y eso solo hace que te eche más de menos.

Niego con la cabeza maravillada.

—Ojalá lo hubiera sabido antes.

—¿El qué?

—Que podía enamorarme de ti tan fácilmente si me lo permitía.

Aunque puede que siempre lo haya sabido. Puede que eso fuera lo que me daba tanto miedo.

Me aparta el pelo hacia atrás.

—No sabes cuánto deseaba que ocurriese.

Sin pensar, le cojo las gafas y empiezo a limpiarlas.

—Me encanta que hagas eso —dice.

—¿En serio? ¿No te molesta que siempre te las esté quitando?

Niega con la cabeza.

—Es una pequeña forma de cuidarme. Me gusta.

Lo cuidaré. Cuidaré a George como siempre he intentado hacerlo y lo cuidaré de formas en las que no he sido capaz de hacerlo hasta ahora. Le daré todo el amor que siempre se ha merecido. Y él me querrá del modo en que solo George puede quererme. Incansable. Lo veo todo muy claro. Tengo la respuesta a una pregunta que no sabía cómo formular.

—Entonces te limpiaré estas gafas sucias y sexis siempre que me apetezca.

Levanta las cejas.

—¿Sexis?

—Pues sí —le digo—. Te sientan muy bien.

—Gracias.

—¿Puedo leer ya el resto de tus cartas? —le pregunto.

Su respuesta es un beso en la sien.

Saco una —es una postal de Vancouver— y empiezo a leerla. Las lágrimas me nublan la vista cuando la devoro, y luego devoro otra y otra. George se coloca a mi lado y me rodea con un brazo y yo apoyo la cabeza en su hombro.

> Cuando éramos niños, jugábamos a que éramos un rey y una reina y que la Casa Grande era nuestro castillo, pero ahora pienso que podríamos haber creado castillos en cualquier lado. Sentado en aviones y autobuses, te imagino a mi lado y el mundo me parece nuestro reino.

En una carta de cuando tenía veinticinco años:

> Esta semana he vuelto a leer *Mujercitas*. Marmee le dice a Jo que ella y Laurie son demasiado parecidos para hacer buena pareja. Tienen una «personalidad fuerte y apasionada» y «ambos valoran demasiado la libertad», pero a mí me parece que eso habría hecho que estuvieran muy bien juntos. Pienso que habrían tenido una vida grandiosa, escandalosa y espectacular juntos. Y creo que nosotros también.

Una postal de São Paulo:

> ¿Sabes cuántas palabras hay para designar el color morado? A mí se me han ocurrido diez, pero ninguna de ellas capta el matiz de tus ojos, así que me quedaré con «violeta». Frankie, tienes unos ojos violeta preciosos.

Levanto la vista hacia George. Y salvo la distancia entre nosotros. De pronto, vuelvo a estar hambrienta de él. De su cuerpo. De su piel. De su alma en la mía. Me subo a su regazo y bajo la boca hasta la suya, y él suelta un suspiro.

—¿Estás bien?

Roza la nariz con la mía sonriendo.

—Es que no me lo creo —dice—. Tardaré un tiempo en asimilarlo.

Son las palabras que yo he usado antes.

—Te quiero —le digo.

George cierra los ojos, absorbiendo las palabras, y busca mis labios con los suyos. Cuando abre los ojos, encuentro en ellos un brillo que me resulta familiar.

Me tumba de espaldas y se coloca encima de mí.

—Yo te quiero más —dice.

Me río.

—¿Ahora es una competición?

—No —dice George bajando la frente hasta la mía—. Yo te quiero más. Es oficial.

—Eso ya lo veremos. —Le paso las manos por el pecho, por el tatuaje—. Ya sabes lo competitiva que soy, y creo que puedo demostrarte que tengo razón.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Igual tardas un tiempo —dice acariciándome el labio inferior con la lengua—. Igual tardas toda la noche.

—Igual tardo toda la vida —le digo cuando me recorre el cuello a besos.

«Hasta el fin de los tiempos».

George levanta la cabeza y sus ojos alternan a toda velocidad entre los míos.

—¿Crees que podrás conmigo? —le pregunto.

—No. —Sonríe—. Nadie puede contigo. Es algo que me encanta de ti y nunca me agobia: siempre quiero más.

—Cuidado con lo que deseas.

—Ya he ido con cuidado demasiado tiempo.

Me sorprende cuando parpadeo y derramo una lágrima.

George me la seca con un beso.

—Te prometo que te querré siempre.

—Y yo te prometo que te querré a ti.

—Una promesa por otra —dice George.

La mejor que hemos hecho.

# EL MUNDO ENTERO

# Tenemos treinta y un años

# Un año después

Emerge del agua como si no hubiera gravedad. Las setenta toneladas no son rival para su necesidad de volar. Me tapo la boca con las manos para ahogar un grito maravillado. Una de las últimas ballenas francas nos ofrece un espectáculo en directo. Una bailarina del mar. Su viaje hasta aquí ha sido azaroso, pero lo ha conseguido.

—Echo de menos a mi madre —le digo a George.

Él me rodea con un brazo. Levanto la cabeza para mirarlo. El viento le alborota el pelo delante de los ojos azul marino. Estamos viajando hacia el norte por la costa, siguiendo la migración de ballenas francas para una serie de artículos que George ha ido escribiendo de forma intermitente en este año que llevamos juntos. En ese tiempo también hemos visitado la isla Fogo de Terranova, la ciudad de Quebec y el Parque Provincial de Tombstone en el Yukón, lugares que yo tenía pendiente visitar. Y ahora estamos aquí, en la bahía de Fundy.

—Llegará en unos días —dice George besándome en la mejilla—, pero llamémosla al volver.

Sonrío. Nos alojamos en una posada de la isla Campobello, cerca de la costa de Maine y Nuevo Brunswick, pero, vayamos donde

vayamos, estamos en casa. La habitación de un motel de carretera. Un Airbnb en Halifax. Casa de mis padres. La Casa Grande. Nuestro piso de Toronto.

George es mi hogar.

En nuestros viajes, he estado comiendo, cocinando y tomando notas, tanto para el libro de cocina que estoy escribiendo como para el trabajo. El año pasado le dije a Brie que echaba de menos la chispa de la creatividad tanto en mí como en sus recetas. Le confesé con tacto que sentía que a su contenido le faltaba alma, que, en la comida, lo primordial eran las personas, no los algoritmos. Ella estuvo de acuerdo y me ascendió a directora de contenidos gastronómicos. No era lo que esperaba, pero desarrollar un nuevo enfoque para la empresa me ha dado el subidón profesional que tanto deseaba.

—Estoy orgulloso de ti —me dice George ahora.

—¿Por?

—Por traer a tu madre a casa. —«A casa», con sus ballenas.

Le aprieto la mano.

El viento arrecia y me estremezco. George me envuelve con su cuerpo acomodando mi espalda en su pecho y rodeándome la cintura con los brazos. Juntos, estudiamos el agua. Ha habido muchísimos momentos como este durante el último año en los que la vida, nuestro amor, me ha parecido un cuento de hadas.

Sin embargo, tal vez cuando más lo sentí fue en primavera. Estábamos en casa visitando a la familia y, una mañana, me despertó llamando a la ventana de mi habitación. Me dijo que quería dar un paseo para ver el amanecer. Juntos cruzamos el campo hacia la Casa Grande y, cuando llegamos al hueco del seto de cedro, se

dejó caer sobre una rodilla y se sacó un anillo de amatista y diamantes del bolsillo.

Al cabo de unos días, intercambiamos los votos bajo las ramas en flor del manzano, con la familia reunida a nuestro alrededor y el confeti de los pétalos de manzano a nuestros pies. Yo llevé un ramo de violetas del jardín de Mimi. George se peinó. Nos prometimos que seríamos mejores amigos para siempre. Nos prometimos que seríamos mucho más. Y después bailamos en el salón de la Casa Grande y yo cerré los ojos y sentí el corazón rebosante.

Vayamos donde vayamos, George escribe sobre los lugares que hemos visitado y yo documento lo que probamos, cartografío los viajes con el paladar. Hacemos planes de futuro como cuando éramos niños, pero, ahora, en aviones y largos viajes en coche. Hablamos de esta vida que estamos construyendo juntos. De las historias que hemos compartido. Y de las que nos esperan.

Todos los lugares son nuestros. Todos son nuestro armario tras las estanterías. Nuestro piso. Nuestro castillo.

Con una última pirueta, la ballena vuelve al mar, a su reino.

Yo me giro hacia George, lo abrazo con fuerza y vuelvo al mío.

# *Ballena franca número 1.950*

A pesar de las décadas de esfuerzos de conservación, la ballena franca del Atlántico Norte sigue siendo una especie en peligro crítico de extinción, uno de los grandes cetáceos más amenazados del mundo. Los arrollamientos de barcos y los enredos en aparejos de pesca son las dos mayores amenazas para la población de estos animales, junto con los efectos del cambio climático y el aumento de los niveles de ruido en el océano; todo debido a la intervención humana. En el momento de escribir esto, quedan menos de trescientos setenta de estos increíbles mamíferos, y menos de setenta hembras todavía paren crías. Estas ballenas cargan con el peso del destino de la especie.

La baja tasa de reproducción de las ballenas francas convierte la recuperación poblacional en un reto especialmente difícil y es uno de los motivos por los que los investigadores, tanto en Canadá como en Estados Unidos, están tan interesados en comprender y monitorizar a estas ballenas. Gracias a una colaboración entre la Universidad de Saint Mary en Halifax, el New England Aquarium y el Instituto Canadiense de las Ballenas, los estudiantes universitarios llevan haciendo un seguimiento de las ballenas francas del Atlántico Norte en una base de datos de ADN desde 1988, registrando fotografías, dibujos y avistamientos. Cada ballena recibe un número.

La entrada 1.950 era una de esas ballenas.

Su cuerpo fue encontrado el 30 de mayo de 2024 a unos ochenta metros de la costa de Virginia. La autopsia reveló que sus lesiones podían corresponderse con las del atropello de un navío.

Gracias a la diligente tarea de seguimiento, sabemos que 1.950 fue vista seis semanas antes de su muerte cerca de la isla Amelia de Florida. Estaba sana y nadaba al lado de su cría recién nacida, la primera que había tenido desde hacía nueve años. Dada su corta edad, la joven ballena debió de fallecer al quedar huérfana.

También sabemos que 1.950 fue vista por primera vez en 1989. En aquel momento, los científicos creyeron que tenía unos dos años, por lo que debió de morir a los treinta y cinco. En los años noventa, la bahía de Fundy era uno de sus parajes favoritos y fue avistada allí muchísimas veces. Las fotografías de 1.950 a lo largo de los años muestran que tenía cicatrices en el abdomen, la cola, la cabeza y las aletas. Había sobrevivido a tres enredos con aparejos de pesca y había dado a luz a seis crías, cinco de las cuales siguen con vida.

Algunas ballenas francas tienen nombres, pero 1.950 no. Yo la he llamado Francesca.

Para obtener más información sobre las ballenas francas del Atlántico Norte, visita la web del New England Aquarium: neaq.org. El acuario coordina un programa de apadrinamiento de ballenas para apoyar el trabajo de investigación y ayudar a esta especie en peligro de extinción. También puedes hacer una donación al Instituto Canadiense de las Ballenas en canadianwhaleinstitute.ca.

# AGRADECIMIENTOS

Me siento tan orgullosa como privilegiada de escribir libros que os lleven a algunos de los lugares que más aprecio. Y Tofino es uno de ellos, claro. He estado allí ya cuatro veces, y en cada viaje la belleza salvaje e implacable de la zona me impresiona tanto como la primera vez. Es un lugar en el que no puedes escapar de la maravilla y la majestuosidad de la naturaleza, ni tampoco de la apremiante necesidad de conservarla.

Mi primer encuentro con las ballenas fue en agosto de 2023, durante un viaje de documentación a Tofino con mi marido. Estábamos en un barco en la bahía de Clayoquot cuando avisaron al capitán y guía de que había tres ballenas grises alimentándose cerca. Nunca olvidaré su enorme cuerpo elevándose desde la superficie marina ni el increíble sonido que hacía el agua al manar de los espiráculos. Nunca me he sentido tan sobrecogida.

No había oído hablar de las ballenas francas del Atlántico Norte hasta que empecé a investigar para esta novela. De las ballenas jorobadas, sí. De las orcas, por supuesto. (*Liberad a Willy* era mi película favorita de pequeña). Pero no era consciente de que existiera esta especie en peligro crítico de extinción ni de lo cerca que estamos de perderla para siempre. Huelga decir que la grave situación en la que se encuentran las ballenas francas me pareció

desgarradora. Quiero dar las gracias al doctor Timothy Frasier, de la Universidad de Saint Mary, y al Frasier Lab por hablar conmigo y ofrecerme orientación. Mi investigación no habría sido posible sin el North Atlantic Right Whale Catalog, del que se encarga el New England Aquarium, ni tampoco sin la información que me proporcionaron la Canadian Parks and Wilderness Society, el documental *Last of the Right Whales* de la CBC y las noticias de *The Globe and Mail*, *The New York Times* y la CBC. Cualquier error en el texto es mío.

Durante aquella visita a Tofino en 2023, Canadá estaba ardiendo. La destrucción provocada por aquellos incendios fue inaudita, un desastre climático en el que se quemaron 18 millones de hectáreas. Dos semanas antes de que yo viese aquellas magníficas ballenas grises, se dio una orden de evacuación a los habitantes de Yellowknife, en los Territorios del Noroeste. Como George en la novela, muchas personas se vieron obligadas a conducir por una carretera de dos carriles atravesando un humo negro como la pez mientras caían brasas sobre los vehículos que hacían burbujear la pintura. Gracias al relato de los hechos de Monica Zurowski en el libro *The Summer Canada Burned*, pude escribir acerca de la experiencia de George cubriendo los incendios aquel verano.

Desde el principio, quise escribir un libro lleno de dramatismo, pero no me esperaba que también lo estuviera el proceso de escritura. Les estoy eternamente agradecida a mis editoras, Amanda Bergeron y Deborah Sun de la Cruz, por quedarse conmigo en las trincheras de este libro, y a Taylor Haggerty por su constante dedicación y su incomparable brillantez. Muchas gracias a Holly Root

por acompañarme en este ciclo de publicación y a las estrellas de Root Literary, Gabrielle Greenstein, Jasmine Brown y Stacy Jenson.

Meredith Marino, gracias por venir conmigo en este viaje en alfombra mágica. Eres la mejor amiga y la mejor compañera, y yo soy la mujer más afortunada del mundo por haberte engatusado para que fueras ambas.

Emma Ingram, me alegra mucho que los libros nos hayan unido. Gracias por ser mi más formidable defensora.

Carolina Beltran, gracias por ser una fuente de empoderamiento y sabiduría en la montaña rusa que ha sido este año.

Tengo mucha suerte de trabajar con personas de gran talento y bondad. Gracias a Christine Ball, Anika Bates, Craig Burke, Kristin Cipolla, Kristin Cochrane, Beth Cockeram, Adria Iwasutiak, Erin Galloway, Marion Garner, Ivan Held, Jeanne-Marie Hudson, Sareer Khader, Randi Kramer, Vi-An Nguyen, Catherine Knowles, Bridget O'Toole, Chelsea Pascoe, Hannah Smith, Theresa Tran, así como a todas las personas de Berkley, Penguin Random House Canadá y Penguin Michael Joseph que están en contacto con mis libros.

Elizabeth Lennie, no dejas de asombrarme con tus pinturas. Es un honor.

Jamie Feldman y Jeff Springer, estoy muy agradecida de teneros a mi lado.

Gracias, amigas —Sadiya Ansari, Lianne George, Heather Lisi, Courtney Shea, Rosemary Westwood y Maggie Wrobel—, por vuestro apoyo inquebrantable. Me iría una semana a una isla paradisiaca con cualquiera de vosotras sin pensarlo.

Ashley Audrain, Harriet Alida Lye y Emma Knight: no puedo expresar cuánta alegría y energía me aporta este grupo. Me encanta

poder llamaros amigas.

A mis padres, Nancy y Warwick: gracias por criarme en la ciudad, en las afueras y en el bosque, por darme una infancia llena de naturaleza y viajes, y por estar siempre presentes conmigo y con los chicos.

Max y Finn, espero llevaros pronto a Tofino. Aprenderéis a hacer surf y, sobre todo, a caer.

Marco, eres mi compañero de viaje favorito. Contigo me iría a cualquier lugar, amor.

**Dos mejores amigos. Una boda suspendida. Y un viaje de ensueño que podría cambiarlo todo.**




El día de su boda con Nate, Frankie solo desea una cosa: que George, su mejor amigo de la infancia y del que se ha distanciado, esté allí para acompañarla.

Por eso, todo parece encajar cuando George acude a la celebración. Lo que no esperaba Frankie era que Nate la abandonara esa misma mañana con una nota.

Cuando Frankie, destrozada, busca consuelo entre los suyos, George le propone algo tan loco como necesario: que se vaya igualmente de viaje de luna de miel…, pero con él.

Tofi no los espera: un lugar de selvas frondosas, playas vírgenes y olas para surfear. Una última oportunidad para recomponer su amistad, desenterrar secretos ocultos y expresar esos sentimientos que ninguno de los dos sabe cómo afrontar.

**«Hará que el corazón te explote de alegría».**
***New York Times Book Review***

**Carley Fortune** es la autora de *Todos nuestros veranos*, *Te veo en el lago*, *Esta vez será diferente* y *Un verano dorado*, todas ellas novelas superventas. Sus libros han escalado los puestos de la lista de los más vendidos del *New York Times* desde el inicio de su carrera. Además, Carley es una periodista premiada que ha trabajado como editora en algunas de las publicaciones más importantes de Canadá, como *Globe and Mail*, *Chatelaine* o *Toronto Life*. En su juventud vivió en Sídney y en Barry's Bay, un pueblo en los bosques de Ontario, pero actualmente reside en Toronto con su marido y sus dos hijos. *Una tormenta perfecta* es su quinta novela.



Título original: *Our Perfect Storm*

Primera edición: julio de 2026

© 2026, Carley Fortune
Esta edición se ha publicado por acuerdo con
Baror International, Inc., Armonk, Nueva York, EE.UU.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Anna Valor Blanquer, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original
de Vi-An Nguyen / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: Elizabeth Lennie

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8509-2

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

# Índice


Una tormenta perfecta

Prólogo

La mansión

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

El bosque

- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

La costa

- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
El bosque
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
El mundo entero
Tenemos treinta y un años
Ballena franca número 1.950
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Carley Fortune

Créditos